UANL
IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

GEORGE SAND

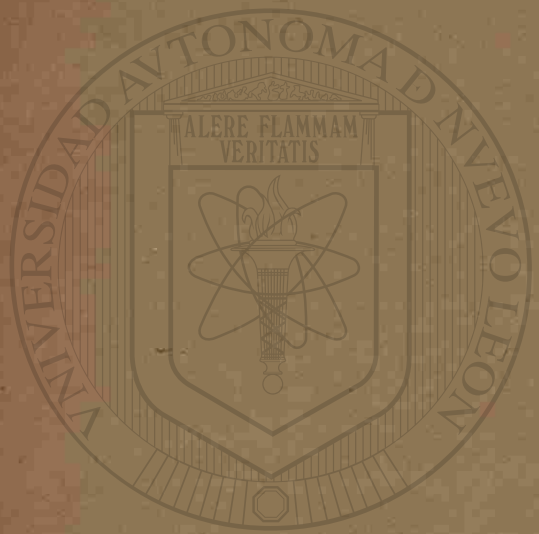
MAUPRAT

PQ2410
A1
1889

1020026811



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MAUPRAT.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas PQ N
Núm. Autor 2132 m
Núm. Adq. 30711
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

Obras de Jorge Sand.

		Rústica.	Tela.
El castillo de Flamaronde	ptas.	2'50	3
Los dos hermanos (continuación de *El Castillo de Flamaronde*)	ptas.	2'50	3
Valentina	ptas.	3	3'50
Indiana	ptas.	2'50	3
Juan de la Roca	ptas.	2'50	3
El Marqués de Villemer (con un bonito cromo)	ptas.		»

MAUPRAT,

POR

JORGE SAND

VERSION ESPAÑOLA

DE

EL COSMOS EDITORIAL

CAPILLA ALFONSINA U.A.N.L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL
Arco de Sta. María, 4, bajo
1889.

BUENOS AIRES
Librairie française
de Joseph Escary, 619 (nuevo)
Victoria, 619 (nuevo),
frente al Club del Progreso
1889

88277

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONDO REYES"
MONTERREY, MEXICO

30711

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
S.
PQ 2410
A1

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que exige la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de F. Nozal, Jesús, 3, esquina á la de las Huertas.

PRIMERA PARTE

En los confines de la Marca y de Berri, en el país conocido con el nombre de Varenne y que no es más que un vasto páramo cortado por montes de encinas y castaños, hállase en lo más apartado y desierto de la provincia, un pequeño castillo arruinado, escondido en un barranco, y cuyas almenas solo se descubren á cien pasos del rastrillo principal. Los árboles seculares que le rodean y las varias rocas que le dominan le tienen sepultado en perpétua oscuridad, y dichoso quien á la mitad del día puede atravesar el sendero abandonado que á él conduce, sin tropezar con los nudosos troncos y escombros que á cada paso lo obstruyen. Este sombrío barranco y triste castillo son la Roca de Mauprat.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No hace mucho tiempo que el último de los Mauprat, á quien esta propiedad tocó en herencia, mandó quitar toda su techumbre y vender las vigas; y después, como si hubiese querido dar un bofetón á la memoria de sus antepasados, hizo derribar la portada, la torre del norte y las murallas, y partió con los obreros, sacudiendo el polvo de sus pies, y abandonando sus estados á las zorras, zumayas y víboras. Desde entonces, cuando los leñadores y carboneros que habitan en las chozas situadas en las cercanías, pasan durante el día por lo alto del barranco de la Roca de Mauprat, silban con aire arrogante, ó envían á estas ruinas alguna enérgica maldición; pero al declinar el día, cuando la chotacabra principia á chillar desde lo alto, los leñadores y carboneros se retiran silenciosos, apresurando el paso, y haciendo de vez en cuando la señal de la cruz para conjurar los malos espíritus que reinan entre aquellas ruinas.

Confieso que yo mismo no he pasado por este barranco de noche, sin esperimentar cierta inquietud, y no me atrevería á afirmar bajo juramento que en algunas noches tempestuosas no he hecho sentir la espuela á mi caballo, á fin de que desapareciera cuanto antes la impresión desagradable que la proximidad á estos sitios me causaba, lo cual no debe estrañarse, si se atiende á que en mi infancia he colocado el nombre de Mauprat entre los de Cartouche y Barba-Azul, y á que era muy comun en mí, confundir en-

tonces, en mis sueños espantosos, las rancias leyendas del Ogro y del *Croque-Mitaine* con los hechos recientes que han dado tan siniestra celebridad, en nuestra provincia, á esa familia de los Mauprat.

Muchas veces en la caza, cuando mis camaradas y yo dejábamos el acecho para ir á calentarnos al montón de carbones encendidos que los trabajadores vigilan toda la noche, he oido este nombre fatal espirar en sus labios al aproximarnos: pero luego que nos conocian y se aseguraban de que no venia oculto entre nosotros el espectro de ninguno de esos bandidos, nos referían en voz baja historias que herizaban los cabellos y que me guardaré muy bien de comunicaros, para no haceros sentir la triste y desagradable impresión que ha atormentado mi memoria.

No creais por esto que la relación que voy á haceros sea agradable y risueña. Al contrario, os pido perdón por ofreceros hoy una historia trazada con tan negros colores; pero en medio de la impresión que me ha causado hallo cierta cosa tan consoladora, y aún me atrevo á decir, tan saludable para el alma, que espero me las dispensaréis en gracia de las conclusiones. Además, acaban de contarme esta historia; me pedis una, y la ocasión es demasiado hermosa para mi pereza ó para mi esterilidad.

En esta última semana ha sido cuando he encontrado al fin á Bernardo Mauprat, el último de la fa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

milia, que habiéndose divorciado, digámoslo así, hace largo tiempo de su infame parentela, ha querido probar con la demolición de su castillo feudal, el horror que le causaban los recuerdos de su infancia. Este Bernardo es uno de los hombres más estimados del país; habita una linda casa de campo en una deliciosa llanura cerca de Chateauroux. Hallándome, pues, á corta distancia de esta casita en compañía de un amigo que conocía á Bernardo Mauprat, le manifesté deseos de verle, y mi amigo prometiéndome que sería bien recibido, me llevó sin hacerse más de rogar.

Yo sabia en globo la notable historia de este anciano, pero había tenido siempre vivos deseos de conocer sus pormenores, y sobre todo de oirlos de su propia boca. Para mí, su extraño destino era todo un problema filosófico que estaba por resolver, y por lo mismo observé con suma atención sus facciones, sus modales y su interior.

Bernardo Mauprat no tiene menos de ochenta años, aunque su salud robusta, su erguido cuerpo y su andar firme y seguro anuncian quince ó veinte años de menos. Su figura me hubiera parecido extremadamente hermosa, á no ser por cierta expresión de dureza que hacia pasar ante mis ojos las sombras de sus padres. Mucho temo que se les parezca físicamente: él solo podía sacarme de la duda, porque ni mi amigo, ni yo hemos conocido á ningún

otro de los Mauprat; pero nos guardamos muy bien de preguntárselo.

Parecíonos que sus criados le servían con una prontitud y una puntualidad extrañas para ser naturales de Berri. Sin embargo, á la menor apariencia de tardanza, alzaba la voz, fruncia las cejas, todavía negras bajo sus cabellos blancos y murmuraba algunas palabras de impaciencia que daban alas á los más pesados.

Al principio no pude menos de sobrecojerme y considerar este proceder muy digno de un Mauprat, pero cuando ví la manera dulce y casi paternal con que un instante después les hablaba, y al admirar el celo que estos manifestaban, celo que me pareció muy distinto del temor, me reconcilié al punto con él. Usaba además con nosotros una amabilidad exquisita y se expresaba en los términos más escogidos. Desgraciadamente al fin de la comida, una bocanada de aire frio que entraba por una puerta que habían olvidado cerrar, le arrancó un juramento tan terrible, que mi amigo y yo nos miramos llenos de sorpresa, y como él lo advirtiese, perdonad señores, nos dijo; conozco que debo pareceros muy extravagante y variable; soy una rama vieja felizmente desprendida de un mal tronco, y trasplantada á una tierra buena, pero siempre nudosa y ruda, como el árbol salvaje de que procede. Mucho trabajo me ha costado llegar al estado de dulzura y de calma en que me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hallais. Ay! si me atreviese haría una gran reconvención á la Providencia por haberme medido la vida tan corta como á los demás mortales, pues cuando para transformarse de lobo en hombre, se necesita una lucha de cuarenta ó cincuenta años, era menester vivir cien años más para gozar de su victoria.

Pero ¿de qué podia servirme esto? añadió con acento de tristeza; la hada que me ha transformado no existe ya para gozar de su obra. ¡Bah! ya es tiempo de que acabemos. En seguida volvióse hácia mí, y mirándome de hito en hito con sus grandes ojos negros estrañamente animados:—Vamos, *jovencito*, me dijo, ya sé lo qué os trae; tenéis curiosidad de saber mi historia. Venid cerca del fuego y estad tranquilo, pues aunque sea Maupart no os echaré en él para que sirvais de leño. No podiais darme mayor placer que el de escucharme. Vuestro amigo os dirá sin embargo que no hablo fácilmente de mí. Temo con mucha frecuencia tener que habérmelas con tontos, pero he oido hablar de vos, sé cual es vuestro carácter y vuestra profesión, sois observador y narrador, ó lo que es lo mismo, y perdonadme esta libertad, curioso y perlanchin. Diciendo esto se echó á reir, y yo me esforcé por reir también, si bien principiando á temer que se burlase de nosotros; y á pesar mio pensaba ya en las malas pasadas que su abuelo se entretenia en jugar á los curiosos imprudentes que iban á verle; pero fué infundado mi temor, pues

tomando amigablemente mi brazo, me obligó á sentarme delante de una buena lumbre, al lado de una mesa llena de tazas:

No os enfadéis, me dijo; en la edad que tengo no puedo ya curarme de la ironia hereditaria, la mia no tiene nada de feroz; y hablando formalmente, siento una verdadera satisfacción en recibiros y confiaros la historia de mi vida. Un hombre tan desgraciado como yo he sido, merece hallar un historiador fiel, que lave su memoria de toda mancha. Escuchadme, pues, y tomad café.

Yo le presenté una taza sin hablar, pero la rehusó con un gesto y una sonrisa que parecia decir:—Esto es bueno para vuestra generación afeminada. En seguida principió su relación en estos términos.

I

Como no vivis muy lejos de la Roca de Mauprat, y de consiguiente habeis debido pasar muchas veces cerca de sus ruinas, creo inútil haceros su descripción. Todo lo que puedo deciros es, que jamás ha sido aquel sitio tan agradable como lo es en la actualidad. El dia en que mandé echar abajo el techo, el sol alumbró por primera vez las húmedas paredes, entre las

hallais. Ay! si me atreviese haría una gran reconvención á la Providencia por haberme medido la vida tan corta como á los demás mortales, pues cuando para transformarse de lobo en hombre, se necesita una lucha de cuarenta ó cincuenta años, era menester vivir cien años más para gozar de su victoria.

Pero ¿de qué podia servirme esto? añadió con acento de tristeza; la hada que me ha transformado no existe ya para gozar de su obra. ¡Bah! ya es tiempo de que acabemos. En seguida volvióse hácia mí, y mirándome de hito en hito con sus grandes ojos negros estrañamente animados:—Vamos, *jovencito*, me dijo, ya sé lo qué os trae; tenéis curiosidad de saber mi historia. Venid cerca del fuego y estad tranquilo, pues aunque sea Maupart no os echaré en él para que sirvais de leño. No podiais darme mayor placer que el de escucharme. Vuestro amigo os dirá sin embargo que no hablo fácilmente de mí. Temo con mucha frecuencia tener que habérmelas con tontos, pero he oido hablar de vos, sé cual es vuestro carácter y vuestra profesión, sois observador y narrador, ó lo que es lo mismo, y perdonadme esta libertad, curioso y perlanchin. Diciendo esto se echó á reir, y yo me esforcé por reir también, si bien principiando á temer que se burlase de nosotros; y á pesar mio pensaba ya en las malas pasadas que su abuelo se entretenia en jugar á los curiosos imprudentes que iban á verle; pero fué infundado mi temor, pues

tomando amigablemente mi brazo, me obligó á sentarme delante de una buena lumbre, al lado de una mesa llena de tazas:

No os enfadéis, me dijo; en la edad que tengo no puedo ya curarme de la ironia hereditaria, la mia no tiene nada de feroz; y hablando formalmente, siento una verdadera satisfacción en recibiros y confiaros la historia de mi vida. Un hombre tan desgraciado como yo he sido, merece hallar un historiador fiel, que lave su memoria de toda mancha. Escuchadme, pues, y tomad café.

Yo le presenté una taza sin hablar, pero la rehusó con un gesto y una sonrisa que parecia decir:—Esto es bueno para vuestra generación afeminada. En seguida principió su relación en estos términos.

I

Como no vivis muy lejos de la Roca de Mauprat, y de consiguiente habeis debido pasar muchas veces cerca de sus ruinas, creo inútil haceros su descripción. Todo lo que puedo deciros es, que jamás ha sido aquel sitio tan agradable como lo es en la actualidad. El dia en que mandé echar abajo el techo, el sol alumbró por primera vez las húmedas paredes, entre las

cuales se había deslizado mi infancia, y los lagartos á quienes las he cedido, se hallan allí mejor hospedados que lo estuve yo en otro tiempo, pues á lo menos pueden contemplar la luz del sol y calentar sus miembros al rayo del mediodía.

Había rama primogénita y rama segunda en la familia de los Mauprat. Yo soy de la primera. Mi abuelo era ese viejo Tristan de Mauprat que se comió su fortuna, deshonró su nombre y fué tan malvado que su memoria está rodeada de recuerdos espantosos.

Los sencillos campesinos creen ver todavía aparecer su espectro alternativamente en el cuerpo de un hechicero que enseña á los malhechores el camino de las habitaciones de la Varenne, y en el de una vieja liebre blanca que se aparecía á las gentes tentadas por algún mal designio. La rama segunda no existía ya cuando yo vine al mundo, sino en la persona de Huberto de Mauprat, llamado el caballero, por serlo de la orden de Malta, y que era tan bueno como malo su primo. Segundogénito en la familia, se había consagrado al celibato; más luego que quedó solo de muchos hermanos y hermanas, hizo que le absolvieran de sus votos y se casó un año antes de mi nacimiento. Dícese que mucho antes de cambiar así su existencia, había hecho grandes esfuerzos por hallar en la rama primogénita un heredero digno de realzar su nombre abatido y de conservar la fortuna que había prosperado en las manos de la rama segunda. Había

procurado poner en orden los asuntos de su primo Tristan, y pagado muchas veces á sus acreedores.

Pero viendo que su liberalidad solo servía para fomentar los vicios de la familia, y que en lugar de deferencia y gratitud, jamás encontraba en ella sino odio secreto y grosera envidia, renunció á todo acomodamiento, rompió con sus primos y á pesar de su edad avanzada (tenía más de sesenta años), se casó para tener herederos. Tuvo una hija, y aquí debió acabar su esperanza de posteridad, porque poco tiempo después murió su mujer de una enfermedad violenta que los médicos llamaron cólico miserere. Abandonó el país y no volvió después sino muy raras veces á habitar sus tierras, que estaban situadas á seis leguas de la Roca de Mauprat, en los confines de la Varrenne y del *Fromental*. Era un hombre honrado y justo, y debo consignar que era también instruido, porque su padre no había rechazado el espíritu de su siglo, y le había dado buena educación; pero no por eso dejaba de tener un carácter firme, y un genio emprendedor; y, como sus antepasados, se vanagloriaba de llevar, á guisa de apellido, el sobrenombre de *Rompe-cabezas*, hereditario de la antigua estirpe de los Mauprat. En cuanto á la rama primera, había conservado tales hábitos de ferocidad feudal, que se la designaba con el nombre de Mauprat *Cortapiernas*.

Mi padre, que era hijo de Tristán, fué el único que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se casó, y yo fuí el hijo único que tuvo. Es necesario consignar aquí un hecho que supe demasiado tarde. Al saber Huberto Mauprat mi nacimiento me pidió á mis parientes, obligándose á constituirme su heredero, si le dejaban dueño absoluto de mi educación. Un accidente imprevisto y desgraciado quitó la vida á mi padre en una cacería en aquella época; y mi abuelo no quiso aceptar la oferta del caballero, declarando que sus hijos eran los únicos herederos legítimos de la rama segunda, y que por consiguiente se opondría con todas sus fuerzas á una sustitución en mi favor. Entonces fué cuando Huberto tuvo una hija; pero cuando cinco años después murió su mujer dejándole este sólo hijo, el deseo que tenían los nobles de aquella época de perpetuar su nombre, le movió á renovar su petición á mi madre. Ignoro lo que esta contestó; cayó enferma y murió. Mi abuelo había permanecido á su lado los dos últimos días que pasó en este mundo.

—Echadme un vaso de vino de España, dijo interrumpiéndose, pues siento mucho frio. No es nada, añadió, es el efecto que me producen mis recuerdos cuando principio á desenvolverlos; pasará pronto.

Apuró un gran vaso de vino, y nosotros hicimos otro tanto, pues también teníamos frio al mirar su semblante austero, y al escuchar su voz breve y pausada. En seguida continuó:

—Hallábame, pues, huérfano á los siete años. Mi

abuelo cogió en la casa de mi madre todo el dinero y todas las alhajas que pudo, y dejando las demás cosas de poco valor, pues según decía, no quería habérselas con la gente de curia, no aguardó siquiera á que enterrasen á la difunta, y cogiéndome por el cuello de mi vestido, me echó sobre la grupa de su caballo diciéndome: «Ven, ven con nosotros, mi querido pupilo, y procura no llorar demasiado, porque no tengo mucha paciencia para contemplar chiquillos.»

En efecto, al cabo de muy pocos instantes, me aplicó tan fuertes latigazos que cesé de llorar, y entrando dentro de mí mismo como una tortuga en su concha, hice el viaje sin atreverme á respirar.

Mi abuelo era un viejo alto, huesudo y pesado. Creo verle todavía tal como era entonces. Aquella noche funesta ha dejado en mí huellas indelebles, porque entónces ví realizados repentinamente todos los terrores que mi madre me había inspirado hablándome de su execrable suegro y de sus malvados hijos. La luna, acuérdome todavía muy bien, alumbraba de vez en cuando por entre el espeso follaje del bosque. El caballo de mi abuelo era seco, vigoroso y malo como él. Tiraba coces á cada latigazo, y en verdad que su amo no los economizaba. Rápido como el relámpago, salvaba los barrancos y torrentes que cortan el país de Varenne en todas direcciones. A cada bote perdía yo el equilibrio y me agarraba lleno de miedo á la grupa del caballo, ó á la casaca de mi abue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo Por lo que á él hace, curábase tan poco de mí, que si me hubiera caido, dudo que se hubiera tomado el trabajo de levantarme. Algunas veces conociendo mi miedo, me hacía burla, y para aumentarlo hacia caracolear de nuevo á su caballo. Veinte veces se apoderó de mí el desaliento, y en poco estuvo que no me tirase de espaldas; pero el amor instintivo de la vida me impidió ceder á estos impulsos de desesperacion.

En fin, hácia la media noche, nos paramos de repente delante de una puertecita arqueada, y el puente levadizo se levantó detrás de nosotros; mi abuelo me cogió todo bañado de sudor frío, y me entregó á un hombre lisiado y feo que me llevó á su casa: aquel hombre era mi tio Juan, y me hallaba en la Roca de Mauprat.

Mi abuelo era en aquella época, con sus ocho hijos, el último resto que nuestra provincia conservaba de aquella raza de tiranuelos feudales que habían inundado é infestado la Francia por espacio de tantos siglos. La civilización, que marchaba rápidamente hácia la gran convulsión revolucionaria, borraba de dia en dia aquellas exacciones y latrocinios organizados. Las luces de la educación, una especie de buen gusto, reflejo lejano de una corte galante, y tal vez el presentimiento de que el pueblo iba á despertar pronto y de una manera terrible de su letargo, penetraban en los castillos y hasta en el palacio semi rústico de los hidalguillos. En nuestras mismas provincias del centro, las más atrasadas por su situación, triunfaba el sentimiento de la equidad social sobre las costumbres bárbaras; más de un bribón se había visto obligado á enmendarse á pesar de sus privilegios, y en algunos puntos, arrastrados los vasallos al último extremo de desesperación, se habían desembarazado de su señor, sin que los tribunales hubiesen pensado en apoderarse del asunto, y sin que los parientes se hubiesen atrevido á pedir venganza.

A pesar de esta disposición de los espíritus, mi abuelo se mantuvo largo tiempo en el país sin sufrir la menor resistencia; pero teniendo una numerosa familia que debía educar, y la cual se hallaba provista, como él, de buena cantidad de vicios, vióse al fin atormentado y acosado por los acreedores á quienes ya no intimidaban sus amenazas, y antes bien eran ellos los que le amenazaban con jugarle una mala pasada. Preciso fué ya pensa en huir por una parte de los corchetes, y por otra de las querellas que nacían á cada instante, y de las cuales no triunfaban los Mauprat á pesar de su número, de su unión y de sus fuerzas, hercúleas, por unirse toda la población á los que los insultaban y apedreaban. Entonces Tristán, reuniendo en torno suyo á toda su familia, como el jabalí reune después de la caza á sus jabatos dispersos, se retiró á su castillo, mandó levantar el puente y encerróse en él con diez ó doce aldeanos, sus criados, todos cazadores ladrones ó desertores

que tenían interés, como él, en retirarse del mundo (esta era su expresión), y ponerse en salvo detrás de unas buenas murallas. Reunióse sobre la plataforma enorme cantidad de armas de caza, carabinas, escopetas, estacas y machetes, y se dió orden al centinela para que no dejase aproximarse á más de dos personas al alcance de su fusil.

Desde este día Mauprat y sus hijos rompieron con las leyes civiles, como habían roto con las leyes morales, y organizáronse en cuadrillas de aventureros. Mientras que sus caros y leales cazadores abastecían de caza á la familia, ellos abrumaban con impuestos exorbitantes á los colonos de las cercanías. Bien sabeis que sin ser cobardes nuestros compatriotas, son dulces y tímidos por incuria y por desconfianza de la ley que en ningún tiempo han comprendido, y que hoy apenas conocen todavía. Ninguna provincia de Francia ha conservado más tradiciones antiguas, y sufrido por más tiempo los abusos del feudalismo. Además en ninguna otra parte quizás se ha conservado en ciertos castellanos el título de señores del comun, y en ninguna parte tampoco es tan facil aterrar al pueblo con la noticia de algún hecho político absurdo é imposible. En la época de que os hablo, los Mauprat, única familia poderosa en un gran radio de campiñas distantes de las ciudades, y privadas de comunicaciones con el exterior, pudieron sin grande esfuerzo persuadir á sus vasallos de que iba á restablecerse la servidumbre y que los rebeldes serían castigados.

Los aldeanos vacilaron, escucharon con recelo á algunos de entre ellos que predicaban la independencia, reflexionaron al fin y tomaron el partido de someterse. Los Mauprat no pedían ya dinero. Los valores monetarios son la cosa que el infeliz labrador realiza con más trabajo, y la de que con más repugnancia se desprende, aun cuando para dispensarle del pago de una deuda en numerario, se le proponga doblar su valor en productos agrícolas. El *dinero es caro* es uno de sus proverbios, porque el dinero representa para él otra cosa que un trabajo físico. Es un comercio con las cosas y los hombres de fuera, un esfuerzo de previsión ó de circunspección, una especie de lucha intelectual que lo arranca de sus hábitos de incuria, en una palabra, un trabajo del espíritu, que para él es el más penoso de todos

Conociendo los Mauprat perfectamente el terreno y no teniendo ya mucha necesidad de dinero, puesto que habían renunciado á pagar sus deudas, reclamaron solamente los valores en especie. Uno sufrió una tasa excesiva sobre sus gallinas, otro sobre sus becerros, aquél dió el trigo, éste el forraje, y por este órden todos los demás, para lo cual se había tenido muy buen cuidado de hacer los repartos con el mayor discernimiento, y de pedir á cada uno lo que buenamente podía dar, prometiéndose á todos ayuda

y protección, y cumpliéndose hasta cierto punto esta promesa. Se organizó una constante persecución á los lobos y zorros, se acojia y ocultaba á los desertores y se contribuía á defraudar al estado intimidando á los empleados y recaudadores de contribuciones.

Valiéronse de la facilidad de engañar al pobre sobre sus verdaderos intereses, y de corromper á las gentes sencillas relajando el principio de su dignidad é independencia natural.

Lograron hacer entrar á toda la provincia en la especie de excisión que se había organizado con la ley, y aterraron de tal modo á los funcionarios encargados de hacerla respetar, que en pocos años cayó en verdadero desuso, de modo que mientras que á muy corta distancia de este país marchaba la Francia á pasos agigantados hácia la emancipación de las clases pobres, la Verenne seguía una marcha retrógrada, y volvia aceleradamente hácia la antigua tiranía de los hidalguillos. Muy fácil fué á los Mauprat pervertir á aquellas pobres gentes; afectaron popularizarse para formar contraste con los demás nobles de la provincia, que conservaban en sus maneras la altivez de su antigua pujanza.

Mi abuelo sobre todo no perdía ocasión de hacer participar á los aldeanos de la misma animadversión que él abrigaba contra su primo Huberto de Mauprat. Mientras este daba audiencia á sus colonos, sentado él en un sillón, y ellos de pie y con la cabeza descubierta, Tristán de Mauprat los obligaba á sentarse á su mesa, bebía con ellos el vino que le llevaban como ofrenda, y hacia que sus criados los acompañasen á media noche, todos borrachos, con antorchas en las manos, y haciendo resonar el bosque con cantares obcenos El libertinaje acabó la desmoralización de los campesinos, en términos que no tardaron los Mauprat en tener en todas las familias toda la intimidad que podían apetecer, y en tomarse ciertas libertades que eran toleradas por el provecho que de ellas se sacaba, y preciso es decirlo, porque satisfacian la vanidad.

La misma distancia que separaba las casas, favorecía el mal, porque de este modo no era posible el escándalo, ni la censura. El villorrio más miserable hubiera bastado para producir y hacer reinar la opinión pública; pero aquí no había más que chozas diseminadas, y aisladas alquerías, páramos y bosques interponían entre las familas distancias demasiado considerables para que pudieran fiscalizarse mútuamente. La vergüenza hace más que la conciencia. Inútil es deciros los muchos lazos de infamia que se establecieron entre señores y esclavos: los desórdenes, la exacción y la bancarota fueron el ejemplo y el precepto de mi juventud. Nadie pensaba sino en divertirse; las acciones buenas eran objeto de burla; no se reembolsaba á los acreedores ni de sus réditos, ni de sus capitales; se apaleaba á los agentes de justicia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se atrevian á venir á hacer alguna notificación; se hacía fuego á la *marechaussée* (1), cuando se acercaba demasiado á las murallas; se deseaba la peste en el parlamento, el hambre para los hombres que estaban imbuídos en la nueva filosofía, la muerte para la rama segunda de los Mauprat, y con esto podía darse cualquiera todo el aire de paladín del siglo XII. Mi abuelo no hablaba más que de su genealogía y de las proezas de sus antepasados; echaba de menos aquellos hermosos tiempos en que los castellanos tenían en sus castillos instrumentos de tortura y calabozos, y sobre todo cañones. Nosotros no teníamos más que horquillas, palos, y una mala culebrina, que mi tío Juan apuntaba muy bien y que bastaba para tener á raya la reducida fuerza militar del cantón.

(1) Compañía de soldados de á caballo, que, como las cuadrillas de la Santa Hermandad en Castilla, estaba destinada á perseguir y prender malhechores y asegurar los caminos. Algunos hacen subir el orígen de los *marechaussée* á la época del establecimiento de los Francos en las Galias. En los años 1554 á 1557 aumentó su fuerza Enrique II, y en el de 1790 tomó el nombre de gendarmería nacional.

(*Nota del traductor.*)

II

El viejo Mauprat era un animal pérfido y carnicero que participaba del lobo y de la zorra. Dotado de una locución abundante y fácil, tenía un barniz de educación que ayudaba en gran manera á su astucia. Afectaba mucha política, y no carecía de medios de persuasión con los que eran objeto de sus venganzas. Sabía atraerlos y hacerles sufrir terribles tormentos que, como no había testigos, les era imposible probar en justicia. Todas sus maldades llevaban un carácter de habilidad tan grande, que llenó al país de una consternación que casi se asemejaba á respeto. Jamás fué posible cojerle fuera de su guarida, á pesar de que salía de ella con frecuencia, y sin muchas precauciones aparentes. Era un hombre que poseía el genio del mal, y sus hijos, á falta de cariño, de que eran incapaces, sufrían el ascendiente de su detestable superioridad, y ebedecíanle con una disciplina y una puntualidad casi fanáticas; porque veían en él á su salvador en todos los casos desesperados, y cuando el tedio de la reclusión principiaba á apoderarse de nosotros, su espíritu graciosamente feroz, lo combatía con el atractivo de espectáculos dignos de

una caverna de ladrones. Divertíase á veces en asustar y atormentar á pobres frailes mendicantes, quemándoles las barbas y metiéndolos dentro de un pozo, donde los tenía colgados entre la vida y la muerte, hasta que cantasen alguna copla obscena ó profiriesen alguna blasfemia. Todo el país conoce la aventura del escribano, á quien dejaron entrar con cuatro corchetes, recibiéndole con todas las demostraciones de una hospitalidad fastuosa.

Mi abuelo fingió consentir de buen grado en la ejecución de su mandato, y hasta les ayudó á hacer el inventario de sus muebles, cuya venta estaba decretada, después de lo cual, estando servida la comida y sentados á la mesa los agentes de justicia, dijo Tristán al escribano: «¡Voto al Chápiro! me olvidaba de un colchoncito que tengo en la caballeriza. No es gran cosa, pero aún así podrían reprenderos por haberlo omitido, y como veo que sois un hombre de bien, no quiero induciros á error. Venid conmigo á verlo; en un momento despachamos.» El escribano siguió á Mauprat sin desconfianza, y en el momento en que entraban juntos en la caballeriza, Mauprat que iba delante, le dijo que avanzase solamente la cabeza, cosa que hizo el escribano también deseoso de mostrar mucha indulgencia en el ejercicio de sus funciones y de no examinar las cosas escrupulosamente. Entónces Mauprat empujó bruscamente la puerta y le apretó tan fuertemente el cuello entre la hoja de la

puerta y la pared, que el infeliz perdió la respiración; suponiéndole Tristán bastante castigado, volvió á abrir la puerta y pidiéndole perdón por su inadvertencia con mucha política, le presentó su brazo para acompañarlo hasta la mesa, lo que el escribano no juzgó á propósito rehusar; pero tan pronto como entró en la sala donde estaban sus compañeros, se arrojó sobre una silla, y mostrándoles su figura lívida y su cuello magullado, pidió justicia contra la alevosa asechanza á que acababa de ser arrastrado.

Entonces fué cuando mi abuelo, entregándose á su trapacería burlona, representó una escena de comedia con singular audacia. Reconvino gravemente al escribano por la injusticia con que le acusaba, y afectando hablarle siempre con mucha política y dulzura, tomó á los demás por testigos de su conducta, suplicándoles que lo disimularan si su posición precaria le impedía recibirlos de una manera más digna, y haciendo los honores de la comida con la mayor esplendidez. El pobre escribano no se atrevió á insistir y se vió precisado á comer, aunque estaba medio muerto. De tal modo engañó á sus compañeros la impasibilidad de Mauprat, que bebieron y comieron alegremente tratando al escribano de loco é impolítico. Salieron de la Roca de Mauprat enteramente borrachos, cantando las alabanzas del castellano y haciendo burla del escribano, que cayó muerto en el umbral de su casa al apearse del caballo. Los ocho

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

criados que tenía á su servicio Mauprat, se le parecían todos igualmente en el vigor físico, en la brutalidad de sus costumbres y más ó menos en la sutileza y dañada intención burlona. Preciso es decirlo, eran unos verdaderos pícaros, capaces de todo lo malo y completamente idiotas ante de una idea noble ó de un buen sentimiento; había, sin embargo, en ellos una especie de bravura desesperada, que á veces no se presentaba á mis ojos sin una apariencia de grandeza. Pero ya es tiempo de que os hable de mí mismo y de que os refiera como se desarrolló mi alma en medio del cenagal inmundo, donde plugo al cielo sumergirme al salir de la cuna.

Haría mal, sí, para obligar vuestra conmiseración á seguirme en los primeros años de mi vida, os dijese que nací con noble organización y con una alma pura é incorruptible. En cuanto á esto, señor, nada sé. Tal vez no haya almas incorruptibles, y tal vez las habrá. Esto es lo que ni vos, ni nadie sabrá jamás. Cuestión muy grande es y está por resolver todavía, la de saber si hay en nosotros inclinaciones invencibles, y si la educación puede modificarlas solamente ó destruirlas. Yo no me atrevería á decidirla; no soy metafísico, ni psicólogo, ni filósofo; pero he tenido una vida terrible, señores, y si fuera legislador, mandaría arrancar la lengua ó cortar el brazo al que se atreviese á predicar ó escribir que la organización de los individuos es fatal, y que no se reforma el carácter de un hombre, como no puede moderarse el apetito de un tigre. Dios me ha preservado de creerlo así.

Todo lo que puedo deciros es, que había recibido de mi madre buenas nociones, sin tener tal vez naturalmente buenas cualidades. En su casa era ya violento, pero de una violencia sombría y concentrada; ciego y brutal en la cólera, desconfiando hasta la cobardía á la proximidad del peligro, atrevido hasta la locura cuando tenía que luchar con él es decir, tímido y valiente á un tiempo por amor á la vida. Obstinado hasta el extremo; mi madre era la única que lograba vencerme, y sin razonar nada, porque mi inteligencia fue muy tardía en su desarrollo: yo le obedecía como á una especie de influencia magnética.

Con este solo ascendiente de que me acuerdo, y el de otra mujer que esperimenté posteriormente hubo bastante para conducirme al bien; pero perdí á mi madre antes que hubiera podido enseñarme sériamente alguna cosa, y cuando fuí trasladado á la Roca de Mauprat, no pude esperimentar en contra de lo malo que allí se hacía sino una repulsión instintiva, bastante débil quizás sino se hubiese mezclado con ella el miedo.

Doy sin embargo gracias al cielo por los malos tratamientos que allí recibí, y sobre todo por el odio que mi tio Juan concibió contra mí. Mi desgracia me preservó de la indiferencia hácia el mal, y mis sufri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientos me ayudaron á detestar á los que cometían.

Juan era ciertamente el más detestable de su raza; desde que á consecuencia de una caida de caballo se había quedado contrahecho, desarrolláronse sus malas inclinaciones en razón á la imposibilidad de hacer tanto daño como sus compañeros. Obligado á quedarse en casa, cuando los demás partían para sus espediciones, pues no podía montar á caballo, no tenía más placer que cuando el castillo recibía uno de esos pequeños asaltos inútiles que la *marechausée* le daba algunas veces como para tranquilizar su conciencia.

Parapetado detrás de una muralla de piedra que había hecho construir á su gusto, sentábase Juan tranquilamente al lado de su culebrina, mataba de vez en cuando algún jendarme, y volvía á hallar al punto, según decía, el sueño y el apetito que le quitaba su inacción; y no creáis que esperaba el caso de ataque para trepar á su querida plataforma; nada de eso, agazapado como un gato que está de acecho, apenas veía algún transeunte aparecer á lo lejos, sin hacer la señal, disparaba su culebrina y le obligaba á volver atrás. A esto llamaba él dar un escobazo al camino.

Como mi edad juvenil no me permitía seguir á mis tíos á la caza y al merodeo, Juan se constituyó naturalmente en mi guardian y preceptor, es decir, en mi carcelero y verdugo. No os contaré los pormenores

de aquella infernal existencia. Por espacio de cerca de diez años soporté el frio, el hambre, el calabozo y los golpes, según los caprichos más ó menos feroces de aquel mónstruo. El grande odio que me tenía provino de que no pudo lograr depravarme. mi carácter rudo; obstinado y salvaje me preservó de sus viles seducciones. Tal vez no tendría dontro de mi ninguna fuerza para al virtud, pero teníala afortunadamente para el odio. Antes que complacer á mi tirano hubiera sufrido mil muertes; crecí, pues, sin concebir ningún atractivo hácia el vicio. Sin embargo tenia yo tan extrañas nociones acerca de la sociedad, que el oficio de mis tios no me causaba por sí mismo ninguna repugnancia.

Ya comprenderéis que educado detrás de las murallas de la Roca de Mauprat, y viviendo en estado de sitio perpétuo, tenía absolutamente las mismas ideas que hubiera podido tener un criado de armas en los tiempos de la barbarie feudal. Lo que, fuera de nuestra madriguera, se llamaba entre los demás hombres asesinar, robar y dar tormento, me enseñaban á designarlo con el nombre de pelear, vencer y someter

Toda la historia que yo sabía de los hombres eran las leyendasiy las baladas de los libros de caballería que mi abuelo me refería por las noches, cuando tenía tiempo para pensar en lo que él llamaba mi educación; y si alguna vez le hacía alguna pregunta so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre el tiempo presente, me contestaba que los tiempos habían variado mucho, que todos los franceses se habían hecho traidores y malandrines, que habían intimidado á los reyes, y que éstos habían abandonado cobardemente á la nobleza, la cual á su vez había tenido la colloneria de renunciar á sus privilegios y dejarse imponer la ley por los plebeyos. Yo escuchaba con sorpresa, y casi con indignación, esta pintura de la época en que yo vivía y que para mí era indefinible.

Mi abuelo no era muy versado en la cronología, y en la Roca de Mauprat no había más libros que la historia de los hijos del Aymon y algunas crónicas del mismo género, traídas de las ferias del país por nuestros escuderos. Tres nombres sobrenadaban solos en el caos de mi ignorancia, Carlomagno, Luis, XI y Luis XIV, porque mi abuelo los hacía frecuentemente intervenir en sus comentarios sobre los despreciados derechos de la nobleza. Y yo, á la verdad, apenas sabía la diferencia de un reinado á una raza, y no estaba muy seguro de que mi abuelo no hubiese visto á Carlomagno, porque hablaba de él con más frecuencia y gusto que de otro cualquiera.

Pero al mismo tiempo que mi energía juvenil me hacía admirar los hechos de armas de mis tíos y me inspiraba el deseo de tomar parte en ellos, las muchas crueldades que veía cometer á sangre fría cuando volvían de sus campañas, y las perfidias de que

se valían para atraer á los incautos á sus garras, y pedirles después gruesas cantidades por sus rescates, ó darles tormento, me causaban emociones penosas, estrañas y de las que me sería difícil, hoy que hablo con toda sinceridad, darme cuenta muy claramente. Falto de todo principio de moral, hubiera sido natural que me contentase con el del derecho del más fuerte que veía poner en práctica; pero las humillaciones y los tormentos que en virtud de este derecho me imponía mi tío Juan, me enseñaron que no debía contentarme con él. Comprendía el derecho del más valiente, y despreciaba de veras á los que, pudiendo morir aceptaban la vida á costa de las vejaciones humillantes que se les hacía sufrir en la Roca de Mauprat; pero el daño que se hacía á prisioneros, mujeres y niños, no tenía para mí otra explicación ni autorización que la de un apetito sanguinario. Ignoro si era bastante susceptible de un buen sentimiento para que tanta crueldad me inspirase compasión en favor de las víctimas; pero es lo cierto que esperimentaba esa conmiseración egoista que está en la naturaleza, y que perfeccionada y ennoblecida, ha llegado á ser la caridad entre los hombres civilizados. Bajo mi grosera corteza, no latía sin duda mi corazón sino de miedo y horror, al ver los suplicios que de un día á otro podía yo sufrir también al menor capricho de mis opresores, como fundadamente podía esperarlo, oyendo decir á Juan con aire chocarrero,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siempre que me veía palidecer ante sus horrorosos espectáculos:

«Aquí tienes lo que haré contigo cuando me desobedezcas.» Lo único que sé es que sentía un terrible malestar en presencia de sus acciones inícuas; mi sangre se helaba en mis venas, apretábase mi garganta, y huía para no repetir los gritos que herían mis oidos.

Sin embargo, con el tiempo me habitué poco á poco á estas desagradables impresiones; endurecióse mi fibra y la costumbre me dió fuerzas para ocultar lo que llamaban mi cobardía. Me avergoncé de las muestras de debilidad que daba, y me esforcé por sonreirme con la sonrisa de hiena que debia en el rostro de mis parientes. Pero no pude reprimir jamás los temblores convulsivos que de vez en cuando atacaban á todos mis miembros, ni el frio mortal que corria por mis venas, después que presenciaba una de esas escenas de desolación y agonía. Las mujeres arrastradas de grado ó por fuerza á la Roca de Mauprat me causaba una turbación inconcebible. Principiaba á sentir el fuego de la juventud, y á lanzar una mirada de codicia hácia este género de presas hechas por mis tios; pero mezclábanse con estos nacientes deseos tormentos inesplicables. Las mujeres no eran más que un objeto de desprecio para cuantos me rodeaban, y yo hacia vanos esfuerzos par separar esta idea de la del placerque me incitaba. Mi

cabeza estaba trastornada, y mis nervios irritados daban un carácter violento y enfermizo á todas mis sensaciones.

Por lo demas, mi índole era tan mala como la de mis compañeros; y si mi corazón valia más, mis modales no menos eran arrogantes, ni mis bromas de mejor gusto. No es inútil referir aqui un rasgo de mi malignidad adolescente, porque las consecuencias de este hecho ejercieron grande influencia sobre el resto de mi vida.

III.

A tres leguas de la Roca de Mauprat, hácia la parte del Fromental, debeis haber visto en medio de los bosques una torre ruinosa y aislada, célebre por la muerte trájica de un prisionero que fué ahorcado sin ninguna forma de proceso, por el mero capricho de uno de los antiguos Mauprat.

En la época de que os hablo estaba ya abandonada y amenazando ruina la torre de Gazeau; era del Estado, y habíase tolerado en ella, por olvido más bien que por caridad, el retiro de un viejo indigente, hombre muy original, que vivía enteramente solo y era conocido en el país bajo el nombre de Paciencia.

—He oido hablar de él, repliqué yo, á la abuela de mi nodriza que lo tenía por hechicero.

—Precisamente: y puesto que ya hemos tocado este

siempre que me veía palidecer ante sus horrorosos espectáculos:

«Aquí tienes lo que haré contigo cuando me desobedezcas.» Lo único que sé es que sentía un terrible malestar en presencia de sus acciones inícuas; mi sangre se helaba en mis venas, apretábase mi garganta, y huía para no repetir los gritos que herían mis oidos.

Sin embargo, con el tiempo me habitué poco á poco á estas desagradables impresiones; endurecióse mi fibra y la costumbre me dió fuerzas para ocultar lo que llamaban mi cobardía. Me avergoncé de las muestras de debilidad que daba, y me esforcé por sonreirme con la sonrisa de hiena que debia en el rostro de mis parientes. Pero no pude reprimir jamás los temblores convulsivos que de vez en cuando atacaban á todos mis miembros, ni el frio mortal que corria por mis venas, después que presenciaba una de esas escenas de desolación y agonía. Las mujeres arrastradas de grado ó por fuerza á la Roca de Mauprat me causaba una turbación inconcebible. Principiaba á sentir el fuego de la juventud, y á lanzar una mirada de codicia hácia este género de presas hechas por mis tios; pero mezclábanse con estos nacientes deseos tormentos inesplicables. Las mujeres no eran más que un objeto de desprecio para cuantos me rodeaban, y yo hacia vanos esfuerzos par separar esta idea de la del placerque me incitaba. Mi

cabeza estaba trastornada, y mis nervios irritados daban un carácter violento y enfermizo á todas mis sensaciones.

Por lo demas, mi índole era tan mala como la de mis compañeros; y si mi corazón valia más, mis modales no menos eran arrogantes, ni mis bromas de mejor gusto. No es inútil referir aqui un rasgo de mi malignidad adolescente, porque las consecuencias de este hecho ejercieron grande influencia sobre el resto de mi vida.

III.

A tres leguas de la Roca de Mauprat, hácia la parte del Fromental, debeis haber visto en medio de los bosques una torre ruinosa y aislada, célebre por la muerte trájica de un prisionero que fué ahorcado sin ninguna forma de proceso, por el mero capricho de uno de los antiguos Mauprat.

En la época de que os hablo estaba ya abandonada y amenazando ruina la torre de Gazeau; era del Estado, y habíase tolerado en ella, por olvido más bien que por caridad, el retiro de un viejo indigente, hombre muy original, que vivía enteramente solo y era conocido en el país bajo el nombre de Paciencia.

—He oido hablar de él, repliqué yo, á la abuela de mi nodriza que lo tenía por hechicero.

—Precisamente: y puesto que ya hemos tocado este

punto, es menester que os diga quien era ese Paciencia, porque más de una vez tendré ocasión de hablaros de él en el curso de mi narración, habiendo tenido también la de conocerlo á fondo.

Paciencia era un filósofo rústico. El cielo le habia dotado de gran inteligencia, pero habíale faltado educación; y por una especie de fatalidad desconocida, su cerebro se había revelado completamente, contra la poca instrucción que podia haber recibido. Asi es que, habia estado en la escuela del convento de Carmelitas de'*** y en lugar de mostrar aptitud y aplicación, aventajó á sus condiscípulos en hacer novillos. Era de un temperamento eminentemente contemplativo, dulce é indolente, pero altanero, y llevando hasta un entusiasmo salvaje el amor á la independencia; religioso, pero enemigo de toda regla, algo disputador, desconfiado é implacable, con los hipócritas. No le alucinaban las prácticas del claustro, y por haber tenido dos ó tres disputas teológicas con los frailes fué espulsado de la escuela. Desde entonces se hizo enemigo terrible de lo que él llamaba la frailería, y se declaró abiertamente en favor del cura párroco de Briantes á quien acusaban de jansenista; pero el cura no fué más afortunado que los fráiles en instruir á Paciencia, el cual, aunque dotado de una fuerza hercúlea y de una gran curiosidad por la ciencia, tenia una aversión invencible á toda clase de trabajo, físico ó intelectual.

Profesaba una filosofía natural, á la cual difícilmente podia contestar el cura, pues, según él, no habia necesidad de trabajar, cuando no había necesidad de dinero, y no había necesidad de dinero cuando las necesidades eran moderadas. Paciencia predicaba el ejemplo: en la edad de las pasiones tuvo costumbres austeras, no bebió jamás otra cosa que agua, nunca entró en una taberna, ni supo bailar y fué siempre torpe y tímido con las mujeres, á quienes por otra parte nunca llegó á interesar por su carácter estravagante, su rostro severo y su genio algo burlon. Como si hubiese querido vengarse con el desprecio de este disfavor ó consolarse de él por medio de la sabiduría, complaciase como en otro tiempo Diógenes en denigrar los vanos placeres de los demás, y si algunas veces se le veia pasar bajo la enramada en medio de las fiestas, era para lanzar en ellas alguna agudeza fulminada por su inexorable buen sentido. A veces también su intolerante moralidad se expresaba de una manera acre, dejando tras sí una nube de tristeza ó de espanto en las conciencias turbadas. Esto fué lo que le suscitó terribles enemigos; y los esfuerzos de un odio inepto, unidos á la especie de asombro que inspiraba su proceder escéntrico, le atrajeron la reputación de hechicero.

Cuando os dije que faltó á Paciencia la instrucción, me expresé mal. Avido de conocer los altos misterios de la naturaleza, su flaca razón quiso escalar el cielo

del primer vuelo; y desde las primeras lecciones vió se el cura jansenista turbado y espantado de la audacia de su discípulo necesitó decirle tanto para calmarle y someterle, necesitó sostener tal asalto de preguntas atrevidas, y de objecciones sobérbias, que no tuvo espacio para enseñarle el alfabeto, y al cabo de diez años de estudios, interrumpidos continuamente por el capricho ó la necesidad, Paciencia no sabía leer. Con un trabajo inmenso y sudando sobre su libro deletreaba una página en dos horas, y ni siquiera comprendía el sentido de la mayor parte de las palabras que espresaban ideas abstractas. Y sin embargo estas ideas abstractas existían en él, como cualquiera podía conocer al verle y escucharle, y era de admirar la manera con que lograba verterlas á su lenguaje rústico animado por una poesía bárbara.

Grave y esclusivo siempre, no queria capitular con ningun dialéctico. Estóico por naturaleza y por principio, apasionado en la propaganda de su doctrina de desprendimiento de los falsos bienes, pero firme en la práctica de la resignación batía en brecha al pobre cura, y en estas discusiones fué, según él mismo me contó en sus últimos años, donde adquirió sus conocimientos en filosofía. Para resistir á los golpes de ariete de la lógica natural, el buen jansenista se veía obligado á invocar el testimonio de todos los padres de la iglesia y de oponerlos á ellos, y hasta de corroborarlos muchas veces con la doctrina de todos los sábios de la antigüedad.

Entonces callaba Paciencia, y encantado de aprender sin tomarse el trabajo de estudiar, hacia que le esplicase extensamente la doctrina de aquellos grandes hombres y que le contase su vida. Al ver su atención y su silencio, triunfaba el adversario; pero en el momento en que creía haber convencido á aquella alma rebelde, Paciencia desaparecia; apenas oía dar las doce de la noche en el reloj del pueblo, se levantaba, se despedia afablemente de su huesped, y acompañado por él hasta el umbral del presbiterio, le consternaba con alguna reflexión lacónica y mordaz que confundía á San Gerónimo y Platon, á Eusebio y Séneca, á Tertuliano y Aristóteles.

El cura no se confesaba á sí mismo lo bastante la superioridad de aquella inteligencia inculta; pero no podía menos de admirarse de pasar tantas noches de invierno en un rincon de su hogar con aquel hombre rústico, sin experimentar tedio ni cansancio, y preguntábase por qué el dómine del pueblo, y aun el prior del convento, á pesar de que sabian griego y latin, le parecian el uno fastidioso y el otro erróneo siempre en todos sus discursos. Conocia toda la pureza de las costumbres de Paciencia, y explicábase el ascendiente de su espíritu por el poder y le encantó que la virtud ejerce y esparce en torno suyo. Acusábase además humildemente todas las noches delante de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios de no haber disputado con su discípulo bajo un punto de vista muy cristiano.

Confesaba á su angel custodio que el orgullo de su ciencia y el placer que había sentido en verse escuchado tan religiosamente le habían arrastrado un poco más allá de los límites de la enseñanza religiosa, que había citado con demasiada complacencia á los autores profanos, y que hasta había hallado un peligroso placer en pasear con su oyente por los campos de lo pasado, para coger en ellos flores paganas que el agua del bautismo no había rociado, y que no era permitido á un sacerdote respirar con tanta holgura y encanto.

Paciencia por su parte apreciaba entrañablemente al cura; él era su único amigo, el único vínculo que tuvo con la sociedad, y el único tambien que tuvo con Dios por medio de la luz de la ciencia. El campesino exageraba demasiado la instrucción de su pastor, pues no sabía que aún los más ilustrados de los hombres civilizados siguen frecuentemente al revés, ó no lo siguen de ninguna manera el curso de los conocimientos humanos.

Paciencia se hubiera visto libre de grandes ansiedades de espíritu, si hubiesa podido descubrir á punto fijo que su maestro se engañaba con mucha frecuencia, y no en la verdad. No sabiéndolo, y la experiencia de los siglos en desacuerdo con el sentimiento innato de la justicia, era víctima de continuas cavila-

ciones; y viviendo solo, errante por el campo á todas horas del día y de la noche, absorto en preocupaciones desconocidas para sus semejantes, daba cada vez más crédito á las fábulas de hechicerías divulgadas contra el.

La comunidad no amaba al cura párroco. Algunos frailes, á quienes Paciencia había desenmascarado, odiaban á Paciencia. El cura y el discípulo fueron perseguidos. Los frailes ignorantes no retrocedieron ante la posibilidad de presentar á su obispo una acusación contra el cura, suponiéndole dado á las ciencias ocultas, de acuerdo con el mago Paciencia. Estableciose una especie de guerra religiosa en el pueblo y sus contornos. Todo lo que no era para el convento fué para el cura y recíprocamente. Paciencia no quiso entrar en esta lucha, y un día se presentó á su amigo llorando, y abrazándole le dijo: «A nadie más que á vos amo en el mundo; no quiero, pues, dar lugar á vuestra persecución; como despues de vos no conozco ni amo á nadie, me voy á vivir en los bosques á la manera de los hombres primitivos; tengo por patrimonio un campo que produce cincuenta libras de renta, esta es la única tierra que he cavado con mis manos, y la mitad de su escaso producto ha sido empleada en pagar el diezmo de trabajo que debo al señor; espero morir sin haber hecho para los demás el oficio de acémila... Sin embargo, si os suspenden en vuestras funciones, si os quitan vuestra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

renta y teneis un campo que cultivar, decidme una sola palabra y veréis que mis brazos no se enervarán en la inacción.»

En vano combatió el párroco esta resolución; Paciencia partió sin más equipaje que la ropa puesta, y un compendio de la doctrina de Epicteto por la que tenía grande predilección, y de la que, gracias á frecuentes estudios, podia leer hasta tres páginas al día, sin fatigarse demasiado. El anacoreta rústico fué á vivir en el desierto. Primeramente construyó en los bosques una choza de ramas; pero asediado por los lobos, refugióse en una sala baja de la torre de Gazeau donde, con una cama de musgo y algunos troncos de árboles, se arregló un mueblaje espléndido: con raices, frutas silvestres y la leche de una cabra formaba su alimento diario, muy poco inferior al que había tenido en el pueblo. Esto no es exajerado. Es menester observar al aldeano de ciertos puntos de la Varenne para formar una idea de la sobriedad con que un hombre puede vivir en muy buen estado de salud. En medio de estas costumbres estóicas, Paciencia era todavía una excepción: Jamás el vino había enrojecido sus labios; y el pan le había parecido siempre una superfluidad. Además no tenía aversión á la doctrina de Pitágoras, y en las raras entrevistas que tuvo en lo sucesivo con su amigo, le decía que, sin creer precisamente en la metensicosis, y sin imponerse la ley de observar el régimen vegetal, experimentaba involuntariamente una secreta alegría por poder consagrarse á él, y no tener ya ocasión de ver dar muerte, todos los dias, á animales inocentes.

Paciencia habia tomado esta estraña resolución á la edad de 40 años; tenía ya 60 cuando le ví por primera vez, y gozaba de una fuerza física extraordinaria. Conservaba la costumbre de hacer una escursión todos los años; pero á medida que os vaya refiriendo mi vida, entraré en el pormenor de la vida cenobítica de Paciencia.

En la época de que os hablo, después de muchas persecuciones, los guardas del bosque, mas bien por temor de que les echára un conjuro, que por compasión, le concedieron al fin la libre ocupación de la torre de Gazeau, no sin advertirle que podría muy bien caérsele encima de la cabeza al primer huracan, á lo que Paciencia contestó filosóficamente, que si su destino era el de ser aplastado, el primer árbol del bosque sería tan apropósito para esto como los escombros de la torre de Gazeau.

Antes de presentaros en escena á mi personaje Paciencia, y pidiéndoos perdon por la prolijidad de esta biografía preliminar, debo deciros que, en el espacio de estos veinte años, el espíritu del párroco había tomado una nueva dirección. Amaba la filosofía, y á pesar suyo hacía extensivo este amor hasta á los filósofos, aun á los menos ortodoxos. Las obras de Juan Jacobo Rousseau le trasportaron, á pesar de toda su

30711
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

resistencia interior, á nuevas regiones, y una mañana que al volver de visitar un enfermo encontró á Paciencia buscando yerbas para su comida en los montes de Crevent, sentóse á su lado sobre la piedra druídica, y le hizo, sin saberlo él mismo, la profesión de fe del vicario saboyano. Paciencia mostró mucha más afición á esta religión poética que á la antigua ortodoxia. El placer con que escuchó el resúmen de las nuevas doctrinas incitó al cura á darle secretamente algunas citas en puntos aislados de la Varenne, donde debian encontrarse como por casualidad. En estos conciliábulos misteriosos inflamóse la imaginación de Paciencia con toda la magia de las ideas y de las esperanzas que fermentaban entonces en Francia, desde la corte de Versalles hasta en las más humildes chozas.

Apasionóse de Juan Jacobo, y quiso que le leyeran cuanto le era posible escuchar de esta obra sin comprometer los deberes del cura. Despues no paró hasta que consiguió un ejemplar del *Contrato Social*, y pasaba horas y dias enteros en deletrearlo en la torre de Gazeau. Al principio, el cura no le había comunicado este maná sino con ciertas retricciones, y haciéndole admirar las elevadas ideas y grandes sentimientos del filósofo, había creido ponerle en guardia contra los venenos de la anarquía; pero toda la antigua ciencia, todas las felices citaciones de otro tiempo, en una palabra, toda la teología de buen sacerdote fué arrebatada como un puente fragil por el torrente de elocuencia salvaje y de entusiasmo irrefrenable que Paciencia había acumulado en su desierto. Preciso fué que el cura cediese y se replegase asustado sobre sí mismo. Entónces halló el fuerte interior cuarteado y crugiendo por todas partes.

El nuevo sol que aparecía en el horizonte político, y que trastornaba todas las inteligencias, fundió la suya como nieve ligera al primer soplo de la primavera. La exaltación de Paciencia, el espectáculo de su vida extraña y poética que le daba un aire inspirado, el giro romancesco que tomaban sus relaciones misteriosas, puesto que las innobles persecuciones de los frailes ennoblecían el espíritu de rebelión, todo esto se apoderó tan fuertemente del sacerdote, que en 1770 estaba ya muy lejos del jansenismo, y buscaba inútilmente en todas las heregías religiosas un punto donde tenerse antes de caer en el abismo de la filosofía, tantas veces abierto delante de él por Paciencia, y tantas veces cerrado por los exorcismos de la teología romana.

IV.

Despues de esta relación de la vida filosófica de Paciencia, redactada por el hombre de hoy, continuó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bernardo después de una pausa, me cuesta algun trabajo volver á las impresiones tan diferentes que recibió el hombre de otro tiempo, al encontrar al hechicero de la torre de Gazeau. Haré sin embargo todo lo posible por coordinar mis recuerdos y trasladarlos fielmente á mi narración.

Era una tarde de estío, cuando al regresar de una cacería de pájaros, á la cual me habian acompañado muchos jóvenes aldeanos, pasé por primera vez por delante de la torre de Gazeau. Tenía yo entonces cerca de trece años; era el mayor y el más fuerte de entre todos mis compañeros, y ejercía además sobre ellos el ascendiente de mis prerrogativas señoriales. Reinaba entre nosotros cierta mezcla de familiaridad y etiqueta bastante extraña y ridícula. Algunas veces, cuando el ardor de la caza ó el cansancio del día les dominaba más que yo, me veia en la necesidad de acomodarme á sus consejos, si bien procuraba siempre ceder á tiempo, como lo hacen los déspotas, á fin de que no parezca nunca que ceden á la necesidad; ademas yo tenía siempre el desquite en la mano, y les veia pronto temblar ante el odioso nombre de mi familia.

La noche se echaba encima, y marchábamos alegremente, silbando, derribando al suelo, á pedradas, la fruta de algunos árboles silvestres é imitando el canto de los pájaros, cuando el que marchaba delante se paró de repente, y volviendo atrás, dijo que

aunque le hicieran pedazos no pasaría por el sendero de la torre de Gazeau, y que iba á atravesar el bosque. Este parecer fué acogido por dos de nosotros, pero no faltó quien hiciera la objeción de que era muy fácil perderse si se abandonaba el sendero, añadiendo para reforzar el argumento que estaba próxima la noche y que había muchos lobos.—¡Vamos, canalla! exclamé con tono de príncipe empujando al guia, sigue el sendero y déjanos en paz con tus majaderias. —¡Si, majaderías! replicó el muchacho, acabó de ver al hechicero que echa conjuros desde su puerta, y no tengo ganas de estar con calentura todo el año. —¡Bah! dijo otro, no es malo con todo el mundo; no hace daño á los niños; y sobre todo, ¿tenemos más que pasar muy tranquilamente sin decirle nada? ¿Qué quereis que nos haga?—Eso estaría bien, replicó el primero, si viniéramos solos... pero viniendo con nosotros monsieur Bernardo, podemos estar seguros de sufrir un maleficio.—¿Qué quieres decir, imbécil? exclamé yo levantando el puño.—Yo no tengo la culpa, Monseñor, replicó el niño. Ese viejo miserable aborrece á los señores, y ha dicho que queria ver colgados de un mismo árbol á Mr. Tristan y á todos sus hijos.—¿Ha dicho eso? Bueno, repliqué yo, avancemos, y vereis. El que me quiera que me siga; el que me abandone será un cobarde.

Dos de mis compañeros se dejaron arrastrar por la vanidad. Todos los demás aparentaron imitarles, pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á los cuatro pasos huyeron ocultándose en el monte, y yo continué orgullosamente mi camino, escoltado por mis dos acólitos. El niño Silvano, que iba delante, se quitó el sombrero desde lejos en cuanto vió á Paciencia, y cuando nos hallamos enfrente de él, aunque tenía la cabeza baja, y parecía no reparar en nosotros, el niño, sobrecogido de terror, le dijo con voz trémula:

—Buenas tardes, maese Paciencia.

El hechicero, saliendo de su meditación, tembló como un hombre que se despierta, y no sin cierta emoción vi su rostro atezado y medio cubierto por una espesa barba blanca. Su gran cabeza estaba enteramente calva, y la desnudez de la frente contrastaba con el espesor de sus cejas, bajo las cuales sus ojos hundidos profundamente en las órbitas despedían un brillo como el que aparece al fin del estío detras del pálido follaje. Su estatura era pequeña, pero sus espaldas anchas y su musculatura de gladiador. Estaba cubierto de harapos orgullosamente sucios. Su figura era acentuada y ordinaria como la de Sócrates, y me era imposible distinguir si el fuego del genio brillaba en sus facciones tan fuertemente pronunciadas. El efecto que me causó podía compararse al que hubiera producido en mi la vista de una fiera ó de un animal inmundo. Un sentimiento de ódio se apoderó de mí, y resuelto á vengar la afrenta hecha por él á mi apellido, puse una piedra en mi

honda, y sin otro preliminar la lancé con vigor.

En el momento de partir la piedra, Paciencia estaba contestando al saludo del niño. Buenas tardes, niños, nos decía, que Dios sea con vosotros... cuando la piedra silbó junto á su oido y fué á herir á un mochuelo domesticado que hacía las delicias de Paciencia, y principiaba á despertarse con la noche en la yedra que coronaba la puerta. El mochuelo lanzó un agudo graznido y cayó ensangrentado á los pies de su amo, que le contestó con un rugido, inmóvil de sorpresa y de furor durante algunos segundos. En seguida cogiendo de repente á la víctima palpitante por las patas la levantó del suelo, y viniendo á nuestro encuentro exclamó con voz atronadora: ¿Quién es el desgraciado de entre vosotros que ha lanzado esa piedra? El compañero nuestro que marchaba el último huyó con la rapidez del viento; pero Silvano, cogido por la vigorosa mano del hechicero, hincó las dos rodillas en tierra jurando por la Virgen Santísima que estaba inocente de la muerte del pájaro. Confieso que me se pasaron muy buenas ganas de dejarle salir de su atolladero como mejor pudiera y meterme en el bosque, pues había creído que iba á ver un viejo titiritero decrépito, y no á caer en las manos de un enemigo robusto; pero el orgullo me contuvo.

—Si eres tú, decía Paciencia á mi compañero que templaba de pies á cabeza, desgraciado de tí, porque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eres un niño malo, y serás también mal hombre. Has cometido una acción infame, pues has cifrado tu placer en atormentar á un viejo que jamás te ha ofendido y la has cometido con perfidia y cobardía y disimulando y dándole las buenas tardes con política. Eres un embustero, un infame; me has arrancado mi única sociedad, mi única riqueza, te has regocijado en el mal. Preservete Dios de vivir, si has de continuar así!

—O maese Paciencia, exclamaba el niño juntando las manos, no me maldigais, no me hechiceis, no me pongais enfermo, pues no he sido yo. Castigueme Dios si no os digo la verdad!...

—Si no has sido tú, será este otro, dijo Paciencia cogiéndome por el cuello de la camisa y sacudiéndome como un arbolillo que se va á arrancar.

—Si, yo hé sido, contesté con altivez, y si quereis saber mi nombre, sabed que me llaman Bernardo Mauprat, y que un villano que toca á un hidalgo merece la muerte.

—¿La muerte? tú, tú me darás la muerte, Mauprat! exclamó el anciano petrificado de sorpresa é indignación; y que sería entonces Dios, si un gusarapo como tú tuviese el derecho de amenazar á un hombre de mi edad! ¡La muerte! ¡ah! si, eres un Mauprat; bien se conoce la casta de que desciendes, ¡perro maldito! Habla de dar la muerte y apenas ha nacido! ¡La muerte! ¡Ah lobezno! ¿Ignoras, miserable, que tú eres

quien merece la muerte, no por lo que acabas de hacer, sino por ser hijo de tu padre y sobrino de tus tios? ¡Ah! me alegro mucho de tener á un Mauprat en la palma de la mano para ver si un pícaro hidalgo pesa tanto como un cristiano, y al mismo tiempo me levantaba del suelo como lo hubiera hecho con una liebre. Niño, dijo á mi compañero, vète á tu casa y nada temas. Paciencia no se enfada contra sus semejantes, y perdona á sus hermanos, porque sus hermanos son ignorantes como él, y no saben lo que hacen; pero un Mauprat sabe leer y escribir, y por lo mismo es más pícaro. Vète..... pero no espero, quiero que una vez en tu vida veas á un hidalgo recibir azotes de la mano de un villano. Vas á ver esto, y te pido que no lo olvides, niño, y que lo cuentes á tus padres.

Yo estaba pálido de cólera, mis dientes chocaban unos con otros, hice una resistencia desesperada, pero nada conseguí; porque Paciencia, con espantosa sangre fria, me ató á un árbol con unos juncos. Si hubiera querido doblegarme como á una débil planta, le habría bastado descargar su callosa mano sobre mi cabeza, sin embargo de que yo era demasiado vigoroso para mi edad. Paciencia colgó de una rama el mochuelo encima de mi cabeza, y la sangre del pájaro goteando sobre mi me extremecía de horror; porque aunque aquello no fuese más que un castigo generalmente usado con los perros que muerden la

caza, mi cerebro, turbado por la rabia, por la desesperación y por los gritos de mi compañero, principiaba á creer en algun horroroso maleficio, y creo que hubiera sido menos castigo para mi el haberme convertido en mochuelo que el que sufrí con la corrección que me impuso. En vano le amenacé, en vano hice terribles juramentos de venganza, en vano mi compañero se puso de hinojos repitiendo con acento dolorido: «Maese Paciencia, por el amor de Dios, por el amor de vos mismo, no le hagais mal porque los Mauprat os matarán.» El anciano se echó á reir encogiéndose de hombros y armándose de un manojo de ramas de acebo me azotó, aunque debo confesar que de una manera mas humillante que cruel, pues apenas vió correr algunas gotas de mi sangre, se detuvo, arrojó las disciplinas, y hasta observé una repentina alteración en sus facciones y en su voz, como si se hubiera arrepentido de su severidad.—Mauprat, me dijo cruzando sus brazos sobre su pecho, y mirándome de hito en hito, ya estais castigado é insultado, hidalguillo mio, esto me basta.

Ya veis que podría impediros que volvieseis á hacer más daño, quitandoos la vida de un puñetazo y enterrándoos bajo la piedra de mi puerta. ¿A quién se le había de ocurrir venir á buscar al hijo de un noble á la casa del humilde y plebeyo Paciencia? Pero ya veis que no me gusta la venganza, pues al primer grito de dolor que habeis exhalado, he depuesto mi

resentimiento. No hallo placer en hacer sufrir, porque no soy un Mauprat. Queria solo que aprendieseis por vos mismo lo que es ser victima; ¡ojalá que esta lección os sirva de escarmiento y os enseñe á aborrecer el oficio de verdugo hereditario en vuestra familia! Buenas noches, podeis retiraros, seguro de que no os tengo rencor, puesto que la justicia de Dios queda satisfecha. Decid á vuestros tios que vengan á asarme, yo les aseguro que comerán una carne que cobrará vida en su garganta, para ahogarlos.

Diciendo así volvió á coger su mochuelo muerto y contemplándolo con tristeza, dijo: El hijo de un villano no hubiera hecho esto, porque de esta manera solo se divierten los hidalgos. Y retirándose hácia su puerta, lanzó la exclamación que se le escapaba en los trances mas funestos y que había dado orígen al sobrenombre que llevaba. Paciencia, Paciencia!.. exclamó. Segun las viejas crédulas era esta exclamación una fórmula cabalista en su boca, y siempre que se le había oido pronunciarla, había sucedido alguna desgracia á la persona que le había ofendido. Silvano se persignó para conjurar al mal espíritu. La terrible palabra resonó bajo la bóveda de la torre donde Paciencia acababa de entrar cerrándose en seguida la puerta con espantoso estruendo.

Dióse mi compañero tanta prisa á huir que por poco me deja allí sin tomarse tiempo para desatarme; luego que lo verificó me dijo:—Haced por Dios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la señal de la cruz, si no quereis que seamos hechizados y comidos por los lobos al retirarnos, ó tal vez por la *gran fiera*.¡Imbecil! le contesté; si caes en la mala tentación de decir á nadie, cualquiera que sea, lo que acaba de sucedernos, te ahogo. ¡Ay! señor, como quereis que no lo diga, me replicó con cierta mezcla de ingenuidad y de malicia, cuando el hechicero me ha mandado que lo diga á mis padres? Levanté el brazo para castigarle, pero me faltó la fuerza. Estaba sofocado de rabia por el tratamiento que acababa desufrir, caí casi desmayado, y Silvano aprovechó esta coyuntura para huir.

Cuando volví en mí me hallé solo; no conocía esta parte de la Varenne, pues jamás habia venido á ella y estaba horriblemente desierta. En todo el dia no habia cesado de ver huellas de lobos y jabalíes en la arena. La noche encapotaba completamente el cielo; quedábanme todavía dos leguas que andar para llegar á la Roca de Mauprat. Las puertas estarían cerradas y el puente levantado; y si no llegaba antes de las nueve, seria recibido á arcabuzazos. Podía apostarse ciento contra uno, á que no conociendo, como no conocia yo el camino, me sería imposible andar dos leguas en una hora. Sin embargo, hubiera preferido sufrir mil muertes á pedir asilo al habitante de la torre de Gazeau, aunque de buen grado me lo hubiese concedido. Mi orgullo estaba más lacerado que mi carne

Díme á correr á la ventura y con toda la velocidad que podía. El sendero formaba mil recodos y revueltas, cruzándolo otros mil senderos á cada paso. Llegué á la llanura atravesando una dehesa cerrada con un vallado, donde desaparecía todo rastro de sendero. Me aventuré á saltar el vallado y caí en un campo. La noche era obscurísima, pero aunque hubiese sido de dia, no habia medio de orientarse al través de heredades encajonadas entre escarpas herizadas de espinos. En fin, hallé natorrales, en seguida bosques, y volvióse á apoderar de mí el terror que parecía un tanto calmado, porque, lo confieso, tenía un miedo cerval al caminar por sitios para mí desconocidos, y en medio de la espantosa obscuridad de la noche. Adiestrado en la bravura como un perro en la caza, desplegaba toda mi presencia de ánimo delante de otros, pues movido solo por la vanidad, era atrevido cuando tenía espectadores; pero entregado á mí mismo en la obscuridad de la noche, estenuado de cansancio y de hambre, aunque no tenía ganas de comer, trastonado por las emociones que acababa de esperimentar, seguro de que al entrar me castigarian mis tios de la manera cruel que acostumbraban, y sinembargo, tan deseoso de entrar en le Roca de Mauprat, como si fuese á encontrar en ella el Paraiso, anduve errante hasta el amanecer, lleno de tristes presentimientos y en un estado de aflicción imposiblede describir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas de una vez vinieron á herir mis oidos y helar mi sangre en mis venas los ahullidos de los lobos, que por fortuna resonaban á lo lejos; y como si en la realidad no hubiese sido bastante precaria mi posición mi imaginación afectada se empeñaba en hacerla mas penosa presentándome mil imágenes fantásticas. Paciencia pasaba por un *domador de lobos*. Bien sabeis que esta es una especialidad cabalística acreditada en todo pais. Imaginábame, pues, ver á aquel diabólico viejecillo escoltado por su hambrienta banda y disfrazado él mismo con la piel de un lobo, persiguiéndome por los montes. Muchas veces cruzaron los conejos por entre mis piernas, y sobrecojido de terror estuve á punto de caer de espaldas. Allí, como estaba seguro de que nadie me veia; me persignaba muchas veces, pues aunque hacia alarde de incredulidad, tenia realmente en el fondo del alma todas las supersticiones del miedo.

Por fin, llegué á la Roca de Mauprat con el dia. Dentro de un foso esperé á que abrieran las puertas, y pude deslizarme hasta mi cuarto sin que nadie me viese. Como no era precisamente una ternura asidua la que velaba por mí, no fué notada mi ausencia durante la noche, en términos que hice creer á mi tio Juan á quien encontré en una escalera, que acababa de levantarme, y habiéndome salido bien esta estratajema, me retiré á dormir al pajar, como sitio más á propósito y seguro en aquellas horas.

V

No teniendo ya nada que temer por mí mismo, me hubiera sido fácil vengarme de mi enemigo; todo me convidaba á ello. Las palabras injuriosas que había proferido contra mi familia, hubieran bastado sin necesidad de invocar el ultraje hecho á mi persona, y que me repugnaba confesar. No tenía, pues, más que decir una palabra, y siete Mauprat hubieran estado á caballo al cabo de un cuarto de hora, contentos de poder hacer un ejemplar, maltratando á un hombre que no les pagaba tributo alguno, y que no les hubiera parecido bueno sino para colgarlo intimidando á los demás. Pero no se por qué sentí cierta invencible repugnancia á pedir venganza á ocho hombres contra uno solo. En el momento de poner en ejecución mi proyecto, pues lo había concebido en el exceso de mi cólera, fuí contenido por no se que instinto de honradez que no conocia, y que no pude explicarme á mí mismo. Además las palabras de Paciencia habían hecho tal vez nacer en mí, sin saberlo, un sentimiento de vergüenza saludable. Tal vez sus justas maldiciones contra los nobles me habían hecho entrever alguna idea de justicia. Tal vez en fin, lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que hasta entonces había considerado en mí mismo como movimientos de debilidad y lástima, principió desde entonces á parecerme más grave y menos despreciable.

Sea de esto lo que quiera, guardé silencio y me contenté con apalear á Silvano para castigarle por haberme abandonado, y para obligarle á que callara mi mala aventura.

Este amargo recuerdo estaba ya aletargado, cuando hácia fines del otoño sucedióme estar batiendo los montes con Silvano, quien, á pesar de mis brutalidades, me tenía tal adhesión, que siempre que salía del castillo se venía detrás de mí, y me defendía contra todos sus compañeros, sosteniendo que yo no era malo sino un poco vivo de genio. Las almas sencillas y resignadas del pueblo son las que mantienen el orgullo y la rudeza de los grandes. Estábamos, pues, cazando alondras con lazo, cuando mi paje, que hurroneaba siempre en la vanguardia, vino hácia mí muy azorado, diciendo: *Acabo de ver al domador de lobos con el cazador de topos.*

Este aviso me estremeció de piés á cabeza. Sin embargo sentí también hacer su reacción, en mi alma al resentimiento, y marché derecho al encuentro de mi hechicero, algo tranquilo quizás también por la presencia de su compañero, que era uno de los avecindados en la Roca de Mauprat y del cual esperaba sumisión y ayuda.

Marcasse, llamado *cazador de topos*, ejercía la profesión de limpiar de garduñas, comadrejas, ratones y demás animales nocivos las habitaciones y los campos de la comarca.

No limitaba á Berri los beneficios de su industria; todos los años hacía sus espediciones á la Marca, el Limosin y Santonge, recorriendo solo y á pie todos los lugares donde eran apreciados sus talentos, bien recibido en todas partes, así en los castillos y palacios, como en las cabañas, por su oficio era hereditario en su familia y lo desempeñaba con buen éxito y probidad; en el día lo ejercen todavía sus descendientes. Así es que regular y uniforme en su viaje como la tierra en su rotación, veíasele aparecer en época fija en los mismos lugares por donde había pasado el año precedente, siempre acompañado del mismo perrito y de la misma larga espada.

Este personaje era también curioso y más cómico en su género que el hechicero Paciencia. Era un hombre bilioso y melancólico, alto, seco, anguloso, lleno de lentitud, de majestad y de reflexión en todas sus maneras. Era tan poco aficionado á hablar, que contestaba siempre á todas las preguntas con monosílabos; sin embargo, jamás se separaba de las reglas de la más austera política, y pocas palabras decía sin que levantase la mano hácia el ala de su sombrero en señal de reverencia y cultura. Era así por carácter? ó bien en su oficio ambulante, le inspiraba esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prudente reserva el temor de enajenarse algunos de sus numerosos parroquianos con palabras inconsideradas? Nadie lo sabía. No había casa que no se le franqueara; por el día tenía la llave de todos los graneros y por la noche un sitio en el hogar de todas las cocinas. Sabía todo lo que pasaba en el interior de las familias, porque su carácter pensativo y reservado inspiraba la mayor confianza en términos que nadie se recataba de hablar en su presencia, y sin embargo jamás sucedió que contase en una casa lo que había visto ú oido en otra.

Si quereis saber como este hombre había llamado mi atención, os diré que había sido testigo de los esfuerzos de mis tíos y de mi abuelo para hacerle hablar, pues esperaban averiguar por su conducto lo que pasaba en el castillo de San Severo habitado por Huberto Mauprat, que era el objeto de su ódio y envidia. Aunque Don Marcasse (se llamaba el *don* por tener todo el continente y altivez de un hidalgo arruinado), aunque D. Marcasse era impenetrable sobre este particular como sobre todos los demás, los Mauprat *Corta-Piernas* no dejaban de halagarle cada vez más con la esperanza de obtener de él alguna cosa relativa á Mauprat *Rompe-Cabeza*.

Nadie, pues, podía saber los sentimientos de Marcasse sobre cualquiera cosa que fuese; lo más seguro hubiera sido suponer que no se tomaba el trabajo de tener ninguno. Sin embargo, el atractivo que al

parecer ejercía sobre Paciencia, que hasta le acompañaba durante muchas semanas en sus viajes, daba márgen á pensar que su aire misterioso encerraba algún sortilegio, y que no era solamente la longitud de su espada y la destreza de su perro las que causaban tan maravillosa destrucción de topos y comadrejas. Corrían sordos rumores de ciertas yerbas encantadas, por medio de las cuales hacía salir de sus agujeros á esos animales dañinos para cogerlos en el lazo; pero como se reportaba un bien de esta mágia, nadie pensó en calificarla de crimen.

No sé si habeis asistido á este género de caza, muy curiosa por cierto, sobre todo en los graneros, donde el hombre y el perro trepan y corren con un aplomo y agilidad sorprendentes. El perro olfatea los agujeros de las paredes, y haciendo el oficio de gato, se pone en acecho y vigila en su emboscada hasta que la *pieza* sale á entregarse al espadón del cazador. Os aseguro que este espectáculo es tan singular como divertido.

En cuanto percibí á Marcasse, creí poder desafiar al hechicero, y me aproximé atrevidamente. Silvano me miraba con asombro, y observé que el mismo Paciencia no esperaba tanta audacia. Aparenté llegarme á Marcasse y hablarle, á fin de insultar á mi enemigo, pero éste, separando suavemente al cazador de topos y poniendo su pesada mano sobre mi cabeza, me dijo muy tranquilamente:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Habeis crecido mucho de algún tiempo á esta parte, amigo mio.

El rubor me encendió el rostro, y retrocediendo con desden:

—Mirad lo que haceis, villano, le dije; deberíais acordaros de que si teneis todavía vuestras dos orejas, lo debeis solo á mi bondad.

—¡Mis dos orejas! dijo Paciencia con cierta sonrisa irónica; y aludiendo al sobrenombre de mi familia, añadió: ¿quereis decir sin duda mis dos piernas? *Paciencia, ¡paciencia!* tal vez no esté lejano el tiempo en que los villanos corten á los nobles, no las piernas ni las orejas, sino la cabeza y la bolsa...

—Callaos, maese Paciencia, dijo el cazador de topos con tono solemne; no hablais como filósofo.

—Tienes razón, replicó el hechicero, y en verdad que no sé por qué reprendo á este mozo, cuando podia haber hecho que sus tíos me tostáran por haberle azotado el verano último por una diablura que me hizo: ignoro lo que ha sucedido en la familia, pero los Mauprat han perdido una buena ocasión de hacer mal al prójimo.

—Tened presente, villano, le contesté yo, que un noble se venga siempre noblemente, y no he querido castigar mis injurias valiéndome de personas más fuertes que vos; pero esperad dos años, y os prometo colgaros con mis propias manos de cierto árbol que reconoceré muy bien, y que está delante de la puerta de la torre de Gazeau. Si no lo hago, quiero dejar de ser caballero; si os perdono, consiento en que me llamen cazador de lobos.

Paciencia se sonrió, y poniéndose sério de repente, fijó en mí aquella mirada profunda que hacia su fisonomia tan notable. Volviéndose después al cazador de comadrejas:—Es singular, dijo, lo que se observa en esa raza. Veis al noble más ruin mostrar en ciertas cosas más entereza que el más valiente de entre nosotros. ¡Ah! esto es muy sencillo, añadió hablando consigo mismo, se les educa así, y á nosotros se nos dice que nacemos para obedecer... *Paciencia!* Guardó por un instante silencio, y en seguida, saliendo de su meditación me dijo con tono de afabilidad algo burlona:—Quereis ahorcarme, monseñor *Paja de heno*? Comed, pues, mucha sopa, porque todavía no sois bastante alto para alcanzar á la rama que ha de sostenerme; y hasta entonces... pasará tal vez bajo el puente mucha agua que ignorais á lo que sabe.

—Mal dicho, mal dicho, dijo el cazador de topos con aire grave; ea, haya paz. Mr. Bernardo, perdonad á Paciencia; es un viejo, un viejo loco.

—No, no, dijo Paciencia, quiero que me ahorque; tiene razón, es justo que me pague lo que me debe; y tal vez llegue esto más pronto que todo lo demás. No os dáis demasiada prisa en crecer, pues yo me la doy en envejecer más de lo que quisiera, y puesto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que tan valiente sois, no habréis de querer atacar á un hombre que no podría ya defenderse.

—Buena me parece la reflexión, contesté; pero no la tuvistéis muy presente cuando usásteis de vuestra fuerza conmigo. Decid, ¿no fué una insigne cobardía emplear la violencia contra quien no podía defenderse?

Paciencia hizo un ademán de sorpresa.—¡Oh, los niños, los niños! dijo, luego dirán que no discurren. La verdad está en la boca de los niños. Y se alejó meditando y dirigiéndose sentencias á sí mismo, según su costumbre. Marcasse se quitó su sombrero y me dijo con tono impasible: Cuando os agravien, perdonad, nada hay en el mundo que valga más que la paz.

Desaparecieron ambos, y aquí cesaron mis relaciones con Paciencia, las cuales hasta mucho tiempo después no volvieron á renovarse.

VI.

Tenía yo quince años cuando murió mi abuelo: su muerte no causó dolor, sino una verdadera consternación en la Roca de Mauprat, porque él era el alma de todos los vicios que allí reinaban, y es cierto que había en él alguna cosa de más cruel y de menos

vil que en sus hijos. Apenas faltó él, eclipsóse la especie de gloria que su audacia nos había adquirido. Sus hijos, hasta entonces muy disciplinados, dieron rienda suelta á sus pasiones, entregándose á la embriaguez y á toda clase de desórdenes. Además las expediciones fueron cada día más peligrosas.

Exceptuando el reducido número de leales á quienes tratábamos bien, y que nos eran enteramente adictos, cada día nos veíamos más aislados y con menos recursos. De resultas de nuestras violencias había quedado abandonado todo el país de las inmediaciones. El terror que inspirábamos, aumentaba más y más el desierto alrededor de nosotros. Era menester ir lejos y aventurarse hasta los confines del llano, donde no teníamos superioridad, y mi tío Lorenzo, el más osado de todos, fué gravemente herido en una escaramuza. Preciso fué buscar otros recursos. Juan los sugirió, proponiendo que nos deslizáramos en las ferias bajo diferentes disfraces y que allí cometeríamos robos de industria. De bandidos pasamos á ser rateros, envileciendo cada vez más nuestro nombre, ya demasiado aborrecido. Establecimos relaciones íntimas con la gente más perdida que abrigaba la provincia, y por un cambio de servicios fraudulentos, pudimos salvarnos otra vez de la miseria.

Digo *pudimos*, porque yo principiaba á formar parte de aquella cuadrilla de Corta-piernas, cuando falleció mi abuelo. Cediendo á mis súplicas, me había aso-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que tan valiente sois, no habréis de querer atacar á un hombre que no podría ya defenderse.

—Buena me parece la reflexión, contesté; pero no la tuvistéis muy presente cuando usásteis de vuestra fuerza conmigo. Decid, ¿no fué una insigne cobardía emplear la violencia contra quien no podía defenderse?

Paciencia hizo un ademán de sorpresa.—¡Oh, los niños, los niños! dijo, luego dirán que no discurren. La verdad está en la boca de los niños. Y se alejó meditando y dirigiéndose sentencias á sí mismo, según su costumbre. Marcasse se quitó su sombrero y me dijo con tono impasible: Cuando os agravien, perdonad, nada hay en el mundo que valga más que la paz.

Desaparecieron ambos, y aquí cesaron mis relaciones con Paciencia, las cuales hasta mucho tiempo después no volvieron á renovarse.

VI.

Tenía yo quince años cuando murió mi abuelo: su muerte no causó dolor, sino una verdadera consternación en la Roca de Mauprat, porque él era el alma de todos los vicios que allí reinaban, y es cierto que había en él alguna cosa de más cruel y de menos

vil que en sus hijos. Apenas faltó él, eclipsóse la especie de gloria que su audacia nos había adquirido. Sus hijos, hasta entonces muy disciplinados, dieron rienda suelta á sus pasiones, entregándose á la embriaguez y á toda clase de desórdenes. Además las expediciones fueron cada día más peligrosas.

Exceptuando el reducido número de leales á quienes tratábamos bien, y que nos eran enteramente adictos, cada día nos veíamos más aislados y con menos recursos. De resultas de nuestras violencias había quedado abandonado todo el país de las inmediaciones. El terror que inspirábamos, aumentaba más y más el desierto alrededor de nosotros. Era menester ir lejos y aventurarse hasta los confines del llano, donde no teníamos superioridad, y mi tío Lorenzo, el más osado de todos, fué gravemente herido en una escaramuza. Preciso fué buscar otros recursos. Juan los sugirió, proponiendo que nos deslizáramos en las ferias bajo diferentes disfraces y que allí cometeríamos robos de industria. De bandidos pasamos á ser rateros, envileciendo cada vez más nuestro nombre, ya demasiado aborrecido. Establecimos relaciones íntimas con la gente más perdida que abrigaba la provincia, y por un cambio de servicios fraudulentos, pudimos salvarnos otra vez de la miseria.

Digo *pudimos*, porque yo principiaba á formar parte de aquella cuadrilla de Corta-piernas, cuando falleció mi abuelo. Cediendo á mis súplicas, me había aso-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciado á él en algunas de las últimas escursiones que intentó. Sin que trate de alegaros escusa alguna, debo deciros que teneis delante á un hombre que ha hecho el oficio de bandido. Este es un recuerdo que no me deja más remordimiento que el que tiene un soldado después de haber hecho la campaña bajo las órdenes de su general. Creia vivir entonces en la edad media. La fuerza y la sabiduría de las leyes eran para mi palabras vacías de sentido. Sentíame valiente y vigoroso. Me batía como el primero; verdad es que los resultados de nuestras victorias me ruborizaban frecuentemente; pero como no me aprovechaba de ellos, me lavaba las manos, y acuérdome con placer de haber ayudado á más de una víctima derribada á levantarse y huir.

Esta existencia me aturdía por su actividad, sus peligros y sus fatigas, arrancándome de las dolorosas reflexiones que hubieran podido nacer en mí, y sustrayéndome ademas á la tiranía inmediata de Juan. Pero cuando espiró mi abuelo, y se degradó nuestra cuadrilla con otro género de empresas, volví á caer bajo su odiosa dominación. Nada apropósito era yo para la mentira y el fraude, mostrando no solamente aversión sino absoluta incapacidad para esta nueva industria.

Fuí considerado como un miembro inútil y volvieron á principiar los malos tratamientos. Indudablemente me hubieran expulsado, si no hubiesen temido

que, reconciliándome con la sociedad, llegase á ser un enemigo peligroso. En esta alternativa de conservarme en la cuadrilla, y el temor del daño que pudiera hacerla fuera de ella, se decidió muchas veces, segun he sabido despues, que se buscaría un pretexto cualquiera de disputa para obligarme á una riña en la que pudieran deshacerse de mí. Este era el parecer de Juan; pero Antonio, que era el que menos había perdido la energía y la especie de equidad doméstica de Tristán, opinó y probó que era yo más útil que perjudicial, pues además de ser buen soldado, y ocasiones vendrían en que habría necesidad de brazos, podía también adiestrarme en la estafa, siendo todavía muy jóven é ignorante. Y si Juan quería atraerme por medio de la dulzura, hacer mi suerte menos desgraciada y sobre todo ilustrarme sobre mi verdadera situación, haciéndome ver que estaba perdido para la sociedad y que no podía presentarme en ella sin ser ahorcado inmediatamente, tal vez mi obstinación y mi orgullo cederían ante el bienestar por una parte y la necesidad por otra. A lo menos convenía intentarlo antes de desembarazarse de mí, porque, decía Antonio para concluir su homilía:—Nosotros éramos diez Mauprat el año pasado, nuestro padre ha muerto, y si matamos á Bernardo no quedaremos más que ocho.

Este argumento debió convencerle, porque me sacó de la especie de calabozo donde me consumía hacía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ya muchos meses; me dió un vestido nuevo, cambió mi fusil viejo por una hermosa carabina que yo habia deseado siempre; me hizo el relato de mi situación en el mundo y me dió á beber de su mejor vino en las comidas: yo prometí reflexionar y entretanto me embrutecí un poco más en la inacción y en la embriaguez que no habia experimentado mientras fuí bandido.

Sin embargo, mi cautiverio dejó en mi alma tan tristes impresiones, que juré, allá á mis solas, exponerme á todo lo que pudiera sobrevenirme en las tierras del Rey de Francia, antes que soportar otra vez aquellos males tratamientos. Un pícaro puntillo de honor me retenía solamente en la Roca de Mauprat. Era evidente que la tempestad amagaba nuestras cabezas.

Nuestros vasallos estaban descontentos, á pesar de todo lo que hacíamos para conservarlos adictos á nosotros; doctrinas de independencia penetraban sordamente entre ellos; nuestros más fieles servidores se cansaban de tener el vino y los víveres en abundancia, pedian dinero y nosotros no le teníamos.

Se nos habían hecho ya seriamente muchas intimaciones para que pagásemos al Estado, los impuestos del feudo; y nuestros acreedores, uniéndose á las gentes del Rey y á los vasallos rebelados, nos amenazaban con una catástrofe semejante á la de

que el Sr. de Pleumartin acababa de ser víctima en el país (1).

Largo tiempo hacía que mis tíos tenían proyectado asociarse á los robos y á las resistencias de este furioso hidalgo. Pero en el momento, en que, próximo á caer bajo el poder de sus enemigos, nos había dado su palabra de acogernos como amigos y aliados, si marchábamos á su socorro, supimos su caida y su fin trágico. Estábamos, pues, á todas horas en guardia; era preciso abandonar el país ó atravesar una crisis decisiva. Los unos aconsejaban el primer partido; los otros se obstinaban en seguir el consejo que les había dado su padre en los últimos momentos de su vida, y en enterrarse bajo las ruinas del castillo. Trataban de cobardía y traición toda idea de fuga ó acomodamiento. El temor de incurrir en semejante reconvención, y tal vez también el amor instintivo al peligro, me sujetaban todavía; pero mi aversión á esta existencia odiosa dormitaba dentro de mí, siempre dispuesta á estallar violentamente.

(1) El Sr. de Pleumartin ha dejado en el país recuerdos que preservarán la historia de Mauprat de la nota de exajeración. La pluma se resiste á trazar las feroces obscenidades y los refinamientos de tortura que marcaron la vida de este insensato y que perpetuaron las tradiciones del salteamiento feudal en la provincia de Berri hasta los últimos dias de la antigua monarquía. Púsose sitio á su castillo, y después de una obstinada resistencia cayó Pleumartin prisionero y fué ahorcado.

Una noche en que habíamos cenado opíparamente, nos quedamos de sobremesa, entretenidos en beber y conversar, ¡sabe Dios en qué términos y sobre qué puntos! Hacía un temporal horroroso, el agua caía sobre el pavimento de la sala penetrando por las ventanas desunidas y la tempestad conmovía las ya viejas paredes. El viento de la noche silbaba por entre las grietas de la bóveda y hacía ondular la llama de nuestras antorchas de resina. Durante la cena se habían todos burlado grandemente de lo que llamaban mi virtud, tratando mi aspereza para con las mujeres de continencia, y sobre este particular era sobre lo que mas insistían sin duda para ofender mi amor propio.

Como al defenderme de estas bromas groseras á las que contestaba en el mismo tono, había bebido sin tasa, inflamóse mi feroz imaginacion y me jacté de ser mas atrevido que ninguno de mis tios con la primera mujer que trajeran á la Roca de Mauprat. El desafío fué aceptado con grandes carcajadas.

Los rujidos de la tempestad contestaron á esta alegría infernal. De repente sonó el clarin en el rastrillo. Todo quedó en silencio. Era la señal de que los Mauprat se servian para llamarse y conocerse. El que ahora pedía entrar era mi tio Lorenzo que había estado ausente todo el dia. Teníamos tantos motivos de desconfianza que nosotros mismos éramos los llaveros y porteros de nuestra fortaleza. Juan se levantó agitando el manojo de llaves; pero quedó inmovil al punto para escuchar el clarin que anunciaba por medio de una segunda tocata, que mi tio traia una presa, y que era preciso salir á su encuentro. En un abrir y cerrar de ojos todos los Mauprat se hallaron en el rastrillo con antorchas, escepto yo, cuya indiferencia era profunda, y las piernas enteramente enervadas con el vino. Si es una mujer, exclamó Antonio al salir, juro por el alma de mi padre que te será adjudicada, valiente mancebo! y veremos si tu audacia corresponde á tus pretensiones. Permanecí con los codos apoyados sobre la mesa, sumergido en un malestar estúpido. Cuándo volvió á abrirse la puerta, vi entrar una mujer de reposado continente y vestida con un traje raro. Necesité hacer un esfuerzo para no caer en una especie de divagación, y para comprender lo que uno de los Mauprat vino á decirme al oido.

En medio de una batida de lobos, en la que habían querido tomar parte muchos señores de las cercanías con sus mujeres, se asustó el caballo de esta jóven y la llevó lejos de la caza. Cuando después de correr cerca de una legua se calmó el fogoso animal, quiso ella volver atrás, pero como no conocía el país de Varenne, no logró otra cosa sino extraviarse completamente. La tempestad y la noche habían puesto el colmo á su embarazosa situación. Al encontrarla Lorenzo la ofreció conducirla al castillo de Rocamora, que

aunque estaba á más de seis leguas de distancia, supuso mi tío que se hallaba muy cerca, titulándose además para mejor engañarla guarda de un coto del mismo. La dama aceptó su oferta. Aunque no conocía á la señora de Rocamora, como era parienta suya, se lisonjeaba de que sería bien recibida. Jamás había visto á ningún Mauprat, y ni remotamente podía pensar que se hallaba tan cerca de su guarida, así es que siguió sin desconfianza á su guía, y como tampoco había visto la Roca de Mauprat ni de cerca ni de lejos, fué introducida en la sala de nuestras orgías sin tener la menor sospecha del lazo en que había caído.

Cuando froté mis entorpecidos y cargados ojos y ví á aquella dama tan jóven y tan hermosa, con un aire de tranquilidad, de franqueza y de recato que jamás había encontrado en la frente de ninguna otra, pues todas las que habían pasado el rastrillo de nuestra fortaleza, habían sido insolentes prostitutas, ó víctimas estúpidas, creí estar soñando.

Había visto hadas figurar en mis leyendas de caballería, y casi creí que Urganda venía á visitarnos para hacer justicia; así es que por un momento tuve intenciones de postrarme de hinojos y protestar contra la sentencia que me pudiera confundir con mis tíos. Antonio, á quien Lorenzo había dado rápidamente la consigna, se acercó á ella con toda la política de que era capaz, y la suplicó que disimulase su vestido de caza y el de sus amigos, quienes, según

él, eran todos sobrinos ó primos de la dama de Rocamora, y esperaban para sentarse, á la mesa, que esta señora que era muy devota, saliese de la capilla donde estaba en piadosa conferencia con su capellan. El aire de candor y de confianza con que la desconocida escuchó esta ridícula mentira, me oprimió el corazón, pero no acerté á darme cuenta de lo que experimentaba.

—No quiero, dijo ella á mi tío Juan, molestar á esa señora; estoy demasiado inquieta por la zozobra que yo misma causo á mi padre y á mis amigos en este momento, para querer detenerme aquí. Decidla que la suplico que me dé un caballo descansado y un guía para volverme hácia el punto donde presumo que pueden haber ido á esperarme.

—Señora, respondió Juan con mucha calma es imposible que os pongáis en camino con el tiempo que hace; además, esto no serviría más que para retardar el momento de reuniros con los que os buscan. Diez de nuestros criados bien montados y armados de antorchas van á partir ahora mismo por diez caminos diferentes, y á recorrer la Varenne en todas direcciones. Es, pues, imposible que en dos horas á lo más no tengan vuestros parientes noticias de vos, y que no los veais llegar pronto aquí, donde serán hospedados del mejor modo posible, tranquilizáos, pues, y tomad algunos cordiales para reponeros, pues estáis mojada y abrumada de fatiga.

—A no ser por la inquietud que experimento, tendría hambre, respondió sonriéndose la dama desconocida. Haré lo posible por tomar un bocado; pero no hagáis nada extraordinario para mí; habéis usado ya de demasiada bondad conmigo para que abuse de ella. Diciendo así se aproximó á la mesa donde yo estaba todavía con los codos apoyados en ella, y tomó una fruta muy cerca de mí sin percibirme. Volvíme á ella y la miré descaradamente con aire brutal. Ella soportó mi mirada con arrogancia; á lo menos así me pareció. Después he sabido que no me veía, porque aunque se esforzaba por parecer tranquila y corresponder con confianza á la hospitalidad que se la daba, hallábase muy turbada con la presencia inesperada de tantos hombres extraños de malas trazas y groseramente vestidos. Sin embargo, no tuvo sospecha alguna, y oí á uno de los Mauprat decir cerca de mí á Juan:—Bueno; todo va bien; ha caido en el lazo; hagámosla beber y hablará.

—Poco á poco, contestó Juan, bueno será que la vigiléis, el asunto es serio, y se trata de algo más que de divertirse: yo voy á celebrar consejo y se os llamará para que digáis vuestro parecer; pero no perdáis de vista á Bernardo.

—¿Qué es eso? dije bruscamente volviéndome hácia él. ¿Pues qué no me pertenece esta muchacha? ¿No han jurado todos por el alma de mi abuelo?...

—¡Diablos! es verdad, dijo Antonio acercándose á

nuestro grupo, mientras que los Mauprat rodeaban á la dama. Escucha, Bernardo, cumpliré mi palabra con una condición.

—¿Cuál?

—Una muy sencilla, hasta dentro de diez minutos no dirás á esta doncella que no está en casa de la señora de Rocamora.

—¿Por quién me tenéis? repliqué calándome el sombrero hasta los ojos. ¿Creeis qué soy un bestia? Aguardad, queréis que vaya á coger el vestido de mi abuela que está allá arriba, y me haga pasar por la vieja devota de Rocamora?

—Magnífica idea, respondió Lorenzo.

—Pero antes de todo tengo que hablaros, replicó Juan, y se los llevó afuera después de haber hecho una seña á los demás.

En el momento de salir todos, creí ver que Juan quería obligar á Antonio á que me vigilara; pero este con una tenacidad que no comprendí, se empeñó en seguirlos, quedando yo sólo con la desconocida. Por un instante permanecí aturdido, lleno de asombro, y más embarazado que satisfecho de mi posición; después procurando explicarme cuanto pasaba de misterioso al rededor de mí, llegué á imaginarme entre los vapores del vino alguna cosa bastante verosímil; pero que sin embargo fué un error completo.

Creí esplicar todo lo que acababa de ver y oir, suponiendo: 1.° que aquella dama tan serena y tan com-

puesta era una de esas hijas de Bohemia que había visto algunas veces en las ferias; 2.° que habiéndola encontrado Lorenzo errante por los campos, la había traído para divertir á la compañía; 3.° que le habrían dicho mi estado de embriaguez fanfarrónica y que la traían para poner mi galantería á prueba, y que me estarían observando por la cerradura de la puerta. Mi primer movimiento, desde que se apoderó de mí esta idea, fué levantarme y dirigirme en derechura á la puerta que cerré muy bien con llave y cerrojo; en seguida me volví á donde estaba la dama, resuelto como estaba á no darle lugar á que se burlara de mi timidez.

Habíase sentado bajo la campana de la chimenea, y como se hallaba ocupada en sacar sus vestidos mojados á inclinada hácia el hogar, no había reparado en lo que yo hacía: pero la expresión extraña de mi rostro la hizo extremecerse cuando me acerqué á ella. Hallábame resuelto á abrazarla para principiar; pero no sé porque prodigio, apenas fijó sus ojos en mí, se me hizo imposible esta familiaridad, y solo tuve valor para decirla:—Pardiez! señorita, sois encantadora, y tan cierto es que me gustais, como que me llamo Bernardo Mauprat.

—¡Bernardo Mauprat! exclamó levantándose, ¿sois vos Bernardo Mauprat? En ese caso mudad de lenguaje y sabed á quien hablais; ¿no os lo han dicho?

—No me lo han dicho, pero lo adivino, respondí

sonriéndome y esforzándome por luchar contra el respeto que su repentina palidez y su actitud imperiosa me inspiraban.

—Si lo adivinais, replicó, ¿cómo es posible que me hableis como lo haceis? Pero bien me habian dicho que estabais mal educado, y sin embargo había deseado siempre encontraros.

—¿De veras? dije sonriéndome, vos, princesa de los caminos reales que habeis conocido tantas gentes en vuestra vida? dejad á mis labios que toquen los vuestros, si os place, hermosa mía, y sabreis si estoy tan bien educado como mis señores tíos á quienes ahora mismo escuchabais.

—¡Vuestros tíos! exclamó cogiendo bruscamente su silla y colocándola entre nosotros como por un instinto de defensa! ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¡no estoy en casa de la señora de Rocamora!—El nombre empieza del mismo modo y somos de tan buena roca como otra cualquiera, dije yo.—La Roca de Mauprat!., murmuró temblando de pies á cabeza como una cierva que oye ahullar á los lobos, y sus labios se pusieron blancos, pintándose el terror en todas sus facciones. Por una involuntaria simpatía temblé yo también, y estuve á punto de mudar repentinamente de modales y de lenguaje. ¿Qué hay pues de sorprendente para ella? me decía á mi mismo: ¿no es una comedía la que está representando? ¿y si los Mauprat no están detrás de alguna escuchándonos, no les contará ella palabra por

palabra todo lo que haya pasado? Y sin embargo, la infeliz temblaba como la hoja de un arbol... Pero... ¿y si es una cómica? Yo he visto una que representaba el papel de Genoveva de Brabante y lloraba en términos que engañaba á cualquiera. Hallábame, pues, en una gran perplejidad y dirijia mis ojos azorados tan pronto hácia ella como hácia las puertas que creia siempre dispuéstas á abrirse de par en par entre las carcajadas de mis tios.

Esta mujer era tan hermosa como el dia. No creo que haya existido jamás una mujer tan linda como ella. No soy yo solamente quien lo atestigua, pues ha dejado una fama de hermosura que todavia no se ha olvidado en el pais. Era de alta estatura, esbelta y notable por la dignidad de sus movimientos. Era blanca con ojos negros y cabellos de ébano. Sus miradas y sonrisa tenian una expresión de bondad y finura, cuya mezcla era incomprensible; parecia que el cielo le habia dado dos almas, una toda de inteligencia y otra toda de sensibilidad.

Naturalmente, alegre y risueña, era un ángel á quien los pesares de la humanidad no habian osado tocar todavía. Nada la habia hecho padecer; nada le habia enseñado la desconfianza y el temor. Aquel era el primer pesar de su vida y yo, bruto de mí, era quien se lo causaba. Teníala por una jitana y era un ángel de pureza.

Aquella hermosa jóven á quien tanto injuriaba era

mi tia, prima hermana de mi padre llamada Edmunda de Mauprat é hija de Mr. Huberto, tio mio y hermano de mi abuelo, á quien llamaban el caballero, y que habia renunciado á la órden de Malta para casarse en edad madura, pues mi tia y yo éramos de la misma edad. Teníamos los dos diez y siete años, con muy pocos meses de diferencia, y aquella era nuestra primera entrevista. La que hubiera debido proteger á costa de mi vida contra todos, estaba allí delante de mí, palpitante y consternada como una víctima delante del verdugo.

Hizo un grande esfuerzo y acercándose á mí que me estaba paseando distraído por la sala, pronunció su nombre y añadió:—Es imposible que seais un infame como todos esos que acabo de ver y cuya vida infernal no ignoro. Sois jóven, vuestra madre era buena y santa Mi padre quiso educaros y adoptaros. Todavia hoy siente no poder sacaros del abismo en que estais sumergido. No habeis recibido muchos mensajes de su parte? Bernardo, sois mi próximo pariente, pensad en los vínculos de la sangre; por qué quereis insultarme? Piensan asesinarme aquí, ó darme tormento? Qué preparan contra mí? Qué es lo que pasa? La palabra espiró en sus lábios, acababa de oirse un arcabuzazo disparado por la parte de afuera, al cual contestó una descarga de la culebrina, y el clarin de alarma conmovió con sus sonidos lúgubres las tristes murallas del castillo.

La señorita de Mauprat cayó sobre la silla, yo permanecí inmóvil, no sabiendo si aquello era una nueva escena de comedia inventada para divertirse de mí, y resolví no inquietarme por aquella alarma, hasta que tuviese una prueba segura de que no era fingida.

—Vamos, la dije aproximándome á ella, convenid en que todo esto es una burla, supone sois la señorita de Mauprat, y queréis saber si soy un aprendiz capaz de hacer el amor.

—Os juro por lo que más améis en la tierra, respondió ella cogiendo mis manos entre las suyas fría como la muerte, que soy Edmunda, vuestra parienta, vuestra prisionera y vuestra amiga; pues siempre me he interesado por vos y he suplicado á mi padre que no os abandonase... Pero escuchad, Bernardo, ¿no es un combate lo que suena allá fuera? ¿No son tiros de fusil los que se oyen? ¿Será mi padre que viene á buscarme y quieren matarle? ¡Ah! exclamó arrodillándose delante de mí, id á impedir semejante atentado, Bernardo, amigo mío! Decid á vuestros tios que respeten á mi padre, al mejor de los hombres; decidles que si nos aborrecen y quieren derramar sangre, que me maten, que me arranquen el corazón, pero que respeten á mi padre!...

Una voz furiosa me llamó desde fuera:—¿Dónde está ese cobarde? ¿Dónde está ese desdichado? decía mi tio Lorenzo. Empujaron la puerta, pero la había

yo cerrado tan bien, que resistió á los terribles sacudimientos con que se quería forzarla. ¡Ese miserable cobarde se entretiene en hacer el amor mientras nos degüellan! Bernardo, la *marechausée* nos ataca, y acaba de matar á vuestro tio Luis. ¡Venid por Dios, venid, Bernardo!

—Lléveos el diablo á todos! exclamé, y perezcáis vos también, si creo una palabra de todo eso; no soy tan tonto como pensais; aquí no hay más cobardes que los que mienten. He jurado que sería mía la primera mujer que trajeran al castillo, y no la volveré sino cuando me plazca.

—Anda al diablo con tu farsa, contestó Lorenzo.

Redobláronse los descargas de mosquetería y oyéronse gritos horrorosos. Lorenzo abandonó la puerta y echó á correr hácia el sitio del alboroto. Su precipitación revelaba tanta verdad que no pude resistir, y arrebatado por la idea de que me tuvieran por cobarde, me precipité hácia la puerta.

—O Bernardo! ó Mr. de Mauprat! exclamó Edmunda siguiéndome, dejadme ir con vos, me arrojaré á los pies de vuestros tios, haré cesar ese combate, les cederé todo lo que poseo, mi vida si la quieren... con tal que respeten la de mi padre.

—Mirad, le dije volviéndome á ella, no puedo saber si soy el blanco de alguna burla. Creo que mis tios están detrás de esa puerta, y que mientras nuestros pícaros criados disparan tiros en el patio, otros tie-

nen hechos los preparativos para mantearme... Vais á hacerme un juramento, y yo os haré otro en cambio. Si sois una princesa errante, y si vencido por vuestras gazmoñerías salgo de este cuarto, juraréis ser mi querida y no consentir á nadie á vuestro lado antes de que yo haya usado de mis derechos, ó de lo contrario, os juro castigaros como he castigado esta mañana á Flora, mi perra manchada. Si sois, Edmunda, y si os juro interponerme entre vuestro padre y los que quieran matarle, ¿qué me prometéis? ¿Qué me juráis?

—Si salvais á mi padre, exclamó, os juro casarme con vos.

—¡Magnífico! le dije, estimulado por su entusiasmo, cuya sublimidad no comprendía. Dadme, pues, una prenda, á fin de que en todo caso no salga de aquí como un tonto; y se dejó abrazar sin oponer resistencia: sus mejillas estaban yertas. Maquinalmente se adhirió á mis pasos, y me vi obligado á rechazarla, y aunque lo verifiqué sin violencia, la infeliz cayó como desmayada. Entonces principié á comprender la realidad de mi situación, porque no había nadie en el corredor, y los rumores de fuera eran cada vez más alarmantes. Ya iba á correr en busca de mis armas, cuando un nuevo impulso de desconfianza, ó tal vez otro sentimiento, me hizo volver atrás y echar la llave á la puerta de la sala donde dejaba á Edmunda. Guardé la llave en mi cinto y me dirigí á las

murallas, armado de mi fusil que cargué corriendo.

Era nada menos que un ataque de la *marechausée* que nada tenía que ver con la señorita de Mauprat. Nuestros acreedores habían logrado auto de prisión contra nosotros, pero batidos y maltrados los agentes de la justicia, habían requerido y obtenido del abogado del Rey en la jurisdicción de Bourges, un mandato de comparecencia, cuya ejecución se confió á la fuerza pública, la cual esperaba apoderarse de nosotros con facilidad por medio de una sorpresa nocturna. Pero nosotros nos hallábamos en mejor estado de defensa de lo que pensában; nuestros hombres de armas eran valientes y estaban bien armados; además nos batíamos por nuestra propia existencia; teníamos el valor de la desesperación, y esto no dejaba de ser una ventaja inmensa. Nuestra tropa ascendía á veinte y cuatro personas; la suya á más de cincuenta soldados. Como unos veinte aldeanos lanzaban piedras sobre los costados, pero dañaban más á los suyos que á nosotros.

El combate fué encarnizado durante media hora, al cabo de la cual aterró de tal modo nuestra resistencia al enemigo, que se replegó y suspendió sus hostilidades; pero pronto volvió á la carga, y fué nuevamente rechazado con importantes pérdidas. Volvieron á suspenderse las hostilidades, y se nos intimó por terceravez la rendición prometiéndonos la vida. An-

tonio Mauprat les contestó con una chanza obscena, y aunque permanecieron indecisos, no se retiraron.

Yo me había batido denodadamente; había cumplido con lo que llamaba mi deber. La tregua se prolongaba. No podíamos ya juzgar la distancia del enemigo, y no nos atreviamos á arriesgar una descarga en la oscuridad, queriendo economizar en lo posible nuestras municiones de guerra. Todos mis tios estaban clavados en las murallas por la incertidumbre de nuevo ataque. Mi tío Luis estaba gravemente herido. Mi prisionera presentóse á mi memoria. Al principio del combate había oido decir á Juan Mauprat, que en caso de derrota era menester ofrecerla con condición de que se había de levantar el sitio ó ahorcarla á vista del enemigo. Ya no podia dudar de la verdad de cuanto ella me había dicho. Cuando la victoria pareció declararse en nuestro favor, olvidaron todos á la cautiva. Solo el astuto Juan se separó de su querida culebrina, que apuntaba con tanto amor, y se deslizó como un gato en las tinieblas. Un impulso de celos increibles se apoderó de mí. Tiré mi fusil y eché á correr detrás de él con el machete en la mano, y resuelto á acuchillarle si llegaba á tocar á la que miraba yo como mi cautiva.

Le ví acercarse á la puerta, intentar abrir la puerta, y mirar con atención por el agujero de la cerradura para asegurarse de que no se le había escapado su presa, pero al oir nuevos disparos de fusilería, volvióse

con la agilidad sorprendente de que estaba dotado y corrió á la muralla. Yo entretanto oculto en la sombra le dejé pasar y no quise seguirle. Otro instinto que el de la carnicería acababa de apoderarse de mí; un rayo de celos había inflamado mis sentidos. El humo de la pólvora, la vista de la sangre, el ruido, el peligro, y muchos vasos de aguardiente bebidos en rueda para conservar la actividad, me habían calentado extraordinariamente la cabeza. Saqué de mi cinto la llave, abrí bruscamente la puerta y cuando me presenté á mi prisionera no era ya el novicio desconfiado y grosero á quien ella había conseguido conmover, sino el feroz bandido de la Roca de Mauprat, mucho más peligroso esta vez que la primera. Al verme Edmunda se lanzó hácia mí con impetuosidad. Abrí mis brazos para recibirla, pero en vez de mostrarse alterada ú ofendida, se arrojó en ellos gritando:—¿Y mi padre?

—Tu padre, la dije abrazándola, no está allí: no se trata de él ni de ti sobre la brecha en este momento. Hemos derribado á una docena de gendarmes, y esto es todo lo que hay. La victoria se declara por nosotros como de costumbre. Así que no tengas cuidado alguno por tu padre, yo por mí maldito lo que me inquieto por las tropas del Rey. Vivamos en paz y festejemos el amor. Hablando así llevé á mis lábios un vaso de vino que había quedado sobre la mesa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero Edmunda me lo quitó de las manos con un aire de autoridad que alentó mi pasión.

—No bebais más, me dijo; pensad en lo que decis. ¿Es cierto lo que habeis dicho? ¿Lo asegurais bajo palabra de honor y por el alma de vuestra madre?

—Todo eso es verdad; lo juro sobre vuestra hermosa boca sonrosada, le respondí tratando de abrazarla nuevamente; pero ella retrocediendo con terror exclamó:

—¡Oh Dios mío! está embriagado! ¡Bernardo! ¡Bernardo! acordaos de lo que habeis prometido; cumplid vuestra palabra. Ahora ya sabeis que soy vuestra parienta, vuestra hermana.

—Vos sois mi querida ó mi mujer, le contesté sin cesar de perseguirla.

—¡Sois un miserable! replicó rechazándome con su látigo. ¿Qué habeis hecho para reclamar derecho alguno sobre mí? ¿Habeis socorrido á mi padre?

—He jurado socorrerle, y lo hubiera hecho si hubiese estado allí, por consiguiente es lo mismo que si lo hubiera hecho. ¿Sabeis que si lo hubiese intentado y hubiese sido desgraciado en mi empresa, no habría habido en la Roca de Mauprat suplicio bastante cruel y lento para castigarme por esta traición? Demasiado alto lo he jurado para que no se me haya oído. ¡Pardiez! no me da ningún cuidado, y poco me importa vivir dos días más ó menos; pero sí me importa el no pasar por un pobre caballero enamorado de quien puede burlarse de él á mansalva. Ea, amadme desde luego, ó si no me vuelvo allá abajo, y si me matan, tanto peor para vos. No tendreis ya caballero, pero en cambio os quedarán siete Mauprat á quienes refrenar, y temo que vuestras manos no sean bastante fuertes para esto, linda paloma mia.

Estas palabras que profería yo á la ventura y sin darle otra importancia que distraerla para apoderarme de sus manos ó de su talle, le causaron una viva impresión. Echó á correr al otro extremo de la sala, é intentó abrir la ventana, pero sus delicadas manos no pudieron mover si quiera la falleba enmohecida. Su tentativa me hizo reir. En seguida juntó las manos con ansiedad y permaneció inmóvil, y mudando de repente la expresión de su rostro, pareció tomar su partido; vino hácia mí con aire risueño y la mano extendida. Estaba tan bella así, que pasó una nube por delante de mis ojos, y por un instante dejé de verla.

Disimuladme una puerilidad. Es menester que os diga cómo estaba vestida. Desde aquella extraña noche no volvió jamás á ponerse aquel traje, y sin embargo, lo recuerdo minuciosamente. Mucho tiempo ha pasado ya, pero aunque viva tanto ó más de lo que he vivido, no olvidaré una sola particularidad; ¡tan fuerte fué la impresión que me causó aún en medio del tumulto que había dentro y fuera de mí, en medio de los arcabuzazos que batian la muralla, de los relámpagos que surcaban el cielo y de las palpi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taciones violentas que precipitaban mi sangre de mi corazón á mi cerebro, y de mi cabeza á mi pecho!

¡Oh! ¡qué hermosa estaba! Paréceme que su espectro pasa todavía por delante de mis ojos. Creo verla con el traje de amazona que se estilaba en aquel tiempo, el cual consistia en un vestido de seda muy ancho; el cuerpo ajustado con un chaleco de raso color de [illegible]erla abotonado, y una faja encarnada al rededor del talle; encima se llevaba la chupa de caza galoneada, corta y abierta por delante; un sombrero de fieltro blanco de grandes alas levantado sobre la frente y sombreado con media docena de plumas encarnadas cubria la cabeza, cuyos cabellos caian por detrás en dos largas trenzas, como los de las Bernesas. Los de Edmunda eran tan largos que descendian casi hasta el suelo. Este adorno fantástico para mi, esta flor de juventud y la buena acogida que parecia dar á mis pretensiones, eran motivos más que suficientes para volverme loco de amor y de alegria. Yo no comprendia nada más agradable que una mujer hermosa que se entregaba sin palabras groseras y sin lágrimas de vergüenza. Mi primer impulso fué cogerla entre mis brazos, pero como vencido por esa necesidad irresistible de adoración que caracteriza el primer amor, aún entre los seres más groseros, me postré á sus plantas y estrechaba sus rodillas contra mi pecho; sin embargo, admitiendo la hipótesis, una mujer descocada era á quien yo

creia dirigir este homenaje; pero no por eso estaba menos dispuesto á desmayarme.

Edmunda cojió mi cabeza entre sus dos lindas manos esclamando: ¡Ah! bien lo veia, sabia muy bien que no erais uno de esos malvados; ¡oh! vais á salvarme. Bendito seais, ¡Dios mio! Pero pronto decid, por qué lado debemos huir? ¡Es menester saltar por la ventana Oh! yo no tengo miedo, vamos.

Creí salir de un sueño, y confieso que esto me fué horriblemente desagradable. ¿Qué quereis decir? la contesté levantándome, os burlais de mí? ¿No sabeis donde estais y creeis que soy un niño?

—Se que estoy en la roca de Mauprat, respondió poniéndose pálida, y que voy á ser ultrajada y asesinada dentro de dos horas, si es que no consigo inspiraros alguna compasión. Pero si la obtendré, exclamó arrodillándose á su vez, porque no sois uno de esos hombres. Sois demasiado jóven para ser un mónstruo como ellos; ¡ah! no creo equivocarme en pensar que os habeis compadecido de mí; es imposible que no protejais mi evasión, no es verdad, *corazoncito mio?* Diciendo esto, tomaba mis manos y las besaba con efusión para ablandarme, mientras que yo la escuchaba y la miraba con una estupidez poco á propósito para tranquilizarla. Mi alma no era accesible par sí misma á la generosidad, ni á la compasión, y en aquel momento una pasión más lenta que todo lo demás sofocaba en mí lo que ella queria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hallar. Devorábala con mis ojos sin comprender nada de sus discursos; toda la cuestión para mí estaba reducida á saber si yo le había agradado ó si había querido servirse de mí para que la salvase.

—Conozco que teneis miedo, la dije, haceis mal en temerme, pues os aseguro que no os haré el menor daño. Sois demasiado linda para que piense en otra cosa que en acariciaros.

—Sí, pero vuestros tios me matarán! exclamó, bien lo sabeis. ¿Es posible que permitais que me asesinen? Puesto que os agrado, salvadme, yo os amaré después.

—Oh sí, después, después, le contesté sonriéndome con aire de desconfianza, después que me hayais hecho colgar por los soldados del rey á quienes acabo de dar una buena zurra. Ea, probadme ahora mismo que me amais y os salvaré después. Perseguíla al rededor del cuarto, pues huia de mí, á pesar de no manifestarme cólera, resistiéndose solamente con palabras dulces.

La infeliz cifraba en mí su única esperanza y temia irritarme. ¡Ay !si yo hubiera podido comprender todo el valor de aquella mujer y mi verdadera situación! Pero era incapaz de ello y no tenía más que una idea fija, la idea que un lobo puede tener en semejante ocasión.

En fin, como á todas sus súplicas contestaba siempre lo mismo: ¿Me amais ú os burlais? Conocié que

tenia que habérselas con un bruto, y tomando su partido, volvióse hácia mí, echó sus brazos al rededor de mi cuello, ocultó su rostro en mi seno y me dejó besar sus cabellos. En seguida me rechazó dulcemente diciéndome:—¡Oh Dios mio! ¿no ves que te amo y que me has agradado desde el momento en que te ví? ¿Pero no comprendes que aborrezco á tus tios y que no quiero pertenecer á nadie más que á tí?

—Sí, le contesté obstinadamente, por que habeis dicho: he aquí un imbécil á quien persuadiré de todo lo que quiera, diciéndole que le amo; lo creerá y de este modo podré llevarlo á que le ahorquen. Ea, aquí no hay palabras que valgan, sino una sola, la de que me ameis.

Edmunda me miraba tristemente, en tanto que yo procuraba encontrar sus labios cuando no volvia la cabeza. Tenía sus manos entre las mias, y la infeliz no podía hacer otra cosa que retardar el instante de su derrota. De repente su rostro pálido se tiñó de un vivo carmin, afectó sonreirse y con una expresión de coqueteria angelical, me dijo:

—Y vos me amais?

Desde este momento la victoria fué suya. No tuve ya la fuerza de querer lo que deseaba; mi cabeza de lobo se trastornó, ni más ni menos que la de un hombre, y creo que tuve el acento de la voz humana al gritar por la primera vez de mi vida:—Sí, te amo! sí, te amo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Pues bien! dijo ella con aire loco y tono acariciador, amémonos y salvémonos.

—Sí, salvémonos, le contesté, detesto á esta casa y á mis tios. Hace mucho tiempo que quiero salvarme; pero bien sabes que me colgarán.

—No te colgarán, replicó Edmunda sonriéndose, mi futuro es general.

—¡Tu futuro! exclamé acometido de un nuevo acceso de celos más fuerte que el primero, ¿vas á casarte?

—Por qué no? respondió mirándome atentamente.

—En ese caso... le dije intentando llevarla en mis brazos.

—En ese caso, replicó dándome un ligero bofetón, veo que eres celoso; pero un celoso muy particular que quiere poseer á su amada á las diez de la noche para cederla á las doce á ocho hombres embriagados, que se la devolverán tan súcia mañana como el lodo de los caminos.

—Ah! tienes razón, exclamé, yo te defenderé hasta derramar la última gota de mi sangre, pero sucumbiré al número, y pereceré con el pensamiento de que quedas viva para ellos. ¡Qué horror! tu me haces pensar en esto y me pones triste ¡Ea, parte!

—Oh! si! oh! si! angel mio, exclamó, abrazándome con efusión.

Esta caricia, la primera que una mujer me había hecho desde mi infancia, me recordó, no sé cómo ni

porque, el último beso de mi madre, y en vez de placer me causó profunda tristeza. Sentí llenarse de lágrimas mis ojos. Edmunda la notó y las besó repitiéndome siempre;—¡Sálvame, sálvame!

—¿Y tu casamiento? la dije; ¡oh! escucha; júrame que no te casarás antes que yo muera, lo cual no será muy largo, porque mis tios administran buena y pronta justicia, como ellos dicen.

—Pues qué, no piensas seguirme? replicó Edmunda.

—Seguirte? ¡No! ahorcado allá abajo por haber hecho el oficio de bandido, y ahorcado aquí por haber protegido tu evasión, será siempre una misma cosa, y á lo menos no sufriré la vergüenza de pasar por un delator y ser ahorcado en una plaza pública.

—No te dejaré aquí, esclamó aunque me costase la vida; ven conmigo, nada arriesgas, creeme bajo mi palabra. Respondo de tí delante de Dios. Mátame si miento, pero partamos pronto. ¡Dios mio! los oigo cantar, ya vienen. ¡Ah! si no puedes defenderme mátame desde luego. Al pronunciar estas últimas palabras se arrojó en mis brazos. El amor y los celos se apoderaban cada vez mas de mí: tuve en efecto la idea de matarla, y mi mano sobre mi cuchillo de monte todo el tiempo que oí ruido y voces cerca de la sala. Eran los gritos de victoria. Maldije al destino por no haberlá dado á nuestros enemigos. Estreché á Edmunda contra mi corazón y en esta actitud permane-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cimos inmóviles hasta que otro arcabuzazo anunció que volvia á principiar el combate.

Entonces la abracé de nuevo y la dije con delirante pasión:—Me recuerdas una pobre tortolilla, que siendo perseguida por el milano, vino un dia á arrojarse sobre mi y ocultarse en mi seno.

—Y no la entregaste al milano, ¿no es verdad? replicó Edmunda.

—¡No, pardiez! como no te entregaré á ti, la más linda de las avecillas de los bosques, á esos sanguinarios pájaros nocturnos que te amenazan.

—Pero cómo huiremos? dijo al escuchar con terror el fuego de fusilería.

—Muy facilmente, la dije, sigueme.

Tomé una antorcha, y levantando u ia trampa la hice bajar conmigo á la cueva, desde donde pasamos á un subterráneo abierto en la roca, el cual servia otras veces para arriesgar un gran medio de defensa cuando la guarnición era más considerable; parte de ésta salia al campo por un extremo opuesto al rastrillo que caia sobre la retaguardia de los sitiadores que se veian entonces entre dos fuegos. Pero ya hacía mucho tiempo que la guarnición de la Roca de Mauprat no podia dividirse en dos cuerpos, y por otra parte, hubiera sido locura arriesgarse durante la noche fuera de las murallas.

Llegamos, pues, sin obstáculo á ia salida del subterráneo, pero en el último momento se apoderó de

mí un nuevo acceso de furor. Arrojé al suelo mi antorcha y apoyándome contra la puerta:—No saldrás de aquí, dije á la trémula Edmunda, sin que seas mía. Estábamos en la mayor oscuridad, y el rumor del combate no llegaba ya hasta nosotros. Antes que vinieran á sorprendernos en este lugar, teniamos mil veces tiempo para escaparnos. Todo me alentaba; Edmunda no dependia ya sino de mi capricho. Cuando vió que las seducciones de su hermosura no podian ya obrar sobre mí para inspirarme el entusiasmo, cesó de implorar mi clemencia y dió algunos pasos atrás en la obscuridad.

—Abre la puerta, me dijo, y sal el primero ó me mato, pues he cogido tu cuchillo de monte que dejaste olvidado al lado de la trampa, y para volverte á donde están tus tios tendrás que pasar sobre mi sangre.

La energía de su voz me aterró.

—Dame ese machete, le dije, ó te lo quito á la fuerza.

—¿Crees tú que temo morir? dijo con la mayor calma. Si hubiera tenido este puñal en el castillo, no me hubiera humillado ante tí.

—Ah! me engañáis, no me amais, exclamé, partid, os desprecio, no os seguiré.

A este mismo tiempo abrí la puerta

—Yo no quiero partir sin vos, dijo Edmunda, y vos no queréis que partamos sin que sea deshonrada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Cuál de nosotros es más generoso?

—Estais loca, le dije, me habéis mentido, y no sabeis qué hacer para volverme imbécil. Pero no saldréis de aquí sin jurar que no se verificará vuestro casamiento con el general, ni con ningún otro antes de que hayais sido mi querida.

—Vuestra querida dijo, ¿pensais en eso? No podéis al menos, para dulcificar la insolencia, decir vuestra mujer?

—Eso es lo que dirían todos mis tios en mi lugar, porque no se cuidarían más que de vuestro dote; pero yo no ambiciono otra cosa que vuestra hermosura.

Juradme que sereis mia desde luego, y yo os juro que despues quedareis libre. Si para sufrirlo me siento demasiado celoso, un hombre no tiene más que una palabra, me levantaré la tapa de los sesos.

—Juro, dijo Edmunda, no ser de nadie antes que vuestra.

—No es eso; jurad ser mia antes que pertenecer á nadie cualquiera que sea.

—Es lo mismo, respondió, os lo juro.

—Sobre el Evangelio ¿Por el nombre de Cristo, por la salvación de vuestra alma y por la paz eterna de vuestra madre?

—Lo juro sobre el Evangelio, por el nombre de Cristo, por la Salvación de mi alma y por la paz eterna de mi madre.

—Está bien.

—Esperad un momento, replicó, vais á jurar que serán un secreto entre nosotros mi promesa y su ejecución, que no lo sabrá jamás mi padre; ni nadie que pueda revelarlo.

—Nadie en el mundo cualquiera que sea. ¿Qué necesidad tengo yo de que lo sepan, con tal que así suceda?

Hizome repetir la fórmula del juramento y nos lanzamos fuera con las manos unidas en señal de fé mutua.

Allí, nuestra fuga era ya peligrosa. Edmunda temia casi tanto á los sitiadores como á los sitiados. Tuvimos la buena suerte de no encontrar á nadie, pero no era fácil marchar con celeridad, pues la noche era tan oscura que tropezábamos contra todos los árboles y la tierra estaba tan resbaladiza que no podiamos sostenernos; un ruido inesperado nos hizo temblar; pero inmediatamente por el sonido de la cadena que arrastraba en los pies, reconocí al caballo de mi abuelo extraordinariamente viejo, pero siempre vigoroso y ardiente; era el mismo que diez años antes me habia traido á la Roca de Mauprat; no tenia más que una cuerda al rededor del cuello por toda brida. Se la pasé por la boca con un nudo corredizo; acomodé sobre su grupa á mi fugitiva; desaté las trabas; salté sobre el animal y aguijándolo furiosamente con mis talones, le hice tomar el galope á todo evento. Felizmente para nosotros, conocia él los caminos mejor que yo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y no necesitaba ver para seguir sus muchas revueltas sin chocar con los árboles. Sin embargo, resbalábase con mucha frecuencia, y para sujetarse nos daba sacudidas que mil veces nos hubieran botado, equipados como estábamos, si no nos hubiésemos hallado entre la vida y la muerte.

En semejantes situaciones, las empresas desesperadas son las mejores, y Dios proteje á aquellos á quienes los hombres persiguen. Parecia que nada teníamos ya que temer, cuando de repente dió el caballo contra el tronco de un arbol y cayó en tierra. Antes de habernos levantado, había echado á correr en las tinieblas, y oí alejarse cada vez mas sus pasos rápidos. Como yo había recibido á Edmunda en mis brazos, ningún mal recibió en la caida, pero no me sucedió lo mismo á mí, pues sufrí un esguince tan fuerte que no pude dar un paso. Edmunda creyó que tenía la pierna rota y aun yo mismo casi lo creí, segun los agudos dolores que sentía; pero la ternura y el interés que me mostraba Edmunda, me hicieron olvidar pronto mis dolores é inquietud.

En vano la instaba á que continuase su camino sin mí, pues ya podía escaparse sola á causa de lo mucho que habíamos andado, y sobre todo no tardaría en aparecer el dia, pudiendo entonces encontrar casas y personas que la protegiesen contra los Mauprat.

—No te abandonaré, me contestó con obstinación, te has sacrificado por mí, y yo también quiero sacrificarme por tí. Nos salvaremos los dos ó moriremos juntos.

—¡No me engaño—esclamé—es una luz la que percibo entre las ramas! Allí debe haber una casa. Edmunda, id á llamar á ella. Allí me dejareis sin inquietud y hallareis un guía que os conduzca á vuestra casa.

—Suceda lo que quiera, respondió, no os abandonaré; pero voy á ver si pueden socorreros

—No, le dije, no os dejaré llamar sola á esa puerta. Esa luz, en medio de la noche, en una casa situada en el fondo del bosque; puede ocultar alguna emboscada. Me arrastré, como pude, hasta la puerta. Estaba fria como el metal y las paredes cubiertas de yedra.

—¿Quién anda ahí?—gritaron de adentro—antes de que hubiésemos llamado.

—Nos hemos salvado—exclamó Edmunda—es la voz de Paciencia.

—Estamos perdidos, la dije, él y yo somos enemigos mortales.

—Nada temais, contestó Edmunda, seguidme, Dios es quien nos conduce aquí.

—Si, Dios es quien te conduce aquí, hija del cielo, estrella de la mañana, dijo Paciencia abriendo la puerta, y cualquiera que sea el que te sigue, sea bien venido á la torre de Gazeau.

Penetramos bajo una bóveda de medio punto en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el centro de la cual pendía una lámpara de hierro. A la luz de esta luminaria lúgubre y de los delgados sarmientos que ardían en el hogar, vimos con sorpresa que la torre de Gazeau estaba honrada con una compañía extraña. A un lado, la figura pálida y grave de un hombre con traje de eclesiástico recibía el reflejo de la llama, y en el otro un sombrero de grandes alas sombreaba un cono de color de aceituna, terminado por una barba puntiaguda, y la pared recibía la silueta de una nariz tan afilada, que nada en el mundo podía comparársele, á no ser un largo espadón colocado sobre las rodillas del personaje, y la cabeza de un perrito que por su forma puntiaguda hubiera podido pasar por la de una gran rata; tanta era la misteriosa armonía que reinaba entre estas tres puntas agudas, la nariz de D. Marcasse, el hocico de su perro y la hoja de su espada. Levantóse lentamente y llevó la mano á su sombrero; lo mismo hizo el cura jansenista. El perro alargó la cabeza entre las piernas de su amo y mudo como él, enseñó los dientes y agachó las orejas sin ladrar.

—Chit! *Tejón*, le dijo Marcasse.

VII

Apenas el cura reconoció á Edmunda, dió tres pasos atrás, lanzando una exclamación de sorpresa; pero nada fué esta en comparación del asombro de Paciencia, luego que pasó por delante de mis facciones la luz del tizón encendido que le servía de antorcha.

—La paloma en compañiadel milano, exclamó.?qué es lo que pasa?

—Amigo, respondió Edmunda, poniendo, con gran asombro de mi parte, su blanca mano en la grosera del hechicero, recibidlo como á mí misma. Hallábame prisionera en la Roca de Mauprat y le debo la libertad.

—¡Séanle perdonadas poresta acción las iniquidades de su raza! dijo el cura.

Paciencia me cogió del brazo sin decir nada, me condujo al lado del fuego, y me sentó en la única silla que había allí, el cura se puso á examinar mi pierna, mientras Edmunda contaba nuestras aventuras y se informaba del paradero de su padre. Paciencia no pudo darle noticia alguna; había oido resonar en el bosque el caracol y la algazára de una cacería, y los tiros contra los lobos habían turbado muchas veces su reposo durante aquel día. Pero después, el ruido del viento y de la tempestad había ahogado todos los demás rumores, y nada sabía de lo que pasaba en la Varenne. Marcasse subió apresuradamente por una escala, que á falta de la escalera que estaba destruida, conducía á los pisos altos de la torre; su perro le siguió con admirable destreza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el centro de la cual pendía una lámpara de hierro. A la luz de esta luminaria lúgubre y de los delgados sarmientos que ardían en el hogar, vimos con sorpresa que la torre de Gazeau estaba honrada con una compañía extraña. A un lado, la figura pálida y grave de un hombre con traje de eclesiástico recibía el reflejo de la llama, y en el otro un sombrero de grandes alas sombreaba un cono de color de aceituna, terminado por una barba puntiaguda, y la pared recibía la silueta de una nariz tan afilada, que nada en el mundo podía comparársele, á no ser un largo espadón colocado sobre las rodillas del personaje, y la cabeza de un perrito que por su forma puntiaguda hubiera podido pasar por la de una gran rata; tanta era la misteriosa armonía que reinaba entre estas tres puntas agudas, la nariz de D. Marcasse, el hocico de su perro y la hoja de su espada. Levantóse lentamente y llevó la mano á su sombrero; lo mismo hizo el cura jansenista. El perro alargó la cabeza entre las piernas de su amo y mudo como él, enseñó los dientes y agachó las orejas sin ladrar.

—Chit! *Tejón*, le dijo Marcasse.

VII

Apenas el cura reconoció á Edmunda, dió tres pasos atrás, lanzando una exclamación de sorpresa; pero nada fué esta en comparación del asombro de Paciencia, luego que pasó por delante de mis facciones la luz del tizón encendido que le servía de antorcha.

—La paloma en compañiadel milano, exclamó.?qué es lo que pasa?

—Amigo, respondió Edmunda, poniendo, con gran asombro de mi parte, su blanca mano en la grosera del hechicero, recibidlo como á mí misma. Hallábame prisionera en la Roca de Mauprat y le debo la libertad.

—¡Séanle perdonadas poresta acción las iniquidades de su raza! dijo el cura.

Paciencia me cogió del brazo sin decir nada, me condujo al lado del fuego, y me sentó en la única silla que había allí, el cura se puso á examinar mi pierna, mientras Edmunda contaba nuestras aventuras y se informaba del paradero de su padre. Paciencia no pudo darle noticia alguna; había oido resonar en el bosque el caracol y la algazára de una cacería, y los tiros contra los lobos habían turbado muchas veces su reposo durante aquel día. Pero después, el ruido del viento y de la tempestad había ahogado todos los demás rumores, y nada sabía de lo que pasaba en la Varenne. Marcasse subió apresuradamente por una escala, que á falta de la escalera que estaba destruida, conducía á los pisos altos de la torre; su perro le siguió con admirable destreza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Poco después bajaron, y supimos que una luz rojiza subia en el horizonte por la parte de la Roca de Mauprat. A pesar del ódio que me inspiraban aquella mansión y sus huéspedes, no pude menos de sentir una especie de consternación al oir decir, que según las apariencias, el castillo hereditario que llevaba mi nombre, habia sido tomado y entregado á las llamas: este incendio era como el sello de vasallaje impuesto sobre mi blasón por los que yo llamaba villanos. Levantéme sobresaltado, y á no haber sido por el agudo dolor que sentí en el pie, creo que me hubiera lanzado fuera.

—¿Qué teneis? me dijo Edmunda, que en aquel momento estaba á mi lado.

—Tengo, la dije bruscamente, que es indispensable que vuelva al castillo, porque mi deber es dejarme matar antes que consentir que transijan mis tios con la canalla.

—¡La canalla! exclamó Paciencia dirigiéndome por la primera vez la palabra, ¿quién habla de canalla aqui? Yo también pertenezco á la canalla: este es mi título y sabré hacerlo respetar.

—¡Pardiez! no lo será por mí, dije rechazando al cura que me habia hecho sentar de nuevo.

—No sería, sin embargo, la primera vez, respondió Paciencia con sonrisa despreciativa.

—Me recordais, le dije, que tenemos los dos cuentas atrasadas que arreglar. Y resistiendo cuanto pude

el agudo dolor de mi pie, me volví á levantar y dando un ligero empellón á D, Marcasse, que quiso suceder al cura en el papel de pacificador, lo derribé de espaldas en medio de las cenizas.

No habia sido mi intención hacerle ningún mal, pero mis arranques eran algo bruscos y el pobre hombre era tan débil que no pesaba más en mi mano que una comadreja en la suya. Paciencia estaba de pié delante de mí, con los brazos cruzados, en una actitud de filósofo estóico; pero en su mirada sombría centelleaba el fuego del ódio, y era evidente que, contenido por sus principios de hospitalidad, esperaba para vengarse de á mi que descargarse sobre él mi primer golpe. No se lo hubiera hecho esperar mucho, si Edmunda, despreciando el peligro que habia en aproximarse á un furioso, no me hubiera cogido del brazo diciéndome con tono imperioso:

—Sentaos, estad tranquilo, yo os lo mando.

Tanto atrevimiento y confianza me sorprendieron y agradaron al mismo tiempo. Los derechos que se abrogaba sobre mí eran como una sanción de los que yo pretendía tener sobre ella.

—Es justo, le respondí sentándome, y añadí mirando á Paciencia: aguardaremos á mejor ocasión.

—*Amen*, respondió encojiéndose de hombros.

Marcasse se habia levantado con mucha pausa, y sacudiendo la ceniza de que estaba manchado, en vez de tomar venganza de la ofensa que acababa yo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de inferirle, trataba á su manera de calmar á Paciencia La cosa no era fácil en sí misma; pero nada menos irritante que su lacónica censura lanzada en medio de las querellas como un eco en la tempestad. A vuestra edad, decía, se debe sufrir con mucha resignación y paciencia todos los agravios!

—¡Qué malo sois! me decía Edmunda poniendo su mano sobre mi hombro, si volveis á enfadaros os abandono.

Con gran placer dejaba que ella me reprendiese, y sin apercibirme de ello, sino hasta un momento después, habíamos trocado nuestros papeles: ella era ahora la que mandaba y amenazaba; había recobrado toda su verdadera superioridad sobre mí al pasar el umbral de la torre de Gazeau, y aquel lugar salvaje, aquellos testigos estraños, aquel huesped feroz, representaban ya la sociedad donde acababa yo de poner el pie y cuyas trabas iba á sufrir muy pronto.

—Vamos, dijo Edmunda volviéndose hacia Paciencia, aquí no nos entendemos, y estoy devorada de pesar y zozobra por no saber el paradero de mi pobre padre, que lo estará también á su vez por no saber el de su amada hija. Amigo mio, mi buen Paciencia, búscame un medio para conseguir que llegue hasta él con este desgraciado joven á quien no puedo dejar á tu cuidado, puesto que no me amas lo bastante para ser sufrido y misericordioso con él.

—¿Qué decís? exclamó Paciencia llevando su mano

á la frente como si saliese de un sueño. Sí, teneis razón; soy un viejo brutal, un viejo loco ¡Hija de Dios! dí á ese muchacho... á ese hidalgo, que le pido perdón por lo pasado y que al presente pongo mi humilde celda á sus órdenes, ¿te parece bien?

—Sí, Paciencia, dijo el cura; además todo puede arreglarse, mi caballo es manso y fuerte, y puede montarle la señorita de Mauprat, vos y Marcasse lo conduciréis de la brida, y yo me quedaré aquí cuidando á nuestro herido. Yo respondo de curarle bien y de no incomodarle en lo más mínimo. No es verdad, Mr. Bernardo, que no teneis ninguna queja contra mí y que estais seguro de que no soy vuestro enemigo?

—Nada, sé, respondí, será como gusteis. Cuidad de mi prima, (1) acompañadla, yo no necesito nada, ni me cuido de nadie, un montón de paja y un vaso de vino es todo lo que quisiera, si es posible.

—Tendreis una y otra cosa, dijo Marcasse, presentándome su calabaza, y aquí teneis por el pronto con que confortaros; voy á la cuadra á preparar el caballo.

---

(1) Aunque el verdadero parentesco que había entre Edmunda y Bernardo era el de tia y sobrino, dábanse el título de primos, tanto por ser más cariñoso y familiar, cuanto porque era remoto su parentesco.

(Nota del traductor.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No, yo mismo iré, dijo Paciencia, quedaos cuidando á este joven.

Diciendo esto se dirigió á otra sala baja que servía de cuadra al caballo del cura durante las visitas que este le hacía. Pasaron al animal por la pieza donde nos hallábamos, y arreglando Paciencia la capa del cura sobre la silla, colocó encima de ella á Edmunda con un cuidado paternal.

—Esperad un momento, dijo ella antes de dejarse conducir; señor cura, me prometéis por la salvación de vuestra alma no abandonar á mi primo hasta que vuelva con mi padre por él?

—Lo juro, respondió el cura.

—Y tú, Bernardo, dijo Edmunda ¿me juras bajo palabra de honor esperarme aquí?

—No sé decirlo, respondí, esto dependerá del tiempo y de mi paciencia; pero bien sabeis prima, que hemos de volver á vernos, y muy pronto, ¡pese al diablo! A la claridad del tizón que Paciencia agitaba al rededor de ella, ví su hermoso rostro encenderse y palidecer sucesivamente; después alzó su cabeza tristemente inclinada, me miró de hito en hito y con aire extraño.

—¿Vamos? dijo Marcasse abriendo la puerta.

—Vamos, dijo Paciencia cogiendo la brida. Hija mía, querida Edmunda, bajad bien la cabeza al pasar por la puerta...

—¿Qué es eso que hay ahí, Tejón? dijo Marcasse

deteniéndose en el umbral avanzando la punta de su espada gloriosamente mohosa con la sangre de los animales roedores.

Tejón quedó inmóvil, y á no haber sido *mudo de nacimiento*, como decía su amo, hubiese ladrado, pero avisó á su manera dejando oir una especie de tós seca, que era la mayor señal que daba de su cólera é inquietud.

—Algo hay allá abajo, dijo Marcasse, y marchó denodadamente entre las tinieblas haciendo seña á la amazona para que no saliese.

La detonación de un arma de fuego nos hizo temblar. Edmunda saltó ligeramente en tierra, y por un movimiento instintivo que no se me escapó, vino á colocarse detras de mi silla. Paciencia se lanzó fuera de la torre, el cura corrió hácia el caballo espantado que se levantaba de manos y retrocedía hácia nosotros; Tejón consiguió ladrar y yo olvidé mi mal y de un salto me puse en la avanzada.

Un hombre, acribillado de heridas y vertiendo un arroyo de sangre, estaba tendido en el suelo y atravesado en la puerta. Era mi tio Lorenzo, mortalmente herido en el sitio de la Roca de Mauprat, que venía á espirar á nuestra vista. Hallábase con él su hermano Leonardo, que acababa de disparar á todo evento su último pistoletazo, y que felizmente no había tocado á nadie. El primer movimiento de Paciencia fue apercibirse á la defensa, pero reconocien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dolos fugitivos á Marcasse, lejos de mostrarse hostiles pidieron asilo y socorro, y nadie creyó deber rehusarles el amparo que su deplorable situación reclamaba. La *marechaussée* venia en su persecución. La Roca de Mauprat era presa de las llamas; Luis y Pedro habian muerto en la brecha; Antonio, Juan y Gaucher habian apelado quizás á la fuga, y estaban ya prisioneros. Imposible seria pintar el horror de los últimos momentos de Lorenzo. Su agonía fué rápida, pero horrible. Blasfemaba de una manera que hizo palidecer al cura. Apenas se volvió á cerrar la puerta y se depositó en tierra al moribundo, apoderóse de él un estertor horrible. A pesar de nuestras reflexiones, no conociendo Leonardo otro remedio que el aguardiente, arrancó de mis manos (no sin dirigirme jurando una reconvención insultante por mi fuga) la calabaza de Marcasse, abrió á viva fuerza con la hoja de su cuchillo de monte los apretados dientes de su hermano, y le hizo tragar la mitad del líquido que contenía la calabaza. El desgraciado agitó sus brazos en medio de las más desesperadas convulsiones, se levantó y estiró cuan largo era, y volvió á caer ya muerto sobre el pavimento ensangrentado. No tuvimos tiempo para rezarle una oración fúnebre; la puerta resonó bajo los redoblados golpes de nuevos agresores.

—Abrid de parte del Rey, gritaron muchas voces; abrid á la *marechaussée*.

—¡A defenderse! exclamó Leonardo levantando su machete y lanzándose hácia la puerta. ¡Villanos, mostraos hidalgos! y tú, Bernardo, repara tu falta, lava tu mancha, no consientas que un Mauprat caiga vivo en las manos de los gendarmes!

Dominado por el instinto del valor y del orgullo, iba á imitarle, cuando lanzándose Paciencia sobre él y derribándolo al suelo con una fuerza hercúlea, le puso la rodilla sobre el pecho gritando á Marcasse que abriese la puerta. Todo esto se verificó antes de que yo hubiese podido defender á mi tio contra su huésped inexorable. Seis gendarmes penetraron en la torre, y nos dejaron á todos inmóviles presentándonos las bocas de sus fusiles.

—Ola! señores, dijo Paciencia, no hagais mal á nadie, y tomad á este prisionero. Si yo hubiese estado solo con él, lo habria defendido ó buscado su salvación; pero hay aquí tambien gentes honradas que no deben pagar por un pícaro. Aquí teneis al Mauprat, más no olvideis que vuestro deber es entregarlo sano y salvo en manos de la justicia. Este otro está muerto.

—Rendios, dijo el oficial de la *marechaussée*, apoderándose de Leonardo.

—Jamás un Mauprat arrastrará su nombre ante los bancos de un tribunal, respondió Leonardo con aire sombrío. Me rindo, pero no tendreis más que mi piel. Y dejóse sentar sobre una silla sin oponer resisten-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia, diciendo al cura, mientras se disponían á atarlo, —un solo y último favor os pido, padre mío, dadme el resto de la calabaza, me muero de sed y de fatiga. El buen cura le entregó la calabaza y él la apuró de un trago. Su semblante desencajado tenía una especie de calma aterradora. Parecía absorto é incapaz de resistencia. Pero en el momento en que le ataban los pies, arrancó una pistola del cinto de un gendarme y se saltó la tapa de los sesos.

Espectáculo tan atroz no pudo menos de trastornarme, y, sumergido en un profundo estupor, no comprendiendo ya nada de lo que me rodeaba, permanecí petrificado sin apercibirme de que hacía ya algunos instantes que era el objeto de un sério debate entre la *marechaussée* y mis huéspedes. Un gendarme pretendía reconocerme por un Mauprat Cortapiernas. Paciencia sostenía que era yo un guarda de coto de Mr. Huberto de Mauprat que había ido escoltando á su hija. Fastidiado de este debate, iba á decir mi nombre, cuando vi un espectro levantarse á mi lado. Era Edmunda que se había deslizado entre la pared y el azorado caballo del cura, el cual le había servido de muralla con su cuerpo. Estaba pálida como la muerte, y sus lábios de tal modo contraídos por el terror que hizo al principio esfuerzos inauditos por hablar sin poder espresarse de otra manera que por señas. Conmovido el oficial de su juventud y situación, esperó con deferencia á que pudiera explicarse. En fin,

obtuvo que no se me tratase como prisionero, y que me condujesen con ella al castillo de su padre, donde daba su palabra de honor que se darían respecto de mi explicaciones y garantías satisfactorias. Después de apoyar esta promesa el cura y los otros dos testigos, partimos todos juntos, Edmunda en el caballo del oficial, que tomó el de uno de sus soldados, y yo en el del cura, Paciencia y el cura, á pie entre nosotros, la *marechaussée* á nuestros flancos y Marcasse delante, siempre impasible en medio del espanto y de la consternación general. Dos gendarmes quedaron en la torre para guardar los cadáveres y dar fé de los hechos.

VIII

Cerca de una legua habíamos andado por los bosques, deteniéndose á cada momento para dar voces, porque Edmunda, convencida de que su padre no se volvería á su castillo sin haberla hallado, suplicaba á sus compañeros de viaje que la ayudasen á buscarle, lo cual repugnaban mucho los jendarmes, temiendo ser sorprendidos y atacados por algunos grupos de los fugitivos de la Roca de Mauprat. En el camino —nos dijeron aquellos que la guarida había sido conquistada al tercer ataque. Hasta entonces los sitiado-

res habían economizado sus fuerzas. El teniente de la *marechaussée* quería apoderarse del castillo sin destruirlo, y sobretodo de los sitiados sin matarlos; pero esto fué imposible á causa de la resistencia desesperada que hicieron. Los sitiadores fueron tan maltratados en su segunda tentativa, que no les quedaba otro recurso que apelar al partido extremo ó á la retirada. Prendióse fuego á las murallas, y al tercer ataque no se perdonó ya nada. Dos Mauprat perecieron sobre los restos de su baluarte; los otros cinco desaparecieron. Despacháronse seis hombres en su persecución por un lado, y seis por otro, pues se había hallado en el campo la huella de los fugitivos, y los que nos transmitían estos pormenores habían seguido tan cerca á Lorenzo y Leonardo, que hirieron con muchas balas al primero de estos desgraciados á poca distancia de la torre de Gazeau. Oyéronle gritar que estaba muerto, y según toda apariencia, Leonardo lo había conducido hasta la morada del hechicero. Este Leonardo era el único que merecía alguna compasión, porque tal vez era el único susceptible de abrazar mejor vida. Más de un rasgo de caballerosa generosidad hizo olvidar á veces su cualidad de bandido, y su corazón era capaz de recibir nobles y dulces emociones. No es extraño, pues, que me afectase tanto su fin trágico, y que sumergido en tristes pensamientos, me dejase arrastrar maquinalmente, resuelto á acabar mis días de la misma manera que él si me condenaban á la afrenta que él querido sufrir.

De repente el sonido de los caracoles y los ahullidos de los perros nos anunciaron la proximidad de un grupo de cazadores. Mientras se les contestaba con gritos por nuestra parte, Paciencia corrió á la descubierta. Edmunda, impaciente por encontrar á su padre, y dominando todos los terrores de aquella noche sangrienta, aguijó á su caballo y fué la primera que alcanzó á los cazadores. Cuando nosotros llegamos, ví á Edmunda en los brazos de un hombre alto y de rostro venerable; su lujoso vestido de caza, bordado de oro, y el soberbio caballo normando que un picador tenía detrás de él, llamaron de tal modo mi atención que creí hallarme en presencia de un príncipe. Las demostraciones de ternura que hacia con su hija eran tan nuevas para mí, que estuve á punto de juzgarlas exageradas é impropias de la gravedad de un hombre; al mismo tiempo me inspiraban una especie de celos brutales, y no se me ocurría que un hombre tan bien portado pudiese ser mi tío. Edmunda le habló quedo y con vivacidad. Esta conferencia duró algunos instantes, al cabo de los cuales el anciano vino á mí y me abrazó cordialmente. Parecíame todo tan nuevo en estas maneras, que permanecía inmóvil y mudo ante las protestas y caricias de que era objeto. Un jóven alto, de hermosa figura y vestido con tanto lujo como Mr. Huberto,

vino á estrecharme la mano y dirigirme mil cumplidos y gracias de que no entendí una palabra.

En seguida se puso á charlar con los gendarmes y comprendí que era el general de la provincia que exigía que se me dejase en libertad de seguir á mi tio el caballero á su castillo, donde respondía de mí por su honor. Los gendarmes se despidieron de nosotros, pues el caballero y el general llevaban suficiente escolta con sus propios criados y hombres de armas para no temer ningún mal encuentro. Nuevo motivo de sorpresa y admiración fué para mí ver al caballero dar señaladas muestras de amistad á Paciencia y Marcasse. En cuanto al cura se hallaba con estos dos señores bajo un mismo pie de igualdad. Hacía ya algunos meses que era capellan del castillo de San Severo, habiéndole obligado las intrigas del clero diocesano á abandonar su curato.

Toda la ternura de que era objeto Edmunda, aquellas afecciones de familia de que no tenía yo la menor idea, las cordiales y dulces relaciones entre plebeyos y patricios benévolos, todo lo que veía y escuchaba me parecía un sueño. Yo lo miraba todo, pero sin tener el menor criterio para juzgar y apreciar nada de cuanto pasaba ante mis ojos. Mi cerebro, sin embargo, principió á trabajar, cuando, al ponerse en marcha la caravana, ví al general (M. de la Marche) aguijar su caballo entre el de

Edmunda y el mio, colocándose como en uso de un derecho á su lado. Entonces me acordé de que en la Roca de Mauprat me había dicho que el general era su prometido, y apoderándose de mí el odio y la cólera, no sé que atrocidad hubiera cometido, si Edmunda, adivinando al parecer lo que dentro de mi alma feroz pasaba, no le hubiese dicho que quería hablarme, y me hubiera dejado colocarme al lado de ella.

—¿Qué tenéis que decirme? la pregunté con más precipitación que política.

—Nada - me contestó á media voz —Tendré mucho que deciros más tarde, hasta entonces ¿me prometeis obedecer en todo mi voluntad?

—¿Por qué he de obedecer en todo vuestra voluntad, prima?

Vaciló un poco en contestarme y haciendo un esfuerzo dijo:

—Porque de este modo se prueba á las mujeres que se les ama.

—¿Creeis que no os amo? repliqué bruscamente.

—No lo sé, contestó Edmunda.

Sorprendióme mucho esta duda y traté de combatirla á mi manera.

—¿No sois hermosa, la dije, y no soy yo jóven? Sin duda creeis que soy demasiado niño para reparar en la hermosura de una mujer; pero ahora que tengo la cabeza tranquila y que estoy triste y muy forma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puedo deciros que me hallo mucho más enamorado de vos de lo que pensaba. Cuanto más os miro, tanto más hermosa me pareceis. Jamás creí que una mujer fuese tan linda y tan seductora á mis ojos. Os digo la verdad, no descansaré ni dormiré hasta que...

—¡Silencio! dijo ella secamente.

—¡Oh! temeis que ese caballero me oiga, repliqué señalando á Mr. de la Marche. No tengais cuidado, sé guardar un juramento; y espero que siendo vos una doncella bien nacida, sabreis guardar igualmente el vuestro.

Edmunda calló. Estábamos en un camino donde no se podia marchar de frente sino de dos en dos. La obsuridad era profunda, y aunque el caballero y el general venían detras de nosotros, iba á atreverme á pasar mi brazo al rededor de su talle, cuando me dijo con voz triste y apagada:

—Primo mio, perdonadme si no os hablo. No comprendo siquiera lo que me decís. Me siento estenuada de fatiga: me parece que me voy á morir. Felizmente ya llegamos. Juradme que amareis á mi padre, que seguireis todos sus consejos, que no tomareis ningún partido, cualquiera que sea, sin consultarme; jurádmelo si quereis que crea en vuestra amistad.

—¡Oh! en mi amistad no, respondí yo, pero creed en mi amor. Juro todo lo que os plazca, ¿pero vos no me prometeis nada voluntariamente?

—¿Qué puedo prometeros que no os pertenezca? dijo con tono serio, me habeis salvado el honor; mi vida es vuestra.

Los primeros albores de la mañana iluminaban entonces el horizonte; llegamos al lugar de San Severo, y muy pronto entramos en el patio del castillo. Al apearse Edmunda del caballo cayó en los brazos de su padre, pálida como la muerte, Mr. de la Marche lanzó un grito y ayudó á conducirla, pues estaba desmayada. El cura se encargó de mí. Muy inquieto estaba yo sobre mi suerte, apoderándose nuevamente de mi corazón la desconfianza natural en los bandidos, desde que cesé de hallarme bajo la fascinacion de la que habia logrado sacarme de mi cueva. Estaba como un lobo herido, y dirijía á mi alrededor miradas sombrías, dispuesto á arrojarme sobre cualquiera que hiciese un gesto ó dijese una sola palabra equívoca. Condujéronme á una espléndida habitación, donde me sirvieron al punto un refrigerio, con tal lujo preparado, que jamas habia tenido idea de otro semejante. El cura me mostró mucho interés, y habiendo logrado tranquilizarme un poco, se separó de mí para ocuparse de su amigo Paciencia. Mi turbacion y un resto de inquietud no fueron parte para quitarme el apetito devorador de que está dotada la juventud. Sin el respetuoso celo con que me servia un camarero, mejor vestido que yo, y á quien no podía menos de devolver sus políticas atenciones, cada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vez que se anticipaba á mis deseos, hubiera almorzado bárbaramente; pero su casaca verde y sus calzones de seda me embarazaban mucho. Mayor fué mi turbación cuando le vi arrodillarse y ponerse á descalzarme para meterme en la cama. Creí por el pronto que se burlaba de mí, y estuve tentado de asentarle un buen puñetazo sobre la cabeza, pero desempeñaba su tarea con tal aire de gravedad, que quedé estupefacto mirándole.

En los primeros momentos, al verme en la cama sin armas, y entre gentes que iban y venían á mi alrededor andando de puntillas, no fuí dueño de contener nuevos impulsos de desconfianza. Aprovechando un instante en que me hallaba solo, me levanté y cogiendo de encima de la mesa, que estaba todavía á medio levantar, el cuchillo más largo que encontré, me acosté más tranquilo, y me dormí profundamente teniéndolo bien apretado en mi mano.

Cuando desperté, el sol que declinaba á su ocaso, despedía sobre mis sábanas, de una finura extremada, el dulce reflejo de mis cortinas de damasco encarnado, y hacía brillar las doradas granadas que adornaban los ángulos de la cabecera. Era esta cama tan hermosa y muelle que estuve por darle mis escusas por haberme acostado en ella. Al tiempo de levantarme, vi una figura dulce y venerable que entreabría mis cortinas y me saludaba con agradable sonrisa. Era el caballero Huberto de Mauprat que me

preguntó con el mayor interés por el estado de mi salud. Procuré mostrarme político y agradecido; pero las expresiones de que me servía se parecían tan poco á las suyas, que me turbé, incomodado conmigo mismo, por mi grosería, á pesar de no estar en mi mano el remediarlo.

Para colmo de desdichas, en un movimiento que hice, el cuchillo que había escogido para compañero de cama, cayó á los pies de Mr. de Mauprat, que lo levantó, lo examinó y me miró en seguida con suma sorpresa. Púseme más encendido que la grana y balbuceé no sé que palabras, esperando oir agrias reconvenciones por aquel insulto hecho á su hospitalidad; pero él era demasiado político para llevar más adelante su explicación; dejó tranquilamente el cuchillo sobre la chimenea y volviendo á mí me habló en estos términos:

—Bernardo, sé que os debo la vida de la que más amo en este mundo. La mía toda se consagrará á probaros mi reconocimiento y estimación. Mi hija también ha contraído con vos una deuda sagrada; no tengais, pues, ningun recelo sobre vuestro porvenir.

No ignoro las persecuciones y venganzas á que os habeis expuesto para venir en nuestra busca; pero tambien puedo aseguraros que mi amistad sabrá sustraeros á una existencia horrorosa. Sois huérfano, y yo no tengo hijo. ¿Quereis aceptarme por padre?

Miré al caballero con ojos azorados, no pudiendo

dar crédito á mis oidos. La sorpresa y la timidez paralizaron en mí toda impresión, y me fué imposible contestar una palabra; el caballero esperimentó también alguna sorpresa, porque indudablemente no esperaba encontrar una naturaleza tan brutalmente inculta.

—Vamos, me dijo, espero que os acostumbrareis á nosotros. Dadme vuestra mano para probarme que teneis confianza en mí. Voy á enviaros vuestro criado, mandadle lo que gusteis, porque está á vuestra disposición.

Solo tengo que exigir de vos una promesa, y es que no saldreis del recinto del parque, hasta que haya tomado las medidas necesarias para sustraeros á las persecuciones de la justicia, pues en otro caso podrian hacer recaer sobre vos las acusaciones que pesan sobre la conducta de vuestros tios.

—Mis tios? dije llevando las manos á la cabeza, es algún mal sueño el que he tenido? ¿Dónde están? ¿Qué se ha hecho la Roca de Mauprat?

—La Roca de Mauprat ha sido preservada de las llamas, respondió el caballero. Algunos edificios accesorios han quedado destruidos; pero yo me encargo de reparar vuestra casa y de rescatar vuestro feudo de los acreedores en cuyo poder se halla hoy. En cuanto á vuestros tios.. probablemente sois vos el único heredero de un nombre que os toca rehabilitar.

—El único! esclamé... Cuatro Mauprat han sucumbido esta noche, pero los otros tres...

—El quinto... Gaucher, ha perecido en su fuga; esta mañana se le ha hallado ahogado en el estanque de *Froids*.

No se ha encontrado ni á Juan, ni á Antonio: pero el caballo del uno y la capa del otro, hallados á poca distancia del sitio donde yacia el cadáver de Gaucher, son indicios siniestros de algun acontecimiento semejante. Si alguno de los Mauprat ha escapado, es para no volver á aparecer más, porque ya no habria esperanza para él; y puesto que se han atraido sobre sus cabezas estas tempestades inevitables, vale más para ellos y para nosotros que tenemos la desgracia de llevar el mismo nombre, que hayan tenido ese fin trágico con las armas en la mano, que sufrir una muerte infame en un patíbulo.

Aceptemos lo que Dios ha decidido sobre la suerte de esos desgraciados. La sentencia es dura. Siete hombres llenos de fuerza y de juventud, llamados en una misma noche á dar una cuenta terrible...Oremos por ellos, Bernardo, y á fuerza de buenas obras tratemos de reparar el mal que han hecho y borrar las manchas que han echado sobre nuestro escudo.

Estas últimas palabras reasumian todo el carácter del caballero. Era piadoso, justo, lleno de caridad, pero para él, como para la mayor parte de los hidalgos, los preceptos la humildad cristiana venían á estre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llarse ante el orgullo del rango. De buen grado hubiera hecho sentar á su mesa á un pobre, y el Viernes santo lavaba los pies á doce mendigos; pero no por eso estaba menos adherido á las preocupaciones de nuestra casta.

Hallaba á sus primos mucho más culpables de haber degenerado de su dignidad de hombres, siendo hidalgos, que si hubiesen sido plebeyos. En esta hipótesis, según él, hubieran sido sus crímenes la mitad menos graves. Por mucho tiempo he participado de esta convicción, que estaba en mi sangre, si puedo espresarme así, y si después la he perdido, ha sido sólo á consecuencia de las duras lecciones de mi destino.

En seguida me confirmó Mr. de Mauprat lo que me había dicho su hija, esto es, que había deseado vivamente encargarse de mi educación; pero que su hermano Tristán se había opuesto tenazmente. Al decir esto se oscureció la frente del caballero.—No sabeis, dijo, cuán funestas consecuencias ha tenido despues para mí y para vos también esta veleidad de su parte. Pero esto debe quedar envuelto en el misterio... ¡misterio horroroso, por vida mia!. Y cogiendo mi mano, añadió con el acento de un profundo pesar: Bernardo, ambos somos víctimas de una familia atroz.

No es el momento de dirigir recriminaciones á quienes á estas horas se presentan ante el tribunal

de Dios; pero me han causado un mal irreparable, me han destrozado el corazón... El que os han hecho á vos, será reparado, ¡lo juro por la memoria de vuestra madre! Os han privado de educación, os han asociado á sus maldades y á su vida de bandidos; pero vuestra alma ha permanecido grande y pura como era la del ángel que os dió el ser. Ya repararéis los errores involuntarios de vuestra infancia; recibiréis una educación conforme á vuestro rango, volveréis por el honor de la familia, ¿no es verdad que estos son vuestros deseos? A lo menos tal es mi voluntad, y haré todo lo posible por obtener vuestra confianza, y la obtendré, porque la Providencia os destinaba á ser mi hijo.—¡Ay! yo había soñado una adopción más completa. Si á mi segunda instancia os hubiesen confiado á mi ternura, os habriais educado con mi hija, y seguramente hubiérais llegado á ser su esposo. Pero Dios no lo ha querido. Es menester que empiece vuestra educación, y la suya acaba. Ella está ya en edad de tomar estado, y por otra parte tiene hecha su elección; ama á Mr. de la Marche con quien se casará muy pronto; ¿os lo ha dicho?

Yo balbucee algunas palabras confusas. Las caricias y las palabras generosas de aquel anciano respetable, me habían conmovido vivamente, y sentía desarrollarse en mí como una nueva naturaleza. Pero cuando pronunció el nombre de su futuro yerno, despertáronse todos mis instintos salvajes, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocí que ningún principio social me haría renunciar á la posesión de la que consideraba como mi presa. Un calor sofocante encendía mi rostro.

Afortunadamente fuimos interrumpidos por el abate Auberto (el cura jansenista) que venía á informarse de las consecuencias de mi caida. Entonces fué cuando supo el caballero que yo estaba herido, circunstancia que no había tenido tiempo de saber en la agitación de tantos otros acontecimientos más graves. Mandó llamar á su médico, y yo me ví rodeado de cuidados afectuosos que me parecieron bastante pueriles, y á los cuales me sometí sin embargo por un instinto de agradecimiento.

Hasta entonces no había osado pedir al caballero noticias de su hija; pero con el abate fuí más atrevido. Díjome este que la prolongación y la agitación de su sueño causaban algún cuidado, y cuando por la tarde volvió el facultativo á curarme, me dijo que Edmunda tenía mucha calentura y que se temía le proviniera alguna enfermedad grave.

En efecto, por espacio de muchos dias la enfermedad de Edmunda debió inspirar serios temores. En las terribles emociones que acababa de esperimentar, había desplegado mucha energía; pero sufrió una reacción demasiado violenta. Por lo que hace á mi, me obligaron á guardar cama; no podía dar un solo paso sin sentir agudos dolores, y el médico me amenazaba con que tendría que guardarla por espacio

de muchos meses, si no me sometia á una inmovilidad absoluta durante algunos días.

Como por otra parte estaba yo en plena salud, y jamás había estado enfermo, la transición de mis hábitos de actividad á aquel muelle cautiverio, me causó un tedio, cuyas angustias no puedo describir. Preciso es haber vivido en el fondo de los bosques, en toda la rudeza de las costumbres salvajes, para comprender la especie de espanto y desesperación que esperimenté al verme encerrado por más de una semana entre cuatro cortinas de seda. El lujo de mi habitación, el dorado de mi cama, los cuidados minuciosos de los lacayos, todo, hasta la bondad de los alimentos, puerilidades á las que había sido bastante sensible en el primer momento, llegó á serme odioso al cabo de veinticuatro horas.

El caballero me hacia cortas visitas, aunque mostrándome siempre en ellas el interés que se tomaba por mi salud, pues se hallaba demasiado absorto por la enfermedad de su querida hija. El abate fué para mí un verdadero amigo. Ni al uno, ni al otro me atrevía á decir cuán desgraciado me encontraba, pero cuando me dejaban solo, acometianme vivos deseos de rujir como un leon encerrado en una jaula, y por las noches tenia sueños, en los cuales el musgo de los bosques, las anchas copas de los árboles de la floresta y hasta las sombrías almenas de la Roca de Mauprat se me aparecian como el paraiso terrestre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otras veces, las escenas trágicas que habían acompañado y seguido á mi evasion, se retrataban tan enérgicamente en mi memoria, que, hasta despierto, era víctima de una especie de delirio.

Una visita de M. de la Marche aumentó el desórden y la exasperación de mis ideas. Mostróme mucho interés, me estrechó la mano muchas veces, me pidió mi amistad, gritó diez veces que daría su vida por mí y que sé yo cuantas otras protestas que no oí, por que tenía un torrente en los oídos mientras me hablaba, y si hubiese conservado mi cuchillo de monte, creo que me hubiera arrojado sobre él. Mucho le sorprendieron mis modales bruscos y mis miradas sombrías, pero habiéndole dicho el abate que me hallaba muy afectado por los terribles sucesos acaecidos á mi familia, redobló sus protestas y me dejó de la manera más afectuosa y cortés del mundo.

Esta política que hallaban en todos, desde el amo hasta el último de los criados de la casa, me causaba un malestar inaudito, aunque me llenase de admiracion; pues á no haber sido inspirada por la benevolencia con que me trataban, imposible me habría sido comprender que podia ser una cosa muy distinta de la bondad. Asemejábase tan poco á la facundia fanfarrona y mofadora de los Mauprat, que era para mí como una lengua enteramente nueva, que comprendia, pero que no podia hablar.

Recobré sin embargo la facultad de contestar,

cuando habiéndome anunciado el abate que él era el encargado de mi educacion, me interrogó á fin de saber en que estado me hallaba. Mi ignorancia sobrepujaba de tal modo á cuanto hubiera podido imaginarse, que tuve vergüenza de revelársela, y recobrando su antiguo dominio mi orgullo salvaje, le declaré que era hidalgo y que no tenía ningún deseo de llegar á ser *clérigo*. El abate no me contestó sino con una carcajada, que me ofendió mucho. Dióme una palmadita en el hombro con aire de amistad, diciendo que mudaría de parecer con el tiempo. Estaba amoratado de cólera cuando entró el caballero; el abate le refirió nuestra conversación y mi respuesta y Mr. Huberto reprimió una sonrisa.

—Hijo mio—me dijo con afectuoso acento—no quiero pareceros molesto, ni aun por amistad. No hablemos de estudios hoy. Antes de adquirir la afición á ellos, es menester que comprendais su necesidad. Teneis talento y un corazón noble; el deseo de instruiros os vendrá por sí mismo. Cenemos. ¿Teneis hambre? ¿Os gusta el buen vino?

—Mucho más que el latín, contesté.

—¡Pues bien! para castigaros por haber hecho el galopo, replicó alegremente, lo bebereis con nosotros. Edmunda está completamente fuera de peligro. El médico os permite que os levanteis y deis algunos paseos. Cenaremos en vuestro cuarto.

La cena y el vino eran en efecto tan buenos, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me achispé al momento, según la costumbre de la Roca de Mauprat. Creo que se me ayudó á ello, á fin de hacerme hablar y conocer desde luego todos los puntos que calzaban mi rusticidad y mi ignorancia. Mi falta de educación excedía á cuanto hubieran po dido prever; pero sin duda pronosticaron l ien de mi fondo, porque no me abandonaron, y trabajaron en labrar este pedazo de roca con un celo que revelaba la esperanza.

Desde que pude salir de la alcoba, se disipó mi tedio. El abate se constituyó en mi compañero inseparable todo el primer día. Las prolongadas horas del segundo fueron dulcificadas con la esperanza que me dieron de ver á Edmunda al día siguiente, y por el buen trato de que era objeto, cuya dulzura comenzaba á sentir, á medida que me habituaba á no extrañarme de él. La bondad incomparable del caballero era muy á propósito para vencer mi grosería, y se apoderó rápidamente de mi corazón. Esta era la primera afección de mi vida, la cual se instaló en mí á la par del amor violento que tenía á su hija, y no pensé siquiera en hacer luchar uno de estos dos sentimientos contra el otro. Era yo todo necesidad, todo instinto, todo deseo. Tenía las pasiones de un hombre en el alma de un niño.

IX.

En fin, Mr. Huberto, después de almorzar, me condujo al cuarto de su hija. Cuando se abrió la puerta, el ambiente tibio y perfumado que percibió mi rostro estuvo á punto de sofocarme. Aquella estancia era sencilla y encantadora; estaba colgada y amueblada con telas de Persia de fondo blanco, y perfumada por grandes vasos de china llenos de flores. Había también pájaros de Africa que jugaban dentro de una jaula dorada y cantaban con voz dulce y amorosa. La alfombra era más blanda á los piés que el musgo de los bosques en el mes de Marzo. Hallábame tan conmovido que á cada instante se turbaba mi vista; enredábanse mis piés torpemente uno con otro y tropezaba con todos los muebles sin poder avanzar. Edmunda estaba recostada en un gran sillón y hacía girar negligentemente un abanico de nacar entre sus dedos. Parecióme mucho más hermosa de lo que hasta entonces la había visto, pero tan diferente, que me sentí helado de temor en medio de mi transporte. Me alargó su mano; no sabía que pudiera besársela delante de su padre. No entendí lo que me decía; creo que fueron palabras afectuosas.

Después, como rendida de fatiga, inclinó su cabe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me achispé al momento, según la costumbre de la Roca de Mauprat. Creo que se me ayudó á ello, á fin de hacerme hablar y conocer desde luego todos los puntos que calzaban mi rusticidad y mi ignorancia. Mi falta de educación excedía á cuanto hubieran po dido prever; pero sin duda pronosticaron l ien de mi fondo, porque no me abandonaron, y trabajaron en labrar este pedazo de roca con un celo que revelaba la esperanza.

Desde que pude salir de la alcoba, se disipó mi tedio. El abate se constituyó en mi compañero inseparable todo el primer día. Las prolongadas horas del segundo fueron dulcificadas con la esperanza que me dieron de ver á Edmunda al día siguiente, y por el buen trato de que era objeto, cuya dulzura comenzaba á sentir, á medida que me habituaba á no extrañarme de él. La bondad incomparable del caballero era muy á propósito para vencer mi grosería, y se apoderó rápidamente de mi corazón. Esta era la primera afección de mi vida, la cual se instaló en mí á la par del amor violento que tenía á su hija, y no pensé siquiera en hacer luchar uno de estos dos sentimientos contra el otro. Era yo todo necesidad, todo instinto, todo deseo. Tenía las pasiones de un hombre en el alma de un niño.

IX.

En fin, Mr. Huberto, después de almorzar, me condujo al cuarto de su hija. Cuando se abrió la puerta, el ambiente tibio y perfumado que percibió mi rostro estuvo á punto de sofocarme. Aquella estancia era sencilla y encantadora; estaba colgada y amueblada con telas de Persia de fondo blanco, y perfumada por grandes vasos de china llenos de flores. Había también pájaros de Africa que jugaban dentro de una jaula dorada y cantaban con voz dulce y amorosa. La alfombra era más blanda á los piés que el musgo de los bosques en el mes de Marzo. Hallábame tan conmovido que á cada instante se turbaba mi vista; enredábanse mis piés torpemente uno con otro y tropezaba con todos los muebles sin poder avanzar. Edmunda estaba recostada en un gran sillón y hacía girar negligentemente un abanico de nacar entre sus dedos. Parecióme mucho más hermosa de lo que hasta entonces la había visto, pero tan diferente, que me sentí helado de temor en medio de mi transporte. Me alargó su mano; no sabía que pudiera besársela delante de su padre. No entendí lo que me decía; creo que fueron palabras afectuosas.

Después, como rendida de fatiga, inclinó su cabe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

za hácia atrás sobre su almohada y medio cerró los ojos.

—Me retiro á trabajar, me dijo el caballero, hacedle compañía, pero que no hable mucho porque todavía está muy débil.

Esta recomendación parecía verdaderamente una burla: Edmunda fingía hallarse adormecida sin duda para disimular mejor su turbación, y por lo que hace á mí, estaba tan incapaz de combatir esta reserva, que era un verdadero acto de compasión encargarme el silencio.

El caballero abrió una puerta en el fondo de la estancia y volvió á cerrarla; pero al oirle toser de vez en cuando, comprendí que su gabinete no estaba separado del cuarto de su hija sino por un tabique. Sin embargo sentí algunos momentos de bienestar, viéndome sólo con Edmunda, mientras pareciódormir, pues ella no me veia, y yo podía mirarla á mi satisfacción; estaba tan pálida y tan blanca como su peinador de muselina y como sus chapines de raso guarnecidos de plumas de cisne; su mano fina y trasparente era á mis ojos como una joya desconocida. Jamás había comprendido lo que era realmente una mujer; la hermosura había sido para mi hasta entonces la juventud y la salud con una especie de osadía viril. Edmunda vestida de amazona se había mostrado un poco bajo este aspecto la primera vez, y la había comprendido mejor; ahora la estudiaba de

nuevo y no podía concebir que fuese aquella la mujer que había tenido en mis brazos en la Roca de Mauprat. El lugar, la situación, mis mismas ideas que comenzaban á recibir de fuera un débil rayo de luz, todo contribuía á hacer esta segunda entrevista muy diferente de la primera.

Pero el placer extraño é inquieto que experimentaba fué turbado por la llegada de una dueña á quien llamaban la señorita Leblanc, y que desempeñaba las funciones de camarera en los cuartos particulares, y de doncella para hacer compañía en el salón. Tal vez había recibido de su ama la orden de no separarse de nosotros; lo cierto es que se sentó al lado del sitial, presentando á mis ojos su espalda seca y larga, en lugar del hermoso rostro de Edmunda; después sacó la labor del bolsillo y se puso á hacer calceta tranquilamente. Durante este tiempo los pájaros gorgeaban, el caballero tosía, Edmunda dormía ó fingía dormir, y yo estaba al otro extremo de la estancia con la cabeza inclinada sobre las estampas de un libro que tenía del revés.

Al cabo de algún tiempo observé que Edmunda no dormía, y que hablaba en voz baja con su criada; creí ver que esta me miraba de vez en cuando como á hurtadillas. Para evitar el embarazo de este exámen, y también por un instinto de astucia que no me era extraño, apoyé mi rostro sobre el libro, y el libro sobre la consola, y en esta postura permanecí como

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

dormido ú absorto. Entonces levantaron poco á poco la voz, y oí lo que decían de mí.

—Es igual, señorita, habéis tomado á un perillan por paje.

—Leblanc, me haces reir con tus pajes. ¿Hay por ventura pajes ahora? Crees hallarte siempre con mi abuela. Te digo que es el hijo adoptivo de mi padre.

—Seguramente hace bien vuestro padre en adoptar á un hijo; pero ¿dónde diablos ha pescado esa figura?

Dirigí una mirada furtiva, y vi que Edmunda reía por detrás de su abanico: divertíase mucho con la charla de aquella vieja que pasaba por chistosa, y á la cual se dejaba en libertad de decir todo lo que se le ocurriera. Ofendíme mucho al ver que mi prima se burlaba de mí.

—¡Más parece un oso, un tejón, un lobo ó un milano, que un hombre! continuó diciendo la dueña ¡qué manos! ¡qué piernas! y eso que ahora está más limpio. Era preciso verle el día que llegó con su capotón y con sus calzas de cuero; ¡entónces sí que daba miedo el mirarle!

—Eso te parece á tí replicó Edmunda, pero á mí me gustaba más con su traje de cazador, que cuadraba mejor á su figura.

—No digáis eso, señorita, pues si parecía un bandido ¡no le habeis visto bien!

—Sí tal.

El tono con que pronunció el *sí tal* me extremeció, y no sé porque me vino á los lábios la impresión del beso que me habia dado en la Roca de Mauprat.

—¡Si á lo menos estuviera peinado! replicó la dueña; pero jamás ha consentido que se le peine y mucho menos que se le echen polvos en el cabello. San-Juan me ha dicho que una vez que acercó la borla á su cabeza, se levantó furioso diciendo: —*¡Ah! todo lo que queráis, menos esa harina. Quiero poder menear la cabeza sin toser ni estornudar* ¡Dios mío! ¡qué salvaje!

—Pero en el fondo tiene mucha razon, dijo Edmunda; si la moda no autorizase este absurdo, todo el mundo conoceria que es una cosa ridícula é incómoda. Repara si no está más hermoso con tener grandes cabellos negros.

—¿Esos grandes cabellos? ¡Vaya una crin, si da miedo!

—Además los niños no gastan polvos, y ese jóven es todavía un niño.

—¡Un niño! ¡eh! ¡cáspita! y sería capaz de almorzarse niños crudos! ¡eso es un ogro! ¿Pero de dónde ha salido ese mozalvete? vuestro señor padre lo habrá sacado de entre terrones para traerlo aquí. ¿Cómo se llama?.. cuál es su nombre?

—Curiosa, te he dicho que se llama Bernardo.

—Bernardo! y nada más.

—Nada más por ahora. ¿Qué miras?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Duerme como un liron ¡Mirad el zopenco! Estoy mirando si se parece algo al amo. Esto nada tendría de particular; un momento de error cualquiera lo tiene, y en un menguado cuarto de hora podria... con alguna vaquera.

—Vamos, vamos, Leblanc, vais demasiado lejos...

—Pues qué, vuestro padre no ha sido jóven como los demás? Impide acaso esto que venga la virtud con la edad?

—Tal vez sea así, pues cuando de esa manera hablas, lo sabrás por experiencia. Pero, oye, aunque hayas adivinado la verdad, es menester que te portes con ese jóven del mejor modo posible; pues mi padre quiere que se le trate como á un hijo de la casa.

—Eso es lo que os agrada á vos, señorita; pero en cuanto á mí, ¿qué tengo que ver con ese señorito?

—Bah! si tuvieras treinta años menos....

—¿Por ventura ha consultado el amo vuestro parecer para instalar ese jóven á vuestro lado?.

—¿Y puedes dudarlo? ¿Hay en el mundo un padre mejor que el mio?

—También vos sois buena, señorita.... Hay muchas á quienes esto no hubiera convenido...

—¿Y por qué no? Ese jóven no tiene nada de desagradable, cuando esté bien educado.....

—Será siempre tan feo que asustará á los niños.

—Falta mucho para que sea feo, mi querida Leblanc, tú eres demasiado vieja y no te tienes por tal.

Esta conversación fué interrumpida por el caballero que vino á buscar un libro.

—¿Está aquí la señorita Leblanc? dijo con aire muy tranquilo. Creia que estabais hablando con mi hijo ¡Y bien! ¿habeis conversado los dos, Edmunda? ¿Le has dicho que serias su hermana? Estás contento de ella, Bernardo?.

Mis respuestas no podian comprometer á nadie, pues se reducían siempre á cuatro ó cinco palabras incoherentes, estropeadas por la vergüenza. Mr. de Mauprat se volvió á su gabinete, y yo me senté de nuevo, esperando que mi prima despediría á la dueña para poder hablarme. Pero dirigiéronse algunas palabras en voz baja, la dueña se quedó, y dos mortales horas trascurrieron sin que me atreviese á moverme de mi silla. Creí que Edmunda dormía realmente. Cuando la campana llamó á comer, volvía su padre á buscarme, y antes de salir de la estancia, la dijo otra vez: Y bien! habeis hablado?

—Si, sí, padre mio, respondió Edmunda con una serenidad que me dejó confundido.

Parecióme probado hasta la evidencia, según esta conducta de mi prima, que se habia burlado de mí y que ahora temía mis reconvenciones. Pero despues volvió á mi corazón la esperanza, cuando recordé el tono con que habia hablado de mí con la dueña, y hasta llegué á pensar que temía las sospechas de su padre, y que si afectaba una grande indiferencia era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solo para atraerme con más seguridad á sus brazos cuando llegase la ocasión. En la incertidumbre me decidí á esperar. Pero los días y las noches se sucedieron sin que llegase ninguna explicación, y sin que ningún mensaje secreto me advirtiese que tuviera paciencia.

Por las mañanas bajaba al salón y estaba en él una hora; por las tardes venía á comer y jugaba á los cientos y al ajedrez con su padre. Durante todo este tiempo estaba tan bien guardada, que no hubiéramos podido dirigirnos una mirada siquiera; el resto del día permanecía invisible en su cuarto. Muchas veces al ver el caballero que me aburría de la especie de cautiverio en que estaba obligado á vivir, me dijo: ve á conversar con Edmunda, sube á su aposento y dila que yo soy quien te envía.—Pero por más que llamaba, sin duda me oían acercarme, me conocían por mis pasos inciertos y pesados, jamás se abría para mí la puerta, y tenía que volverme, furioso y desesperado.

Es necesario que interrumpa la relación de mis impresiones personales, para deciros lo que en aquella época pasaba en la desgraciada familia de los Mauprat. Juan y Antonio habían buscado efectivamente en la fuga su salvación, y aunque las diligencias que se practicaron para indagar su paradero fueron severas y escrupulosas, no fué posible apoderarse de sus personas. Confiscáronse todos sus

bienes y por auto judicial se dispuso la venta del castillo de la Roca de Mauprat, pero hasta el día mismo de la adjudicación, nadie se presentó, habiendo sido el único postor Mr. Huberto de Mauprat. Cesaron entonces las persecuciones, se pagó á todos los acreedores y los títulos de propiedad pasaron á sus manos.

La escasa guarnición de los Mauprat, compuesta de aventureros de baja estofa, había sufrido la misma suerte que sus señores. Como ya sabe el lector, estaba reducida hacía mucho tiempo á muy pocos individuos. Dos ó tres perecieron; otros se fugaron y uno solo cayó prisionero. Instruyósele un proceso y pagó por todos. También se trató de proceder judicialmente como contumaces, contra Juan y Antonio de Mauprat, cuya fuga parecía probada, toda vez que, desecado el pantano, en que sobrenadaba el cuerpo de Gaucher, no habían sido hallados sus cadáveres; pero el caballero temió una sentencia infamante para el honor de su nombre (como si esta sentencia hubiese podído añadir nada al horror del nombre de Mauprat) y se valió de todo el crédito de Mr. de la Marche y del suyo propio (que era grande en la provincia, principalmente por su mucha moralidad) para echar tierra al proceso y al fin lo consiguió.

En cuanto á mí, aunque efectivamente hubiese tomado parte en más de una de las exacciones de mis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tios, no se trató de acusarme siquiera ante el tribunal de la opinión pública. En medio de la indignación general que escitaban mis tios, yo fuí considerado solamente como un jóven cautivo, víctima de sus malos tratamientos y lleno de felices disposiciones. El caballero, guiado de su generosa benevolencia y de su deseo de rehabilitar á la familia, exajeró mucho indudablemente mis méritos, é hizo circular la voz de que yo era un ángel de dulzura y de inteligencia.

El dia en que Mr. Huberto obtuvo la adjudicación del castillo, entró muy temprano en mi cuarto, acompañado de su hija y del abate, y mostrándome los títulos de pertenencia, como relevante testimonio del sacrificio que acababa de hacer (la Roca de Mauprat valía cerca de 200.000 libras), me declaró que iba á ponerme inmediatamente en posesión, no solamente de mi parte de herencia, sino de la mitad de la renta de la propiedad.

Al mismo tiempo iba á asegurar la propiedad total, finca y producto, por medio de testamento, bajo una *sola condición*, á saber, que había de consentir en recibir una educación *correspondiente á mi clase*.

El caballero había tomado todas estas disposiciones con bondad y sencillez, parte por gratitud de lo que sabía de mi conducta para con Edmunda y parte por orgullo de familia; pero no esperaba hallar de mi parte la resistencia que opuse á recibir la educación que tan liberalmente me ofrecia. No podría esplicar el gran descontento que me causó la palabra *condición*, creyendo ver en ella el resultado de alguna intriga de Edmunda, para librarse de la palabra que me había dado.

—Tio mio, respondí después de haber escuchado todas sus generosas ofertas con un silencio profundo, os agradezco cuanto quereis hacer por mí; pero no me conviene aceptarlo. No me hacen falta las riquezas. Un hombre como yo no necesita más que pan, un fusil, un perro de caza y la primera taberna que se encuentre á la orilla del bosque. Puesto que teneis la complacencia de servirme de tutor, pagadme la renta de mi octava parte de propiedad sobre el feudo, y no exijais que aprenda vuestras frusleries de latin; un hidalgo sabe bastante cuando puede derribar una cerceta y poner su firma. No aspiro á ser señor de la Roca de Mauprat; tengo bastante con haber sido esclavo en ella. No puede negarse que sois un hombre honrado, y por lo mismo, os amo mucho; pero no me gusta recibir condiciones de nadie.

Jamás he hecho nada por interés, y prefiero mi ignorancia á toda la sabiduría del mundo, si la he de adquirir á espensas del prójimo. Por lo que hace á mi prima, jamás consentiré en hacer semejante brecha en su fortuna. Bien és cierto que haria gustosa el sacrificio de una parte de su dote para dispensarse....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Edmunda, que hasta entonces había permanecido muy pálida y como distraída, me lanzó de repente una mirada aterradora, y me interrumpió para decirme con seriedad:—¿Para dispensarme de qué Bernardo?

A pesar de la calma que aparentó, vi que estaba muy conmovida, pues rompió su abanico al cerrarlo.

—Para dispensaros, prima, contesté con maliciosa sonrisa, del cumplimiento de cierta promesa que me hicisteis en la Roca de Mauprat.

Púsose entonces más pálida que antes, y su rostro tomó cierta expresión de terror que difrazaba mal una sonrisa de desprecio.

—¿Qué promesa es esa que le has hecho, Edmunda? dijo el caballero volviéndose hácia ella con candor. Al mismo tiempo el cura me apretó el brazo con mucho disimulo y comprendí que el confesor de mi prima estaba en posesión de nuestro secreto.

Me encogí de hombros. Sus temores me causaban risa y lástima á un tiempo.

—Me ha prometido, repliqué sonriéndome, considerarme siempre como su hermano y amigo. ¿No fueron estas vuestras palabras, Edmunda? Y, ¿creéis que esto se prueba con dinero?

Levantóse con vivacidad y alargándome la mano, me dijo con voz conmovida:—Teneis razón, Bernardo, los sentimientos que abrigais son muy nobles, y

falta imperdonable seria en mi el que dudase de ellos un solo instante.

Ví asomarse entonces una lágrima á sus párpados, y apreté su mano, algo fuerte sin duda, pues dejó escapar un lijero grito acompañado de una ronrisa encantadora. El caballero me abrazó, y el abate esclamó muchas veces saltando sobre su silla:—Magnífico! magnífico! Esto es lo que se llama nobleza! No se necesita aprender esto en los libros, añadió dirigiéndose al caballero, Dios escribe su palabra y derrama su espíritu en el corazón de los niños.

—Ya veréis, dijo el caballero vivamente enternecido, como este Mauprat vuelve por el honor de su familia. Ahora, mi querido Bernardo, no quiero hablarte más de negocios; bien sé como debo obrar, y no puedes impedirme que haga lo que me parezca conveniente para que mi nombre sea rehabilitado en tu persona. La única rehabilitación verdadera está garantida por tus nobles sentimientos; pero queda todavía otra que no rehusarás intentar; es esta la de los talentos y las luces. Espero que te prestarás á ella por afecto hácia nosotros; pero todavía no es tiempo de hablar de esto. Respeto tu orgullo y quiero asegurar tu existencia sin *condición*. Venid, abate, acompañadme al lugar á casa de mi procurador. El coche está listo. Vosotros, hijos, id á almorzar; vamos, Bernardo, da el brazo á tu prima, ó por mejor decir á tu hermana. Aprende la finura de los moda-

les, puesto que usándola con ella, no harás más que expresar los sentimientos de tu corazón.

—Decís bien, tio mío, respondí apoderándome algo bruscamente del brazo de Edmunda para bajar la escalera.—Ella temblaba, pero su megillas habían vuelto á tomar sus rosados colores y una sonrisa afectuosa vagaba sobre sus labios.

Cuando nos sentamos á la mesa y nos hallamos, frente á frente, volvióse á enfriar en pocos instantes nuestra buena armonía, y ambos nos sentimos como turbados, sin atrevernos á dirigirnos una sola palabra: si hubiésemos estado solos, habría salido del apuro por medio de una de esas bruscas salidas que sabía imponerme á mí mismo, cuando me avergonzaba demasiado de mi timidez; pero la presencia de San Juan que nos servía, me condenaba al silencio sobre el punto principal.

Tomé el partido de hablar de Paciencia y preguntar á Edmunda cómo era que se hallaba tan bien con él, y lo que debía pensar del supuesto hechicero. Edmunda me refirió en globo la historia del filosófo y me dijo que el abate Auberto era quien lo había llevado á la torre de Gazeau. Ella se había prendado de la inteligencia y sabiduría del cenobita estoico, y sentía el mayor placer en hablar con el. Paciencia por su parte había concebido hácia ella tanta amistad que hacía ya algun tiempo que había abandonado sus antiguas costumbres, y venía con mucha frecuencia á visitarla, al mismo tiempo que al abate.

Ya podeis calcular que le costaría no poco trabajo hacer estas explicaciones inteligibles para mí. No pude menos de sorprenderme de los elogios que tributaba á Paciencia, y de la simpatía que esperimentaba en favor de sus ideas revolucionarias. Aquella era la primera vez que oía hablar de un plebeyo como de un hombre. Además, yo había considerado hasta entonces al hechicero de la torre de Gazeau como muy inferior á cualquier otro campesino, y he aquí que Edmunda lo colocaba sobre la mayor parte de los hombres que conocía, y tomaba partido en su favor contra la nobleza, de lo cual llegué á sacar la conclusión de que la educación no era tan necesaria como el caballero y el abate querían persuadirme.

—Yo sé leer mejor que Paciencia, añadí, y quisiera que tuviéseis tanto placer con mi sociedad como con la suya, pero creo que no sucede así, prima, pues desde que estoy aquí...

Interrumpió vuestra conversación la llegada de Mr. de la Marche que venía á buscarnos á ambos para dar un paseo.

M. de la Marche era un caballero jóven enteramente á la moda de su época; prendado de la filosofía moderna, volteriano, gran admirador de Francklin, mas honrado que inteligente, bastante mal lógico, pues halló sus ideas mucho menos dulces el día en que la nación francesa se empeñó en realizarlas; lle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no de buenos sentimientos y creyéndose mucho más confiado y romancesco de lo que era en realidad, algo más fiel á sus preocupaciones de casta y mucho mas sensible á la opinión de la sociedad de lo que aparentaba ser; hé aquí descrito el hombre. Su figura era encantadora, pero á mi me parecía escesivamente insulsa, abrigando, como abrigaba, contra él, la más ridícula animosidad.

Sus finos modales para con Edmunda aparecían muy serviles á mis ojos; me hubiera avergonzado de imitarlos, y sin embargo no se ocupaba mi imaginación de otra cosa que de exajerarse los pequeños servicios que Mr. de la Marche podría hacer á mi prima. Salimos al parque que era muy espacioso y estaba cortado por un caudaloso arroyo. En el camino, mostróse agradable de mil maneras; no veia una violeta que no arrancase para ofrecérsela á mi prima; pero cuando llegamos á la orilla del arroyo, hallamos la tabla, que servía para pasarlo rota y arrebatada por las tempestades de los días anteriores.

Entonces cogí á Edmunda en mis brazos, sin pedirla permiso, y atravesé el arroyo tranquilamente. El agua me llegaba á la cintura, y conduje á mi prima en mis brazos, extendidos con tanta fuerza y equilibrio que no se mojó ni una cinta. No queriendo Mr. de la Marche aparecer más delicado que yo, se resolvió á mojarse su magnífico trajes y seguirme dando carcajadas algo forzadas; pero aunque no llevaba carga alguna, tropezó muchas veces en las piedras de que estaba lleno el lecho del arroyo, y no sin gran trabajo pudo reunirse á nosotros. Edmunda no reía: creo que al hacer á pesar suyo esta prueba de mi fuerza y atrevimiento, se aterraba demasiado pensando en el amor que me inspiraba. Estaba hasta enojada, y cuando me dijo depositè suavemente en la orilla, en tono de reconvención:

—Bernardo, os suplico que no volvais á usar de semejantes bromas.

—¡Está bien! le dije, quizás no os disgusten si las usa *el otro*.

—Es que jamás se las consentiría, replicó Edmunda.

—Lo creo, respondí, se guardaría de emplarlas; mirad que bien lo ha hecho ahora, mientras que yo no os he descompuesto ni un solo pliegue de vuestro vestido. El coje muy bien las violetas; pero creedme, cuando se trate de algún peligro, no le deis la preferencia.

Mr. de la Marche me hizo muchos cumplidos por mi arrojada empresa, en vez de mostrarse celoso como esperaba. Lejos de eso, ni aún parecía pensar en semejante cosa, y cuando logró verse en salvo, principió á burlarse de sí mismo por el mal estado de su traje; pero afortunadamente hacía mucho calor y antes de que acabáramos nuestro paseo, pudo secarse perfectamente nuestra ropa. Observé que Edmunda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

permanecia triste y como pensativa, y aún creí que hacía grandes esfuerzos por mostrarme tanta amistad, como durante el desayuno.

Esto no pudo menos de afectarme, porque no solamente estaba enamorado de ella, sino que también la amaba. Imposible me hubiera sido hacer esta distinción; pero mi corazón abrigaba ambos sentimientos: la pasión y el cariño.

El caballero y el abate entraron á la hora de comer, y platicaron en voz baja con Mr. de la Marche acerca del arreglo de mis asuntos, y á las pocas palabras que oí, á pesar mio, comprendí que acababan de asegurar mi existencia con las condiciones brillantes que me habían anunciado por la mañana. Lejos de dar la más leve muestra de agradecimiento, hallábame como turbado de aquella generosidad que no comprendía; desconfiaba de ella, casi tanto como de una emboscada que me armasen para alejarme de mi prima.

Insensible á las ventajas de la riqueza, no conocía las necesidades de la civilización; y las preocupaciones nobiliarias eran para mi un punto de honor, y de ningún modo una vanidad social. Viendo que no me hablaban directamente, tomé el sencillo espediente de fingir una completa ignorancia.

Edmunda estaba cada día más triste. Observé que sus miradas se dirijían alternativamente sobre Mr. de la Marche y sobre mí con vaga inquietud. Siempre

que le dirigía la palabra ó levantaba la voz hablando con los demás, temblaba, y en seguida fruncia ligeramente el ceño, como si mi voz le hubiera causado un dolor físico. Apenas acabamos de comer, se retiró á su cuarto, y su padre la siguió con inquietud.

—No observais, dijo el abate viéndolos alejarse, y dirigiéndose á Mr. de laMarche, que de algun tiempo á esta parte se halla muy cambiada la señorita de Mauprat?

—Está delgada, contestó el general pero me parece que aún asi está más hermosa.

—Sí, pero temo que esté más enferma de lo que confiesa, replicó el abate. Su carácter ha cambiado tanto como su figura. Está triste.

—Triste? pues si me parece que jamás ha estado tan alegre como esta mañana; no es verdad, mon-Bernardo? Solo despues del paseo ha sido cuando se ha quejado de un poco de jaqueca.

—Os digo que está triste, replicó el abate; cuando se muestra alegre, conócese desde luego que su alegría es forzada y violenta así es que momentos después vuelve á caer en una melancolia que jamás le habia notado antes de la famosa noche del bosque. No dudeis de que las emociones de aquella noche han sido muy graves.

—En efecto, ha sido testigo de una escena horrible en la torre de Gazeau, dijo Mr. de la Marche; y después aquella rápida carrera de su caballo que la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

arrebató lejos de la caza por entre el bosque ha debido fatigarla y asustarla mucho.

—Sin embargo, está dotada de un valor tan admirable!.. Decidme, amigo Mr. Bernardo, cuando la encontrásteis en el bosque, estaba muy asustada?

—¡En el bosque! repliqué, yo no la he encontrado en el bosque.

—Verdad es, quiero decir en la Varenne, dijo el abate con precipitación... A propósito, Mr. Bernardo, queréis permitirme que os diga una palabra acerca de vuestra propiedad de... Me sacó fuera del salón, y me dijo en voz baja. —Os traigo aquí para suplicaros que no dejeis sospechár á nadie, cualquiera que sea, ni aún á Mr. de la Marche, que la señorita de Mauprat ha estado ni un segundo en la Roca de Mauprat.

—¿Y por qué? pregunté, ¿no ha estado allí bajo mi protección? ¿No ha salido de allí pura, gracias á mí? ¿Y puede haber nadie en el pais que ignore que estuvo en el castillo dos horas?

—Nadie lo sabe, contestó; en el momento de salir de allí, la Roca de Mauprat caia en poder de los sitiadores, y ninguno de sus moradores saldrá de su sepulcro, ó vendrá del destierro, para contar este hecho.

Cuando conozcáis más el mundo, comprenderéis cuanto importa á la reputacion de una joven, el que no pueda suponerse que la más ligera sombra de

peligro ha pasado siquiera sobre su honor. Entretanto, os suplico en nombre de su padre, en nombre de la amistad que la profesais, y que la habéis expresado esta mañana de una manera tan noble y tierna!

—Soîs muy astuto, señor abate, dije interrumpiéndole, todas vuestras palabras tienen un sentido oculto que comprendo muy bien, á pesar de mi rusticidad. No soy capaz de negar su virtud, ni de frustar el casamiento que desea. Decidla que solo reclamo de ella una cosa, la promesa de *amistad* que me hizo en la roca de Mauprat.

—Sin duda esa promesa tiene á vuestros ojos una singular solemnidad dijo el abate; y en ese caso ¿qué desconfianza es la que puede inspiraros?

Me quedé mirándole de hito en hito, y como me parecía algo turbado, tuve gusto en atormentarle, esperando que referiria mis palabras á Edmunda.

—Ninguna, le contesté; solamente veo que se teme un retraimiento por parte de M. de la Marche, en el caso en que llegara á descubrirse la aventura de la Roca de Mauprat. Si ese señor es capaz de concebir sospechas de Edmunda, y de hacerla un ultraje la víspera de su boda, me parece que hay un medio muy sencillo de arreglar esto.

—¿Cuál?

—El de provocarle y matarle.

—Espero que hareis todo lo posible por evitar esa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dura necesidad y ese terrible peligro al respetable M. Huberto.

—Yo se los evitaré encargándome de vengar á mi prima. Este es mi derecho, señor abate; conozco los deberes de un hidalgo tan bien como si hubiera aprendido latín. Podeis decirla de mi parte, que duerma en paz; yo me callaré, y si esto no basta, me batiré.

—Pero, Bernardo, replicó el abate con tono insinuante y dulce, ¿pensais en la inclinación de vuestra prima á M. de la Marche?

—Esa es otra razón más, exclamé sobrecogido de un movimiento de rabia, y le volví la espalda bruscamente.

El abate refirió toda esta conversación á Edmunda. Preciso es confesar que era muy embarazoso el papel que este digno sacerdote se veía precisado á representar, pues habia recibido bajo el sigilo de confesión, revelaciones á las cuales no podia aludir sino valiéndose de rodeos, cuando hablaba conmigo. Esperaba sin embargo, hacerme comprender, por medio de estas delicadas alusiones, el crimen de mi obstinación, y persuadirme que debía renunciar á él. Pronosticaba demasiado bien de mí. Tanta virtud era superior á mis fuerzas, como lo era también á mi razón.

X.

Pasáronse algunos días en una calma aparente.

Edmunda continuaba enferma y salía poco de su estancia. Mr. de la Marche venía casi todos los días, pues su casa de campo se hallaba situada á corta distancia. A pesar de las muchas y finas atenciones que guardaba conmigo, cada dia le tenia más aversión. Yo no comprendía ni una palabra de esas afecciones de filosofía, y le impugnaba con toda la grosería de preocupaciones y de expresiones de que era susceptible. Lo único que me consolaba de mis sufrimientos secretos, era ver que no era recibido más que yo en la estancia de Edmunda.

El único acontecimiento de la semana fué la instalación de Paciencia en una cabaña inmediata al castillo. Desde que el abate Auberto halló cerca del caballero un modo de vivir exento de las persecuciones eclesiásticas, no consideró necesario ver secretamente á su amigo el cenobita. Habíale, pues, instado vivamente á que dejase la habitación de los bosques y viniera á vivir cerca de él, Paciencia se había hecho mucho de rogar. Tantos años pasados en la soledad le habían adherido de tal suerte á su torre de Gazeau, que vacilaba en dar la preferencia á la sociedad de su amigo.

Además de esto, decía que el abate iba á corrom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dura necesidad y ese terrible peligro al respetable M. Huberto.

—Yo se los evitaré encargándome de vengar á mi prima. Este es mi derecho, señor abate; conozco los deberes de un hidalgo tan bien como si hubiera aprendido latín. Podeis decirla de mi parte, que duerma en paz; yo me callaré, y si esto no basta, me batiré.

—Pero, Bernardo, replicó el abate con tono insinuante y dulce, ¿pensais en la inclinación de vuestra prima á M. de la Marche?

—Esa es otra razón más, exclamé sobrecogido de un movimiento de rabia, y le volví la espalda bruscamente.

El abate refirió toda esta conversación á Edmunda. Preciso es confesar que era muy embarazoso el papel que este digno sacerdote se veía precisado á representar, pues habia recibido bajo el sigilo de confesión, revelaciones á las cuales no podia aludir sino valiéndose de rodeos, cuando hablaba conmigo. Esperaba sin embargo, hacerme comprender, por medio de estas delicadas alusiones, el crimen de mi obstinación, y persuadirme que debía renunciar á él. Pronosticaba demasiado bien de mí. Tanta virtud era superior á mis fuerzas, como lo era también á mi razón.

X.

Pasáronse algunos días en una calma aparente.

Edmunda continuaba enferma y salía poco de su estancia. Mr. de la Marche venía casi todos los días, pues su casa de campo se hallaba situada á corta distancia. A pesar de las muchas y finas atenciones que guardaba conmigo, cada dia le tenia más aversión. Yo no comprendía ni una palabra de esas afecciones de filosofía, y le impugnaba con toda la grosería de preocupaciones y de expresiones de que era susceptible. Lo único que me consolaba de mis sufrimientos secretos, era ver que no era recibido más que yo en la estancia de Edmunda.

El único acontecimiento de la semana fué la instalación de Paciencia en una cabaña inmediata al castillo. Desde que el abate Auberto halló cerca del caballero un modo de vivir exento de las persecuciones eclesiásticas, no consideró necesario ver secretamente á su amigo el cenobita. Habíale, pues, instado vivamente á que dejase la habitación de los bosques y viniera á vivir cerca de él, Paciencia se había hecho mucho de rogar. Tantos años pasados en la soledad le habían adherido de tal suerte á su torre de Gazeau, que vacilaba en dar la preferencia á la sociedad de su amigo.

Además de esto, decía que el abate iba á corrom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perse en el *comercio de los grandes*; que muy pronto sufriría, sin saberlo, la influencia de las antiguas ideas, y que se resfriaría respecto de la *causa santa*.

Verdad es que Edmunda se había captado el corazón de Paciencia, y que al ofrecerle una pequeña habitación perteneciente á su padre y situada en un sitio pintoresco á la salida del parque, se había manejado con demasiada delicadeza para que pudiese herir su orgullo quisquilloso. Para terminar, pues, esta grande negociación se había dirigido el abate á la torre de Gazeau en compañía de Marcasse, el día en que, detenidos por la tempestad, habían dado asilo á Edmunda y á mí. La horrible escena que siguió á nuestra llegada, echó por tierra la irresolución de Paciencia. Inclinado á las ideas pitagóricas, odiaba toda escena de sangre.

La muerte de un corzo le arrancaba lágrimas como á Shakspeare, y con mucha mas razón le era imposible contemplar los asesinatos humanos; así es que desde el momento en que la torre de Gazeau fué teatro de dos muertes trágicas, la consideró manchada, y nada pudo decidirle á pasar una sola noche mas en ella. Siguiónos á San Severo y muy pronto dejó vencer sus escrúpulos filosóficos por las seducciones de Edmunda. La casita que le hizo aceptar para vivir, era demasiado humilde para avergonzarse por la transaccion demasiado aparente que hacia con la civilización

Halló en ella una soledad menos profunda que en la torre de Gazeau; pero en las frecuentes visitas del abate y la de Edmunda no le dejaron el derecho de quejarse de ella.

Aquí el narrador interrumpió de nuevo su relación para entrar en la descripción del carácter de la señorita de Mauprat.

—Edmunda, dijo, y creed que no es este el lenguaje de la prevención, era, en el seno de su modesta oscuridad, una de las mujeres más perfectas que ha habido en Francia. Para que fuese citada y ensalzada entre todos, no le ha faltado más que el deseo ó la necesidad de dar se á conocer al mundo; pero era feliz en el seno de su familia, y la más dulce sencillez coronaba sus altas facultades y sus relevantes virtudes. Ignoraba su mérito, como yo mismo lo ignoraba en aquella época, en que solo la veía con los ojos del cuerpo, y creía no amarla sino porque era hermosa. Es menester decir también que no la comprendía mejor su prometido esposo Mr. de la Marche, quien había desarrollado la pálida razón de que estaba dotado en la fría escuela de Voltaire y de Helvecio, mientras que Edmunda había encendido su vasta inteligencia con las fogosas declamaciones de Juan Jacobo. Llegó para mí un tiempo en que comprendí á Edmunda; pero no para Mr. la Marche que jamás llegó á comprenderla.

Privada Edmunda de su madre desde la cuna y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abandonada á sus primeras inspiraciones por un padre lleno de confianza, de bondad y de incuria, se había formado casi sola. El abate Auberto, que le había dado su primera comunión, no había proscripto de sus lecturas á los filósofos que le habían seducido á él mismo. No hallando, pues, Edmunda á su alrededor ni contradicción, ni aún discusión, porque en todas las cosas arrastraba á su padre, de quien era el ídolo, había permanecido fiel á principios bien opuestos en apariencia, la filosofía que preparaba la ruina del cristianismo, y el cristianismo que proscribía el espíritu de exámen. Para explicar esta contradicción es menester que os remita á lo que ya os he dicho del efecto que produjo en el abate Auberto la profesión de fé del vicario saboyano. No ignoráis además que en las almas poéticas reinan á la par el misticismo y la duda. Ejemplo brillante y magnífico de esta verdad fué Juan Jacobo, y ya sabeis las simpatías que despertó entre los sacerdotes y los nobles, á pesar de que los censuraba con tanta vehemencia. ¡Cuántos milagros obra la convicción, ayudada de una elocuencia sublime! Edmunda había bebido en esa fuente viva con toda la avidez de un alma ardiente.

En los pocos viajes que hizo á París, había buscado las almas simpáticas con la suya, pero halló tanta divergencia de pareceres, tan poca conformidad, y sobre todo, á pesar de la moda, tantas preocupaciones

indestructibles, que volvió á adherirse con más amor á su soledad y á sus poéticas meditaciones bajo los antiguos árboles de su parque. Hablaba ya de sus decepciones y rehusaba, con un buen sentido superior á su edad, y tal vez á su sexo, todas las ocasiones de ponerse en comunicación directa con esos filósofos cuyos escritos formaban su vida intelectual. —Soy algo sibarita, decía sonriéndose; prefiero aspirar un ramo de flores preparado por mí desde la mañana en un vaso, á irlo á burcar por medio de las espinas y del ardor del sol.

Por lo demás, lo que decía de su sibaritismo, no era más que una figura, pues educada en los campos era fuerte, activa, valiente y jovial juntando á todas las gracias de la beldad delicada, toda la energía de la salud física y moral. Era en fin una jóven fuerte é intrépida tanto como dulce y afable castellana. Yo la he hallado frecuentemente altiva y desdeñosa; Paciencia y los pobres de la comarca la han hallado humilde y bondadosa.

Edmunda quería á los poetas casi tanto como á los filósofos espiritualistas, y se paseaba siempre con un libro en la mano. Un día que había cogido el Tasso, encontró á Paciencia, y según su costumbre este se informó con curiosidad así del autor como del asunto sobre que rataba. Fué preciso que Edmunda le hiciese comprender las cruzadas, lo cual no fué lo más difícil.

Gracias á las narraciones del abate y á su prodigiosa memoria sobre los hechos, Paciencia conocia medianamente el bosquejo de la historia universal; empero lo que le costó mucho trabajo comprender fue la relación y diferencia que habia entre la poesia épica y la historia. Al principio se había indignado de las ficciones de los poetas, y decia que jamás debieron haberse consentido semejantes imposturas; pero, cuando comprendió después que la poesía épica, léjos de inducir á las generaciones en error daba con mayores proporciones eterna duración á la gloria de los hechos heróicos, preguntó por qué todos los hechos importantes no habian sido cantados por los bardos. y por qué la historia de la humanidad no había hallado una forma popular que pudiese, sin el auxilio de las letras, grabarse en toda las memorias; rogó á Edmunda que le explicase una estrofa de la *Jerusalem*: gustóle mucho, y entonces ella le leyó un canto en francés. Algunos días despues, le dió á conocer otro canto, y bien pronto llego á conocer Paciencia todo el poema.

Alegróse de saber que esta relación heróica era popular en Italia, y ensayó, reasumiendo sus recuerdos, darle en prosa grosera una forma abreviada; pero no poseia absolutamente la memoria de las palabras. Agitado por sus vivas impresiones, pasaban por delante de sus ojos mil imágenes grandiosas, que expresaba en sus improvisaciones, en las cuales

su genio triunfaba de la barbarie de su lenguage; pero le era imposible coordinar lo que había dicho. Hubiera sido menester que otro escribiese lo que el dictara, y aún así no sería suficiente; porque, suponiendo que hubiera podido leerlo, como su memoria no estaba ejercitada, sino en el raciocinio, jamás habria podido conservar un fracmento cualquiera precisado por la palabra citaba, sin embargo, mucho, y su lenguaje á veces era biblico.

Pero exceptuando ciertas expresiones á las cuales se mostraba aficionado, y algunas breves sentencias, no había retenido nada de las páginas que había hecho que le leyeran frecuentemente y que escuchaba siempre con la misma emoción que la primera vez. Era un verdadero placer observar el efecto que causaba en las bellezas poéticas en aquella poderosa organización.

Poco á poco el abate, Edmunda y yo mismo, sucesivamente conseguimos darle á conocer á Homero y Dante. Habian escitado tan vivamente su atención los acontecimientos, que podia hacer el análisis de la *Divina Comedia* de un cabo á otro, sin olvidar ni trastrocar la menor parte del viaje de los encuentros y emociones del poeta; á esto se limitaba su poder. Cuando quería reproducir algunas de las espresiones que le habian encantado al oirlas, era tal su abundancia de metáforas y de imágenes que rayaba en delirio. Esta iniciación de Paciencia en la poesía

marcó en su vida una época de transformación, y dióle en sueño la acción que faltaba á su existencia real. Contempló en un espejo mágico los combates jigantestos, vió los héroes altos de diez codos; comprendió el amor que jamás habia conocido: combatió amó, venció, iluminó á los pueblos, pacificó el mundo, enderezó los entuertos del género humano, y erijió templos al grande espíritu del universo, vio en la esfera estrellada todos los dioses del Olimpo, padres de la primitiva humanidad; leyó en las constelaciones la historia de la edad de oro y la de las de hierro; oyó en el viento de invierno los cantos de Morven, y saludó en las nubes tempestuosas los espectros de Fingal y de Comala. «Antes de conocer los poetas, decía en sus últimos años, era yo como un hombre á quien faltase un sentido. Conocía que este sentido era necesario, puesto que tantas cosas exigían su ejercicio. Pesábame solo é inquieto por las noches, preguntándome por qué no podia dormir; por qué tenía tanto placer en mirar las estrellas, que no podía arrancarme de esta contemplación; por qué mi corazón latía de alegría al ver ciertos colores, ó se entristecía hasta deshacerse en lágrimas al oir ciertos sonidos; aterrábame algunas veces hasta el punto de imaginarme, comparando mi agitación continua con la impasibilidad de los demás hombres de mi clase, que me había vuelto loco. Pero consolábame pronto reflexionando que me era dulce mi locura, y hubiera querido mejor dejar de existir que curarme de ella. Al presente, bástame saber que estas cosas han parecido hermosas en todo tiempo á todos los hombres inteligentes, para comprender lo que son, y en qué son útiles al hombre. Regocíjome con la idea de que no hay una flor, un matiz, ni un soplo de aire que no haya fijado la atención y conmovido el corazón de los demás hombres, hasta recibir un nombre consagrado por todos los pueblos. Desde que sé que es permitido al hombre, sin degradar su razón, poblar el universo y explicarlo con sus sueños, vivo todo entero en la contemplación del universo; y cuando el espectáculo de las miserias y crímenes de la sociedad destroza mi corazón y subleva mi razón apelo á mis sueños, y me digo que puesto que todos los hombres se han entendido para amar la obra divina, llegará también un día en que se entiendan para amarse los unos á los otros.

Imagínome que de padres á hijos van perfeccionándose las educaciones. Quizás no sea yo primer ignorante que haya adivinado una cosa de la cual no tuviese ni una idea comunicada el de fuera. Quizás también otros muchos antes que yo se habrán inquietado por lo que pasaba en su interior, y habrán muerto sin hallar su significación. ¡Qué pobres somos! añadía Paciencia, no se nos prohiben ni el exceso del trabajo físico, ni el del vino, ni ninguno de los desórdenes que pueden destruir nuestra razón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hay gentes que pagan mezquinamente el trabajo de brazos, á fin de que los pobres, para satisfacer las necesidades de sus familias, trabajen más de lo que sus fuerzas permiten; hay tabernas y otros lugares mucho más peligrosos de los que el mismo gobierno saca sus utilidades; hay tambien sacerdotes que suben al púlpito para decirnos lo que debemos al señor de nuestra aldea, pero jamás lo que el señor nos debe a nosotros. No hay escuelas donde nos inculquen nuestros derechos, donde nos enseñen á istinguir nuestras verdaderas y honestas necesidades de las necesidades vergonzosas y funestas; donde nos digan en fin en qué podemos y debemos pensar cuando hemos sudado todo el día en provecho de otros y nos sentamos al anochecer en el umbral de nuestras cabañas á contemplar las brillantes estrellas que aparecen en el horizonte.»

De este modo razonaba Paciencia; y tened por cierto que traduciendo su palabra á nuestra lengua metódica, le quito toda su gracia, todo su estro y toda su energía. ¿Pero quién podría trasladar la espresión testual de Paciencia? Su lenguaje no pertenecía mas que á él solo; era un compuesto del vocabulario limitado, pero vigoroso, de los campesinos y de las metáforas mas atrevidas de los poetas. A este idioma misto daba su espíritu sintético el órden y la lógica. Una increible abundancia natural, suplia á la comisión de la espresión propia.

Era preciso ver la lucha temeraria que su voluntad y su convicción sostenian con la impotencia de sus fórmulas; cualquiera otro á no ser él no hubiera podido salir de ella con honor, y os aseguro que para el que pensase en alguna cosa más séria que reirse de sus solecismos y licencias, habia en este hombre materia para las más importantes observaciones sobre el desarrollo del espíritu humano, y para la más tierna admiración á la hermosura moral primitiva.

En la época en que comprendí enteramente á Paciencia, me unía un lazo simpático á él por mi destino escepcional. Yo habia sido inculto como él; como él, habia buscado fuera la explicación de mi ser, del mismo modo que se busca la solución de un enigma.

Gracias á las circunstancias fortuitas del nacimiento y de las riquezas, habia llegado á un desarrollo completo, mientras que Paciencia se agitaba en las tinieblas de una ignorancia de la cual no queria, ni podia salir; pero este era un motivo más para que yó reconociese la superioridad de aquella organización poderosa, que con el auxilio de pálidas luces instintivas se dirigia mas atrevidamente que yo á claridad de todos los luminares de la ciencia, y la cual no habia tenido por otra parte una sola inclinación mala que vencer, mientras que yo las habia tenido todas.

Pero en la época cuya narración voy á proseguir, no era Paciencia á mis ojos mas que un personage

grotesco, objeto de diversión para Edmunda y de compasión caritativa para el abate Auberto. Cuando ellos me hablaban de él en tono sério no les comprendia, y creia que tomaban este asunto como una especie de testo parabólico para demostrarme las ventajas de la educación, la necesidad de adquirirla desde niño y el arrepentimiento inútil de la vejez.

Yo entretanto iba á rondar los vallados de que está rodeada su nueva habitación, porque había visto á Edmunda dirigirse á ella atravesando el parque, y esperaba obtener por sorpresa una entrevista con ella á la vuelta. Pero veíala siempre acompañada del abate, y hasta algunas veces de su padre, y si quedaba sola con el viejo cenobita escoltábala después hasta el castillo. Frecuentemente oculto detras de un corpulento tejo que estendia sus numerosos vástagos y sus ramas pendientes á pocos pasos de la cabaña, ví á Edmunda sentada en el umbral de la puerta con un libro en la mano. Mientras que Paciencia la escuchaba con los brazos cruzados é inclinada sobre el pecho la cabeza, imaginábame entonces que Edmunda trataba de enseñarle á leer, y teníala por loca en obstinarse en un imposible. Pero al cotemplarla tan hermosa á los reflejos del sol que se hundia en el ocaso bajo los pámpanos amarillos de la cabaña, me decía á mi mismo que me pertenecía y juraba no ceder jamás á la fuerza ni á la persuación, con que quisieran hacerme renunciar á ella.

Hacía ya algunos días que mi sufrimiento se había excitado hasta el último punto; no hallaba otros medios de sustraerme á él, que abusando mucho en las comidas, á fin de estar casi embrutecido en esa hora tan dolorosa y ofensiva para mí, en que Edmunda dejaba el salón, despues de haber abrazado á su padre y dado á besar su mano á Mr. de la Marche, diciendo al pasar por delante de mí:—Buenas tardes, Bernardo! con un tono que parecía decir: hoy concluye como ayer y mañana concluirá como hoy. En vano era que me sentase en el sillón más inmediato á la puerta, á fin de que no pudiera salir sin que su vestido rozase con el mio; jamás obtenía otra cosa, y no alargaba mi mano para solicitar la suya, porque me la habría concedido con indiferencia, y creo que la hubiera destrozado en mi cólera.

Gracias á las sendas libaciones de la comida, lograba embriagarme silenciosa y tristemente. En seguida me hundía en mi sillón predilecto, y allí permanecía sombrío y adormecido, hasta que disipados los vapores del vino, iba á pasear por el parque mis sueños insensatos y mis proyectos siniestros.

Aunque en la apariencia podía creerse que nadie había reparado en el vergonzoso vicio á que me había entregado, no era así seguramente, y el disimulo que hallaba en toda la familia, debía solo atribuirlo á la escesiva indulgencia y bondad con que me consideraba, temiendo por otra parte, á causa de mi

carácter brusco, hacerme la más legítima observación. No tardé sin embargo en conocer que el cura había llamado la atención de Edmunda sobre la funesta pasión que tenía yo al vino, pues un día comiendo, me miró fijamente muchas veces y con una expresión extraña. Mirela yo á mi vez, esperando que me provocase, pero quedamos iguales con las malévolas miradas que mútuamente nos dirijimos. Al levantarnos de la mesa, me dijo en voz baja y con tono imperativo:— Corregíos en la bebida y aprended todo lo que el abate os enseñe.

Este mandato y este tono de autoridad, lejos de darme esperanza, me parecieron tan insultantes, que toda mi timidez se disipó en un momento. Esperé la hora en que había de subir á su cuarto, y salí un poco antes que ella para ir á guardarla en la escalera.

—Creeis, la dije, hacerme blanco de vuestras mentiras, y que no conozco muy bien, después de un mes que hace que estoy aquí sin que me dirijais la palabra, que os habeis burlado de mí como de un tonto? Me habeis mentido, y hoy me despreciais porque he tenido la candidez de creer en vuestra palabra.

—Bernardo, me contestó con frialdad, no es este el sitio ni la hora de esplicarnos.

—Oh! bien sé, repliqué, que para vos nunca habrá sitio, ni hora, pero no dudeis que sabré hallarlos. ¿No os acordais de haberme dicho que me amabais,

no os acordais de haberme echado los brazos al cuello, y decirme abrazándome; aquí, todavía siento vuestros labios sobre mis megillas: «Sálvame, y juro por el evangelio, por el honor, por la memoria de mi madre y de la tuya, que no perteneceré á nadie sino á tí?» Bien sé que habeis dicho todo esto porque temiáis mi fuerza; y aquí sé muy bien que huis de mí porque teméis mi derecho. Pero os juro que nada conseguiréis y que no os burlareis largo tiempo de mí.

—Jamás seré vuestra, respondió con una indiferencia cada vez más glacial, si no mudáis de lenguaje, de modales y de sentimientos. Tal como sois no os temo. Cuando me parecíais bueno y generoso, podía cederos una mitad por miedo y la otra por simpatía; pero desde el momento que dejé de amaros, ya no os temo. Corregíos, instruíos y veremos.

—Muy bien la dije, hé aquí una promesa que entiendo. Haré lo que me decís, pero si no puedo ser feliz, me vengaré.

—Vengaos cuanto os plazca, contestó, no hareis mas que aumentar mi desprecio.

Diciendo esto, sacó de su seno un papel y lo quemó tranquilamente á la llama de su bujía.

—¿Qué haceis? la dije.

—Quemo una carta que os había escrito, contestó Edmunda, queria haceros entender la razón; pero veo que es inútil porque no hay esplicaciones que valgan con los brutos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—¡Quiero que me deis esa carta! esclamé lanzándome sobre ella para arrancarle el papel encendido; pero ella lo retiró bruscamente, y apagándola en su mano con intrepidez, arrojó la bujía á mis pies, y se escapó entre las tinieblas.

En vano la perseguí, pues llegó a la puerta de su cuarto antes que yo, y la cerró al punto. Oí echar el cerrojo, y la voz de la dueña que preguntaba á su jóven ama la causa de su terror.

—No es nada, contestó Edmunda con voz trémula: es una travesura.

Bajé al jardín, y me paseé por entre las calles de árboles con pasos mesurados, pues al furor había sucedido la más profunda tristeza. Edmunda, altiva y desdeñosa, me parecía más hermosa que nunca, por que está en la naturaleza de todos los deseos irritarse y alimentarse con la resistencia. Conocí que la había ofendido, que no me amaba, que tal vez no me amaría nunca, y sin renunciar á la criminal resolución de poseerla por la fuerza, cedí al dolor que su odio me causaba, y apoyándome contra una pared que pude tentar en la oscuridad, oculté mi cabeza entre mis manos y exhalé suspiros desesperados. Sentía despedazarse mi robusto pecho, y mis lágrimas no le aliviaban: hubiera querido rugir, y mordía mi pañuelo para ceder á esta tentación.

El ruido siniestro de mis gritos ahogados despertó la atención de una persona que oraba en la capilla, del otro lado de la pared donde casualmente me había recostado. Una ventana ogival, guarnecida de sus cruceros de piedra, estaba situada junto á mi á la altura de mi cabeza.—¿Quién está ahí? preguntó una figura pálida que alumbró el rayo oblicuo de la luna que acababa de salir. Al conocer á Edmunda quise alejarme; pero metió su hermoso brazo por la ventana y asiéndome del cuello de mi vestido me dijo:—¿Por qué llorais, Bernardo?

Cedí á esta dulce violencia, medio avergonzado de haber dejado sorprender el secreto de mi debilidad, medio encantado de ver que Edmunda no era insensible á mi dolor.

—¿Qué pesar os aqueja? replicó. ¿Quién puede arrancaros tales sollozos?

—¿Me despreciais, me aborreceis y me preguntais por qué sufro, por qué tengo cólera?

—Seguro eso, ¿llorais solamente de cólera? dijo ella retirando su brazo.

—De cólera y de otra cosa además, respondí.

—¿Qué cosa? dijo Edmunda.

—No lo sé, tal vez de pesar, como habeis dicho: el hecho es que sufro; mi que pecho se despedaza. Es menester que os abandone, Edmunda, y que vaya á vivir en medio de los bosques. No puedo permanecer aquí.

—¿Por qué sufris tanto? explicaos, Bernardo: esta es la ocasión de explicarnos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, con una pared de por medio. Aquí no tendreis miedo de mí.

—Y sin embargo, me parece que no haga mas que mostraros interés, y sobre todo no he sido tan afectuosa hace una hora, cuando no había una pared entre nosotros.

—Creo que no sois tímida, Edmunda, porque teneis siempre el recurso de alejar ó atraer á las gentes con vuestras buenas palabras. ¡Ah! bien me habían dicho que todas las mujeres eran embusteras y que no se debía amar á ninguna.

—¿Quién os ha dicho eso? ¿vuestro tio Juan, vuestro tio Gaucher, ó vuestro abuelo Tristan?

—Burlaos, burlaos de mí cuanto querais, no es culpa mía si he sido educado por ellos; pero esto no se opone á que pudieran decir alguna vez la verdad.

—Bernardo, ¿quereis que os diga por qué tenían á las mujeres por embusteras?

—Decidlo.

—Porque empleaban la violencia y la tiranía con seres más débiles que ellos. El que se hace temer se arriesga á ser engañado. Cuando en vuestra infancia os castigaba Juan, ¿no habeis evitado nunca sus brutales correcciones, ocultando vuestras pequeñas faltas?

—Verdad es; este era mi único recurso

—La astucia es, pues, si no el derecho, á lo menos el recurso de las oprimidos ¿No lo conoceis así?

—Conozco que os amo, y que no hay motivo para que me engañeis.

—¿Pero quién os ha dicho que os engaño?

—Me habeis engañado, porque me habeis dicho que me amábais y no me amábais.

—Os amaba, porque veía que, á pesar de los detestables principios en que habiais sido educado, teniais un corazón generoso, inclinado á la justicia y á la virtud. Y os amo, porque veo que triunfáis de los malos principios, y que vuestras malas inspiraciones son seguidas de las lágrimas de un buen corazón. He aquí lo que puedo deciros delante de Dios y con la mano puesta sobre la conciencia, ahora que os veo tal como sois. Hay otros momentos en que me parecéis tan inferior á vos mismo, que no os conozco y creo no amaros. En vuestra mano está, Bernardo, que no dude nunca ni de vos, ni de mí.

—¿Y qué he de hacer para esto?

—Corregiros de vuestros malos hábitos, abrir los oidos á los buenos consejos y el corazón á los preceptos de la moral. Sois un salvaje, Bernardo, y estad seguro de que no es ni vuestra torpeza en un saludo, ni vuestra ignorancia en devolver un cumplido, los que me chocan en vos; al contrario, esto sería á mis ojos un encanto muy grande, si hubiese ideas elevadas y nobles sentimientos debajo de esa rudeza. Pero vuestros sentimientos y vuestras ideas son como vuestros modales, y esto es lo que no puedo sufrir. Sé

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no es culpa vuestra; pero si os viera decidido á corregiros, os amaría tanto por vuestros defectos como por vuestras cualidades. La campasión arrastra en pos de sí el cariño; pero no amo el mal, no puedo amarlo, y si lo cultiváis en vos mismo en vez de extirparlo, no puedo amaros, ¿Comprendéis esto?

—No.

—¿Cómo no?

—Os digo que no, no conozco que haya mal en mi. Si lo que os choca no es la poca gracia de mis piernas, la poca blancura de mis manos y la poca elegancia de mis palabras, confieso que no sé qué es lo que halláis en mí que os repugne. He oído malos preceptos desde mi infancia; pero no los he aceptado. Jamás he creido que fuese permitido cometer malas acciones, ó por lo menos no lo he hallado jamás agradable. Cuando he hecho el mal, ha sido obligado por la fuerza. He detestado siempre á mis tios y su conducta. No amo los padecimientos de otros, ni me gusta despojar á nadie; desprecio el dinero, del cual hacían un dios en la Roca de Mauprat; sé ser sóbrio, y bebería agua toda mi vida aunque me gusta el vino, si creyera necesario, como mis tios, derramar sangre para proporcionarme una buena comida. Sin embargo, he combatido con ellos; he bebido con ellos; ¿podia hacer otra cosa? hoy que puedo conducirme como quiero,? á quién hago mal? ¿á quién se lo deseo? Vuestro abate que habla de virtud, ¿me tiene por un

asesino y por un ladrón? Así pues, confesadlo, Edmunda, aunque sabeis que soy honrado, aunque no me creais malo, os desagrado porque no tengo talento, y amáis á Mr. de la Marche porque sabe decir simplezas de que yo me avergonzaría.

—Y si para agradarme, dijo sonriendo, después de haberme escuchado con mucha atención, y sin retirar su mano que había yo cogido por entre la reja, si para ser preferido á Mr. de la Marche, fuese preciso adquirir talento, ¿cómo decís, no lo haríais?

—No lo sé, respondí después de un instante de perplegidad; tal vez sería bastante loco para hacerlo, porque no comprendo nada del poder que tenéis sobre mí; pero confieso que sería una gran cobardía y una gran locura.

—¿Por qué, Bernardo?

—Porque una mujer que no ama á un hombre por su buen corazón sino por su talento, no vale la pena que yo me tomaría por ella; este es mi parecer.

Edmunda guardó silencio á su vez, y me dijo en seguida apretándome la mano:—Teneis más talento de lo que yo creia, y esto me obliga á ser completamente franca con vos, y á confesaros que tal como sois, y aún cuando cambiáseis, os profeso una estimación y una amistad que durarán tanto como mi vida, estad seguro de esto, Bernardo, á pesar de lo que pueda deciros en un momento de cólera, pues ya sabéis que soy muy viva; esto es de familia. La

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sangre de los Mauprat no correrá jamás tan tranquilamente como la de los demás mortales. Contemplad, pues, mi orgullo, ya que sabéis lo que es orgullo; no os justifiquéis jamás conmigo de derechos adquiridos. El amor no se manda, sino que se pide ó inspira, haced que os ame siempre, pero jamás me digáis que estoy obligada á amaros.

—En efecto, me parece justo, respondí; pero ¿por qué me hablais algunas veces como si yo estuviese obligado á obedeceros? ¿Por qué esta tarde me habéis *prohibido* beber y *mandado* que estudie?

—Porque si no se puede mandar al amor que no existe, se puede al menos mandar al amor que existe, y como estoy segura del vuestro, por esa razón le mando.

—Está bien, exclamé trasportado de alegría; según eso también tengo el derecho de mandar al vuestro, puesto que me habéis dicho que existía realmente... Edmunda, os mando que me abracéis.

—Soltad, Bernardo, exclamó, me rompeis el brazo. Mirad, me lo habeis desollado contra la reja.

—¡Por qué os resistís tanto? la dije cubriendo con mis lábios la ligera herida que le había hecho en el brazo. ¡Ah! ¡qué desgraciado soy! ¡maldita reja! Edmunda, si quisieráis bajar la cabeza podría abrazaros .. abrazaros como á mi hermana: Edmunda, ¿que tenéis?

—Mi querido Bernardo, respondió, en el mundo en

que vivo, nadie puede abrazar ni aún á su hermana, y en ninguna parte se abraza en secreto. Os abrazaré delante de mi padre todos los días si queréis, pero jamás aquí.

—No me abrazareis jamás, exclamé, volviendo á mi cólera acostumbrada. ¿Y vuestra promesa? y mis derechos...

—Si nos casamos... dijo con cierto rubor, cuando hayais recibido la educación que os suplico recibais...

—¡Pardiez! ¿os burláis de mí? ¿se trata de casamiento entre nosotros? De ninguna manera, yo no quiero vuestra fortuna, ya os lo he dicho.

—Mi fortuna y la vuestra no son más que una, respondió Edmunda. Entre parientes tan próximos como lo somos nosotros, lo tuyo y lo mío son palabras sin valor. Jamás se me ocurrirá el pensamiento de creeros codicioso Sé que me amais, que trabajareis en probármelo, y que llegará día que no temeré vuestro amor, porque podré aceptarlo á la faz del cielo y de los hombres.

—Si esa es vuestra opinión, repliqué enteramente distraído de mis salvajes trasportes por la nueva dirección que daba á mis pensamientos, mi posición es muy diferente; pero, á deciros, verdad, es menester que reflexione sobre ella... no había pensado que lo entenderíais así. .

—¿Y cómo quereis que pueda entenderlo de otro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

modo? replicó Edmunda. ¿Por ventura no se deshonra una jóven soltera entregándose á un hombre que no es su esposo? No quiero deshonrarme, y vos que me amais, tampoco lo desearéis. ¿No es verdad que no quereis hacerme un daño irreparable? Si tuvieseis esa intención seriais mi más mortal enemigo...

—Mirad, ¡Edmunda, repliqué; yo no puedo deciros nada acerca de mis intenciones; jamás las he tenido siniestras respecto de vos. No he tenido más que deseos, y jamás he pensado en vos sin volverme loco. ¿Quereis que me case con vos! ¿y por qué? ¡Dios mio!

—Porque una doncella que se respeta á sí propia no puede pertenecer á un hombre sin el pensamiento, sin la resolución, sin la certidumbre de pertenecerle siempre. ¿No sabiais esto?

—¡Hay tantas cosas que no sé, ó en las cuales jamás habia pensado!

—La educación os enseñará, Bernardo, lo que debeis pensar de las cosas que más os interesan, de vuestra posición, de vuestros deberes y de vuestros sentimientos. No veis claro ni en vuestro corazón, ni en vuestra conciencia. Yo, que estoy acostumbrada á interrogarme sobre todas las cosas, y á gobernarme á mi misma, ¿cómo quereis que tome por maestro á un hombre sometido al instinto y guiado por el azar?

—¡Por maestro! ¡por marido! sí, comprendo que no podriais someter vuestra vida toda entera á un animal como yo... ¿pero yo no os pedia eso? .. y no puedo pensar en ello sin estremecerme.

—Sin embargo, es menester que penseis en ello, Bernardo, y que penseis mucho, y cuando lo hayais hecho, conocereis la necesidad de seguir mis consejos, y de poner vuestra razon en armonía con la nueva posicion en que habeis entrado al dejar la Roca de Mauprat; cuando hayais reconocido esta necesidad, me lo direis, y entónces tomaremos muchas resoluciones indispensables.

Diciendo esto, retiró dulcemente sus manos de entre las mias, y creo que me dijo buenas noches, pero no lo oí. Quedé absorto en mis pensamientos, y cuando levanté la cabeza para hablarla, ya no estaba allí. Fuí á la capilla, pero tampoco la hallé porque habia entrado en su cuarto por una tribuna alta que comunicaba con su departamento.

Volví al jardin y me embosqué en el parque, donde permanecí toda la noche. Mi conversacion con Edmunda me habia lanzado en un mundo nuevo. Hasta entonces no habia cesado de ser el hombre de la Roca de Mauprat, y no habia previsto que pudiese ó debiese cesar de serlo, pues á excepcion de los hábitos que habian cambiado con las circunstancias, yo habia permanecido en el círculo estrecho de mis pensamientos. En medio de todas las cosas nuevas que me rodeaban, su poder real me ofendia, y procuraba dar firmeza á mi voluntad en secreto, á fin de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no aparecer á mis propios ojos como humillado. Creo que con la perseverancia y la fuerza de que estaba dotado nada hubiera podido hacerme salir de este atrincheramiento de obstinación si Edmunda no hubiese intervenido. Los bienes vulgares de la vida, las satisfaciones del lujo, no tenían para mí otro encanto que el de la novedad. El reposo del cuerpo me cansaba, y la calma de aquella casa llena de órden y de silencio, se me hubiera hecho insorportable, si la presencia de Edmunda y el huracan de mis deseos no la hubiese llenado con mis agitaciones, y poblado con mis fantasmas. Ni un solo instante había deseado llegar á ser el jefe de aquella casa: ni el dueño de aquella fortuna, y con placer acababa de oir á Edmunda hacer justicia á mi desinterés. Sin embargo, repugnábame todavía la idea de asociar dos objetos tan distintos, mi pasión y mis intereses.

Erré por el parque, luchando con mil incertidumbres, y sin apercibirme de ello salí al campo. La noche estaba hermosísima. La luna llena derramaba sus torrentes de luz sobre las campiñas, alteradas por el calor del dia. Las plantas marchitas se enderezaban sobre sus tallos y cada hoja parecía aspirar por sus poros la húmeda frescura de la noche. También yo sentía esta dulce influencia; mi corazón latia con fuerza pero con regularidad. Hallábame animado de una vaga esperanza; la imágen de Edmunda flotaba delante de mí sobre los senderos de los prados, y

no escitaba ya esos dolorosos transportes, esas fogosas aspiraciones que me habían devorado.

Atravesé un gran páramo donde alguno que otro grupo do arbolitos interrumpía de vez en cuando las verdes y estendidas dehesas. Algunos bueyes echados sobre la menuda yerba, inmóviles, parecían sumergidos en apacibles contemplaciones. Colinas suaves se levantaban hácia el horizonte, y sus grupos aterciopelados parecían jugar en los puros reflejos de la luna. Por la primera vez de mi vida sentí las bellezas voluptuosas y las emanaciones sublimes de la noche. Estaba penetrado de no sé que bienestar desconocido, y parecíame que por la primera vez tambien veía la luna, los ribazos y las praderas. Acordábame haber oido á Edmunda que no había espectáculo más hermoso que el de la naturaleza, y admirábame de no haberlo sabido hasta entonces. Por un momento tuve intención de arrodillarme y orar á Dios; pero temia no saber hablarle y ofenderle orando mal. ¿Os confesaré un capricho singular que se me ocurrió como una revelación infantil del amor poético, en mi ignorancia?

La luna alumbraba tan completamente los objetos, que distinguía en el cesped las menores florecillas. Una margarita que ví inmediata á mí, me pareció tan bella con su gargantilla blanca guarnecida de púrpura, y su caliz de oro lleno de diamantes del rocío, que la cojí y la cubrí de besos, exclamando en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una especie de delirio delicioso: Eres tú, Edmunda ¡si aquí estás! ¡ya no huyes de mí! ¡Pero cual fué mi confusión cuando al levantarme ví que tenía un testigo de mi locura! Paciencia estaba de pié delante de mí.

Me disgustó tanto que me hubieran sorprendido en semejante acceso de extravagancia, que por un resto de mis hábitos de cortapiernas, busqué el machete en mi cinto. Pero ya no tenía ni cinto, ni cuchillo. Mi chaleco de seda con bolsillos me hizo recordar que estaba condenado á no degollar ya á nadie. Paciencia se sonrió.

—¡Y bien! ¿qué importa? dijo el solitario con calma y dulzura; ¿creeis que no sé bien lo que es eso? No soy tan simple que no comprenda, ni tan viejo que no vea claro. ¿Quién es el que mueve las ramas de mi tejo siempre que la hija santa se sienta á mi puerta? ¿Quién es el que nos sigue como un lobo á pasos contados por el soto cuando acompaño á la casta doncella á casa de su padre? ¿Y qué mal hay en esto? Ambos sois jóvenes, ambos sois hermosos, parientes, y si quisieráis, seríais un hombre honrado y bueno, como ella es una doncella inmaculada y virtuosa.

Toda mi furia desapareció al oir á Paciencia hablar de Edmunda. Era tanta la necesidad que tenía de ocuparme de ella, que hubiera escuchado hablar mal de ella, por el sólo placer de oir pronunciar su nombre. Continue mi paseo al lado de Paciencia. El anciano caminaba descalzo; verdad es que haciendo ya mucho tiempo que sus pies habían perdido la costumbre del calzado, habían adquirido tal callosidad que los ponía al abrigo de todo. Tenía por toda vestimenta un pantalón de lienzo azul que por no tener tirantes caían sobre las caderas, y una camisa grosera. No podía sufrir ningún género de traba en su vestido, y su piel endurecida por la intemperie no era sensible ni al calor, ni al frio; así es que se le vió hasta la edad de ochenta años andar con la cabeza descubierta al sol más abrasador, y con la chupa entreabierta á los aires del invierno. Desde que Edmunda cuidaba de cuanto pudiera hacerle falta, había adquirido cierta limpieza. Pero si se toma en cuenta el desórden de su peinado y el ódio que tenía á todo lo que traspasaba los límites de lo extrictamente necesario, podía pasar, salva la impudicicia que siempre había detestado, por el cínico de los antiguos tiempos. Su barba brillaba como la plata.

Su calva era tan reluciente que la luna reflejaba en ella como en el agua. Caminaba lentamente, con las manos detrás de la espalda, la cabeza erguida, como un hombre que vigila su imperio. Pero las más de las veces sus miradas se fijaban en el cielo, é interrumpía su conversación para decir señalando la bóveda estrellada: ¡Mirad eso!, ¡mirad que hermoso es! Este hombre rústico ha sido el único á quien he visto

admirar el cielo, ó por lo menos el único á quien he visto darse cuenta de su admiración.

—Por qué, maestro Paciencia, le dije. ¿pensáis que sería yo un hombre honrado *si quisiera*? ¿Luego creeis que no lo soy?

—¡Oh! no os enfadeis, respondió; Paciencia tiene el derecho de decirlo todo. ¿No es el loco del castillo?

—Edmunda por el contrario piensa que sois el sabio.

—¿Piensa eso la hija santa de Dios? ¡Pues bien! Si así lo cree, quiero obrar como sabio y daros un buen consejo, maese Bernardo Mauprat. ¿Quereis oirlo?

—¡Parece que aquí todo el mundo se mete á aconsejar! ¡No importa, escucho!

—Estais enamorado de vuestra prima...

—¡Sois muy atrevido en hacer semejante pregunta!

—No es una pregunta, es una afirmación. ¡Pues bien! os digo que os hagais amar de vuestra prima, y sereis su marido.

—¿Y por qué teneis por mí ese interés, maestro Paciencia?

—Porque sé que lo mereceis.

—¿Quién os lo ha dicho? ¿El abate?

—No.

—¿Edmunda?

—Algo, á pesar de que no está muy enamorada de vos; verdad es que vos teneis la culpa.

—¿Por qué? ¿Paciencia?

—Porque ella quiere que os instruyais, y vos no quereis. ¡Ah! si yo tuviese vuestra edad, y si pudiera sin ahogarme mantenerme encerrado en mi cuarto solamente dos horas al día, y si todos los que yo encuentro se ocuparan en instruirme! Si me dijeran: «Paciencia, esto se ha hecho ayer. Paciencia, esto se hará mañana.» ¡Pero pobre de mí! necesito buscar lo todo yo mismo, y esto es tan largo, que moriré de viejo antes de haber hallado la décima parte de lo que quisiera saber. Pero escuchad, tengo además una razón para desear que os caséis con Edmunda.

—¿Cuál? amigo Paciencia.

—Que ese de la Marche no le conviene. Yo se lo he dicho, ¡pardiez! y á él también, y al abate y á todo el mundo. Eso no es un hombre: huele bien como un jardín pero, prefiero el más pequeño tallo de serpol á él.

—¡Pardiez! tampoco yo le amo; ¿pero y sí Edmunda le quiere, Paciencia?

—Vuestra prima no le ama. Le cree bueno, le cree veraz; ella se engaña, y engaña á todo el mundo. Yo lo sé, es un hombre que no tiene *esto*. (Paciencia ponía la mano sobre su corazón). Es un hombre que dice siempre que habla: «amo á la virtud, á los desgraciados, á los sábios, á los amigos del género humano»; pues bien, yo, Paciencia, sé que deja morir de hambre á los pobres á la puerta de su castillo. Sé que si se le dijera: «dá tu castillo, come pan negro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dá tus tierras, hazte soldado y no habrá desgraciados en el mundo, el género humano (como tú dices) se salvará, el *hombre* diría: «¡Perdonad! yo soy señor de mis tierras y no estoy cansado de mi castillo.» ¡Oh! conozco muy bien á esos hipócritas! ¡Qué diferencia de Edmunda! Vos no sabeis esto. La amais porque es hermosa como la margarita de los prados, y yo la amo porque es buena como la luna que alumbra á todo el mundo. Sí, es tan buena, que dá todo lo que tiene, que no llevaría una sola jova, porque con el oro de una sortija se puede hacer que viva un hombre durante un año. Y si encuentra en su camino un piecccito de niño herido, se quitará su zapato para dárselo y se volverá descalza á casa; y sobre todo tiene un corazón muy noble.

Si mañana toda la población de San Severo saliera en masa á decirle: «Señorita, ya habeis vivido bastante tiempo en la riqueza, dadnos lo que teneis, y trabajad ahora que os toca:—«Es justo, hijos mios» les diría, y alegre llevaría los ganados al campo. Su padre era lo mismo; porque sabed que yo he conocido á su padre, tan jóven como ella lo es ahora, y á vuestra madre t mbien. ¡Oh! jera una santa mujer, muy caritativa, muy justa! Y vos teneis algo de ella, según dicen.

—¡Ay! no, respondí, sobrecogido de entérnecimiento con el discurso de Paciencia. No conozco la caridad, ni la justicia.

—Todavía no habeis podido practicarlas, pero sé que están escritas en vuestro corazón. Dicen que soy adivino, y creo que lo soy un poco, porque conozco á un hombre al momento. ¿Os acordais de lo que me dijisteis un dia, estando vos con Silvano y yo con Marcasse? ¿No os acordais que me dijisteis que un hombre honrado venga sus agravios por sí mismo? Pues, á propósito, Mr. Mauprat, si no estais contento con las escusas que os he dado en la torre de Gazeau, es menester decirlo: ya veis, nadie hay aquí, y aunque viejo, tengo todavía el puño tan bueno como vos: podemos darnos algunos golpes, que tal es el derecho de la naturaleza, y aún cuando no apruebo esto, jamás me niego á dar reparación á quien me la pide.

Sé que hay hombres que moririan de pesar, si no se vengaran; y yo mismo que os estoy hablando he necesitado más de cincuenta años para olvidar una afrenta que recibí .. y cuando en ella pienso, todavía se despierta mi odio contra los nobles, y considero un crimen haber podido perdonar en mi corazón á algunos.

—Estoy plenamente satisfecho, maestro Paciencia, y en vez de guardaros rencor, os profeso la amistad más sincera.

—¡Ah! ¡bien me lo decía el corazón! Pues bien, si sois mi amigo, Mauprat, haced lo que os diga: seguid los consejos del abate que es un justo. Procurad com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

placer á vuestra prima, que es una estrella del firmamento. Conoced la verdad; amad al pueblo; detestad á los que le detestan; estad dispuesto á sacrificaros por él. ¡Escuchad! ¡escuchad! yo sé lo que digo, haceos amigo del pueblo.

—Según eso, ¿el pueblo es mejor que la nobleza, Paciencia? Decidme la verdad, puesto que sois un sabio.

—El pueblo vale más que la nobleza, porque la nobleza le veja, y él la tolera, pero tal vez no la tolerará siempre. En fin, es menester que lo sepais, ¿veis bien esas estrellas? Jamás variarán, siempre estarán en el mismo sitio y derramarán tanta luz dentro de diez mil años como hoy. Pero antes de cien años, y mucho menos tal vez, habrá muchas variaciones sobre la tierra. Creed á un hombre que piensa en la verdad y no se deja estraviar por los fuertes vientos de los bosques. El pobre ha sufrido bastante, se volverá contra el rico, y caerán los castillos, y las tierras serán despedazadas.

Yo no veré esto, pero vos sí; diez cabañas ocuparán el sitio de este parque, y diez familias vivirán con su renta. No habrá criados, ni amos, ni villanos, ni señores. Habrá nobles que gritarán muy alto y no cederán sino á la fuerza, como hubieran hecho vuestros tios si hubieran vivido, y como hará M. de la Marche á pesar de sus hermosos discursos. Habrá quienes se sacrifiquen generosamente, como Edmunda, y como vos si escuchais á la prudencia. Y entonces convendrá á Edmunda tener por marido á un hombre y no á una rama de lirio. Entonces convendrá que Bernardo sepa manejar el arado, ó matar un venado para alimentar á su familia, porque el viejo Paciencia yacera bajo la yerba del cementerio, y no podrá devolver á Edmunda los servicios que de ella ha recibido. No os riais de lo que digo, joven, porque es la voz de Dios la que dice esto. Mirad el cielo. Las estrellas viven en paz, y nada altera su órden eterno. Las grandes no se comen á las pequeñas, y ninguna se lanza sobre sus vecinas. Tiempo vendrá en que reine el mismo órden entre los hombres. El viento del señor barrerá á los malos. Asegurad vuestras piernas, Sr. Mauprat, á fin de manteneros de pié, y sostener á Edmunda; Paciencia es quien os lo advierte. Paciencia que no os desea sino el bien; pero habrá otros que querran el mal, y es menester que los buenos se hagan fuertes.

Hablando así llegamos hasta la choza de Paciencia en cuya entrada se detuvo, y apoyando la una mano en los hierros de la verja y accionando con la otra, siguió declamando con energía; su mirada brillaba como el fuego, su frente estaba bañada de sudor, su palabra tenia cierto poder como la de los antiguos profetas, y la sencillez más que plebeya de su vestido realzaba más la altivez de su gesto y la unción de su voz. La revolución francesa ha hecho ver des-

pués que había en el pueblo fogosas elocuencias y una implacable lógica; pero lo que en aquel momento veía yo era tan nuevo para mí, y me causó tal impresión, que mi imaginación desordenada y sin freno, se dejó arrastrar á los terrores supersticiosos de la infancia. Paciencia me alargó la mano, y yo le di la mía con más espanto que simpatía. El hechicero de la torre de Gazeau, suspendiendo sobre mi cabeza el mochuelo ensangrentado, acababa de pasar por delante de mis ojos.

XI

Cuando abrumado de cansancio desperté al siguiente día, me parecieron un sueño todos los incidentes de la víspera. Creí que Edmunda, al hablarme de su casamiento conmigo, había querido retrasar indefinidamente mis esperanzas por medio de una pérfida promesa, y en cuanto al efecto de las palabras del hechicero, no las recordaba sin una profunda humillación. Sea de esto lo que quiera, el resultado es que el efecto estaba producido. Las emociones de aquel día habían dejado en mí una lucha indeleble: ya no era yo el hombre de la víspera y jamás volvería á ser completamente el de la Roca de de Mauprat.

Era tarde, y había reparado por la mañana solamente las horas de mi insomnio. No me había levantado todavía y ya oía piafar en el patio el caballo de

Mr. de la Marche. Todos los días llegaba aquella hora; todos los días veía á Edmunda al mismo tiempo que yo, y aquél día, aquel mismo día en que había querido persuadirme que contase con su mano, Mr. de la Marche iba á estampar antes que yó su desabrido beso en equella mano que me pertenecía.

Este pensamiento despertó todas mis dudas. ¡Cómo Edmunda toleraba sus frecuentes visitas y la libertad que en ellas se tomaba, si realmente tenía intención de casarse con otro! ¿Tal vez no se atrevía á alejarlo? ¿Tal vez me tocaba á mí hacerlo? Yo no sabía los usos y costumbres de la sociedad en que acababa de entrar, El instinto me aconsejaba que me abandonase á mis impetuosas inspiraciones, y el instinto hablaba alto.

Vestíme apresuradamente. Entré en el salón pálido y en desórden. Edmunda estaba pálida tambien. La mañana estaba lluviosa y fresca. Habían encendido lumbre en la gran chimenea Recostada en su poltrona calentaba sus pequeños pies dormitando. Esta era la actitud negligente y fría que había tenido durante su enfermedad. Mr. de la Marche estaba leyendo la Gaceta al otro lado del Salón. Al ver á Edmunda más abatida que yo por las emociones de la víspera, sentí calmarse mi cólera, y acercándome á ella me senté sin hacer ruido y la miré con enternecimiento

—¿Soy vos, Bernardo? me dijo sin moverse y sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pués que había en el pueblo fogosas elocuencias y una implacable lógica; pero lo que en aquel momento veía yo era tan nuevo para mí, y me causó tal impresión, que mi imaginación desordenada y sin freno, se dejó arrastrar á los terrores supersticiosos de la infancia. Paciencia me alargó la mano, y yo le di la mía con más espanto que simpatía. El hechicero de la torre de Gazeau, suspendiendo sobre mi cabeza el mochuelo ensangrentado, acababa de pasar por delante de mis ojos.

XI

Cuando abrumado de cansancio desperté al siguiente día, me parecieron un sueño todos los incidentes de la víspera. Creí que Edmunda, al hablarme de su casamiento conmigo, había querido retrasar indefinidamente mis esperanzas por medio de una pérfida promesa, y en cuanto al efecto de las palabras del hechicero, no las recordaba sin una profunda humillación. Sea de esto lo que quiera, el resultado es que el efecto estaba producido. Las emociones de aquel día habían dejado en mí una lucha indeleble: ya no era yo el hombre de la víspera y jamás volvería á ser completamente el de la Roca de de Mauprat.

Era tarde, y había reparado por la mañana solamente las horas de mi insomnio. No me había levantado todavía y ya oía piafar en el patio el caballo de

Mr. de la Marche. Todos los días llegaba aquella hora; todos los días veía á Edmunda al mismo tiempo que yo, y aquél día, aquel mismo día en que había querido persuadirme que contase con su mano, Mr. de la Marche iba á estampar antes que yó su desabrido beso en equella mano que me pertenecía.

Este pensamiento despertó todas mis dudas. ¡Cómo Edmunda toleraba sus frecuentes visitas y la libertad que en ellas se tomaba, si realmente tenía intención de casarse con otro! ¿Tal vez no se atrevía á alejarlo? ¿Tal vez me tocaba á mí hacerlo? Yo no sabía los usos y costumbres de la sociedad en que acababa de entrar, El instinto me aconsejaba que me abandonase á mis impetuosas inspiraciones, y el instinto hablaba alto.

Vestíme apresuradamente. Entré en el salón pálido y en desórden. Edmunda estaba pálida tambien. La mañana estaba lluviosa y fresca. Habían encendido lumbre en la gran chimenea Recostada en su poltrona calentaba sus pequeños pies dormitando. Esta era la actitud negligente y fría que había tenido durante su enfermedad. Mr. de la Marche estaba leyendo la Gaceta al otro lado del Salón. Al ver á Edmunda más abatida que yo por las emociones de la víspera, sentí calmarse mi cólera, y acercándome á ella me senté sin hacer ruido y la miré con enternecimiento

—¿Soy vos, Bernardo? me dijo sin moverse y sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abrir los ojos. Tenía los codos apoyados sobre los brazos de un sillón, y las manos graciosamente entrelazadas debajo de su barba. Las mujeres llevaban en aquella época y casi en todas las estaciones los brazos medio desnudos. En el de Edmunda observé una tirita de tafetan inglés que me hizo palpitar el corazón. Aquella era la ligera herida que le había hecho la víspera contra la reja de la ventana. Levanté suavemente el encaje que caía sobre su codo, y estimulado por su medio sueño, apoyé mis labios sobre aquella dulce herida. Mr. de la Marche podía verme, y me veía en efecto, y yo lo hacía á propósito, pues ardía en deseo de tener una cuestión con él. Edmunda tembló y se puso encendida como la grana. Pero tomando al punto cierto aire de jovialidad lleno de indolencia, me dijo:

—En verdad, Bernardo, que estais esta mañana galante como un abate de corte. ¿Habeis hecho algun madrigal esta noche pasada?

Esta burla me ofendió gravemente; pero afectando la misma indiferencia que Edmunda, la contesté:—Sí, ayer noche hice uno en la ventana de la capilla, y si es malo, prima, vos habeis tenido la culpa.

—Decid más bien que la culpa es de vuestra educación, replicó animándose, y jamás estaba más hermosa que cuando se despertaban su altivez y su vivacidad.

—Pues yo creo que peco por demasiada educación,

respondí, pues si hubiera atendido más á mi buen sentido natural, no os burlaríais tanto de mí.

—Paréceme que quereis hacer alarde de vuestro gran talento y bellas metáforas con Bernardo, dijo Mr. de la Marche doblando su diario con aire indiferente y aproximándose á nosotros.

—Por mi puede escusarlas, contesté ofendido por aquella impertinencia; que guarde su talento para vuestros semejantes.

Me levanté para provocarle poniéndome delante de él; pero afectando no reparar en ello, se apoyó en la chimenea con increible indiferencia, é inclinándose hácia Edmunda, dijo con voz dulce y casi afectuosa:

—¿Qué tiene? como si se hubiera informado de la salud de su perro.

—¿Quién sabe? contestó Edmunda en el mismo tono, y levantándose en seguida, añadió:

—Me duele mucho la cabeza para continuar aquí. Dadme el brazo para subir á mi cuarto.

Edmunda salió apoyada en el brazo de M. de la Marche, y yo me quedé atónito sin saber lo que me pasaba.

Esperé resuelto á insultarle cuando volviese al salón; pero entró el abate, y poco despues mi tio Huberto, quienes se pusieron á hablar de asuntos enteramente extraños para mí, como lo eran casi todos en los que servían de tema las conversaciones que allí oía. No sabía qué hacer para vengarme, pero no me atrevía á descubrirme delante de mi tio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Conocí lo que debía al respeto y á los derechos de la hospitalidad, y tuve que hacerme una violencia que jamás me había hecho en la Roca de Mauprat. El ultraje y la cólera se manifestaban espontáneamente, y me consumía en la espectativa de mi venganza. Muchas veces el caballero, notando la alteración de mis facciones, me preguntó afablemente si estaba enfermo. Mr. de la Marche aparentó no observar ni sospechar nada. Tan solo el abate me examinaba con atención. Sorprendí sus ojos azules, en los que la penetración natural se velaba siempre bajo cierto hábito de timidez, fijos en mí con inquietud. El abate no me quería; érame fácil ver que su carácter dulce y jovial, se hacía áspero y frío, como á pesar suyo, cuando se dirigía á mí, y aún llegué á observar que se entristecía su semblante siempre que á él me acercaba.

Sintiendo que la cabeza se me desvanecía por momentos, pues tan extraña á mis costumbres y superior á mis fuerzas era la violencia que sufría, salí á echarme sobre la yerba del parque, mi único refugio en todas mis agitaciones. Aquellos corpulentos árboles, aquel musgo centenario que pendía de todas las ramas, aquellas flores de los bosques, pálidas y olorosas, emblemas de dolores ocultos y amigas de mi infancia, eran lo único que encontraba sin alteración, así en mi vida social, como en la salvaje. Oculté mi rostro entre las manos, pues no recuerdo

haber sufrido mas en ninguna de las calamidades de mi vida; cuando debía haberme considerado feliz, por salir del rudo y peligroso oficio de *cortapiernas* y hallar tantos bienes inesperados; amor, cariño, riqueza, libertad, enseñanza, buenos consejos y buenos ejemplos. Pero ¡cuán cierto es que para pasar de un estado del alma á otro opuesto, aunque sea del mal al bien, del dolor al gozo, y de la fatiga al reposo, es menester que el hombre sufra, y que en este alumbramiento de un nuevo destino, todos los resortes de su ser se estiren hasta romperse! Del mismo modo, al aproximarse el estío, cúbrese el cielo de nubes sombrías, y la tierra estremecida parece dispuesta á anonadarse bajo el azote de la tempestad.

En aquel momento solo me ocupaba yo en buscar un medio de satisfacer mi ódio contra Mr. de la Marche, sin revelar ni dejar siquiera sospechar el lazo misterioso que me unía con Edmunda. Aunque nada estuviese menos en vigor en la Roca de Mauprat que la santidad del juramento, como los únicos libros que yo había leído, segun ya os lo he dicho, eran algunas leyendas de caballería, había tomado un amor romancesco á la fidelidad de las promesas, y esta era casi la única virtud que había adquirido. Así es que, el secreto de Edmunda me retenía invenciblemente—Pero ¿no hallaré, me decía, algun pretexto plausible para lanzarme sobre mi enemigo y ahogarle? A decir verdad esto no era fácil con un hom-

bre que parecía haber adoptado respecto de mí un partido de política y de atenciones.

En esta perplegidad olvidé la hora de comer, y cuando ví descender el sol por detrás de las torres del castillo, conocí demasiado tarde que debian haber notado mi ausencia, y que no podía volver sin sufrir, ó las bruscas preguntas de Edmunda, ó la clara y fria mirada del abate, que parecía evitar siempre la mía y que yo sorprendía de pronto penetrando hasta lo mas profundo de mi conciencia.

Resolví, pues, no volver al castillo hasta la noche, y me extendí sobre la yerba, procurando dormir un poco para dar descanso á mi atormentada frente. Dormíme en efecto, y cuando desperté, la luna subía en el cielo todavía teñida con los crepúsculos de la tarde. El ruido que me había hecho estremecer era muy ligero; pero hay sonidos que hieren el corazón, antes que el oido, y las más sútiles emanaciones del amor penetran algunas veces la más ruda organización. La voz de Edmunda acababa de pronunciar mi nombre á poca distancia detrás del follaje. Primero creí haber soñado; permanecí inmóvil, contuve mi aliento y escuché. Era ella quien se dirigía á la choza del solitario con el abate. Habíanse parado en el sendero cubierto, á diez pasos de mí, y hablaban á media voz; pero de esa manera clara y distinta, que en las revelaciones íntimas, dan á la atención tanta solemnidad.

—Temo, decía Edmunda, que arme algún escándalo á Mr. de la Marche, ó tal vez alguna cosa más seria, ¿quién sabe? No conocéis á Bernardo.

—Es menester alejarlo de aquí á todo trance, contestó el abate. Vos no podéis vivir de esa suerte continuamente expuesta á la brutalidad de un bandido.

—Verdad es que esto no es vivir. Desde que ha puesto el pie aquí, no he tenido un instante de libertad. Prisionera en mi cuarto, ú obligada á recurrir á la protección de mis amigos, no me atrevo á dar un paso; gracias que pueda bajar la escalera y atravesar la galería sin enviar á Leblanc de descubierta. La pobre mujer, que me había visto tan animosa, cree que estoy loca. Este estado violento me es ya insoportable, pues no duermo sino bajo llaves y cerrojos. Y sabed, abate, que yo no camino sin un puñal, ni más ni menos que una heroina de leyenda española.

Y si ese desgraciado os encuentra y asusta, le heriréis en el pecho, ¿no es verdad? Semejantes eventualidades no pueden aceptarse. Edmunda, es menester buscar el medio de salir de una situación que no es sostenible. Concibo que no queráis quitarle la amistad de vuestro padre, confesando á este la monstruosa transacción que os habéis visto obligada á hacer con ese bandido en la Roca de Mauprat; pero ¡ah!, mi pobre Edmunda, aunque no soy un hombre sanguinario, deploro veinte veces al día que mi ca-

rácter sacerdotal me impida provocar á ese hombre y desembarazaros de él para siempre.

Este compasivo sentimiento, expresado tan ingenuamente á mi oido, me dió una violenta comezón de presentarme de pronto, aunque solo fuese para poner á prueba el carácter guerrero del abate; pero hallábame encadenado por el deseo de sorprender los verdaderos sentimientos y los verdaderos designios de Edmunda respecto de mí.

—Estad tranquilo, dijo ella con cierto desembarazo; si causa mi paciencia, no vacilaré en clavarle esta hoja en la mejilla. Estoy segura de que una pequeña sangría calmará su ardor.

Entonces se aproximaron dos ó tres pasos.

—Escuchadme, Edmunda, dijo el abate parándose de nuevo: no podemos hablar de esto delante de Paciencia, ni cortemos esta conversación sin concluir alguna cosa. Llegais con Bernardo á la crisis inminente. Paréceme, hija mia, que no haceis todo lo que deberíais hacer para precaver las desgracias que pueden sobreveniros; pues todo lo que os sea funesto lo será tambien para nosotros que, tanto os amamos.

—Os escucho, mi excelente amigo, respondió Edmunda; reprendedme, aconsejadme.

Al mismo tiempo se recostó sobre el árbol á cuyo pié estaba yo acostado entre la maleza y yerbas altas Creo que podía verme, pues yo la veia claramente; pero estaba muy lejos de sospechar que contemplaba su rostro celestial, sobre el cual la brisa hacia pasar alternativamente la sombra de las hojas agitadas y los pálidos diamantes que la luna siembra en los bosques.

—Digo, Edmunda, replicó el abate cruzándose de brazos y golpeándose la frente, que no juzgáis cuál es vuestra situación. Tan pronto os aflige hasta el punto de que perdéis toda esperanza y queréis dejaros morir (sí, hija mia, en términos de que vuestra salud se ha alterado visiblemente); como debo deciróslo aún á riesgo de enfadaros un poco, cómo miráis vuestros peligros con una ligereza y una jovialidad que me pasman.

—Esta última reconvención es delicada, amigo mio, respondió Edmunda; pero dejadme que me justifique. Vuestra admiración proviene de que no conoceis bien á la raza de los Mauprat. Sabed, pues, que es una raza indomable, incorregible y de la que no pueden salir sino *rompé-cabezas y corta piernas*. A los que más y mejor haya cepillado la educación, les quedarán todavía muchos nudos, una altivez desmedida, una voluntad de hierro, y un profundo desprecio de la vida.

Ya veis que mi padre, á pesar de su bondad adorable, es tan vivo á veces, que rompe su caja de tabaco golpeando la mesa cuando vuestros argumentos destruyen los suyos sobre política y cuando le ganais al ajedrez En cuanto á mi, siento que mis venas

son tan gruesas como si hubiera nacido en las nobles filas del pueblo; y no creo que jamás un Mauprat haya brillado en la corte por la gracia de sus modales.

¿Cómo, pues, queréis que haga yo gran caso de la vida, habiendo nacido valiente? Hay sin embargo instantes de debilidad, en que me desanimo y deploro mi suerte como verdadera mujer que soy. Pero que me enfaden que me amenacen, y se reanimará la sangre de la raza fuerte; y entonces, no pudiendo despedazar á mi enemigo, me cruzaré de brazos y me echaré á reir de lástima de lo que se cree que me causará miedo. Y cuenta que esto no es exageración, porque mañana, esta misma noche, puede muy bien realizarse con este cuchillo de nacar que no parece muy á propósito, pero que es bueno; mirad, ha sido afilado por de Marcasse, gran inteligente en estas cosas, no lo abandono ni de día ni de noche, y tengo ya mi resolución formada. No tengo el puño muy firme, pero sabría darme una puñalada, así como sé dar un latigazo á mi caballo. Pues bien, supuesto todo esto, mi honor está seguro, y solo mi vida es la que pende de un hilo, de un vaso de vino, de más ó de menos, que le dé gana de beber á Bernardo el día menos pensado, de un encuentro, de una mirada que crea sorprender entre M. de la Marche y yó, en fin, de nada tal vez. ¿Y qué debo hacer? ¿Aun cuando me desesperase, podría borrar lo pasado? Nosotros no podemos arrancar ni una sola página de nuestra vida pero podemos arrojar el libro al fuego. Aunque llorase de la noche á la mañana, ¿impediría que el destino, en un día de mal humor, haya dejado de conducirme á la caza; que me hubiese estraviado entre los bosques y encontrado á un Mauprat que me llevó á su cueva, donde no escapé del oprobio y tal vez de la muerte, sino ligando para siempre mi vida con la de un jóven salvaje que no tenía ninguno de mis principios, ninguna de mis ideas, ninguna de mis simpatías y que tal vez (y que sin duda debería decir) no los tendrá jamás?-Todo esto es una desgracia

Yo me veía en todo el brillo de un destino feliz, era el orgullo y la alegría de mi anciano padre, iba á casarme con un hombre que estimaba y me agradaba, ningún dolor, ningún cuidado me habían asaltado hasta entonces; no conocía ni los días sin seguridad, ni las noches sin sueño. Pues bien, Dios no ha querido que continuara gozando por más tiempo de esta vida tan apacible y deliciosa. ¡Cúmplase su divina voluntad! Hay días en que me parece tan inevitable la pérdida de todas mis esperanzas, que me considero como muerta, y á mi prometido esposo como viudo. Si no fuera por mi pobre padre, me reiría verdaderamente de todo esto, pues estaba tan poco acostumbrada á la contrariedad y al miedo, que ya estoy cansada de la vida por el poco tiempo que los he conocido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Este valor es heróico, ¡pero horroroso! exclamó el abate con voz alterada. Edmunda, esta es casi la determinación del suicidio.

—¡Oh! disputaré mi vida, respondió con calor, pero no la regatearé un instante, si mi honor no sale sano y salvo de todos estos riesgos. En cuanto á esto, no soy bastante piadosa para aceptar jamás una vida manchada por espíritu de mortificación para purgar faltas que no tuve intención de cometer. Si Dios es severo conmigo hasta el punto de que tenga que escoger entre la muerte y el deshonor...

—Jamás puede haber deshonor para vos, Edmunda, una alma tan casta, una intención tan pura...

—¡Oh! no importa, querido abate, no soy tan virtuosa como pensáis: no soy muy ortodoxa en religión, ni vos tampoco lo sois abate!... Me cuido poco del mundo, no le amo; no temo, ni desprecio la opinión, jamas me preocupará ella. No sé todavía qué principio de virtud sería bastante poderoso para impedirme sucumbir, si el mal espíritu me arrastrase. He leído la *Nueva Eloisa*, y he llorado mucho; pero por lo mismo que soy una Mauprat y tengo un orgullo inflexible; jamás sufriré la tiranía del hombre, ya la violencia de un amante, ya la autoridad de un marido; quédese para las almas serviles y cobardes ceder á la fuerza lo que niegan á la súplica; santa Sólange, *la bella pastora*, se dejó cortar la cabeza antes que sufrir el derecho del señor. Y bien sabéis que de

madres á hijas, todas las Mauprat reciben el bautismo bajo los auspicios de la patrona de Berri.

—Sí, sé que sois orgullosa y fuerte, dijo el abate; y porque os estimo más que á ninguna mujer en el mundo, quiero que viváis, que seais libre, que realiceis un casamiento digno de vos, á fin de representar, en la familia humana, el papel que saben todavía ennoblecer las bellas almas Además, no olvidéis que sois muy necesaria á vuestro padre; vuestra muerte le precipitaría en la tumba, á pesar de hallarse aún en toda la fuerza de su robustez. Desechad, pues, esos pensamientos lúgubres y esas resoluciones desesperadas. Es imposible que esa extraña aventura de la Roca de Mauprat sea otra cosa que un sueño siniestro. Todos hemos sufrido la pesadilla de aquella noche de espanto; pero ya es tiempo de que despertemos, pues no debemos continuar abrumados de estupor como niños; no os queda más que un solo partido que tomar, el que os he dicho.

—Pues bien, abate, ese es el que yo considero como más imposible de todos. He jurado por todo lo que hay de sagrado en el universo y en el corazón humano...

—Un juramento arrancado por la amenaza y la violencia no compromete á nadie: las leyes humanas lo han decretado; las leyes divinas, en circunstancias de este género principalmente, absuelven de él sin duda alguna la conciencia humana. Si fuérais or-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todoxa, iria á Roma, é iria á pie, para obtener la anulación de un voto tan temerario; pero no estais muy sometida al Papa, Edmunda... ni yo tampoco.

—¿Segun eso, quereis que sea perjura?

—Vuestra alma no lo sería.

—Sí lo sería; he jurado sabiendo lo que hacía, y pudiendo matarme inmediatamente, pues tenía en la mano un cuchillo tres veces mayor que este. He querido vivir, he querido sobre todo volver á ver á mi padre y abrazarle, para poner término á la angustia en que mi desaparición le dejaba, hubiera sacrificado gustosa mi vida; y sobre todo, ya os lo dije ayer noche, he renovado mi compromiso, y muy libre mente, porque había una pared entre mi *amable* desposado y yo.

—¡Como! ¿habeis podido cometer semejante imdencia Edmunda? He ahí otra cosa en la que no os comprendo.

—Sí lo creo, nada tiene de particular, por que yo misma no me comprendo, dijo Edmunda con singular expresión.

—Hija mia, es menester que me hableis con franqueza. Yo soy el único aquí que puedo aconsejaros, puesto que soy el único á quien podeis decir todo bajo el sigilo de una amistad tan sagrada, como puede serlo el secreto de la confesión católica. Respondedme, pues. ¿Teneis por posible un casamiento entre vos y Bernardo Mauprat?

—¿Cómo? ¿lo que es inevitable, sería imposible? dijo Edmunda. Nada hay mas posible que arrojarse á un rio; nada más posible que entregarse á la desgracia y á la desesperación; nada más posible por consecuencia que casarse con Bernardo Mauprat.

—No seré yo ciertamente quien preste su ministerio á esta unión absurda y deplorable! exclamó el abate. ¡Vos, la mujer y la esclava de ese cortapiernas! Edmunda, ahora mismo deciais que no soportaríais más la violencia del amante que la autoridad del marido.

—¿Pensais que me maltratará?

—Si no os mata.

—¡Oh! no, respondió Edmunda con tono burlon haciendo saltar el cuchillo en su mano, le mataria antes. ¡A Mauprat, Mauprat y medio!

—Os reis, Edmunda, os reis, ¡Dios mio, á la idea de semejante casamiento! Pero aun cuando ese hombre os profese amor y os guarde miramientos, pensad en la imposibilidad de entenderos en la tosquedad de sus ideas, en la bajeza de su lenguaje. Repugnancia y horror causa la idea de semejante asociación, ¿y en qué lengua le hablareis, gran Dios?

Otra vez quise levantarme y caer sobre mi panegirista; pero vencí mi cólera, porque Edmunda hablaba, y todo yo me volví oidos.

—Sé muy bien que al cabo de tres días, ninguna cosa mejor tendré que hacer que degollarme; pero

puesto que, de una manera ó de otra, es menester que esto suceda, ¿por qué no he de ir adelante hasta el momento inevitable? Os confieso que tengo algún tedio á la vida. Todos los que han estado en la Roca de Mauprat no han vuelto de ella. Yo también he estado, no á sufrir la muerte, sino á desposarme con ella. ¡Pues bien! iré hasta el día de mis bodas, y si Bernardo me es odioso, me mataré despues del baile.

—Edmunda, teneis la cabeza llena de novelas ahora, dijo el abate con mucha impaciencia. Vuestro padre, á Dios gracias, no consentirá ese casamiento; ha dado su palabra á Mr. de la Marche, y vos también se la habeis dado. Esta es la única promesa válida.

—Mi padre suscribirá gustoso á un enlace que perpetuará directamente su nombre y su línea. En cuanto á Mr. de la Marche me relevará de mi palabra, sin que me tome el trabajo de suplicárselo. Cuando sepa que he pasado dos horas en la Roca de Mauprat, no será necesaria otra explicación.

—Sería indigno de la estimación que le profeso si creyera manchado vuestro nombre por una aventura desgraciada de la que habeis salido pura.

—¡Gracias á Bernardo! dijo Edmunda; porque al fin, yo debo estarle muy agradecida, y, á pesar de sus reservas y condiciones, su acción es grande é inconcebible por parte de un *cortapiernas*.

—Dios me libre de negar las buenas cualidades que

la educación haya podido desarrollar en ese jóven, y atendiendo á esto creo que será posible hacerle entender la razón.

—¡Para instruirse! jamás consentirá en ello, y aunque se prestase á recibir esa instrucción, no adelantaría más que Paciencia, porque cuando el cuerpo está hecho á la vida animal, no puede el espíritu plegarse á las reglas de la inteligencia.

—Lo creo, así es que no hablo de eso. Hablo solamente de tener una explicación con él y de hacerle comprender que su honor le obliga á dispensaros del cumplimiento de vuestra promesa y resignarse á vuestro casamiento con Mr. de la Marche: una de dos, ó es un bruto indigno de toda estimación y miramiento, ó debe reconocer su crimen y su locura, y de consiguiente hacerse justicia á sí mismo, desistiendo de su temerario empeño, que es el partido que la razón y la justicia le aconsejan tomar. Autorizadme para que rompa el secreto que me habeis impuesto y para que me franquee con él, y os respondo del resultado.

—Yo os respondo de todo lo contrario, dijo Edmunda, y sobre todo jamás consentiré en semejante cosa Sea lo que quiera, Bernardo, estoy obligada á salir con honor de mi duelo con él, pues si obrase como me decís, tendría razón para creer que le había engañado infamemente hasta aquí.

—¡Pues bien! todavía queda otro medio; que os

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

confíes al honor y á la prudencia de monsieur de la Marche, para que, juzgando libremente vuestra situación, decida de ella. Teneis derecho á confiarle vuestro secreto y estais segura de su honor. Si comete la villana cobardía de abandonaros en la situación en que os hallais, vuestro último recurso debe ser poneros al abrigo de las violencias de Bernardo detrás de las rejas de un convento, donde permanecereis por espacio de algunos años, y hareis creer que vais á tomar el velo. Entonces vuestro loco amante os olvidará, y recobrareis vuestra libertad.

—Ese es en efecto el único partido razonable, y ya he pensado en él; pero todavía no es tiempo de abrazarlo.

—Decís bien. Es menester principiar por la confesión á Mr. de la Marche. Si tiene buenos sentimientos, como creo, os tomará bajo su protección, y se encargará de alejar á Bernardo, sea por la persuasión ó por la autoridad.

—¿Qué autoridad, abate?

—La autoridad que, según nuestras costumbres, puede tener un caballero con un igual suyo: el honor y la espada

—¡Ay! abate, también vos sois hombre sanguinario. Pues bien, precisamente eso es lo que he querido evitar hasta ahora, y lo que evitaré aun á costa de mi vida y de mi honor! No quiero que haya el menor conflicto entre esos dos hombres.

—Lo concibo, quereis á uno de los dos con justo título. Pero evidentemente en este conflicto, el peligro no sería para M. de la Marche.

—¡Pero lo sería para Bernardo! exclamó Edmunda visiblemente conmovida. Aborrecería á Mr. de la Marche si provocase á un desafío á ese pobre muchacho que no sabe manejar mas que un palo ó una honda. ¿Cómo podeis tener semejantes ideas, abate? ¡Preciso es que odieis de muerte á ese desgraciado Bernardo! ¿Y quereis que lo entregue yó para que lo asesinen y le paguen de ese modo el servicio que me hizo salvándome la vida? No, no; no consentiré que nadie le provoque, le humille ni le aflija. Es mi primo, es un Mauprat, es casi un hermano, y no puedo permitir que se le eche de esta casa; antes saldría yo.

—Esos sentimientos son muy generosos, Edmunda, contestó el abate; ¡pero con qué calor los expresáis! Me confundo, y sino temiera ofenderos, os confesaría que ese interés que tomais por el joven Mauprat me sugiere un pensamiento extraño.

—Decidlo, replicó Edmunda con cierta aspereza.

—Lo diré si lo exigis. Que me parece que el interés que os inspira ese joven es mucho más vivo que el que teneis por Mr. de la Marche, y yo hubiera deseado permanecer en la persuasión contraria.

—¿Y quién necesita más de ese interés, mal cristiano? dijo Edmunda sonriéndose; ¿no es el pecador endurecido cuyos ojos no han visto la luz?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero al fin y al cabo, Edmunda, debeis tener presente que amais á Mr. de la Marche. ¡No os burleis, en nombre del cielo!

—Si por amar, respondió con tono grave, entendeis tener confianza y amistad, amo á monsieur de la Marche; si por amar entendeis tener compasión y ternura, amo á Bernardo. Falta saber cuál de las dos afecciones es más viva. Eso os toca á vos, abate; yo me cuido poco de ello; porque no amo más que á una persona que es mi padre; ni amo más que una cosa con entusiasmo, mi deber. Tal vez echaré de menos los cuidados y el cariño del general; indudablemente sufriré con el pesar que por necesidad he de causarle pronto, anunciándole que no puedo ser su mujer; pero esta necesidad no me precipitará en la desesperación, porque sé que Mr. de la Marche se consolará fácilmente. Yo no me burlo, abate; Mr. de la Marche es un hombre ligero y algo frívolo.

—Sino le amais más que eso, tanto mejor, porque será un pesar menos entre tantos pesares; y sin embargo, al saber esa indiferencia pierdo la única esperanza que me quedaba de veros escapar de Bernardo Mauprat.

—Vamos, amigo, no os desconsoleis; ó Bernardo se hace sensible á la amistad y al honor; y se enmienda, ó me salvaré de él.

—¿Pero por qué salida?

—Por la puerta del convento ó del cementerio.

Hablando así Edmunda con aire tranquilo, sacudió su larga y negra cabellera, que caía sobre sus hombros y cubría parte de su rostro pálido.

—Vamos, dijo, Dios vendrá en nuestra ayuda. Es una locura y una impiedad dudar de él en el peligro. ¿Somos por ventura ateos para desanimarnos de ese modo? Vamos á ver á Paciencia, él nos dirá alguna sentencia que nos tranquilice: es el viejo oráculo que resuelve todas las cosas sin saber ninguna.

Alejáronse, y yo quedé sumergido en la mayor consternacion.

¡Oh! ¡cuán distinta fué esta noche de la anterior! ¡Qué nuevo paso acababa de dar en la vida, no ya por el sendero florido, sino por la árida roca! Ya conocia toda la odiosa realidad de mi papel, pues acababa de leer hasta en el fondo del corazon de Edmunda el temor y disgusto que la inspiraba. Nada podia calmar mi dolor, porque nada podia ya excitar mi cólera. No amaba á Mr. de la Marche: no se burlaba ni de él, ni de mí; no amaba á ninguno de nosotros. ¿y cómo habia podido yo creer que aquella compasion generosa que me mostraba, aquel sacrificio sublime á la fé jurada, eran amor?

¿Cómo, en las horas en que esta presuntuosa quimera me abandonaba, podía creer que ella necesitaba, para resistir á mi pasión, tener amor á otro? En fin, no me quedaba ya recurso contra mi propio furor. ¡No podia obtener otra cosa que la fuga ó la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muerte de Edmunda! ¡Su muerte! A esta idea mi sangre se helaba en mis venas, oprimíase mi corazón y sentía atravesarle todos los aguijones del arrepentimiento. Esta dolorosa noche fué para mí el más enérgico aviso de la Providencia. Comprendí al fin esas leyes del pudor y de la libertad santa que mi ignorancia había ultrajado ó blasfemado tanto hasta entonces. Admirábanme más que nunca, porque las veía y estaban probadas por la evidencia. El alma fuerte y sincera de Edmunda estaba delante de mí como la piedra del Sinaí, donde el dedo de Dios acababa de trazar la verdad inmutable. Su virtud no era fingida, su cuchillo estaba aguzado y siempre dispuesto á lavar la mancha de mi amor. Tanto me aterró el peligro que había corrido en verla espirar en mis brazos, y tanto me consternó el últraje que le había hecho esperando vencer su resistencia, que busqué todos los medios extremos de reparar mis faltas y restituirla el reposo.

El único que me pareció superior á mis fuerzas fue el de alejarme; porque al mismo tiempo que se despertaba en mí el sentimiento de la estimación y respeto, mi amor, cambiando, por decirlo así, de naturaleza, crecía en mi alma y se apoderaba de todo mi ser. Presentábase ya Edmunda á mis ojos bajo nuevo aspecto.

No era ya la hermosa doncella cuya presencia ponía en desórden mis sentidos, sino un jóven de mi

edad, hermoso como un serafin, altivo, animoso, inflexible en puntos de honor, generoso, capaz de esa amistad sublime que formaba á los hermanos de armas, pero no teniendo amor apasionado sino á la Divinidad, como esos paladines que, arrostrando mil peligros, marchaban á la tierra santa cubiertos de una armadura de oro.

Desde este momento sentí descender mi amor de las tempestades del cerebro á las santas regiones del corazón, y el desenlace no me pareció ya un enigma. Resolví, pues, hacer desde el siguiente dia actos de sumisión y de ternura. Volví al castillo muy tarde, abrumado de fatiga, muerto de hambre y lleno de emociones. Entré en el comedor, tomé un pedazo de pan y lo comí humedecido con mis lágrimas. Estaba apoyado contra la estufa apagada, á la moribunda lámpara agotada. Edmunda entró sin verme, cogió algunas guindas y se acercó lentamente á la estufa: hallábase pálida y absorta, al verme lanzó un grito, y dejó caer las guindas.

—Edmunda, le dije, os suplico que no tengais nunca miedo de mí; esto es todo lo que puedo deciros, porque no sé explicarme; y sin embargo, había resuelto deciros muchas cosas.

—Otra vez me las direis, mi buen primo, me respondió tratando de sonreirse; pero no podia disimular el miedo que tenía al hallarse sola conmigo.

No quise detenerla; volví á sentir vivamente el do-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lor y la humillación de su desconfianza, y no tenia derecho para quejarme, no obstante, jamas hombre alguno tuvo tanta necesidad de ser comprendido y alentado.

En el momento de abandonar ella el salón, se oprimió mi corazón y me deshice en lágrimas, como la víspera en la ventana de la capilla. Edmunda se paró en el umbral, vaciló un instante, y en seguida, impelida por la bondad de su corazón, y dominando sus temores, volvió hacia mí, y deteniéndose á pocos pasos de mi silla.

—Bernardo, sois desgraciado, me dijo, ¿tengo yo la culpa?

No pude responder; estaba avergonzado de mis lágrimas; pero cuantos más esfuerzos hacía para contenerlas, más se hinchaba de sollozos mi pecho. En los seres tan físicamente fuertes como yo lo era, el llanto es una convulsión; el mio parecía una agonía.

—Ea, ¡dí lo que tienes! exclamó Edmunda con la aspereza propia de la amistad fraternal. Y se atrevió á poner una mano sobre mi hombro, mirándome con aire de impaciencia, mientras que una gruesa lágrima corría por su mejilla. Postréme de hinojos y traté de hablarla; pero me fué imposible: no pude articular más que la palabra *mañana*, muchas veces.

Mañana, ¿qué quieres decir con mañana? dijo Edmunda, ¿es que no te gusta estar aquí y quieres marcharte?

—Me iré si quereis, respondí; decidme, ¿no quereis verme más?

—No quiero semejante cosa, contestó, ¿os quedareis aquí, no es verdad?

—Como ordeneis, respondí.

Edmunda me miró con mucha sorpresa; yo continué de rodillas, y ella se apoyó en el respaldo de mi silla.

—Estoy segura de que eres bueno—dijo como si contestára á una objeción propia—un Mauprat no puede ser nada á medias, y desde el momento en que eres bueno un cuarto de hora es seguro que debes tener una vida noble.

—La tendré, respondí.

—¿De veras? replicó con una alegria natural y sincera.

—¡Por mi honor, Edmunda, y por el tuyo! ¿Te atreves á darme la mano?

—Tómala, me dijo, presentándomela no sin algun estremecimiento. En seguida añadió:

—¿Según eso, Bernardo, habeis tomado al fin una buena resolución?

—Es tal, contesté, que jamás tendreis que hacerme ni una reconvención. Y ahora retiraos á vuestro cuarto, Edmunda, y no echeis ya los cerrojos, nada teneis en adelante que temer de mí pues jamás querré sino lo que plazca á vuestra voluntad.

Volvió á fijar en mí sus ojos con sorpresa, y apretan-

do mi mano, se alejó, no sin volverse muchas veces para mirarme, como sino hubiera podido creer en tan rápida conversión; después, parándose á la puerta, me dijo con voz afectuosa:

—También vos necesitais retiraros á descansar; estais fatigado y triste y habeis cambiado mucho de dos días á esta parte. Si no quereis afligirme, Bernardo, debeis cuidaros mucho.

Hízome con la cabeza un amistoso saludo. En sus grandes ojos, tristes ya por el sufrimiento, había una expresión indefinible, en que se reflejaban alternativamente, y á veces á un mismo tiempo, el temor y la esperanza, el amor y la curiosidad.

—Me cuidaré, dormiré y no volveré á estar triste, respondí.

—¿Y trabajareis?

—Trabajaré...Pero vos, Edmunda, me perdonareis todos los pesares que os he causado, y me amareis un poco.

—Os amaré mucho, respondió, si estáis siempre como esta noche.

Al día siguiente desde el amanecer, entré en el cuarto del abate; estaba ya levantado y leia.

—M. Auberto, le dije, me habeis propuesto muchas veces darme lecciones: pues bien, vengo á suplicaros que pongais en ejecución vuestra generosa promesa.

Había pasado parte de la noche en preparar esta frase de introducción y en estudiar el continente que debía guardar delante del abate.

Sin odiarlo en el fondo, porque conocía que era bueno y que solo me quería mal por mis faltas, sentía cierta invencible antipatía hacia él, y aunque reconocía en mi interior que merecía todo el mal que de mi había dicho á Edmunda, pareciame, sin embargo, que podía haber insistido un poco más sobre *mi buen taño*, del cual no había dicho más que una palabra como de paso, y que no podía haberse escapado á un hombre tan sagaz como él.

Estaba, pues, decidido á mostrarme frio y altivo con él; para lo cual, pensé con bastante lógica que debía manifestar mucha docilidad mientras durase la lección, pero que en seguida debía despedirme de él con una salutación muy breve.

En una palabra, quería humillarle en su empleo de preceptor, porque yo no ignoraba que debía su subsistencia á mi tio, y que solo renunciando á esta subsistencia, ó mostrándose ingrato, podía negarse á educarme. En esto razonaba muy bien, aunque con arreglo á un sentimiento muy malo; y más adelante me arrepentí tanto de pensar así, que concluí por hacerle una confesión amistosa pidiéndole perdón.

Pero, para no anticipar los sucesos, diré que los primeros días de mi conversión me vengaron plenamente de las prevenciones demasiado bien fundadas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

bajo muchos conceptos, de aquel hombre que hubiera merecido el nombre de justo, dado por Paciencia, si un hábito de desconfianza no hubiese contenido sus primeros movimientos. Las persecuciones de que había sido blanco por tanto tiempo habian desarrollado en él ese sentimiento de temor instintivo que conservó toda su vida, y que hizo siempre su confianza difícil, y tal vez por lo mismo más agradable é interesante. Mas adelante observé este mismo carácter en muchos buenos sacerdotes, los cuales tienen generalmente el espíritu de caridad, pero no el sentimiento de la amistad.

Quise hacerle sufrir y lo logré, pues me inspiraba el despecho, conduciéndome con él como un hidalgo con un subalterno, y al efecto empleé mucha aplicación, mucha formalidad, mucha política y una rigidez fría. No le dejé la menor ocasión para que me avergonzára por mi ignorancia, tomando para esto el partido de anticiparme á todas sus observaciones, acusándome á mí mismo de no saber nada é invitándole á que me enseñase las cosas desde sus primeros rudimentos. Cuando recibí mi primera lección, vi en sus ojos penetrantes, en los que yo tambien había llegado á penetrar, el deseo de pasar de aquella frialdad á una especie de intimidad; pero en manera alguna me presté á ella. Creyó desarmarme elogiando mi aplicación y mi talento.

—Os tomais demasiados cuidados, señor abate, le

respondí; no necesito estímulos. No creo absolutamente en mi talento; pero estoy seguro de mi aplicación; y como no sirvo á nadie más que á mí mismo aplicándome lo mejor que pueda al estudio, no hay motivo para que useis conmigo de tales cumplimientos. Hablando así, le saludé y me retiré á mi cuarto, donde aprendí en seguida el tema francés que me había señalado.

Cuando bajé para almorzar, ví que Edmunda estaba ya informada de la ejecución de mis promesas de la víspera. Ella fué la primera que me tendió la mano y me llamó: su buen primo, repetidas veces durante el almuerzo, en términos que M. de la Marche, cuyo semblante jamás expresaba nada, expresó sorpresa ó algo parecido. Yo esperaba que buscaría la ocasión de pedirme la explicación de mis groseras palabras de la víspera, y aunque estaba resuelto á guardar mucha templanza en esta conversación, me ofendí mucho del cuidado que tomó en evitarla. Esta indiferencia á un insulto procedente de mí, implicaba una especie de desprecio que me hacía sufrir mucho; pero el temor de disgustar á Edmunda, me dió fuerzas para contenerme.

Increible parece que el pensamiento de suplantarle no fuese ni un instante alterado por el humillante aprendizaje que me veía obligado á hacer antes de llegar siquiera á adquirir las primeras nociones de todas las cosas. Otro cualquiera, arrepentido como lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estaba yo de los males que había causado, no hubiera hallado mejor medio de repararlos, que alejarse y devolver á Edmunda su palabra, su independencia y su reposo absoluto.

Este medio fué el único que no se me ocurrió, y si se me ocurrió, fué rechazado con desprecio, como la confesión de una defección verdadera. La obstinación, unida á la temeridad, corría por mis venas con la sangre de los Mauprat.

Apenas había ya entrevisto un medio de conquistar á la que amaba, lo abracé con audacia, y pienso que no hubiera sucedido de otro modo, aun cuando las revelaciones íntimas que hizo al abate en el parque, me hubieran descubierto que amaba á mi rival. Semejante confianza de parte de un hombre que tomaba á los diez y siete años su primera lección de gramática francesa, y que exageraba en demasía la dificultad de los estudios necesarios para ser el igual de M. de la Marche, revela, como no podreis menos de confesar, cierta fuerza moral.

No sé si estaba bien dotado, desde el punto de vista del talento. El abate lo aseguró; pero creo que no debo hacer honor de mis progresos rápidos sino á mi valor, que era tal, que me hizo presumir demasiado de mis fuerzas físicas. El abate me había dicho que con una voluntad firme se podía en mi edad conocer perfectamente en un mes las reglas de la lengua.

Al cabo de un mes me expresaba con facilidad y

escribía correctamente. Edmunda ejercía una especie de dirección oculta en mis estudios. Quiso que no me enseñasen el latín, diciendo que era demasiado tarde para consagrar muchos años á una ciencia de lujo, y que lo importante era formar mi corazón y mi razón con ideas en lugar de adornar mi espíritu con palabras.

Por las noches pretextaba el deseo de leer algún libro favorito, y leía alto, alternativamente con el abate, pasajes de Condillac, Fenelon, Bernardino de Saint-Pierre, Juan Jacobo, Montaigne y Montesquieu. Estos personajes eran ciertamente escogidos de antemano y apropiados á mis fuerzas; yo los comprendía bastante bien, y admirábame de ello en secreto; pues si por el día abría estos mismos libros á la ventura, tenía que pararme á cada línea.

En la superstición natural de los primeros amores, me imaginaba que al pasar por los labios de Edmunda, los autores adquirían una claridad mágica, y que mi espíritu se abría milagrosamente al sonido de su voz. Por lo demás, Edmunda no me mostraba abiertamente el interés que ella misma tomaba en instruirme. Engañábase indudablemente al pensar que debía ocultarme su tierna solicitud, pues tanto más me hubiera estimulado y alentado para el trabajo. Pero en esto estaba imbuída de la *Emilia*, y ponía en práctica las ideas sistemáticas de su querido filósofo.

Por lo demás, nada me perdonaba, y no pudiendo mi valor sufrir la prevención, pronto me vi forzado á detenerme. El cambio de aire, de régimen y de costumbres, las vigilias, la falta de ejercicios violentos, la intensa aplicación, en una palabra, la extraordinaria revolución que mi ser tenía que operar sobre sí mismo, para pasar del estado de hombre de los bosques al de hombre inteligente, me produjo una enfermedad nerviosa que me volvió casi loco durante algunas semanas, y que al fin desapareció, dejándome anonadado respecto de mi existencia pasada, petrificado para mi existencia futura.

Una noche, en la época de mis más violentas crisis, ví en un momento lúcido á Edmunda en mi cuarto. Al principio creí estar soñando. La lamparilla despedía una luz vacilante; una forma pálida, inmóvil, estaba recostada en una gran poltrona.

Distinguía una larga trenza negra desatada, y cayendo sobre un vestido blanco. Me incorporé en la cama, débil, pudiendo apenas moverme, quise levantarme; pero como lo observase Paciencia, me detuvo dulcemente. San Juan dormia en otro sillón. Todas las noches velaban así dos hombres á mi lado para sujetarme á la fuerza, cuando era presa de los furores del delirio. Frecuentemente era el abate uno de ellos, algunas veces el buen Marcasse, que antes de salir de Berri para hacer su excursión anual por las provincias vecinas, había venido á dar su última

mano á los graneros del castillo, y voluntariamente relevaba á los criados cansados en el penoso empleo de velarme.

No pudiendo darme cuenta de mi mal, era muy natural que la presencia inopinada del solitario en mi cuarto me causase gran sorpreso y pusiera en desorden mis ideas. Había tenido tan violentos accesos aquella noche, que no me quedaban ya fuerzas ningunas. Me entregaba á divagaciones melancólicas, y tomando la mano de Paciencia, le pregunté si no era aquél el cadáver de Edmunda, que habían colocado sobre aquel sillón cerca de mí.

—Es Edmunda viva, me respondió en voz baja; pero duerme, amigo mio, y no debemos despertarla. Si quereis algo, aquí estoy yo para cuidaros, y lo haré de muy buena gana.

—Mi buen Paciencia, tu me engañas, le dije; está muerta, yo también lo estoy, y vienes á sepultarnos. Es menester que nos pongan en el mismo féretro, ¿lo oyes? porque estamos desposados. ¿Donde está su anillo? Cójelo y colócalo en mi dedo, porque ha llegado la noche de las bodas.

En vano quiso combatir esta alucinación; yo insistí en creer que Edmunda estaba muerta, y declaré que no me dormiría en mi sudario, mientras no tuviese el anillo de mi esposa. Edmunda, que había pasado muchas noches velándome, estaba tan estenuada por la fatiga, que no me oia. Además, yo hablaba quedo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como Paciencia, por un instinto de imitación que no se encuentra sino en los niños ó en los idiotas. Obstinéme en mi fantasía, y Paciencia, que temía que se convirtiera en furor, fué sigilosamente á coger una sortija de cornerina, que Edmunda tenía en el dedo y la pasó al mio. Apenas me la puso, la llevé á mis labios, y cruzando los brazos sobre mi pecho en la actitud que se da á los cadáveres en el féretro, me quedé dormido profundamente.

Al siguiente dia, cuando quisieron quitarme la sortija, monté en cólera y tuvieron que renunciar á toda tentativa. Volví á dormirme, y entonces me la quitó el abate aprovechándose de mi sueño; pero cuando abrí los ojos, me apercibí del rapto, y comencé á divagar. Inmediatamente corrió á mí Edmunda, que estaba en el cuarto, y me ciñó el anillo al dedo dirigiendo algunas palabras de reconvención al abate. Me calmé al punto, y dije fijando en ella mis apagados ojos:

—¿No es verdad que eres mi esposa después de tu muerte como durante tu vida?

—Ciertamente, me dijo; duerme en paz.

—La eternidad es larga, le dije, y quisiera ocuparla con el recuerdo de tus caricias. Pero por más que hago, no encuentro la memoria de tu amor.

Edmunda se inclinó hácia mí y me dió un beso.

—Haceis mal, Edmunda, dijo el abate; semejantes remedios se trocan en venenos.

—Dejadme, abate, le respondió con impaciencia sentándose á mi lado; os suplico que me dejeis.

Quedéme dormido con una de mis manos entre las suyas, y repitiéndole por intervalos:

—Se halla uno bien en la tumba, es una felicidad estar muerto, ¿no es verdad?

Durante mi convalecencia, Edmunda fué mucho menos expresiva; pero tan solícita y cariñosa, que apenas se seperaba de mi lado. La referí mis sueños, y me dijo lo que había de verdadero en mis recuerdos: sin esta confirmación hubiera siempre creido que lo había soñado todo.

La supliqué que me dejase la sortija, y accedió á mi petición. Hubiera debido añadir, en reconocimiento de tantas bondades, que guardé aquel anillo como una prenda de amistad, y no como anillo nupcial; pero la idea de semejante abnegación era superior á mis fuerzas.

Un día pedí noticias de Mr. de la Marche. Solo á Paciencia me atreví á dirigir esta pregunta.

—Se ha marchado, me contestó.

—¡Cómo! ¿se ha marchado? repliqué. ¿Para mucho tiempo?

—Para siempre, si Dios quiere. Yo nada sé, no pregunto á nadie; pero hallábame casualmente en el jardín cuando se estaba despidiendo, y todo aquello era frio como una noche de Diciembre. Sin embargo, de una y otra parte se dijeron: *hasta la vista*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque Edmunda conservaba el aire de bondad y de franqueza de siempre, el otro tenía la cara de un labrador que ve venir la helada en Abril. ¡Mauprat, Mauprat, dicen que os habeis hecho un *gran estudiante y muy buen sujeto*! Acordaos de lo que os he dicho. Cuando seais viejo no habrá ya tal vez títulos ni señoríos. Tal vez os llamarán el padre Mauprat, como me llaman á mí el padre Paciencia, sin que jamás haya sido monje ni padre de familia!

—¡Bueno! ¿qué quereis decir con eso?

—Acordaos de lo que os he dicho, repito; hay muchos modos de ser hechicero y adivino, y bien puede uno conocer el porvenir sin pactar con el diablo; yo doy mi voto á vuestro casamiento con la prima. Continuad siendo bueno. Ya estais hecho un sábio; dicen que leeis de corrido el primer libro que os presenten. ¿Qué más se necesita? Hay aquí tantos libros, que el sudor me corre de la frente sin hacer más que verlos; me parece que principio á *no poder aprender á leer*. Pronto os hallareis restablecido. Si M. Huberto quisiera creedme, el casamiento se haría en la iglesia de San Martin.

— Calla, Paciencia, le dije, me estás atormentando. Mi prima no me ama.

—Os digo que mentís como un bellaco, según dicen los nobles; yo se cómo os ha cuidado, y Marcasse, andando por los tejados, la ha visto al través de su ventana, arrodillada en medio de su cuarto, á

las cinco de la mañana, el día en que estábais tan enfermo.

Las imprudentes aserciones de Paciencia, los tiernos cuidados de Edmunda, la partida de Mr. de la Marche, y más que todo la debilidad de mi cerebro, fueron causa de que me persuadiese de lo que deseaba; pero á medida que recobraba mis fuerzas, entraba Edmunda en los límites de la amistad tranquila y prudente. Jamás hubo persona que recobrase con menos placer la salud que yo; porque cada día eran más cortas las visitas de Edmunda, y cuando pude salir de mi habitación, no tuve más que algunas horas al día para pasarlas á su lado, como antes de mi enfermedad. Edmunda había tenido el arte maravilloso de mostrarme el más tierno cariño, sin dejarse por eso llevar á una nueva explicación sobre nuestros misteriosos desposorios Si todavía no poseia l grandeza de alma necesaria para renunciar á mis derechos, había adquirido á lo menos bastante pundonor para no recordarlos, y hallábame con ella precisamente en los mismos términos que en el momento de caer enfermo. M. de la Marche estaba en Paris; pero, según ella, había sido llamado á la córte por los deberes de su cargo, y debía volver á fines del invierno en que entrábamos. Nada revelaba en los discursos del caballero y del abate que hubiese habído ningún rompimiento entre los prometidos esposos, y aunque se hablaba pocas veces del general,

hablábase de él naturalmente y sin repugnancia, motivo que volvió á despertar en mi la incertidumbre y la duda, no quedándome otro remedio que recobrar el imperio de mi voluntad.

—Yo la obligaré á que me prefiera, me decía á mí mismo, apartando del libro la vista y mirando á los grandes é impenetrables ojos de Edmunda fijos con calma en las cartas de M. de la Marche, que su padre recibía de vez en cuando y la entregaba después de haberlas leído. Volví á entregarme al estudio. Por largo tiempo sufrí dolores atroces en la cabeza, pero los aguantaba con estoicismo; Edmunda emprendió otra vez el curso de los estudios que hacían para mí, indirectamente, durante las noches del invierno. Admiré nuevamente al abate con mi aptitud y con la rapidez de mis triunfos. Los cuidados que me había prodigado en mi enfermedad me habían desarmado, y aunque todavía no pudiese amarle cordialmente, sabiendo que no me servía para con mi prima, le dispensé mucha más confianza y consideración que anteriormente. Sus largas conferencias me fueron tan útiles como mis lecturas, y fuí asociado á los paseos del parque, y á las visitas filosóficas á la cabaña cubierta de nieve de Paciencia.

Este fué un medio de ver á Edmunda con frecuencia y por más tiempo. Mi conducta fué tal, que se disipó toda su desconfianza y ya no temía verse á solas conmigo: pero fuerza es confesar que no se presentó ocasión de dar una prueba de mi heroismo, porque el abate, cuya vigilancia nada podía adormecer, seguía siempre nuestras huellas. Tan extremada vigilancia, lejos de serme ya enojosa, me satisfacía, porque á pesar de todos mis propósitos, la tempestad trastornaba mis sentidos en el misterio; y habiéndome hallado una ó dos veces á solas con Edmunda, tuve que separarme de ella bruscamente para ocultarla mi turbación.

Nuestra vida era, pues, tranquila y dulce en la apariencia, y por algún tiempo lo fué en realidad pero bien pronto la turbé más que nunca con un vicio que la educación desarrolló en mí, y que hasta entonces había permanecido oculto bajo otros vicios más raros, pero menos funestos; este vicio que hizo la desesperación de mis nuevos años, fué la vanidad.

A pesar de sus sistemas, el abate y mi prima cometieron la falta de mostrarse demasiado satisfechos de mis progresos; tan poco era lo que habían esperado de mi perseverancia, que no cesaban de ensalzar mis altas facultades. Quizás hubo también de su parte algo de triunfo personal en ver con exageración el buen resultado de mis ideas filosóficas aplicadas á mi desarrollo. Lo que hay de cierto es que me dejé persuadir fácilmente de que tenía una grande inteligencia y que era muy superior á la mayor parte de los hombres.

Pronto mis queridos maestros recogieron el triste fruto de su imprudencia, y ya era demasiado tarde para contener el vuelo de ese amor desmedido de mi mismo.

Quizás tambien esta pasión funesta, comprimida por los malos tramientos que había sufrido en mi infancia, no hizo más que despertar. Es de creer que llevamos dentro de nosotros mismos, desde nuestros primeros años, el gérmen de las virtudes y los vicios que la acción de la vida exterior fecunda con el tiempo. En cuanto á mí todavía no había hallado alimentos á mi vanidad; porque ¿de qué hubiera podido engreirme en los primeros días que pasé al lado de Edmunda? Pero desde que hallé este alimento, la vanidad comprimida se levantó en su triunfo, y me inspiró tanta presunción, como vergüenza y comedimiento me había sugerido.

Hallábame además tan contento con poder comunicar fácilmente mi pensamiento, como el polluelo que sale del nido y se ensaya en volar. Llegué, pues, á ser tan hablador como callado era antes. Agradó mucho mi cháchara, pero no tuve el instinto de conocer que la escuchaban como la de un niño mimado: me reputé por un hombre, y lo que es más, por un hombre notable, haciéndome temerario y extremadamente ridículo.

Mi tio el caballero, que no se había mezclado en mi educación, y que solamente había sonreído á mis

primeros pasos en la carrera, fué el primero también que conoció el falso camino en que me empeñaba. Llevó muy á mal que levantase el tono tan alto como él, sobre lo cual llamó la atención de su hija. Esta me lo advirtió con dulzura y me dijo, para hacerme soportar sus amonestaciones, que yo tenía razón en la discusión, pero que su padre no estaba ya en edad de convertirse á las nuevas ideas, y que por lo mismo debia yo sacrificar á su paternal dignidad mis aserciones entusiastas. Prometí la enmienda, pero no cumplí mi palabra.

El hecho es, que el caballero estaba imbuído en muchas preocupaciones. Había recibido muy buena educación para su tiempo y para un noble lugareño, pero el siglo había marchado más de prisa que él, Edmunda, ardiente y romancesca; el abate, sentimental y sistemático, habian marchado masligeros aún que el siglo; y si el inmenso desacuerdo que existía entre ellos y el patriarca de la familia, por decirlo así no se dejaba conocer, era solo por el respeto que con justo título inspiraba, y por la ternura que sentia hacia su hija. Yo abracé completamente, como podeis imaginaros, las ideas de Edmunda, pero sin tener, como ella, la delicadeza de callarlas. Hallando la violencia de mi carácter su desahogo en la política y en la filosofía, sentí un placer indecible en esas borrascosas disputas que preludiaban entonces en Francia, en todas las reuniones y hasta en el seno de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

familias, las tempestades revolucionarias. Creo que no había casa, palacio ni cabaña que no tuviese entonces su orador, áspero, fogoso, absoluto y dispuesto á descender á la arena parlamentaria. Yo era, pues, el orador del castillo de San Severo, y mi buen tio, habituado á una apariencia de autoridad que le impedía la rebelión real de los espíritus, no pudo sufrir una contradicción tan ingénua como la mia. Era altivo y fogoso, y además tenía en expresarse cierta dificultad que aumentaba su impaciencia natural, y le infundía mal humor contra los demás, á fuerza de tenerlo consigo mismo. Golpeaba con el pie los tizones encendidos de la chimenea, hacia pedazos sus anteojos, derramaba el tabaco en el suelo, y hacia resonar con los estallidos de su voz sonora los altos techos del castillo.

Todo esto me divertía cruelmente; porque con una palabra muy frescamente deletreada en mis lábios, echaba por tierra la frágil andamiada de ideas de toda su vida. Esta era una gran necedad, y un orgullo demasiado pueril por mi parte; pero arrebatáme sin cesar la necesidad de luchar y el placer de desplegar intelectualmente la energía que faltaba á mi vida física. En vano tosía Edmunda para hacerme callar, y se esforzaba para salvar el amor propio de su padre, en hallar, contras su propia conciencia, alguna razón en su favor: la tibieza de su cooperación, y la especie de concesión que parecía exigir de mí, irritaban más y más á mi adversario.

—Déjale hablar, Edmunda; exclamaba no te mezcles en esto: quiero atacarle en todos los puntos. Si has de interrumpirnos á cada paso, jamás podré probarle su absurdo. Y entonces arreciaba la borrasca de una y otra parte, hasta que el caballero, profundamente herido, salía de la habitación é iba á desfogar su mal humor en sus criados ó en sus pobres perros de caza.

Contribuía no muy poco á estas disputas impertinentes y á fomentar mi obstinación ridícula, la extremada bondad de mi tio, que al cabo de una hora, ya no se acordaba de mis ofensas, ni de su contrariedad, hablándome como de costumbre y preguntándome sobre todos mis deseos y necesidades con una inquietud paternal. Este hombre no hubiera dormido tranquilo, si antes de acostarse no hubiese abrazado á todos los suyos, y si no hubiese reparado con una palabra ó una mirada afectuosa las reconvenciones, que por su mal humor había dirigido durante el dia al último de sus criados. Esta bondad hubiera debido desarmarme y cerrarme la boca para siempre, y así lo juraba hacer todas las noches; pero á la mañana siguiente, volvía, como dice la escritura á *mi rómito*.

Edmunda sufría cada dia más con el carácter que se desarrollaba en mí, y buscó el medio de corregirme de él. Si jamás hubo amante más fuerte y reservada, tampoco hubo madre más tierna que ella. Despues de muchas conferencias con el abate, resolvió

decidir á su padre á interrumpir un poco las costumbres de nuestra vida, y á trasladar nuestra residencia á París durante las últimas semanas de Carnaval. La mansión en el campo; el grande aislamiento en que la posición de San Severo y el mal estado de los caminos nos dejaban despues del invierno, la uniformidad de costumbres; todo contribuía á sostener nuestro fastidioso ergoteo: corrompíase con él cada vez más mi carácter; mi tío tenía más placer que yo en nuestras disputas; pero su salud sufría, y estas pueriles emociones diarias apresuraban su caducidad.

El tédio se había apoderado del abate; Edmunda estaba triste, ora fuese á consecuencia de nuestro género de vida, ora por causas ocultas. Deseó partir, y partimos; porque su padre, inquieto con su melancolía, no tenía mas voluntad que la suya. Yo temblé de alegría con sólo pensar qué iba á conocer á París. Y mientras Edmunda se lisonjeaba con la idea de que el trato de la gente dulcificaría la esperanza de mi pedantismo, soñaba yo una actitud de conquistador en ese mundo descrito con tan denigrantes colores por nuestros filósofos. Pusimonos en camino en una hermosa mañana de marzo: el caballero con su hija y la dueña Leblanc en una silla de postas; yo en otra con el abate, que no podía disimular su alegría de ver la capital por la primera vez de su vida, y mi camarero San-Juan, que hacia profundos saludos á todos los viandantes para no perder sus hábitos de política.

XII

Cansado el viejo Bernardo de haber hablado tanto, nos había citado para el siguiente día. Invitado por nosotros, á la hora convenida á que cumpliese su palabra, continuó su relación en estos términos:

Esta época marcó en mi vida una nueva fase. En San Severo había estado absorto por mi amor y mis estudios. Había concentrado en estos dos puntos toda mi energía. Apenas llegué á París, se me cayó de los ojos una pesada venda, y por espacio de muchos días, á fuerza de no comprender nada, no me sentí admirado de nada.

Atribuía á todos los actores que se presentaban en la escena una superioridad muy exagerada; pero no me exageraba menos la facilidad con que pronto llegaría á nivelarme con esta potencia ideal. Mi natural emprendedor y presuntuoso, veía en todas partes un desafío, y en ninguna parte un obstáculo.

Hospedado en un piso separado de la casa que ocupaban mi tío y mi prima, pasaba la mayor parte de mi tiempo al lado del abate. No me deslumbraron las ventajas materiales de mi posición; pero al ver muchas posiciones equívocas ó penosas, principié á conocer el bienestar de la mía. Comprendí el exce-

decidir á su padre á interrumpir un poco las costumbres de nuestra vida, y á trasladar nuestra residencia á París durante las últimas semanas de Carnaval. La mansión en el campo; el grande aislamiento en que la posición de San Severo y el mal estado de los caminos nos dejaban despues del invierno, la uniformidad de costumbres; todo contribuía á sostener nuestro fastidioso ergoteo: corrompíase con él cada vez más mi carácter; mi tío tenía más placer que yo en nuestras disputas; pero su salud sufría, y estas pueriles emociones diarias apresuraban su caducidad.

El tédio se había apoderado del abate; Edmunda estaba triste, ora fuese á consecuencia de nuestro género de vida, ora por causas ocultas. Deseó partir, y partimos; porque su padre, inquieto con su melancolía, no tenía mas voluntad que la suya. Yo temblé de alegría con sólo pensar qué iba á conocer á París. Y mientras Edmunda se lisonjeaba con la idea de que el trato de la gente dulcificaría la esperanza de mi pedantismo, soñaba yo una actitud de conquistador en ese mundo descrito con tan denigrantes colores por nuestros filósofos. Pusimonos en camino en una hermosa mañana de marzo: el caballero con su hija y la dueña Leblanc en una silla de postas; yo en otra con el abate, que no podía disimular su alegría de ver la capital por la primera vez de su vida, y mi camarero San-Juan, que hacia profundos saludos á todos los viandantes para no perder sus hábitos de política.

XII

Cansado el viejo Bernardo de haber hablado tanto, nos había citado para el siguiente día. Invitado por nosotros, á la hora convenida á que cumpliese su palabra, continuó su relación en estos términos:

Esta época marcó en mi vida una nueva fase. En San Severo había estado absorto por mi amor y mis estudios. Había concentrado en estos dos puntos toda mi energía. Apenas llegué á París, se me cayó de los ojos una pesada venda, y por espacio de muchos días, á fuerza de no comprender nada, no me sentí admirado de nada.

Atribuía á todos los actores que se presentaban en la escena una superioridad muy exagerada; pero no me exageraba menos la facilidad con que pronto llegaría á nivelarme con esta potencia ideal. Mi natural emprendedor y presuntuoso, veía en todas partes un desafío, y en ninguna parte un obstáculo.

Hospedado en un piso separado de la casa que ocupaban mi tío y mi prima, pasaba la mayor parte de mi tiempo al lado del abate. No me deslumbraron las ventajas materiales de mi posición; pero al ver muchas posiciones equívocas ó penosas, principié á conocer el bienestar de la mía. Comprendí el exce-

lente carácter de mi ayo y el respeto de mi lacayo no me fué ya incómodo.

Con la libertad que gozaba, con el dinero que me habían dado á discreción, y el vigor atlético de mi juventud, es admirable que no cayese en algún desórden, aunque no fuese más que en el del juego que no cuadraba mal á mis instintos de *combate*. Mi ignorancia en todas las cosas fué la que me preservó, dándome una desconfianza excesiva; el abate por su parte que era muy sagaz, y se juzgaba responsable de mis acciones, supo explotar hábilmente mi rusticidad desdeñosa, aumentándola respecto de las cosas que podían perjudicarme, y disipándola en sentido contrario.

Después supo reunir á mi alrededor las diversiones honestas, que no reemplazan los goces del amor, pero que disminuyen la acritud de sus heridas. No conocí las malas tentaciones porque tenía demasiado orgullo para desear una mujer que no me hubiese parecido como Edmunda, la primera de todas.

A la hora de comer nos reuníamos todos, y por las noches íbamos á la tertulia. En pocos días supe más examinando desde un rincón de la sala lo que pasaba, que lo que hubiera aprendido en un año de conjeturas y de investigaciones. Creo que jamás hubiera comprendido nada relativo á la sociedad vista desde cierta distancia. Nada establecía relaciones muy claras entre mi cerebro y lo que ocupaba el cerebro de

los demás hombres. Desde que me hallé en medio de aquel caos, el caos tuvo que despejarse delante de mí, y dejarme conocer gran parte de sus elementos. Este camino que me conducía á la vida no carecía de encanto, me acuerdo muy bien, en su punto de partida. Nada tenía que pedir, desear ni debatir en los intereses sociales: la fortuna me había cogido por la mano. Cuando ni aun me daba cuenta de ello me había sacado de un abismo para sentarme en su trono y mirarme como á su hijo predilecto. Las agitaciones de los demás era una diversión á mis ojos. Mi corazón no estaba interesado en el porvenir más que por un punto misterioso, el amor que tenía á Edmunda.

La enfermedad, lejos de disminuir mi fuerza física, la había reanimado. Ya no era aquel animal pesado y dormilón al cual la digestión fatigaba, y la fatiga embrutecía. Sentía la vibración de todas mis fibras elevar al alma acordes desconocidos, y admirábame de descubrir en mí facultades, cuyo uso no había sospechado durante tan largo tiempo. Mis buenos parientes se regocijaban de ello sin mostrarse sorprendidos. Tan lisonjeramente habían pronosticado de mí desde el principio, que parecía que en toda su vida no habían hecho otro oficio que civilizar bárbaros.

El sistema nervioso que acababa de desarrollarse en mí, y que me hizo pagar, por todo el resto de mi vida, por medio de agudas y frecuentes enfermeda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

des, los goces y las ventajas que me proporcionó, me había hecho sobre todo impresionable, y esta aptitud para sentir el efecto de las cosas exteriores era ayudada por una potencia de órganos que solamente se halla en los animales ó en los salvajes.

Admirábame de la endeblez de las facultades de los demás. Esos hombres con lentes esas mujeres cuyo olfato estaba embotado por el tabaco, esos viejos precoces, sordos y gotosos antes de la edad, me causaban lástima. El mundo me representaba un hospital, y cuando yo me hallaba con mi organización robusta en medio de aquellos enfermos, me parecía que con un soplo los hubiera lanzado al aire como simiente de cardo.

Desgraciadamente esto fué causa de que me abandonase á un género de orgullo bastante necio, el de prevalecerme de los dones de la naturaleza el cual me arrastró á despreciar por mucho tiempo su perfeccionamiento verdadero como un progreso del lujo.

La preocupación que me asaltó muy pronto sobre la nulidad de los demás, me impidió á mí mismo remontarme sobre los que consideraba ya como mis inferiores. No veía que la sociedad está formada de elementos de poco valor, pero cuyo arreglo es tan sábio y tan sólido, que el que haya de colocar en ella la menor pieza, debe haberse acreditado de práctico previamente. Ignoraba que en esta sociedad no había término medio entre el papel de grande artista y el

de buen obrero; pero yo no era ni lo uno ni lo otro, y á decir verdad, todas mis ideas no han logrado jamás emanciparme de la rutina, y toda mi fuerza no me ha servido para otra cosa sino para conseguir á duras penas hacer lo mismo que hacen los demás.

Así es que en pocas semanas pasé de un exceso de admiración á un exceso de desprecio á la sociedad.

Desde que me apoderé de la clave de sus resortes, pareciéronme tan miserablemente movidos por una generación débil, que quedaron burladas las esperanzas de mis maestros sin que lo sospechasen. En lugar de sentirme dominado y tratar de oscurecerme entre la multitud, me imaginé que podría dominarla cuando quisiera, y me entretuve secretamente con sueños cuyo recuerdo me hace ruborizar. Si no me hice altamente ridículo, lo debí al mismo exceso de esa vanidad que temió comprometerse manifestándose.

París ofrecía entonces un espectáculo que no trataré de describiros, porque sin duda lo habéis estudiado muchas veces con avidez en los excelentes cuadros que han trazado de él testigos oculares, bajo la forma de historia general ó de memorias particulares.

Además, semejante pintura traspasaría los límites de mi narración, y yo he prometido solamente contaros el hecho principal de mi historia moral y filosófica. Para que os forméis una idea del trabajo de mi

espíritu en aquella época, bastará deciros que la guerra de la independencia estallaba en América, que Voltaire recibia su apoteosis en Paris, y que Franklin, profeta de una religión poética nueva, llevaba al seno mismo de la córte de Francia la simiente de la libertad. Lafayette preparaba secretamente su romancesca expedición, y la mayor parte de los jóvenes patricios eran arrastrados por la moda, por la novedad y por el placer inherente á toda oposición que no es peligrosa.

La oposición de los viejos nobles é individuos de los Parlamentos se revestia de formas más graves, y hacía un trabajo más serio; el espíritu de la liga volvía á hallarse en las filas de esos antiguos patricios y de esos orgullosos magistrados, que con un hombro sostenían todavía en cuanto á la forma la monarquía vacilante, y con el otro daban un poderoso apoyo á las invasiones de la filosofía. Los privilegiados de la sociedad daban ardientemente las manos á la ruina próxima de sus privilegios, descontentos por los que los reyes les habían restringido. Educaban á sus hijos en los principios constitucionales, imaginándose que iban á fundar una monarquía nueva en la que el pueblo les ayudaría á colocarse más alto que el trono, y he aquí el motivo por qué en los salones más ilustres de París se expresaban la más entusiasta admiración hacia Voltaire, y las más ardientes simpatías por Franklin.

Marcha tan inusitada, y, preciso es decirlo, tan poco natural del espíritu humano, había dado un impulso enteramente nuevo, una especie de vivacidad querellosa á las relaciones hechas en estilo frio y remontado de los vestigios de la córte de Luis XIV, mezclando de este modo las formas sérias, y dando una apariencia de fondo á las frívolas maneras de la Regencia. La vida pura, pero gastada, de Luis XVI, no imponía leyes á nadie: jamás se vió tan grave charlatanería, tantas máximas campanudas, tanto aparato de sabiduría y tanta inconsecuencia entre las palabras y la conducta, como las que reinaban en aquella época entre la clases llamadas ilustradas.

Necesito recordaros todo esto para haceros comprender la admiración que tuve al principio á una sociedad en apariencia tan desinteresada, tan valiente, tan incansable en buscar la verdad, y el disgusto que experimenté muy pronto por tanta afectación y ligereza por el abuso de las palabras más sagradas y de las convicciones santas. Yo por mi parte obraba de buena fé y apoyaba mi fervor filosófico, ese sentimiento de la libertad nuevamente revelada, que llamaban entonces *el culto de la razón*, sobre las bases de una inflexible lógica. Era jóven y bien constituido, condición primera tal vez de la salud del cerebro; mis estudios no eran extensos, pero sí sólidos; mis alimentos habian sido sanos y fácil mi digestión. Lo poco, pues, que sabia, me servía para conocer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que los demás no sabian nada, ó que se engañaban á sí mismos.

Al principio de nuestra llegada á París concurría poca gente á casa del caballero. Amigo de infancia de Mr. Turgot y de muchos hombres distinguidos, no se había unido á la juventud dorada de su tiempo, viviendo modesta y honradamente en el campo después de haberse conducido lealmente en la guerra. Componíase, pues, su sociedad de algunos graves magistrados, de muchos antiguos militares y de algunos señores de su provincia, viejos y jóvenes, á quienes una mediana fortuna permitía, como á él, venir á pasar en París un invierno cada tres años; pero había conservado lejanas relaciones con una sociedad más brillante, donde llamaron la atención la hermosura y excelentes modales de Edmunda desde el momento que se presentó en ella.

Hija única, convenientemente rica, fué solicitada por las importantes dueñas de casa, especie de medianeras de alto rango, que tienen siempre algunas jóvenes bajo su protección para establecerlos á expensas de una familia de provincia. Después, cuando se supo que iba á casarse con Mr. de la Marche, vástago casi arruinado de una familia muy ilustre, se le dispensó mucho mejor acogida, y poco á poco el pequeño salón que ella había escogido para los antiguos amigos de su padre, llegó á ser demasiado estrecho para los petimetres y damas de ideas filosóficas que

querían conocer á la *joven cuaresa* ó la *Rosa de Berri*, que tales eran los nombres que una mujer á la moda le había puesto.

Este rápido triunfo de Edmunda en una sociedad á la cual hasta entonces había sido desconocida, no la deslumbró absolutamente; y el imperio que ejercía sobre sí misma era tan grande, que jamás, á pesar de toda la inquietud con que yo expiaba sus menores movimientos, pude saber si estaba engreída con producir tanto efecto; lo que pude notar fué el admirable buen sentido que presidía á todas sus acciones y palabras. Su actitud, á la vez natural y reservada, cierta mezcla de indiferencia y orgullo modesto, la hacían brillar entre las mujeres más admiradas y habituadas á captarse la atención: y esta es la ocasión de decir que desde luego me chocaron altamente el tono y continente de aquellas mujeres tan envanecidas, las cuales me parecieron ridículas con sus gracias estudiadas, y su gran costumbre al trato de la sociedad me merecía el concepto de una insoportable desvergüenza. Yo, tan atrevido interiormente, y poco antes tan grosero en mis modales, me hallaba incómodo y disgustado á su lado, y necesitaba todas las amonestaciones de Edmunda para no entregarme á un profundo desprecio de la cortesanía de miradas y de arrumacos que se llamaba en *el gran mundo* la coquetería *permitida*, el *deseo encantador* de agradar, la amabilidad, la gracia. El abate era de mi

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

opinión. Cuando el salón quedaba vacío permanecíamos algunos instantes en familia al lado de la chimenea antes de separarnos.

Este es el momento en que uno siente la necesidad de resumir sus diferentes impresiones y comunicarlas á los seres simpáticos. El abate rompía, pues, las mismas lanzas que yo contra mi tío y mi prima. El caballero, galante admirador del bello sexo, que no había tratado mucho, tomaba, á fuer de verdadero caballero francés, la defensa de todas las beldades que nosotros atacábamos sin compasión. Acusaba, sonriéndose, al abate de que razonaba respecto de las mujeres como la zorra de la fábula respecto de las uvas. Yo por mi parte reforzaba cuanto podía las críticas del abate, por parecerme que era una manera de decir con calor á Edmunda cuanto la prefería á todas las demás: pero esta conducta la escandalizaba más que engreía, y me reprendía sériamente esta disposición á la maledicencia, que según ella, tenía su orígen en un orgullo desmedido.

Verdad es que despues de haber abrazado generosamente la defensa de las personas acusadas, se adhería á nuestra opinión, cuando con el Rousseau en la mano, le decíamos que las mujeres de la alta sociedad tenían en París un aire desenvuelto y una manera de mirar á los hombres tan descarada, que no podia ser tolerable á los ojos de un sabio. Edmunda no sabia objetar nada cuando fallaba Rousseau; le

gustaba reconocer con él, que el mayor encanto de una mujer está en la atención inteligente y modesta que presta á los discursos graves; yo le citaba siempre la comparación de la mujer superior con un hermoso niño de grandes ojos, llenos de sentimiento y de dulzura, que hace preguntas tímidas y objeciones llenas de sentido, á fin de que se reconociese en este retrato, que parecía haber sido trazado sirviendo ella de modelo.

Insistí sobre el texto, y continuando el retrato la dije, mirándola con entusiasmo: mujer verdaderamente superiores la que sabe bastante poco para no hacer nunca una pregunta ridícula ó impertinente y lo necesario para no porfiar con personas de mérito; esta mujer sabe callar, sobre todo con los tontos de quienes podría burlarse, y con los ignorantes á quienes podría corregir; es indulgente con los absurdos, porque no aspira á mostrar su saber, y presta atención á las cosas buenas porque desea instruirse. Su gran anhelo es aprender y no enseñar: su gran arte (puesto que está reconocido que se necesita arte en el cambio de palabras) no consiste en sacar á plaza á dos furiosos antagonistas, solícitos de ostentar su ciencia, y divertir á la concurrencia sosteniendo cada cual una tésis cuya demostración nadie desea hallar, sino en esclarecer toda discusión útil, haciendo intervenir en ella á todos los que pueden contribuir á ilustrarla. Este es un talento que

no veo en esas damas de tanto tono y tan ponderadas. En sus casas veo siempre dos abogados en boga y un auditorio embobado, sin que haya un juez competente: estas ponderadas damas tienen el arte de convertir lo sublime en ridículo y lo vulgar en malo é inerte, de modo que cuando uno sale de estas tertulias, no puede menos de decirse: «bien se ha hablado y nada más.»

Creo que tenía razón; pero recuerdo tambien que mi mayor cólera contra tales mujeres provenía de que no prestaban ninguna atención á las personas que se creían de mérito y no tenían celebridad; como podeis muy bien suponer, yo me juzgaba una de esas personas. Por otro lado, y puedo decirlo ahora que pienso en ello sin prevención y sin vanidad herida, estoy seguro de que esas mujeres tenían un sistema de adulación para los favoritos del público, que se asemejaba mucho más á pueril vanidad que á sincera admiración ó á franca simpatía. Eran como una especie de editores de la conversación, que escuchaban con la más profunda atención y hacían imperiosamente seña al auditorio para que escuchase religiosamente cualquiera simpleza que saliese de labios ilustres, mientras que contenían un bostezo y hacían crugir las varillas de su abanico á cualquiera proposición, por excelente que fuese, cuando no lo autorizaba un nombre en boga. Ignoro cómo serán las mujeres que presumen de sabias en el siglo XIX; ignoro tam-

bien, si esta raza subsiste todavía, porque hace treinta años que falto del gran mundo; pero en cuanto á lo pasado, podeis creer lo que os he dicho.

Entre aquellas había cinco ó seis que me eran verdaderamente odiosas. La una pasaba por aguda, y dispensaba á roso y velloso sus hermosas palabras, que eran inmediatamente pregonadas en todos los salones, y que me veía obligado á oir repetir veinte veces al día: otra había leído á Montesquieu y daba lección á los magistrados más viejos; otra tercera tocaba pésimamente el arpa; pero era fama que sus brazos eran los más hermosos de Francia, y era preciso soportar el áspero rechinamiento de sus uñas en las cuerdas, á fin de que pudiera quitarse sus guantes con aire tímido é infantil. ¿Qué podré decir de las demás, sino que rivalizaban en afectación y nécia hipocresía, de que todos los hombres consentían puerilmente ser blanco y juguete? Una sola era verdaderamente hermosa, no decía nada y agradaba por la negligencia de sus actitudes. Esta me hubiera agradado, porque era ignorante; pero hacía alarde de serlo, solo por contrastar con las demás por medio de una picante ingenuidad. Un día descubrí que la echaba de aguda y la aborrecí.

Edmunda quedaba sola en toda su frescura de sinceridad y en todo el brillo de su gracia natural. Sentada en un sofá al lado de Mr. de Malesherbes, era la misma persona que yo había contemplado tantas ve-

ces al ponerse el sol, sentada en el banco de piedra en el umbral de la cabaña de Paciencia.

XIII

Supondreis y supondreis muy bien, que los homenajes de que mi prima estaba rodeada, volvieron á encender en mi seno el mal apagado fuego de los celos. Desde que obedeciendo á sus órdenes, me había entregado al estudio, no podré deciros si me atrevía á contar demasiado con la promesa que me había hecho de casarse conmigo cuando estuviese en estado de comprender sus ideas y sus sentimientos.

Pareciame que este tiempo había llegado, ya porque de cierto comprendía á Edmunda, mejor quizás que ninguno de los hombres que le hacían la corte en prosa y verso. Aunque resuelto á no prevalerme ya del juramento arrancado en la Roca de Mauprat; ¿la última promesa hecha libremente en la ventana de la capilla; la conclusión es que yo podía sacar de la conversación con el abate, sorprendida por mí en el parque de San Severo: la obstinación con que se opuso á que me alejara de ella, y la que empleó para dirigir mi educación; más los cuidados maternales que me había prodigado durante mi enfermedad, no me daban, ya que no derechos, motivos de esperanza?

Cierto que su amistad era glacial, desde que mi pasión se revelaba en mis palabras ó en mis miradas; cierto que desde el primer día no había adelantado un paso más en su intimidad; cierto también que M de la Marche frecuentaba la casa, y que ella le mostraba siempre la misma amistad que á mí con menos familiaridad y más miramientos; pero esto podía consistir muy bien en la diferencia de nuestros caracteres y de nuestras edades, y por consiguiente, no probaba preferencia á ninguno de los dos.

Podía, pues, atribuir su promesa, á un mandato de su conciencia; el interés que tomaba en instruirme, al culto que tributaba á la dignidad humana rehabilitada por la filosofía; su afecto tranquilo y constante á M. de la Marche á un pesar profundo, dominado por la fuerza y por la prudencia de su espíritu.

Estas perplejidades eran atormentadoras. La esperanza de forzar su amor con mi sumisión me había sostenido largo tiempo; pero esta esperanza comenzaba á decaer porque según, confesión de todos, yo había hecho progresos extraordinarios, esfuerzos prodigiosos, y era necesario que la estimación de Edmunda hacia mí hubiese crecido en la misma proporción. Lejos de esto, ni dió la más pequeña muestra de admirarse de lo que llamaban mi *alta inteligencia* y que ella misma había elogiado más de lo razonable y justo. En cambio no se forjaba ilusiones sobre los defectos de mi carácter y sobre los

ces al ponerse el sol, sentada en el banco de piedra en el umbral de la cabaña de Paciencia.

XIII

Supondreis y supondreis muy bien, que los homenajes de que mi prima estaba rodeada, volvieron á encender en mi seno el mal apagado fuego de los celos. Desde que obedeciendo á sus órdenes, me había entregado al estudio, no podré deciros si me atrevía á contar demasiado con la promesa que me había hecho de casarse conmigo cuando estuviese en estado de comprender sus ideas y sus sentimientos.

Pareciame que este tiempo había llegado, ya porque de cierto comprendía á Edmunda, mejor quizás que ninguno de los hombres que le hacían la corte en prosa y verso. Aunque resuelto á no prevalerme ya del juramento arrancado en la Roca de Mauprat; ¿la última promesa hecha libremente en la ventana de la capilla; la conclusión es que yo podía sacar de la conversación con el abate, sorprendida por mí en el parque de San Severo: la obstinación con que se opuso á que me alejara de ella, y la que empleó para dirigir mi educación; más los cuidados maternales que me había prodigado durante mi enfermedad, no me daban, ya que no derechos, motivos de esperanza?

Cierto que su amistad era glacial, desde que mi pasión se revelaba en mis palabras ó en mis miradas; cierto que desde el primer día no había adelantado un paso más en su intimidad; cierto también que M de la Marche frecuentaba la casa, y que ella le mostraba siempre la misma amistad que á mí con menos familiaridad y más miramientos; pero esto podía consistir muy bien en la diferencia de nuestros caracteres y de nuestras edades, y por consiguiente, no probaba preferencia á ninguno de los dos.

Podía, pues, atribuir su promesa, á un mandato de su conciencia; el interés que tomaba en instruirme, al culto que tributaba á la dignidad humana rehabilitada por la filosofía; su afecto tranquilo y constante á M. de la Marche á un pesar profundo, dominado por la fuerza y por la prudencia de su espíritu.

Estas perplejidades eran atormentadoras. La esperanza de forzar su amor con mi sumisión me había sostenido largo tiempo; pero esta esperanza comenzaba á decaer porque según, confesión de todos, yo había hecho progresos extraordinarios, esfuerzos prodigiosos, y era necesario que la estimación de Edmunda hacia mí hubiese crecido en la misma proporción. Lejos de esto, ni dió la más pequeña muestra de admirarse de lo que llamaban mi *alta inteligencia* y que ella misma había elogiado más de lo razonable y justo. En cambio no se forjaba ilusiones sobre los defectos de mi carácter y sobre los

vicios de mi alma, pues me los reprendia con cruel dúlzura, y con una paciencia á propósito para desesperarme, como si hubiese tomado el partido de no amarme nunca ni más ni menos que lo que me amaba.

Entretanto, todos le hacian la corte, pero ninguno era correspondido. Corria la voz de que estaba prometida á M. de la Marche; pero como yo, nadie comprendía la demora indefinida dada á este enlace; así es que llegó á decirse que Edmunda buscaba pretextos para desembarazarse de él, y como no se encontrase motivo bastante á justificar esta repugnancia, se supuso que estaba perdidamente enamorada de mí: mi historia singular habia hecho ruido, las mujeres me examinaban con curiosidad, los hombres me mostraban mucho interés y una especie de consideración que yo afectaba despreciar, por más que en el fondo lisonjease mi vanidad; y como nada logra crédito en el mundo, si no lo embellece alguna ficción, exajeróse extraordinariamente mi talento, mi amplitud y mi saber: pero apenas nos vieron, en presencia de Edmunda, á M. de la Marche y á mí todas las deducciones quedaron reducidas á la nada, al ver la serenidad y casi indiferencia con que nos tratábamos.

Edmunda era con nosotros en público lo que era en particular; Mr. de la Marche un maniquí sin alma y perfectamente adiestrado á las maneras propias y convenientes; yo, estaba devorado de pasiones diferentes, pero impenetrable, á fuerza de orgullo, y tambien, debo confesarlo, de pretensión á la sublimidad del caracter. Conviene deciros que yo habia tenido el honor de ser presentado á Franklin como un sincero adepto de la libertad. Sir Arturo Lee me había honrado con una especie de benevolencia y con sus excelentes consejos; tenía, pues, la cabeza trastornada como los mismos de quienes tan duramente me burlaba, hasta el punto de que esta pequeña aureola daba á mis tormentos el alivio que tanto necesitaba.

No os admireis si os digo que tenía el mayor placer del mundo en no empolvar mis cabellos, en llevar zapatos gruesos, en presentarme en todas partes en traje, más que sencillo, rígidamente limpio y de color obscuro; en una palabra, en remedar cuanto era permitido entonces, sin ser confundido con un *verdadero plebeyo*, los ademanes y el aire del *honrado Ricardo*. Tenia diez y nueve años y vivia en un tiempo en que cada uno afectaba un papel; he aquí toda la escusa que puedo dar.

Podria alegar tambien que mi demasiado indulgente é ingénuo ayo me probaba abiertamente, que mi tio Huberto, aunque se burlaba de mí de vez en cuando, me dejaba obrar, y que Edmunda no me decía absolutamente nada acerca del papel ridículo que yo hacia, y hasta parecia no notarlo.

La primavera entretanto habia llegado, nosotros

íbamos á volvernos al campo, los salones se despoblaban y yo continuaba siempre en la misma incertidumbre.

Un día observé que M. de la Marche mostraba, á pesar suyo, el deseo de hallarse á solas con Edmunda. Al principio tuve un placer en hacerle sufrir permaneciendo inmóvil en mi silla, pero creí ver en la frente de Edmunda aquella ligera arruga que tanto conocía, y despues de un diálogo mudo conmigo mismo, salí decidido á conocer las consecuencias de aquella entrevista, y á conocer mi suerte, cualquiera que ella fuese.

Al cabo de una hora volví al salón, donde hallé reunidos, á mi tio, M. de la Marche, Edmunda que estaba pensativa, aunque no triste, y al abate que le dirigia con sus miradas preguntas que ella no oía ó no queria oir.

M. de la Marche acompañó á mi tío á la comedia francesa. Edmunda dijo que tenía que escribir y pidió permiso para quedarse.

Yo seguí al conde y al caballero, pero despues del primer acto, pude deslizarme y volví á casa: Edmunda había dado órden para que no dejasen entrar á nadie, y yo interpreté esta órden como dada expresamente para mí. Los criados encontraban muy natural que yo obrase como individuo de la familia y no me pusieron el menor obstáculo. Entré, pues en el salón temiendo que se hallase en su estancia, porque allí no me hubiera sido permitido, ni posible seguirla.

Hallábase sentada al lado de la chimenea entretenida en deshojar un ramo de flores azules y blancas que yo habia cojido en mi paseo al sepulcro de Juan Jacobo Rousseau. Estas flores me recordaron una noche de entusiasmo, un rayo de luna, las únicas horas de felicidad tal vez que podia mencionar en mi vida.

—¡Habeis vuelto ya! me dijo sin turbarse.

—*Ya* es una palabra muy dura, le contesté; ¿quereis que me retire á mi cuarto, Edmunda?

—No tal, no me incomodais pero hubiérais aprovechado mejor el tiempo en la representación de la *Merope* que en oir mi conversación esta noche, por que os advierto que estoy hecha una idiota.

—Tanto mejor, prima; asi no me humillareis y por la primera vez nos hallaremos bajo un pie de perfecta igualdad. Pero ¿quereis decirme por qué despreciais tanto mis flores? Yo creía que las guardaríais como una reliquia.

—Por Rousseau dijo sonriéndose con malicia sin alzar los ojos para mirarme.

—¡Oh! así es como yo lo entiendo, repliqué.

—Estoy jugando á un juego muy interesante, dijo, no me interrumpais.

—Lo conozco, la dije; todos los hijos de la Varenne lo juegan, y todos nuestros pastores creen en el fallo de la suerte que este juego revela. ¿Quereis que

os explique vuestos pensamientos, cuando arrancais esos pétalos de cuatro en cuatro?

—¡Veamos, gran nigromántico!

—*Un poco*, así es como *alguno* os ama; *mucho*, así es como le amais: *apasionadamente*, así es como *otro* os ama, y *nada* así es como amais á este.

—¿Y podría saberse, señor adivino, replicó Edmunda, cuyo semblante tomó cierta gravedad, lo que significan esas palabras *alguno y otro*? Creo que sois como las antiguas pitonisas; vos mismo no sabeis el sentido de vuestros oráculos.

—¿No podríais adivinar el mio, Edmunda?

—Procuraré interpretar el enigma, siempre que me prometais hacer en seguida lo que hizo la esfinge vencida por Edipo.

—¡Oh! Edmunda, exclamé, hace mucho tiempo que me rompo la cabeza contra las paredes por vos y por vuestras interpretaciones! y sin embargo, no habeis adivinado ni una sola vez...

—¡Oh Dios mio! ¡sí! dijo arrojando el ramo de flores sobre la chimenea; vais á ver. Amo *un poco* á M. de la Marche, y os amo *mucho*. El me ama *apasionadamente*, y vos no me amais *nada*. Esta es la verdad.

—Os perdono de todas veras esa mala interpretación, siquiera por la palabra *mucho*, la contesté, queriendo apoderarme de sus manos, que ella retiró bruscamente, y que á la verdad hizo mal, porque si me las hubiera abandonado, me hubiera limitado

á estrecharlas fraternalmente; pero esta especie de desconfianza despertó recuerdos peligrosos para mí. Creo que tenía aquella noche en su aire y sus modales mucha coquetería, y hasta entonces no le había observado jamás la menor veleidad.

Me sentí alentado sin saber por que, y me atreví á hacerle alusiones picantes sobre su entrevista con M. de la Marche; pero ella no se cuidó absolutamente de rechazar mis interpretaciones, se echó á reir cuando la dije que me diese las gracias por la política exquisita con que me había retirado al verla fruncir el ceño.

Esta ligereza orgullosa principiaba á irritarme un poco, cuando entró un criado y le entregó una carta diciéndola que esperaban la respuesta.

—Acercad la mesa y cortadme una pluma, me dijo; y con aire negligente, abrió y recorrió la carta, mientras que yo, sin saber de qué se trataba, preparaba todo lo necesario para escribir.

Largo tiempo hacia que la pluma de cuervo estaba cortada, y fuera de la permufada cartera el papel de color, y Edmunda ni prestaba la menor atencion, ni se disponia á hacer uso de ellos.

La carta abierta estaba sobre sus rodillas, sus pies apoyados sobre los morillos de hierro de la chimenea, sus codos en los brazos del sillón, en su actitud favorita de meditación. Estaba enteramente absorta; la hablé quedo y no me oyó. Creí que se había olvidado

de la carta y que se dormía. Al cabo de un cuarto de hora entró otra vez el criado y preguntó, de parte del mensajero, si estaba ya la respuesta.

—Es verdad, respondió Edmunda; que aguarde.

Volvió á leer la carta con extraordinaria atención y se puso á escribir con lentitud; despues arrojó al fuego su respuesta, rechazó con el pié su sillón, dió algunos paseos por la sala, y de repente se paró delante de mí y me miró con aire frío y severo.

—¡Edmunda! exclamé levantándome con impetuosidad, ¿qué os pasa, y qué relacion puede tener conmigo esa carta que tanto os inquieta?

—¿Qué os importa? respondió.

—¡Qué me importa! exclamé. ¿Qué me importa el aire que respiro? ¿Qué me importa la sangre que circula por mis venas? ¡Preguntad esto, enhorabuena! pero no me pregunteis en qué me interesa una de vuestras palabras, ó una de vuestras miradas; porque bien sabeis que mi vida depende de ellas.

—No digais locuras, Bernardo, replicó volviéndose á su sillon con aire distraido; hay tiempo para todo.

—¡Edmunda! ¡Edmunda! no jugueis con el leon dormido, no aticeis el fuego que está oculto bajo la ceniza.

Edmunda se encogió de hombros y se puso á escribir con mucha animación. Su tez estaba encendida y de vez en cuando pasaba sus dedos por entre

los hermosos y largos tirabuzones que caian sobre sus hombros. Estaba peligrosamente bella en este desorden, y en su semblante se reflejaba la imágen del amor. Pero, ¿á quién amaba? Indudablemente á aquel á quien escribia. Los celos abrasaban mis entrañas. Salí bruscamente: atravesé la antecámara: miré al hombre que había llevado la carta; tenía la librea de M. de la Marche. Ya no me fué posible dudar, pero esta certidumbre aumentó mi furor. Volví al salón empujando violentamente la puerta, pero Edmunda, no volvió siquiera la cabeza y continuó escribiendo. Me senté enfrente de ella y la miré con ojos encendidos, pero ella no se dignó alzar los suyos para verme, y hasta creí notar en sus labios sonrosados una semi-sonrísa que parecia insultar mi angustia. En fin terminó su carta y la cerró. Entonces me levanté y me acerqué á ella, violentamente tentado de arrancársela de las manos. Habia ya aprendido á contenerme algo más que en otro tiempo; pero conocia que un solo instante puede, en las almas apasionadas, destruir el trabajo de muchos dias.

—Edmunda, la dije con amargura y con un espantoso gesto, que se esforzaba en ser una sonrisa cáustica, ¿quereis que entregue esa carta al lacayo de M. de la Marche, y que le diga al mismo tiempo al oido á qué hora puede su amo venir á veros?

—Me parece, contestó con una serenidad que me exasperó, que he podido indicar la hora en mi carta

y que no hay necesidad de enterar á los criados.

—Edmunda, deberíais tratarme con menos crueldad, exclamé.

—Decid lo que querais, no me dá cuidado, contestó, y arrojando sobre la mesa la carta recibida, salió para entregar por sí misma su respuesta al mensajero. No sé si me había dicho que leyera aquella carta, pero sí que fué irresistible el impulso que me obligó á hacerlo. Estaba concebida en estos términos:

«Edmunda, al fin he descubierto el secreto fatal que ha puesto, según vos, un invencible obstáculo á nuestra unión. Bernardo os ama: su agitación de esta mañana lo ha revelado. Pero vos no le amais, estoy seguro de ello... ¡Es imposible! Me lo hubiérais dicho francamente. El obstáculo, pues, está en otra parte. ¡Perdonadme! He llegado á saber que pasásteis dos horas en la cueva de los bandidos ¡Infeliz! ¡vuestra desgracia, vuestra prudencia vuestra sublime delicadeza os ennoblecen más á mis ojos! ¿Por qué no habeis dicho desde el principio de qué desgracia érais víctima? Con una palabra sola, hubiera calmado vuestro dolor y el mio. Os hubiera ayudado á ocultar vuestro secreto. Hubiera llorado con vos, ó más bien hubiera borrado el odioso recuerdo con el testimonio de un cariño á toda prueba. Pero no debeis desesperar; todavia es tiempo de pronunciar esa palabra; héla aquí. «Edmunda, os amo más

que nunca, más que nunca estoy decidido á ofreceros mi nombre, dignaos aceptarlo.»

Esta carta estaba firmada por Adhemar de la Marche.

Apenas había concluído de leerlo, cuando entró Edmunda y se acercó á la chimenea con inquietud, como si hubiera dejado olvidado algún objeto precioso. Yo le alargué la carta que acababa de leer, pero la tomó con aire distraido y bajándose hacia la chimenea cogió con precipitación y con una especie de alegría un papel arrugado, que la llama había tocado apenas. Era la primera respuesta que había escrito á la carta de M. de la Marche, y que no tuvo por conveniente enviarle.

—Edmunda, le dije, postrándome á sus plantas; dejadme ver ese papel. Sea cualquiera su contenido, me someto al fallo dictado por vuestro primer impulso.

—¿De veras? dijo con una expresion indefinible, ¿lo haríais asi? Si amase á M. de la Marche, si os hiciera sacrificio grande renunciando á su amor, ¿seríais bastante generoso para relevarme de mi palabra?

Tuve un momento de perplegidad; un sudor frio bañaba mi cuerpo. La miré fijamente, pero sus ojos impenetrables no revelaban su pensamiento. Si hubiera creido que me amaba y que sometia mi virtud á una prueba, quizás me hubiera mostrado el heróico

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero temía un lazo y la pasión pudo más. No me sentí con fuerzas para renunciar á ella de buen grado y la hipocresía me repugnaba. Me levanté temblando de cólera y exclamé:

—Le amais, confesad que le amais.

—Y aun cuando así fuese, contestó guardándose el papel en el bolsillo, ¿dónde estaría el crimen?

—El crimen estaría en haber mentido hasta aquí diciéndome que no le amábais.

—*Hasta aquí* es mucho decir, replicó mirándome de hito en hito; desde el año pasado no hemos tenido la menor explicacion sobre este particular. En aquella época era posible que no amase mucho á Adhemar, y ahora seria posible que le amase más que á vos. Si comparo hoy la conducta de uno y otro, veo de un lado un hombre lleno de orgullo y sin delicadeza que se prevale de un compromiso que tal vez mi corazon no ha ratificado; del otro, á un admirable amigo cuya abnegacion sublime arrostra todas las preocupaciones, que aun creyéndome deshonrada con una mancha indeleble, no por eso persiste menos en encubrir esta mancha con su proteccion.

—¡Cómo! ¿ese miserable cree que os he violentado y no me desafía?

—No lo cree, Bernardo; sabe que habeis protejido mi evasion de la Roca de Mauprat; pero cree que me habeis socorrido demasiado tarde, y que he sido víctima de los demás bandidos.

—¡Y quiere casarse con vos, Edmunda! ¡O es en

efecto un hombre sublime, ó un hombre más testarudo de lo que se cree!

—Callad, dijo Edmunda con cólera: esa odiosa explicación que dais á una conducta tan generosa, parte de un alma insensible ó de un espíritu perverso. Callad, si no quereis que os aborrezca.

—Decid que me aborreceis, Edmunda, decidlo sin temor, lo sé ya.

—¡Sin temor! Deberíais saber también que no os dispenso el honor de temeros. En fin, contestadme; sin saber lo que pretendo hacer, ¿comprendeis que debeis devolverme mi libertad y renunciar á tan bárbaros derechos?

—No comprendo otra cosa sino que os amo con furor, y que desgarraría con mis uñas el corazón de quien se atreviese á disputarme el vuestro. Sé que os obligaré á amarme, y que si no lo consigo, á lo menos no sufriré jamás que pertenezcais á otro, viviendo yo. Antes hallarán mi cuerpo, acribillado de heridas y brotando sangre por todos sus poros, que consienta el que otro os ciña al dedo un anillo nupcial: os deshonraré además al lanzar mi último suspiro diciendo que érais mi manceba, y de este modo turbaré la alegría del que triunfe de mí: y si puedo daros de puñaladas al espirar, lo haré, á fin de que seais á lo menos mi mujer en el sepulcro. He aquí lo que pienso hacer, Edmunda. Y ahora burlaos cuanto querais de mí, conducidme de lazo en lazo, gobernadme con vuestra admirable política: podreis engañarme cien

veces, porque soy un ignorante, pero vuestra intriga llegará siempre al mismo desenlace, porque lo he jurado por el nombre de Mauprat.

—¡Corta piernas! añadió con fria ironía, y quiso salir.

Yo iba á cogerla del brazo, cuando sonó la campanilla; era el abate quien entraba. Apenas apareció, Edmunda le estrechó la mano y se retiró á su cuarto sin dirigirme una sola palabra.

Al observar el buen abate mi turbación, me interrogó acerca de ella con la franqueza que debían darle ya sus derechos á mi afecto. Pero este punto era el único sobre el cual no nos habíamos jamás explicado. En vano lo había intentado; no me había dado una sola lección de historia sin sacar de los amores ilustres un ejemplo ó un precepto de moderación y de generosidad; pero ni una palabra había logrado hacerme decir sobre este particular. Yo no podía perdonarle enteramente el mal servicio que me hacía para con Edmunda, y aun creía que me lo estaba haciendo en la actualidad, por cuya razón me ponía en guardia contra todos los argumentos de su filosofía y todas las seducciones de su amistad. Aquella noche más que nunca fuí inatacable. Dejéle inquieto y de mal humor, y fuí á arrojarme sobre mi cama, donde oculté mi cabeza entre los cobertores, á fin de ahogar mis sollozos, implacables vencedores de mi orgullo y de mi cólera.

SEGUNDA PARTE

I

Al dia siguiente llegó al colmo mi desesperación al ver á Edmunda más que nunca fria conmigo. Mr. de la Marche no había venido y creí observar que el abate había estado en su casa, y hablaba á Edmunda del resultado de su conferencia. Por lo demás, ambos estuvieron enteramente tranquilos, y devoré en silencio mi inquietud, pues no logré hallarme á solas con Edmunda ni un instante. Por la tarde fuí á pié á casa de M. de la Marche. No sé lo que quería decirle. Me hallaba en un estado de desesperación que me impelía á obrar sin objeto y sin plan. Supe que había dejado á París. Volví á casa y hallé á mi tío muy triste. Al verme frunció el ceño, y después de haberme dirigido algunas palabras indiferentes y

veces, porque soy un ignorante, pero vuestra intriga llegará siempre al mismo desenlace, porque lo he jurado por el nombre de Mauprat.

—¡Corta piernas! añadió con fria ironía, y quiso salir.

Yo iba á cogerla del brazo, cuando sonó la campanilla; era el abate quien entraba. Apenas apareció, Edmunda le estrechó la mano y se retiró á su cuarto sin dirigirme una sola palabra.

Al observar el buen abate mi turbación, me interrogó acerca de ella con la franqueza que debían darle ya sus derechos á mi afecto. Pero este punto era el único sobre el cual no nos habíamos jamás explicado. En vano lo había intentado; no me había dado una sola lección de historia sin sacar de los amores ilustres un ejemplo ó un precepto de moderación y de generosidad; pero ni una palabra había logrado hacerme decir sobre este particular. Yo no podía perdonarle enteramente el mal servicio que me hacía para con Edmunda, y aun creía que me lo estaba haciendo en la actualidad, por cuya razón me ponía en guardia contra todos los argumentos de su filosofía y todas las seducciones de su amistad. Aquella noche más que nunca fuí inatacable. Dejéle inquieto y de mal humor, y fuí á arrojarme sobre mi cama, donde oculté mi cabeza entre los cobertores, á fin de ahogar mis sollozos, implacables vencedores de mi orgullo y de mi cólera.

SEGUNDA PARTE

I

Al dia siguiente llegó al colmo mi desesperación al ver á Edmunda más que nunca fria conmigo. Mr. de la Marche no había venido y creí observar que el abate había estado en su casa, y hablaba á Edmunda del resultado de su conferencia. Por lo demás, ambos estuvieron enteramente tranquilos, y devoré en silencio mi inquietud, pues no logré hallarme á solas con Edmunda ni un instante. Por la tarde fuí á pié á casa de M. de la Marche. No sé lo que quería decirle. Me hallaba en un estado de desesperación que me impelía á obrar sin objeto y sin plan. Supe que había dejado á París. Volví á casa y hallé á mi tío muy triste. Al verme frunció el ceño, y después de haberme dirigido algunas palabras indiferentes y

forzadas, me dejó con el abate, quien á pesar de haber intentado hacerme hablar, no obtuvo mejor resultado que la víspera. Por espacio de muchos días busqué la ocasión de hablar á Edmunda, pero supo evitarla constantemente. Hacíanse á la sazón los preparativos de marcha para San Severo; pero ella no mostraba tristeza ni alegría. Me resolví á deslizar entre las hojas de su libro dos líneas pidiéndole una entrevista. A los cinco minutos recibí la respuesta siguiente:

«A nada conduciría una entrevista. Vos insistís en vuestra falta de delicadeza; yo perseveraré en mi lealtad. Una conciencia recta no sabe faltar á su juramento. He jurado no ser jamás de otro sino de vos, y no me casaré; pero no he jurado ser vuestra á costa de todo. Si continuais siendo indigno de mi estimación sabré permanecer libre. Mi pobre padre declina hacia el sepulcro; un convento será mi asilo cuando se rompa el único lazo que me une á la sociedad.»

De nada me sirvió haber cumplido las condiciones impuestas por Edmunda, porque por toda recompensa me prescribía que las rompiera. Hallábame, pues, en el mismo estado que el día de su conversación con el abate.

Pasé el resto de aquel día encerrado en mi cuarto; durante toda la noche no hice más que pasearme con agitación, y ni aún traté de dormir. No os diré cuales

fueron mis reflexiones, pero sí que no fueron indignas de un hombre de bien.

Al rayar el día fuí á casa de Lafayette, quien me proporcionó los papeles necesarios para salir de Francia.

Me dijo que pasara a esperarle en España, donde debía embarcarse para los Estados-Unidos. Volví á mi casa para recoger los efectos y el dinero indispensables al más modesto viajero. Dejé escrita una carta á mi tío, diciéndole que no se inquietara por mi ausencia, y que dentro de breves días le daría en otra más extensa las explicaciones necesarias, y suplicándole, que no me juzgase hasta entonces y que entretanto viviera persuadido de que sus bondades no se borrarían jamás de mi corazón.

Partí antes que nadie se levantara en la casa, temiendo que me abandonase mi resolución á la menor señal de cariño, pues conocía que había abusado del afecto demasiado generoso que me profesaban.

No pude pasar por delante de la habitación de Edmunda sin aplicar mis lábios á la cerradura; después, ocultando la cabeza entre las manos, eché á correr como un loco, y no paré hasta el otro lado de los Pirineos.

Allí tomé algún descanso y escribí á Edmunda que estaba libre y que no contrariaría ninguna de sus resoluciones, pero que me era imposible ser testigo del triunfo de mi rival. Tenía yo la íntima persuasión de

que ella le amaba, y estaba resuelto á sofocar mi amor, prometiendo más de lo que podía cumplir, si bien los primeros efectos del orgullo herido me daban confianza en mí mismo.

Escribí también á mi tío para decirle que no me creería digno de los ilimitados favores que me había dispensado mientras no ganase mis espuelas de caballero. Hablábale de mis esperanzas de gloria y de fortuna guerrera con toda la sencillez de mi orgullo, y como suponía con razón que Edmunda leería esta carta, afectaba una alegría sin turbación y un entusiasmo sin pesar. No sabía si mi tío tenía conocimiento de los verdaderos motivos de mi partida; pero mi orgullo no pudo resignarse á confesárselos. Lo mismo me sucedía respecto del abate, á quien escribí una larga carta llena de frases, en las que le expresaba mi gratitud y afecto. Terminaba suplicando á mi tío que no hiciese ningún gasto por mi causa en el castillo de Mauprat, asegurándole que jamás podría resolverme á habitarlo y que considerase el feudo rescatado por él como propiedad de su hija.

Pedíale solamente que se sirviera anticiparme dos á tres años de la renta que me correspondía, á fin de poder sufragar los gastos de mi pasaje, y no hacer onerosa al noble Lafayette mi adhesión á la causa americana.

Todos quedaron satisfechos de mi conducta y de mis cartas, pues al llegar á las costas de España, recibí

una carta de mi tío, en la cual, contestándome á la mía, me daba su bendición paternal, reconviniéndome solamente por haberme marchado sin despedirme de nadie; en esta me aseguraba por su honor que jamás tomaría Edmunda el feudo de la Roca de Mauprat y me enviaba una suma considerable sin tocar á mis rentas futuras.

El abate me hacía las mismas protestas y amistosas reconvenciones, pero dejábase conocer fácilmente que prefería el reposo de Edmunda á mi felicidad y que experimentaba una verdadera alegría con mi partida. Sin embargo, me quería, y esta amistad se expresaba de una manera tierna é interesante al través de la satisfacción cruel de que aparecía mezclada. Envidiaba mi suerte, mostrábase entusiasta por la causa de la independencia y me decía que más de una vez había estado tentado por ahorcar los hábitos y tomar el mosquete; pero conocíase desde luego que todo esto no era más que una pueril afectación de su parte, pues su natural, tímido y dulce revelaba siempre al sacerdote, por más que se encubriera con la capa de la filosofía.

Entre estas dos cartas, hallé un billetito estrecho y sin sobrescrito, como si se hubiera introducido allí furtivamente, que conocí ser de la única persona que me interesaba realmente en el mundo, pero que me faltaba valor para abrir. Largo rato anduve por la playa dando vueltas á aquel papel con mano trému-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la, temiendo perder al leerlo, la especie de calma desesperada que sentía, y más que todo, hallar entre las frases de gratitud y de una alegría entusiasta otro amor satisfecho. ¿Qué puede escribirme? decía en mi interior; ¿por qué me escribe? No quiero su compasión y mucho menos su agradecimiento. Estuve tentado por arrojar el billete al mar, y hasta levanté el brazo para verificarlo; pero lo estreché inmediatamente contra mi corazón y lo tuve así largo rato guardado, como si hubiese creído en esa vista oculta de los partidarios del magnetismo, que pretenden leer con los órganos de la mente y del sentimiento, tan bien como con los ojos.

En fin, me decidí á romper el sobre y leí estas palabras: «Has hecho bien, Bernardo; pero no te lo agradezco, porque voy á sufrir con tu ausencia más de lo que puedo expresar. Ve, sin embargo, á donde tu honor y el amor de la santa verdad te llaman; mis votos y mis plegarias te seguirán á todas partes. Vuelve cuando cumplas tu misión; no me hallarás casada, ni religiosa.» En este billete me incluía la sortija de cornelina que me había cedido durante mi enfermedad, y que yo le devolví al dejar á París. Mandé hacer una cajita de oro donde guardé el billete y la sortija que coloqué junto á mi corazón como un escapulario. Lafayette, detenido en Francia por orden del gobierno, que se oponía á su expedición, vino pronto á unirse á nosotros, después de haberse evadido de la prisión. Yo había tenido tiempo de hacer mis preparativos, y me hice á la vela lleno de tristeza, de ambición y de esperanza.

Dispensadme que omita la narración de la guerra de América, pues quiero separar todo lo que tenga relación con mi existencia de los hechos de su historia; pero permitidme también que suprima aquí mis aventuras personales, porque forman en mi memoria un capítulo aparte, en que Edmunda representa el papel de una Madona constantemente invocada, pero invisible; y no puedo creer que tomeis el menor interés por oir los incidentes de una gran parte de narración, en la que no aparezca absolutamente esa figura angelical, única digna de ocupar vuestra atención, en primer lugar por ella misma, y después por la acción que sobre mí ejercía.

Os diré solamente que desde los grados inferiores, alegremente aceptados por mí al principio en el ejército de Washington, logré por rigorosa escala, pero rápidamente, el grado de oficial. Mi educación militar fué pronta, porque en esto, como en todo lo que emprendí durante mi vida, desplegué la mayor aplicación, y con una voluntad de hierro triunfé de las dificultades.

Obtuve la confianza de mis ilustres jefes. Mi excelente constitución me hacía propio para las fatigas de la guerra, y aun mis antiguas costumbres de bandido me sirvieron de mucho, pues soportaba los

reveses con una calma que no tenía ninguno de los jóvenes franceses que desembarcaron conmigo, cualquiera que fuese su denuedo y bizarría.

Mi valor fué frío y tenaz, no sin gran sorpresa de nuestros aliados, que más de una vez sospecharon de mi orígen al ver cuán pronto me familiarizaba con los bosques, y lo bien que luchaba en astucia y desconfianza con los salvajes que frecuentemente nos molestaban en nuestras maniobras.

A pesar de mis continuas marchas y de los trabajos inherentes á ellas, tuve la felicidad de poder cultivar mi espíritu con la intimidad de un jóven de mérito que la Providencia me deparó por compañero y amigo, El amor á las cien cias naturales le había llevado á nuestra expedición, en la que se portó siempre como buen militar, pero era fácil conocer que la simpatía política no jugaba en su resolucion más que un papel secundario.

Ningún deseo tenía de adelantar en la carrera y era poco apto para los estudios estratégicos. Su herbario y sus observaciones zoológicas le ocupaban mucho más que el éxito de la guerra y el triunfo de la libertad. Se batia como el primero cuando llegaba la ocasión, para no merecer nunca la nota de cobarde; pero hasta la víspera del combate parecía ignorar que se tratase de otra cosa que de una excursión científica en las sabanas del nuevo mundo.

Su maleta estaba siempre llena, no de dinero, ni

de alhajas, sino de muestras de historia natural; y mientras que, acostados sobre la yerba, estábamos atentos al menor rumor que pudiera revelarnos la aproximación del enemigo, él permanecía absorto en el análisis de una planta ó de un insecto. Era este jóven admirable bajo todos conceptos, puro como un angel, desinteresado como un estóico; sufrido como un sabio, pero jovial siempre y afectuoso.

Cuando una sorpresa nos ponía en peligro, él solo se apuraba por sus preciosas piedras y por sus inapreciables plantas que llevaba á la grupa; y sin embargo, cuando alguno de nosotros salia herido lo cuidaba con una bondad y un celo superiores á todo encarecimiento.

Un dia me vió la cajita de oro que llevaba debajo de mi casaca, y me suplicó con mil instancias que se la cediera para colocar en ella unas patas de mosca y unas alas de cigarra, que hubiera defendido hasta derramar la última gota de su sangre. Necesario fué todo el respeto que yo tenia á las reliquias del amor para resistir á las instancias de la amistad. Todo lo que pudo obtener de mí fué deslizar en mi preciosa cajita un planta muy linda que decía haber descubierto él el primero, y que solo tuvo derecho de asilo al lado del billete y del anillo de mi amada, á condición de llamarse *Edmunda Sylvestris*. Consintió en ello con tanta mas facilidad cuanto que ya había dado á un hermoso maguillo el nombre de Samuel Adans,

y el de Francklin á no sé qué abeja industriosa, pues nada le agradaba tanto como asociar sus nobles entusiasmos á sus ingeniosas observaciones.

Llegué á profesarle un cariño tanto más intenso, cuanto que era el primer amigo que tenía de mi edad. El encanto que hallé en esta unión me reveló una faz de la vida, facultades y necesidades del alma que yo no conocía. Como jamás había podido desprenderme de las primeras impresiones de mi infancia, en mi amor á la Caballería, me complací en ver en él un hermano de armas, y quise que me diese este título, con exclusión de otro cualquiera amigo íntimo.

Accedió á este deseo con una sinceridad de corazón que me probó cuán viva era la simpatía que existía entre nosotros. Opinaba que yo había nacido para ser naturalista, á causa de mi aptitud para la vida nómada y rudas expediciones. Censurábame que fuese algo preocupado, y me reñía seriamente cuando caminaba sin reflexión sobre algunas plantas interesantes pero aseguraba que estaba dotado del espíritu de método, y que podría inventar un día, no una teoría de la naturaleza, sino un *excelente* sistema de clasificación. Su predicción no se realizó, pero sus estímulos despertaron en mí el gusto al estudio, y fueron parte para que mi espíritu no se paralizara en la vida de los campos.

Fué para mí el enviado del cielo; á no haber sido

por él, tal vez hubiera yo llegado á ser, sino el *corta piernas* de la Roca de Mauprat, á lo menos el salvaje de la Varenne. Sus lecciones reanimaron en mí el sentimiento de la vida intelectual; engrandeció mis ideas, ennobleció mis instintos, porque si una maravillosa rectitud y hábitos de modestia le impedían lanzarse en discusiones filosóficas, tenía el amor innato de la justicia y decidía con una sagacidad infalible todas las cuestiones de sentimiento y de moralidad. Tomó sobre mí un ascendiente que jamás pudo tomar el abate en la posición en que nuestra desconfianza mútua nos había colocado al principio.

Me reveló una gran parte del mundo físico, pero lo que me enseñó de más precioso, fué á habituarme al conocimiento de mí mismo y á reflexionar sobre mis impresiones. Llegué á gobernar hasta cierto punto mis movimientos, y digo hasta cierto punto, porque jamás me corregiré de mi carácter orgulloso y violento.

A nadie es dado cambiar la esencia de su ser; pero puede dirigir hacia el bien sus diferentes facultades, y aun logrará casi utilizar sus propias faltas: por lo demás este, es el gran secreto y el gran problema de la educación.

Las conferencias de mi querido Arturo me condujeron á tales reflexiones, que logré deducir lógicamente de todos mis recuerdos los motivos de la conducta de Edmunda. Entonces me pareció grande y

generosa, sobre todo en las cosas que, mal vistas y mal apreciadas, me habían ofendido más. No la amaba más, porque esto era imposible: pero llegué á comprender por qué la amaba invenciblemente, á pesar de todo lo que ella me había hecho sufrir.

Esta llama santa ardió en mi alma sin debilitarse un solo momento durante los seis años de nuestra separación. A pesar del exceso de vida que inundaba mi ser, á pesar de las excitaciones de una naturaleza exterior, llena de voluptuosidad, á pesar de los malos ejemplos y de las infinitas ocasiones que atacan en brecha á la debilidad humana en la libertad de la vida errante y militar, tomo á Dios por testigo de que conservé intacta mi túnica de inocencia y no conocí el ósculo de ninguna mujer. Arturo, á quien una organización más tranquila estimulaba con menos violencia, y á quien el trabajo intelectual absorbía casi enteramente, no fué siempre tan austero, y hasta me invitó muchas veces á no correr los peligros de una vida excepcional, contraria al voto de la naturaleza.

Cuando le confié que una gran pasión alejaba de mí toda debilidad y hacía toda caída imposible, cesó de combatir lo que él llamaba mi fanatismo (palabra que estaba muy en boga y que se aplicaba á casi todo indiferentemente), y observé que me profesaba una estimación más profunda, y aun puedo decir, una especie de respeto que no se expresaba por medio de

palabras, sino que se revelaba en mil demostraciones más ó menos grandes de adhesión y deferencia.

Un día en que me hablaba del gran poder que ejerce la dulzura exterior unida á una voluntad firme, citándome por ejemplo el bien y el mal que presenta la historia de los hombres, sobre todo la dulzura de los apóstoles y la hipocresía de los falsos ministros de todas las religiones, vínome en mientes preguntarle si con la fogosidad de mi sangre y la violencia de mi carácter, podría ejercer alguna vez influencia sobre mi familia.

Al servirme de esta última palabra no pensaba más que en Edmunda. Arturo me contestó que tendría otro ascendiente que el de la dulzura adquirida, esto es, la bondad natural. El calor del alma, el ardor y la perseverancia del cariño, he aquí lo que se necesita en la vida de familia, y estas cualidades hacen amar nuestros defectos aun por aquellos mismos que más habitualmente los sufren. Debemos procurar vencernos por amor á aquellos que nos aman; pero proponerse un sistema de moderación en el seno del amor ó de la amistad, sería, en mi concepto, pretensión pueril y un trabajo egoísta, que mataría desde luego el amor dentro de nosotros mismos, y muy pronto despues en los demás. No os hablo de moderación reflexionada sino en la aplicación de la autoridad sobre las masas. Así que, si teneis alguna vez ambición...

—Según eso, le dije sin escuchar la última parte de su discurso, ¿creeis que tal como me conoceis puedo hacer feliz á una mujer y hacer que me ame á pesar de todos mis defectos y de los males que estos ocasionan?

—¡Oh cabeza de loco enamorado! ¡exclamó, cuán difícil es distraeros!... Pues bien, ya que lo quereis así, Bernardo, os diré lo que pienso de vuestros amores. La persona á quien tan ardientemente amais, os ama, á menos que sea incapaz de amar ó enteramente desprovista de sentido. Yo le aseguré que era tan superior á las demás mujeres, como lo es el león á la ardilla y el cedro al hisopo, y á fuerza de metáforas, logré convencerle. Entonces me invitó á confiarle algunos pormenores, á fin, según decía, de poder juzgar de mi posición respecto de Edmunda. Abrile, pues, mi corazón sin reserva y le conté toda mi historia desde el principio hasta el fin. Estábamos entonces á orillas de una hermosa selva virgen, y el sol, declinando á su ocaso, nos enviaba sus últimos rayos. El parque de San Severo, con sus hermosos árboles señoriales que jamás habían sufrido el ultraje del hacha, se representaba á mi pensamiento, mientras miraba los árboles del desierto libres de todo cultivo desplegándose en toda su fuerza y gracia primitiva por encima de nuestras cabezas. El horizonte de un color encendido me recordaba las visitas de la tarde á la cabaña de Paciencia y veía á Edmunda sentada

bajo los dorados pámpanos; y el canto de las cotorras alegres me recordaba el de los hermosos pájaros exóticos que ella educaba dentro de su cuarto. Lloré al pensar en la distancia á que me hallaba de mi patria, en el vasto océano que nos separaba y que se ha tragado á tantos peregrinos en el momento de saludar la playa natal

Pensé también en los azares de la fortuna, en los peligros de la guerra, y por primera vez tuve miedo á la muerte, porque mi querido Arturo, estrechando mi mano entre las suyas, me aseguraba que era amado, y que veía una nueva prueba de afecto en cada rasgo de rigor y desconfianza. «¡Qué niño eres! me decía, ¿no ves que si en efecto, no quisiera casarse contigo, hubiera tenido mil medios para librarse eternamente de tus pretensiones? Y si no te amase con tan inagotable ternura, ¿crees que se hubiera tomado tanto trabajo ni hecho tantos sacrificios para sacarte de la abyección en que te había encontrado y hacerte digno de ella? Pues bien, tú que no piensas sino en las antiguas hazañas de la caballería andante, ¿no conoces que eres un caballero condenado por tu dama á pruebas difíciles y rudas por haber faltado á las leyes de la galantería, reclamando con tono imperioso el amor que se debe implorar de rodillas?»

Entonces entraba en un exámen circunstanciado de mis crímenes y opinaba que los castigos eran muy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fuertes, pero merecidos; discutía en seguida las probabilidades del porvenir y me daba el excelente consejo de someterme hasta que juzgaran conveniente absolverme.

—Pero, ¿no es una vergüenza, le decía yo, que un hombre maduro, como yo lo soy ahora, por la reflexión, y rudamente experimentado en la guerra, se someta como un niño al capricho de una mujer?

—No, me respondió Arturo, no es una vergüenza, ni la conducta de esa mujer es dictada por el capricho. No hay más que honor en reparar la falta que cometemos, y sin embargo, ¡qué pocos son los hombres capaces de hacerlo! No hay más que justicia en el pudor ofendido que reclama sus derechos y su independencia natural. Os habeis conducido como Albion: no os admireis de que Edmunda se conduzca como Filadelfia. Ella no se rendirá sino con la condición de una paz gloriosa, y tendrá razón.

Después quiso saber qué conducta había observado Edmunda conmigo en los dos años que habían transcurrido desde que estábamos en América. Le enseñé las pocas y breves cartas que había recibido de ella, y quedó sorprendido del gran talento y delicado amor que revelaban sus frases escritas en un estilo elevado y conciso.

Edmunda no me hacía ninguna promesa, ni me alentaba con ninguna esperanza directa; pero manifestaba vivos deseos de mi regreso y de la felicidad

que gustaríamos *todos*, reunidos alrededor del hogar, cuando la relacion de mis extraordinarias aventuras prolongase agradablemente las veladas del castillo; y por último, no vacilaba en decirme que yo era, con su padre, *la única solicitud de su vida*. Sin embargo, á pesar de una ternura tan sostenida, me asaltó una sospecha terrible.

En esas cartas tan lacónicas de mi prima, así como en las de su padre, y como en las extensas y floridas del abate Auberto, no se me comunicaban jamás los sucesos que podían y debían ocurrir en la familia.

Todos me hablaban de mí mismo, y jamás me decían una palabra los unos de los otros; todo lo más que hacían era hablarme de los ataques de gota del caballero. No parecía sino que los tres se habían puesto de acuerdo para no decirme ninguno de ellos las ocupaciones y la situación de espíritu de los otros dos.

—Ilústrame y tranquilízame, si puedes, sobre este particular, dije á Arturo. Hay momentos en que me imagino que Edmunda está casada, y que todos se han convenido en no decírmelo hasta mi vuelta; porque al fin, ¿quién lo impide? ¿Es probable que me ame bastante para vivir en la soledad solo por amor hacia mí, mientras que este amor sometido á los principios de una fría razón y de una austera conciencia se resigna á ver prolongarse indefinida-

mente mi ausencia con la guerra? No hay duda que tengo aquí deberes que llenar; el honor exige que defienda mi bandera hasta el día del triunfo ó de la derrota irreparable de la causa que sirvo; pero conozco que prefiero á Edmunda á estos vanos honores y que por verla una hora más pronto abandonaría mi nombre á la burla y á las maldiciones del universo.

—La violencia de vuestra pasión os sugiere este último pensamiento, respondió Arturo sonriéndose: pero no obrareis como decís llegando la ocasión. Cuando tenemos que luchar con una sola de nuestras facultades, creemos á las demás anonadadas: pero un choque exterior las despierta, y pronto vemos que nuestra alma vive por muchos puntos á la vez. No sois insensible á la gloria, Bernardo, y si Edmunda os invitase á renunciar á ella, advertiriais que esta gloria os importaba más de lo que pensábais; teneis ardientes convicciones republicanas, y Edmunda ha sido la primera que os las ha inspirado. ¿Qué pensariais de ella, y qué sería en efecto, si os dijese hoy: Una cosa hay más augusta y sagrada que la religión que os he predicado y que los dioses que os he revelado: esta cosa es mi placer? Bernardo, vuestro amor está lleno de exigencias contradictorias. La inconsecuencia es por lo demás la propiedad característica de todos los amores humanos.

Los hombres se imaginan que la mujer no tiene

existencia por si misma, y que debe siempre absorberse en ellos; y sin embargo, no aman apasionadamente si no á la mujer que parece elevarse, por su carácter, sobre la debilidad y la inercia de su sexo. Bajo este clima veis á todos los colonos disponer de la hermosura de sus exclavas; pero no las aman por hermosas que sean, y cuando por una casualidad se apasionan de alguna de ellas, su primera necesidad es emanciparla. Hasta entonces no la considerau como criatura humana. El espíritu de independencia, la noción de la virtud, el amor del deber, privilegio de las almas elevadas, son, pues, necesarios en una compañera, y cuanta más fuerza y paciencia muestre vuestra amada, más la amaréis á pesar de vuestros sufrimientos. Es menester que sepais distinguir el amor del deseo: este quiere destruir los obstáculos que lo atraen, y muere sobre las ruinas de una virtud vencida; el amor quiere vivir, y por lo mismo quiere ver al objeto de su culto largo tiempo defendido por ese muro de diamante, cuya fuerza y brillo forman su valor y hermosura.

De este modo me explicaba Arturo los resortes misteriosos de mi pasión y reflejaba la luz de su sabiduría en las tempestades tenebrosas de mi alma. De vez en cuando añadía: «Si el cielo me hubiese dado la mujer que algunas veces he soñado, creo que hubiera sabido hacer de mi amor una pasión noble y generosa; pero la ciencia absorbe demasiado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo y no he tenido espacio para buscar mi ideal, y si lo he encontrado, no he podido estudiarlo, ni reconocerlo: esta dicha os está concedida, Bernarde, pero no profundizareis la historia natural: un hombre solo no puede abarcarlo todo.»

En cuanto á mi sospecha sobre el casamiento de Edmunda, que tanto temía, la desechaba como una obsesión de alma enfermiza; y hallaba por el contrario en el silencio de Edmunda sobre el particular una admirable delicadeza de conducta y de sentimientos.

«Si fuera una persona frívola, decía, procuraría comunicaros todos los sacrificios que ha hecho por vos y enumeraros los títulos y cualidades de los pretendientes que desprecia. Pero Edmunda tiene un alma demasiado elevada y un carácter demasiado serio para entrar en tan pueriles pormenores. Mira los convenios entre vos y ella como inviolables, y no imita á esas conciencias débiles que hablan siempre de sus victorias para hacer un mérito de lo que la verdadera virtud considera fácil é insignificante. Ha nacido tan fiel, que no imagina siquiera que puede haber quien sospeche que no lo es.»

Estas palabras derramaron un bálsamo saludable en mis heridas. Cuando Francia concedió al fin abiertamente su protección á la causa americana, recibí del abate una carta que vino á tranquilizarme enteramente sobre este punto. Decíame en ella que probablemente encontraría en el nuevo mundo á un *antiguo amigo*.

El conde de la Marche había obtenido un regimiento y partido para los Estados-Unidos. «*Sea dicho entre nosotros*, añadía el abate, bien necesitaba crearse una posición, pues aunque modesto y despejado, ha tenido siempre la debilidad de ceder á la preocupación de familia.

Avergonzábase de su pobreza y la ocultaba como se oculta una lepra; así es que ha acabado de arruinarse, no queriendo dejar traslucir los progresos de su ruina. Las gentes atribuyen el rompimiento de Edmunda con él á este revés de fortuna, y hasta hay quien dice que estaba muy poco enamorado de la persona de la novia, y mucho de su dote. Yo, por mi parte, no me atrevo á suponerle miras tan bajas, y solo creo que ha sufrido las terribles consecuencias que producen los falsos principios sobre el aprecio de los bienes de este mundo. Si le encontrais, desea Edmunda que le mostreis interés y afecto, y le expreseis el que ella siempre le ha tenido. La conducta de vuestra prima en esto, como en todas las cosas, ha sido dechado de dulzura y de dignidad.»

II

La víspera de la partida de M. de la Marche, des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo y no he tenido espacio para buscar mi ideal, y si lo he encontrado, no he podido estudiarlo, ni reconocerlo: esta dicha os está concedida, Bernarde, pero no profundizareis la historia natural: un hombre solo no puede abarcarlo todo.»

En cuanto á mi sospecha sobre el casamiento de Edmunda, que tanto temía, la desechaba como una obsesión de alma enfermiza; y hallaba por el contrario en el silencio de Edmunda sobre el particular una admirable delicadeza de conducta y de sentimientos.

«Si fuera una persona frívola, decía, procuraría comunicaros todos los sacrificios que ha hecho por vos y enumeraros los títulos y cualidades de los pretendientes que desprecia. Pero Edmunda tiene un alma demasiado elevada y un carácter demasiado serio para entrar en tan pueriles pormenores. Mira los convenios entre vos y ella como inviolables, y no imita á esas conciencias débiles que hablan siempre de sus victorias para hacer un mérito de lo que la verdadera virtud considera fácil é insignificante. Ha nacido tan fiel, que no imagina siquiera que puede haber quien sospeche que no lo es.»

Estas palabras derramaron un bálsamo saludable en mis heridas. Cuando Francia concedió al fin abiertamente su protección á la causa americana, recibí del abate una carta que vino á tranquilizarme enteramente sobre este punto. Decíame en ella que probablemente encontraría en el nuevo mundo á un *antiguo amigo*.

El conde de la Marche había obtenido un regimiento y partido para los Estados-Unidos. «*Sea dicho entre nosotros*, añadía el abate, bien necesitaba crearse una posición, pues aunque modesto y despejado, ha tenido siempre la debilidad de ceder á la preocupación de familia.

Avergonzábase de su pobreza y la ocultaba como se oculta una lepra; así es que ha acabado de arruinarse, no queriendo dejar traslucir los progresos de su ruina. Las gentes atribuyen el rompimiento de Edmunda con él á este revés de fortuna, y hasta hay quien dice que estaba muy poco enamorado de la persona de la novia, y mucho de su dote. Yo, por mi parte, no me atrevo á suponerle miras tan bajas, y solo creo que ha sufrido las terribles consecuencias que producen los falsos principios sobre el aprecio de los bienes de este mundo. Si le encontrais, desea Edmunda que le mostreis interés y afecto, y le expreseis el que ella siempre le ha tenido. La conducta de vuestra prima en esto, como en todas las cosas, ha sido dechado de dulzura y de dignidad.»

II

La víspera de la partida de M. de la Marche, des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues de la remisión de la carta del abate, pasó en la Varenne un ligero acontecimiento que supe en América con agradable sorpresa, y que por otra parte se encadenó de una manera notable á los sucesos más importantes de mi vida, como sabreis más adelante.

Aunque gravemente herido en la desgraciada batalla de Savannah, me habia ocupado activamente en Virginia, bajo las órdenes del general Green, en reunir los restos del ejército de Gates, que era á mis ojos un héroe muy superior á su venturoso rival Washington.

Acabábamos de saber el desembarco de la escuadra de M. de Ternay, y la tristeza que se había apoderado de nosotros en aquella funesta época de reveses y de contratiempos, principiaba á disiparse ante la esperanza de un socorro más considerable que el que nos llegó en efecto. Paseábame por entre los bosques, á poca distancia del campamento, con Arturo, y aprovechábamos aquel momento de tregua para ocuparnos y distraernos al fin con otra cosa que no fuese Cornwallis y el infame Arnoldo. Largo tiempo afligidos con el espectáculo de los males de la nación americana, y con el temor de ver la injusticia y la codicia triunfar de la causa de los pueblos, nos entregábamos á una dulce alegría. Cuando tenia una hora de descanso, olvidaba mis rudos trabajos para refugiarme en el oasis de mis pensamientos; en la familia de San Severo. En estas horas, acostumbraba á contar al

amable Arturo alguna escena bufa de mi entrada en el mundo al salir de la Roca de Mauprat, describiéndole tan pronto mi primer peinado y mi primer vestido, como el desprecio y horror de la señorita Leblanc á mi persona y sus encargos á su amigo San Juan de no ponerse jamás al alcance del brazo. No sé cómo en medio de estas divertidas figuras se presentó á mi imaginación la del solemne hidalgo Marcasse, y me puse á hacer la pintura fiel y detallada del traje, continente y conversación de este enigmático personaje. Quizás no fuese el pobre Marcasse tan realmente cómico como me lo retrataba mi fantasía; pero á los veinte años, el hombre no es más que un niño, sobre todo cuando es militar que acaba de escapar de grandes peligros, y cuando la conquista de su propia vida le llena de un orgulloso insolente.

Arturo reía de todo corazón escuchándome, y me aseguraba que daría todo su bagaje de naturalista por un animal tan curioso como el que yo le describía. El placer que sentía en participar de mis niñerías me daba verbosidad, y no sé si hubiera podido resistir al deseo de recargar un poco mi modelo, cuando de repente al revolver de un camino, nos encontramos en presencia de un hombre alto, pobremente vestido, lastimosamente descarnado, el cual se dirigia hacia nosotros con aire grave y pensativo, llevando en la mano una larga espada desenvainada, cuya punta estaba pacíficamente inclinada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta la tierra. Este personaje se parecía tanto al que acababa de describir, que sorprendido Arturo de la identidad no fué dueño de contener la risa que le retozaba en el cuerpo, y echándose á un lado para dejar pasar el expectro de Marcasse, se tiró sobre el césped acometido de una tos convulsiva.

Yo, por mi parte, no me reía, porque nada de lo que parece sobrenatural deja de afectar vivamente al hombre más habituado al peligro. Con una pierna hacia adelante, la mirada fija y el brazo extendido, nos aproximamos el uno al otro, yo y él, no la sombra de Marcasse, sino la persona respetable, en carne y hueso, del hidalgo cazador de topos.

Petrificado de sorpresa, cuando vi al que tenía por expectro llevar lentamente la mano á su sombrero, y levantarlo sin perder una línea de su talla, retrocedí tres pasos, y esta emoción, que Arturo tomó por una burla de mi parte, aumentó su hilaridad. El cazador de comadrejas no se mostró alterado, creyendo sin duda en su juiciosa calma que esta era la manera de recibir á las gentes en la otra orilla del océano.

Pero la alegría de Arturo estuvo á punto de ser contagiosa, cuando Marcasse me dijo con una serenidad incomparable:

—Hace mucho tiempo, M. Bernardo, que tengo el honor de buscaros.

—Mucho tiempo hace en efecto que no nos vemos,

contesté apretando alegremente la mano de este antiguo amigo; pero dime, ¿á qué poder inaudito debo la felicidad de atraerte hasta aquí? En otro tiempo pasabas por hechicero, ¿habré yo llegado á serlo sin apercibirme de ello?

—Os lo contaré todo, mi querido general, respondió Marcasse, á quien sin duda deslumbraba mi uniforme de capitán; ¿quereis permitirme que vaya en vuestra compañía y os diré muchas cosas, muchas cosas...?

Al oir Arturo repetir á Marcasse su última palabra con voz débil y como haciéndose eco á sí mismo, manía que un momento antes estuve muy inclinado á remedar, no le fué posible contenerse y volvió á dar rienda suelta á su risa.

Marcasse se volvió hacia él, y habiéndole mirado fijamente, le saludó con una gravedad imperturbable. Entonces Arturo, recobrando lo mejor que pudo su serenidad, se levantó y le devolvió el saludo, haciendo con dignidad cómica una genuflexión tan profunda que casi tocó el suelo.

Volvimos juntos al campamento. En el camino me contó Marcasse su historia en ese estilo breve, que forzando al oyente á mil preguntas enojosas, lejos de simplificar el discurso, lo complica extraordinariamente. Sin embargo, causó no poco gozo y diversión á Arturo; pero como supongo que no hallareis el mismo placer en oir una relación exacta de este interminable diálogo, me limitaré á deciros cómo Marcasse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se había decidido á dejar su patria y sus amigos para llevar á la causa americana el poderoso socorro de su larga espada.

M. de la Marche determinó partir para la América en la época en que Marcasse, instalado en su quinta de Berri, hacia su ronda anual sobre las vigas de los graneros. La casa del conde, trastornada con esta partida, se entregaba á maravillosos comentarios sobre aquel pais lejano, lleno de peligros y de prodigios, de donde nadie volvia jamás, segun la general creencia, sino con una fortuna tan considerable y tantas barras de oro y plata, que se necesitaban diez bajeles para trasportarlas. Bajo su exterior helado, De Marcasse, semejante á los volcanes hiperbóreos, ocultaba una imaginación de fuego y un amor sin límites á lo extraordinario.

Habituado á vivir en equilibrio sobre las tablas de los edificios, en una región evidentemente más elevada que los demás hombres, y no siendo insensible á la gloria de admirar todos los dias á las gentes por el atrevimiento y serenidad de sus maniobras acromáticas, se dejó inflamar con la pintura de El Dorado, y esta ilusión fué tanto más viva cuanto que, según su costumbre, no se la confió á nadie. Así es que M. de la Marche no pudo menos de sorprenderse cuando la víspera de su partida se presentó á él D. Marcasse y le propuso acompañarle á América en calidad de ayuda de cámara. En vano M. de la Marche le objetó que era ya muy viejo para dejar su estado y exponerse á los azares de una existencia nueva; Marcasse mostró tanta firmeza, que acabó por convencerle. Muchas razones determinaron á M. de la Marche á hacer esta singular elección.

Había resuelto llevar un criado de mucha más edad que el cazador de comadrejas, el cual no le seguía sino con mucha repugnancia, pero este hombre le merecía toda su confianza, favor que M. de la Marche otorgaba difícilmente, no teniendo más que la apariencia del boato de un hombre de suposición, y queriendo ser servido con economía, prudencia y fidelidad. Sabía que Marcasse era un hombre escrupulosamente honrado y aún singularmente desinteresado, porque D. Marcasse tenía no solo el cuerpo, sino el alma de D. Quijote, y como una prueba de su desinterés, diremos que, habiéndose encontrado entre unas ruinas una especie de tesoro, es decir, una vasija de barro que contenía una suma de cerca de diez mil francos en monedas antiguas de oro y plata, no solo se lo entregó al propietario de las ruinas á quien fácilmente hubiera podido ocultar su hallazgo, sino que rehusó la recompensa que este le ofrecía diciendo con énfasis en su lacónica jerga: *que la honradez moría vendiéndose.*

La fragilidad de Marcasse, su discreción, su puntualidad, debían recomendarle como un hombre de inestimable precio si podía habituarse á poner sus

cualidades al servicio de otro. Era, pues, solo de temer que no pudiera resignarse á perder su independencia; pero antes de darse á la vela la escuadra de M. de Ternay, creyó M. de la Marche que tendría tiempo suficiente para poner á prueba á su nuevo escudero.

Por su parte, D. Marcasse sintió algún pesar al despedirse de sus amigos y de su país; porque si bien tenía *amigos en todas partes, y en todas partes una patria*, como él decía, aludiendo á su vida errante, mostraba por la Varenne grande preferencia, y de todas sus quintas (pues acostumbraba á denominar suyos todo los sitios á donde le llamaban para utilizar su profesión), el castillo de San Severo era el único á donde llegaba con placer y de donde se alejaba con sentimiento. Y en verdad que no le faltaba razón, pues habiéndose caído una vez de un tejado, por haber perdido el equilibrio, recibió tan fuerte caída, que Edmunda, todavía muy niña, no pudo menos de enternecerse y llorar, ganándose desde entonces el corazón de D. Marcasse, quien jamás olvidó este rasgo de sensibilidad y ternura, como tampoco los cuidados que durante su enfermedad recibió de las infantiles manos de Edmunda. Desde que Paciencia habitaba cerca del parque, tuvo San Severo mucho más atractivo para D. Marcasse, porque Paciencia era su Orestes; pues aunque no siempre le comprendía, era comprendido perfectamente por Paciencia, único

hombre que supo cuánta honradez caballeresca y cuánto valor exaltado se ocultaba bajo aquella estravagante corteza. Prosternado ante la superioridad intelectual del solitario, sobrecogíase de respeto y admiración cuando no entendía su verbosidad poética. Entonces, con una dulzura interesante y absteniéndose de preguntas ó demostraciones impertinentes, bajaba los ojos, y haciendo una señal con la cabeza de vez en cuando, como si hubiese comprendido y aprobado, daba á lo menos á su amigo el inocente placer de ser escuchado sin contradicción.

Sin embargo, D. Marcasse había comprendido lo bastante para abrazar las ideas republicanas y para participar de las romancescas esperanzas de nivelación universal, y de feliz retorno á la igualdad de la edad de oro, que el honrado Paciencia nutría y abrigaba en su corazón. Habiendo oido decir muchas veces á su amigo que era preciso cultivar estas doctrinas con prudencia (precepto que Paciencia por su parte no observaba demasiado), el hidalgo, poderosamente ayudado por su costumbre é inclinación, jamás hablaba de su filosofía; pero hacía una propaganda más eficaz llevando desde el palacio á la choza, y desde las poblaciones al campo, esas ediciones económicas de la *ciencia del honrado Ricardo* y otros pequeños tratados de patriotismo popular, que, segun decían los jesuitas, hacía circular gratis entre los menestrales y últimas clases del pueblo una socie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad secreta de filósofos volterianos, dedicados á las prácticas diabólicas de la fracmasonería.

Había, pues, tanto entusiasmo revolucionario como amor á las aventuras en la repentina resolución de Marcasse. Largo tiempo hacía que el lirón y la garduña le parecían enemigos demasiado débiles y el área de los graneros un campo demasiado estrecho para su valor inquieto. Leía diariamente los periódicos de la víspera que encontraba en las casas que recorría, y aquella guerra de América que se designaba como la aurora de la justicia y libertad del universo, le había parecido deber traer una revolución á Francia. Verdad es que tomaba al pié de la letra esa influencia de las ideas que debía atravesar los mares y venir á apoderarse de los espíritus en nuestro continente.

Veía en sueños un ejército de americanos victoriosos descender de numerosos bajeles y traer la oliva de la paz y el cuerno de la abundancia á la nación francesa.

Veíase además en ese mismo sueño mandando una legión de heroes y presentándose en la Varenne, como guerrero, legislador y émulo de Wasinghton, suprimiendo los abusos, derribando las grandes fortunas, dotando á cada proletario de una porción conveniente, y en medio de estas vastas y severas medidas, protegiendo á los nobles, buenos y honrados, y conservándoles una subsistencia decorosa. Es inútil decir que las calamidades dolorosas de las grandes crisis políticas no entraban en el ánimo de D. Marcasse, y que ni una gota de sangre derramada venía á manchar el romántico cuadro que Paciencia desarrollaba á su vista.

Mucho debía alejarse de estas esperanzas gigantescas el oficio de ayuda de cámara de M. de la Marche, pero no le quedaba otro camino para llegar á su objeto. Los cuadros del cuerpo de ejército destinado para la América estaban llenos hacía ya mucho tiempo y no podía, sino en en calidad de pasajero agregado á la expedición, tomar puesto en un buque mercante de los que habían de seguir á la escuadra. Sobre todo esto había consultado el abate, aunque sin decirle su proyecto, de suerte que su partida fué un golpe teatral para todos los habitantes de la Varenne.

Apenas puso el pié en las playas de la Unión, conoció la necesidad irresistible de tomar su gran sombrero y descomunal espada y marchar enteramente solo delante de su amo por entre los bosques, como había acostumbrado á hacer en su país; pero su conciencia le prohibía abandonar á aquel, después de haber contraído la obligación de servirle. Había contado con la fortuna, y la fortuna le secundó. La guerra era mucho más sangrienta y activa de lo que se había creído, y M. de la Marche temió sin razón verse entorpecido y embarazado con la salud débil de su amojamado escudero. Presintiendo además su de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seo de libertad, le ofreció una suma de dinero y cartas de recomendación para que pudiera unirse como voluntario á las tropas americanas; pero Marcasse que sabía cuán escasa era la fortuna de su amo, rehusó el dinero y no quiso aceptar sino un pequeño salario y las recomendaciones, y partió ligero como la más ágil de las comadrejas que hubo jamás cazado.

Su intención era dirigirse á Filadelfia; pero por una casualidad, inútil de referir, supo que yo estaba en el Sur, y esperando con razón hallar en mi consejos y apoyo, se había puesto en camino para reunirse á mí, solo, á pié, por países desconocidos, casi desiertos y frecuentemente llenos de toda clase de peligros. Su traje tan solo era lo que había sufrido, porque su figura pálida no había mudado de color, y no estaba más admirado de su nuevo destino que si hubiera recorrido la distancia de San Severo á la torre de Gazeau.

La única cosa particular que observé en él, fué que se volvía de vez en cuando y miraba atrás como si quisiera llamar á alguién; pero al punto se sonreía y suspiraba casi al mismo tiempo.

No pude resistir al deseo de preguntarle la causa de su inquietud.

—¡Ay! respondió, la costumbre no puede perderse, ¡mi pobre perro! ¡mi buen perro! Siempre decir: ¡Aquí Tejón! ¡Tejón aquí!

—Comprendo, le dije, Tejón se ha muerto y no podéis habituaros á la idea de que no volvereis á verle más siguiendo vuestras huellas?

—¡Muerto! exclamó con un gesto de espanto. ¡No, á Dios gracias! Amigo Paciencia, ¡grande amigo! Tejón feliz, pero triste como su amo: ¡su amo solo! Si Tejón está con Paciencia, dijo Arturo, es feliz en efecto, porque Paciencia no carece de nada; Paciencia le cuidará mucho por el amor que os tiene, y no debeis perder la esperanza de volver á ver á vuestro digno amigo y á vuestro fiel perro.

Marcasse alzó los ojos para mirar á la persona que parecía conocer perfectamente su vida; pero habiéndose asegurado de que jamás le había visto, tomó el partido que acostumbraba tomar cuando no comprendía: levantó su sombrero y saludó respectuosamente.

Gracias á mi eficaz recomendación no tardaron en alistar á Marcasse bajo mis órdenes, y poco tiempo después fue nombrado sargento. Este hombre tan apreciable hizo toda la campaña conmigo, y la hizo como valiente, y cuando en 1782 pasé á la bandera de mi nación y me agregué al ejército de Rochambeau, me siguió, queriendo participar de mi suerte hasta el fin. En los primeros dias fué para mi una diversión más bien que una compañía; pero muy pronto su buena conducta y su intrepidez tranquila, le granjearon la estimación de todos, y tuve que envanecerme de mi protegido. Arturo también llegó á

profesarle una grande amistad, y fuera del servicio, nos acompañaba en todos nuestros paseos, llevando la caja del naturalista y atravesando á las serpientes con su espada.

Pero cuando quise hacerle hablar de mi prima no me satisfizo. Ora no comprendiese el interés que tenía yo en saber todos los pormenores de la vida que ella hacía lejos de mí, ora que se hubiese formado sobre este particular uno de esos propósitos invariables que gobernaban su conciencia, jamás pude obtener una solución clara de las dudas que me atormentaban. Lo único que pude arrancarle fué que no se hablaba de su casamiento con nadie; pero por muy acostumbrado que yo estuviese á la manera vaga con que el se explicaba, me imaginé que había dado esta respuesta con embarazo y con el aire de un hombre que se había comprometido á guardar el secreto.

El honor me impedía insistir hasta el punto de dejarle ver mis esperanzas, quedando, pues este asunto entre nosotros como cosa sagrada á que no era lícito tocar, pero en la que continuamente pensaba á pesar mio. En tanto que Arturo estuvo á mi lado conservé mi razón é interpreté las cartas de Edmunda en el sentido mas leal; pero cuando tuve el dolor de separarme de el se despertaron mis desconfianzas, y cada día se me hacia más insoportable mi permanencia en América.

Verificóse esta separación cuando dejé el ejército americano para hacer la guerra bajo las órdenes del general francés. Arturo era americano y además esperaba tan solo la conclusión de la guerra para retirarse del servicio y establecerse en Boston, al lado del doctor Cooper, quien le amaba como á hijo, y se encargó de agregarlo á la biblioteca de la sociedad de Filadelfia en calidad de bibliotecario principal, que era cuanto Arturo había deseado como recompensa de sus trabajos.

Los acontecimientos que llenaron estos últimos años pertenecen á la historia. Yo ví la paz proclamar la existencia de los Estados Unidos con un júbilo puramente personal, porque el pesar se había apoderado de mí, no había hecho más que crecer mi pasión y no quedaba hueco para el entusiasmo de la gloria militar. Antes de partir fuí á abrazar á Arturo y me embarqué con el valiente Marcasse, luchando con el dolor de separarme de mi único amigo y la alegría de volver á ver mis únicos amores. La escuadra de cuyo pasaje formaba yo parte, sufrió grandes vicisitudes en la travesía, y muchas veces renuncié á la esperanza de hincar jamás una rodilla en tierra delante de Edmunda bajo los venerables árboles de San Severo. En fin, después de la última borrasca que corrimos en las costas de Francia, pisé las playas de la Bretaña y caí en los brazos de mi pobre sargento que había soportado, sino con más fuerza física, á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo menos con más tranquilidad moral, los males comunes, y se confundieron nuestras lágrsmas.

III

Partimos de Brest sin que nos precediera ninguna carta.

Cuando nos aproximamos á la Varenne, echamos pié á tierra, y enviando la silla de postas por el camino más largo, tomamos un sendero por entre los bosques. Cuando vi los árboles del parque levantar sus cabezas venerables por encima de los montes bajos, como una falanje de druidas en medio de una multitud prosternada, mi corazón latió con tanta fuerza que me ví precisado á pararme.

—¿Què hacéis? me dijo Marcasse volviéndose con aire casi severo y como reconveniéndome por mi debilidad; pero un instante después ví su filosofía igualmente comprometida por una emoción inesperada. Un leve gañido lastimero y el roce de una cola de vulpeja en sus piernas le hicieron extremecerse y lanzó un grito al reconocer á Tejón. El pobre animal había olido á su amo desde lejos y corrió con la agilidad de su primera juventud para revolcarse á nuestros pies. Creimos por un momento que se iba á morir, porque se quedó inmóvil y como crispado bajo la mano acariciadora de Marcasse; despues, levantándose de pronto como asaltadode una idea digna de un hombre, echó á correr con la rapidez del relámpago dirigiéndose hácia la cabaña de Paciencia.

—¡Sí! va á avisar á mi amigo; ¡qué perro tan leal y tan bueno!—exclamó Marcasse,—más amigo que tú no lo sería ningún hombre.

Volvióse hacia mí, y observé dos gruesas lágrimas rodar por las mejillas del impasible hidalgo.

Redoblamos el paso hasta la cabaña, en la cual se habían hecho notables mejoras; un lindo jardín rústico, cerrado por un seto vivo apoyado en algunos trozos de piedra, se extendía al rededor de la casita llegamos, no ya por el sendero pedragoso, sino por una hermosa alameda, á cuyos dos lados se veían multitud de legumbres en líneas regulares como un ejército en orden de marcha. Un batallón de coles componía la vanguardia; las zanahorias y demás hortaliza para ensalada formaban el cuerpo principal y á lo largo del vallado la modesta acedera cerraba el cortejo.

Lindos manzanos, ya fuertes, inclinaban sobre estas plantas su quitasol de verdura; y la variedad de perales, y los alfombrados cuadros de tomillos y de sálvia, que besaban el pié de los tornasoles y alelíes, revelaban las ideas de órden social y los hábitos de lujo á que había vuelto Paciencia.

Este cambio era tan notable que creí no hallarle en esta habitación. Una inquietud mucho más grave

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo menos con más tranquilidad moral, los males comunes, y se confundieron nuestras lágrsmas.

III

Partimos de Brest sin que nos precediera ninguna carta.

Cuando nos aproximamos á la Varenne, echamos pié á tierra, y enviando la silla de postas por el camino más largo, tomamos un sendero por entre los bosques. Cuando vi los árboles del parque levantar sus cabezas venerables por encima de los montes bajos, como una falanje de druidas en medio de una multitud prosternada, mi corazón latió con tanta fuerza que me ví precisado á pararme.

—¿Què hacéis? me dijo Marcasse volviéndose con aire casi severo y como reconveniéndome por mi debilidad; pero un instante después ví su filosofía igualmente comprometida por una emoción inesperada. Un leve gañido lastimero y el roce de una cola de vulpeja en sus piernas le hicieron extremecerse y lanzó un grito al reconocer á Tejón. El pobre animal había olido á su amo desde lejos y corrió con la agilidad de su primera juventud para revolcarse á nuestros pies. Creimos por un momento que se iba á morir, porque se quedó inmóvil y como crispado bajo la mano acariciadora de Marcasse; despues, levantándose de pronto como asaltadode una idea digna de un hombre, echó á correr con la rapidez del relámpago dirigiéndose hácia la cabaña de Paciencia.

—¡Sí! va á avisar á mi amigo; ¡qué perro tan leal y tan bueno!—exclamó Marcasse,—más amigo que tú no lo sería ningún hombre.

Volvióse hacia mí, y observé dos gruesas lágrimas rodar por las mejillas del impasible hidalgo.

Redoblamos el paso hasta la cabaña, en la cual se habían hecho notables mejoras; un lindo jardín rústico, cerrado por un seto vivo apoyado en algunos trozos de piedra, se extendía al rededor de la casita llegamos, no ya por el sendero pedragoso, sino por una hermosa alameda, á cuyos dos lados se veían multitud de legumbres en líneas regulares como un ejército en orden de marcha. Un batallón de coles componía la vanguardia; las zanahorias y demás hortaliza para ensalada formaban el cuerpo principal y á lo largo del vallado la modesta acedera cerraba el cortejo.

Lindos manzanos, ya fuertes, inclinaban sobre estas plantas su quitasol de verdura; y la variedad de perales, y los alfombrados cuadros de tomillos y de sálvia, que besaban el pié de los tornasoles y alelíes, revelaban las ideas de órden social y los hábitos de lujo á que había vuelto Paciencia.

Este cambio era tan notable que creí no hallarle en esta habitación. Una inquietud mucho más grave

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

principiaba á atormentarme: inquietud que pronto se convirtió casi en certidumbre cuando ví á dos jóvenes de la aldea cortando las espalderas. Nuestra travesía había durado más de cuatro meses, y ya hacia más de seis que no oiamos hablar del solitario.

Pero Marcasse no tenía ningún temor, Tejon le había dicho que Paciencia vivia, y las huellas del perro recientemente estampadas en la arena de la alameda marcaban la dirección que había tomado. Sin embargo temía yo tanto ver turbado el júbilo de aquel día, que no me atreví á hacer ninguna pregunta á los jardineros de Paciencia, y seguí en silencio al hidalgo, cuyas miradas se paseaban por aquel nuevo Eden y cuya boca discreta no dejaba escapar más que la palabra *cambio* muchas veces repetida.

En fin no pude dominar mi impacien ia: la alameda era interminable, aunque muy corta en realidad, y eché á correr con el corazón palpitando de emoción: Edmunda, decía interiormente, tal vez estará allí!

No estaba sin embargo, y solo oí la voz de solitario que decía: ¿Qué es esto? ¿Se ha vuelto loco este pobre animal? Parece que rabia. ¡Abajo Tejón! ¡no atormentarias á tu amo de este modo, no! Esto es ya molestar á las gentes.

—Tejón no rabia, dije al entrar: ¿os habeis vuelto sordo á la aproximación de un amigo, maestro Paciencia?

El solitario dejó caer sobre su mesa un montón de

dinero que parecia iba á contar, y vino hácia mi con su antigua cordialidad. Yo le abracé, y quedó sorprendido y gozoso tambien con mi alegría; despues, mirándome de los pies á la cabeza, se admiró del cambio operado en mi persona, y á este tiempo apareció Marcasse en el umbral de la puerta.

Entonces Paciencia con una expresión sublime, exclamó levantando sus manos al cielo, y repitiendo aquellas palabras del cantar de los cantares: «Ahora puedo morir porque mis ojos han visto al que yo esperaba.» El hidalgo nada dijo, levantó el sombrero como de costumbre, y sentándose en una silla, se quedó pálido y cerró los ojos. Tejón saltó sobre sus rodillas manifestando su ternura con algunos esfuerzos para ladrar que se convertían en estornudos multiplicados (ya sabeis que era *mudo de nacimiento*.) Todo trémulo de vejez y de alegría alargó su nariz puntiaguda hácia la afilada nariz de su amo; pero este no le contestó como solia: «Abajo, Tejon!»

Marcasse estaba desmayado...

Aquel alma apasionada, que sabía más que Tejon manifestarse por medio de la palabra, sucumbía bajo el peso de su felicidad.

Paciencia corrió á traerle un gran vaso de vino del pais, de dos años, es decir del más añejo y mejor posible, y le hizo tragar algunas gotas que le reanimaron. Cuando volvió en sí escusó su debilidad atribuyéndola al cansancio y al calor: no quiso ó no supo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

atribuirla á su verdadero motivo. Hay almas que se apagan despues de haber ardido por todo lo que hay de hermoso y grande en el órden moral, sin haber hallado el medio y hasta sin haber conocido la necesidad de manifestarse á los demás.

Cuando se calmaron los primeros trasportes de alegría, Paciencia, que estaba tan espansivo como taciturno su amigo, me dijo:

—Ea, mi querido oficial, veo que no teneis muchas ganas de permanecer aquí mucho tiempo. Vámonos, pues, sin demora á donde teneis prisa por llegar. ¡Qué agradable sorpresa y qué gozo va á causar vuestro inesperado regreso!

Penetramos en el parque, y al atravesarlo nos explicó Paciencia el cambio sufrido en su habitacion y en su vida.—Por lo que hace á mí, nos dijo, ya veis que no he variado. Me hallais como me dejasteis, y mi sistema de vida higiénico es el mismo, pues aunque acabo de serviros vino, no he cesado de beber agua. Pero tengo dinero y tierras y trabajadores. Y todo esto lo tengo como vais á ver, á pesar mio. Hace cerca de tres años que la señorita Edmunda me habló de las dificultades que se le presentaban para hacer las obras de caridad de una manera útil y conveniente. El abate era tan inhábil para esto como ella. Todos los dias les engañaban sacándoles dinero para darle mal uso, mientras que los jornaleros honrados y laboriosos carecian de todo, sin que el abate ni

Edmunda pudieran saberlo. Esta temia humillarlos, si iba ella misma á indagar sus necesidades, y cuando algunos pícaros se dirigían á ella, preferia dejarse engañar á equivocarse con detrimento de la caridad. De esta manera gastaba mucho dinero y hacia poco bien.

Entonces la hice comprender que el dinero era la cosa menos necesaria á los indigentes; que lo que hacia á los hombres verdaderamente desgraciados, no era el no poder vestirse mejor que los demás, ir á la taberna los domingos, ostentar en la misa mayor una media muy blanca con una liga encarnada sobre la rodilla y no poder decir: mi jumento, mi vaca, mi viña, mi granero, etc., sino el tener el *cuerpo débil y sufrir los rigores de la estación*, no poder preservarse del frio, del calor, de las enfermedades, *de la sed y del hambre*. Díjele, pues, que no juzgase por mí de la fuerza y salud de los campesinos, sino que fuera á informarse por sí misma de sus enfermedades y de lo que les faltaba para los usos más indispensables de la vida; les gustan las galas, gasta lo poco que ganan en parecer bien, y carecen de previsión para privarse de un pequeño placer y reservar un recurso contra las grandes necesidades. En fin, no saben manejar el dinero, os dicen que tienen deudas; y si es verdad que las tienen no lo es que empleen en pagarlas el dinero que les dais. No piensan en el dia de mañana, pagan el interés tan alto como se les

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pide y compran con vuestro dinero un cañamar ó un ajuar, á fin de que los vecinos se admiren y les tengan envidia. Entre tanto las deudas se aumentan cada año y por fin de cuenta tienen que vender cañamar y ajuar, porque el acreedor que es siempre uno de ellos mismos, quiere su reintegro ó tales intereses que les es imposible pagar. De esta suerte se empobrecen y llegan á viejos, y como no pueden trabajar, se ven abandonados por sus hijos que, como han sido mal educados, tienen las mismas pasiones y la misma vanidad que sus padres. Entonces no queda á estos más recurso que coger una alforja é ir pidiendo de puerta en puerta un pedazo de pan para su sustento, porque están habituados al pan y no podrían, sin morirse, comer raices como el hechicero Paciencia, escoria de la naturaleza, á quien todo el mundo ódia y desprecia, porque no se ha hecho mendigo.

—Por lo demás, el mendigo es menos desgraciado que el jornalero. Como no tiene vanidad, no sufre. Las gentes del pais son buenas, y á ningún pordiosero le falta una cama ni una cena, que siempre alcanza de la caridad pública en sus escur iones; los labradores le cargan la espalda de mendrugos en tanta cantidad, que tiene para criar aves y cerdos en la mezquina covacha donde deja á un muchacho ó á una parienta vieja para cuidar el ganado. Aquí viene todas las semanas á pasar dos ó tres días para no hacer

nada y contar las piezas de dos sueldos que ha recibido, dinero que frecuentemente le sirve para satisfacer necesidades superfluas que la ociosidad engendra.

Un colono fuma raras veces; muchos mendigos no pueden pasarse sin tabaco y lo piden con más avidez que el pan. Resulta, pues, que no debemos lamentarnos tanto de la suerte del mendigo como de la del trabajador, pues cuando no ladrón y asesino, es por lo menos corrompido y de relajadas costumbres, y de todos modos perjudicial á la sociedad.

Mirad, pues, lo que debía hacerse, y cuenta que el abate me ha dicho que esta es tambien la opinión de vuestros filósofos. Sería menester que los que dan, como vos, muchas limosnas particulares, las hicieran, no ateniéndose al capricho del que pide, sino despues de haberse informado de sus verdaderas necesidades. Edmunda me hizo la objección de que la sería imposible hacer esta averiguación de que tendría que emplear todo su tiempo en ella y abandonar á su padre, ya anciano, y que no puede leer ni hacer nada sin los ojos y la cabeza de su querida Edmunda.

El abate necesitaba emplear demasiadas horas en el estudio de sus libros favoritos, para que le quedara una sola para otra cualquiera ocupación.—Hé aquí para lo que sirve la hermosa ciencia de la virtud, le dije, para que nos olvidemos de ser virtuosos.—Tienes mucha razon replicó Edmunda; pero ¿qué he de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer?—Prometo pensar en ello, la dije, y hé aquí lo que discurrí. En vez de pascarme, como tenía de costumbre, por el bosque, hice mis escursiones á la llanura. Esto me costó mucho trabajo; pues me gusta la soledad, y hacía ya muchos años que huía por todas partes de la compañía del hombre: pero en fin era un deber y lo cumplí. Me aproximé á las casas; primero me informé asomándome por los vallados y después por el interior de las habitaciones, y á modo de conversación, de lo que deseaba saber.

Al principio me recibían como á un perro perdido en tiempo de sequía y ví, con un pesar que me fué muy costoso ocultar, el odio y la desconfianza en todos los semblantes. Yo no había querido vivir con los hombres, pero les amaba; les consideraba más desgraciados que criminales; había pasado todo mi tiempo en condolerme de sus males é indignarme contra los que se les causaban, y cuando por primera vez entrevi la posibilidad de hacer bien á algunos, estos cerraban al punto sus puertas desde que me distinguían á lo lejos y sus hijos, inocentes criaturas á quienes amo tanto, se ocultaban en los fosos para no padecer las enfermedades que, segun se decía, causaba yo con mis miradas.

Sin embargo, como todos sabían la amistad que Edmunda me profesaba, no se atrevían á rechazarme abiertamente, al fin puede lograr saber lo que nos interesaba, y Edmunda remedió cuantos males le di

á conocer. En una parte hallamos una casa toda llena de goteras y rendijas, y mientras se veía á una joven con delantal de seda, el agua caía sobre la cama de su abuela y sobre la cuna de sus hermanitos; mandamos reparar los techos y las paredes, dimos los materiales y pagamos á los operarios pero no dimos ni un óbolo para delantales primorosos. En otro lado una anciana estaba reducida á mendigar, porque no había escuchado más que á su corazón dando sus bienes á sus hijos, que ó la echaron de la casa, ó hicieron su vida tan amarga en ella, que prefería vagamundear. Nos constituimos en abogados de la vieja, con amenaza de elevar, á nuestra costa, este asunto á conocimiento de los tribunales, y obtuvimos para ella una pensión que aumentábamos con nuestros socorros, cuando no era bastante á cubrir sus necesidades. De muchos ancianos que se hallaban en la misma posición conseguimos que se asociaran y se pusieran á pensión en la casa de uno de ellos mismos á quien dimos un pequeño fondo, y el cual, á á fuerza de industria y orden, llegó á hacer buenas especulaciones, en términos que muchos de sus hijos, que les habían abandonado por pobres, vinieron á pedirles perdón y á ayudarles en su establecimiento. Otras muchas cosas hicimos además cuya enumeración sería demasiado prolija é inútil, puesto que ya las vereis. Digo *nosotros*, porque, poco á poco, aunque no quería mezclarme en hacer más de lo que había hecho, fuí impelido y forzado á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacer mucho más, á mezclarme en muchas cosas, y finalmente, en todo.

En una palabra, yo soy quien toma los informes, quien dirije los trabajos y quien hace las negociaciones. La señorita Edmunda ha querido que tuviera dinero en mi poder, y hasta que dispusiera de él sin consultarla de antemano, pero esto fué lo que jamás me permitió; pero tampoco ella me contradijo ni una sola vez en mis ideas. Como podeis suponer, todo esto me ha acarreado mucho trabajo y no pocos disgustos.

Desde que los habitantes saben que soy un pequeño *Turgot*, se han echado en medio del surco para no trabajar, y esta indolencia me llena de pesar. Tengo amigos que no me engrien, y enemigos de quienes no hago caso. Los *falsos menesterosos* me odian porque no pueden engañarme; hay indiscretos y gentes sin virtud que creen que se hace siempre demasiado por los demás, y jamás bastante por ellos.

En medio de este ruido y de estas habladurías yo no me paseo ya por las noches, ni duermo de día: soy M. Paciencia y no el hechicero ni el solitario de la torre de Gazeau; pero creedme, hubiera querido nacer egoista y daría cualquier cosa por volver á mi vida salvaje y á mi libertad.

Después que Paciencia acabó de hablar, le felicitamos por todo, pero sin hacerle la menor objeción contra su supuesta abnegación personal: aquel magnífico jardín manifestaba una transación con las *necesidades superfluas*, cuyo uso había criticado y deplorado toda su vida en los demás.—Esto, dijo alargando el brazo por el lado de su cercado, no me pertenece; lo han hecho contra mi voluntad, pero como eran unas gentes honradas y mi negativa las afligía me he visto precisado á consentirlo, pues debeis saber que aunque he protegido á muchos ingratos, tambien lo he hecho á algunos agradecidos.

Dos ó tres familias á quienes he hecho favores han buscado todos los medios posibles de proporcionarme distracciones y alegría, y como yo lo rehusaba todo, resolvieron sorprenderme. Una vez fuí á pasar muchos dias en la Barthenoux para un asunto de confianza que me habian encomendado, pues han llegado á suponerme todos un talento extraordinario, natural condición del vulgo que pasa frecuentemente de un extremo á otro. Cuando volví hallé este jardín plantado y cercado como el habeis visto. Por más que me mostré enojado, por más que no dije que queria trabajar, que era demasiado viejo y que el placer de comer algunas frutas más, no merecía la pena de emplear mi tiempo en cuidar el jardín, no me hicieron caso y lo acabaron, declarándome que nada tendria que hacer porque ellas se encargaban de cultivarlo por mí. En efecto; en el transcurso de dos años no han dejado de venir esas honradas gentes, unas veces unos, y otras veces otros, á pasar en cada estación el tiempo necesario para su perfecta conservación. Por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo demás, aunque nada haya cambiado en mi modo de vivir, me ha sido útil el producto de este jardín; he podido alimentar durante el invierno á muchos pobres con mis legumbres; las frutas me servian para captarme la amistad de los niños que gritan: no ya *al lobo* cuando me ven, y hasta se atreven á venir á besar al hechicero. Me han obligado á aceptar tambien vino y de vez en cuando pan blanco y queso; pero todo esto no me sirve sino para hacer finezas á algunos ancianos que vienen á manifestarme las necesidades de la aldea y á encargarme que se lo participe á los del castillo.

Ya veis que estos honores no me trastornan la cabeza, y aun puedo decir que cuando haya hecho lo que tengo que hacer, dejaré los cuidados y sin saberes de la grandeza y volveré á la vida de filósofo y tal vez á la torre de Gazeau, ¿quién sabe?

Llegábamos al fin de nuestro camino. Al poner el pié en las gradas del castillo junté las manos, y sobrecogido de un sentimiento religioso, invoqué al cielo con una especie de terror. No sé qué vago temor se despertó en mí; me imaginé cuanto podia impedirme ser feliz, y vacilé en traspasar el umbral de la puerta; pero al fin me lancé dentro, turbada mi vista y zumbándome los oidos.

Encontré á San Juan, que no conociéndome, dió un grito y se puso delante de mí para impedirme que entrase sin ser anunciado; lo empujé fuera del paso y

cayó consternado sobre una silla en la antesala, en tanto que yo me disponia á entrar en el salón con impetuosidad. Pero en el momento de empujar la mampara bruscamente, me detuve sobrecojido de un nuevo temor y abrí tan tímidamente que Edmunda ocupada en bordar, no alzó la vista, creyendo reconocer en este ligero ruido, la manera respetuosa de San Juan. El caballero dormia y no se despertó. Este anciano, alto y delgado como todos los Mauprat, estaba encorvado, y su rostro pálido y lleno de arrugas al cual la insensibilidad del sepulcro parecia haber ya envuelto, se asemejaba á una de las figuras angulares, de madera esculpidas, que adornaban el respaldo de su gran sillón.

Tenia los pies estirados delante de un monton de sarmientos encendidos en la chimenea, á pesar de que calentaba el sol, y de que un claro rayo daba en su cabeza blanca y la hacia brillar como si fuera de plata. ¿Cómo os pintaré la sensacion que experimenté al ver la actitud de Edmunda? Estaba inclinada sobre su bordado, y de vez en cuando alzaba los ojos para mirar á su padre y examinar los menores movimientos de su sueño; pero, ¡cuánta paciencia y resignacion en todo su ser! Edmunda no tenia afición á los trabajos de aguja; su caracter era demasiado sério para que diese importancia al efecto de un color al lado de otro, y á la regularidad de una puntada apretada contra otra. Tenía además la sangre impetuosa, y cuan-

do el trabajo intelectual no absorbia su espíritu, necesitaba hacer ejercicio y respirar el aire libre

Pero desde que su padre, presa de los achaques de la vejez, no abandonaba casi nunca su sillón, ella tampoco abandonaba un solo instante á su padre, y no pudiendo siempre leer y vivir para el espíritu, se había resignado á la necesidad de adoptar estas ocupaciones femeninas que eran, según ella, las distracciones del cautiverio. Había, pues, vencido su carácter de una manera heróica. En una de esas luchas oscuras que se verifican frecuentemente á nuestros ojos, sin que sospechemos siquiera su mérito, Edmunda había hecho más que dominar su carácter, pues había cambiado hasta en la circulación de su sangre. La encontré flaca, y su tez había perdido esa primera flor de la juventud, que es como el fresco vapor que el aliento de la mañana deposita sobre las frutas, y que se cae al menor choque exterior, aunque el ardor del sol lo haya respetado. Pero en aquella palidez precoz y en aquella delgadez enfermiza había cierto encanto indefinible; su mirada más hundida y siempre impenetrable, tenía menos esquivez y más melancolía que en otro tiempo; su boca más movible tenía la sonrisa mas fina y menos desdeñosa. Cuando me habló, me pareció ver dos personas en ella, la antigua y la nueva; y en lugar de haber perdido de su hermosura, hallé que había completado el ideal de la perfección. Sin embargo, oí decir entonces

á muchas personas que había *variado mucho*, lo que, según ellas, quería decir que había perdido mucho

Pero la hermosura es como un templo del cual los profanos no ven más que las riquezas exteriores. El divino misterio del pensamiento del artista no se revela si no á las grandes simpatías, y el menor detalle de la obra sublime encierra una inspiración que se escapa á la inteligencia del vulgo. Creo que uno de vuestros modernos escritores ha dicho esto en otros términos, y mucho mejor. Por lo que hace á mí, jamás he hallado á Edmunda en ningún momento de su vida más hermosa que en otros; hasta en las horas de dolor, en que parece borrarse la hermosura en el sentido material, la suya se divinizaba á mis ojos, y me revelaba otra hermosura moral cuyo reflejo iluminaba su rostro.

Por lo demás, si yo hubiese sido pintor no habría podido reproducir más que un solo tipo, aquel de que mi alma estaba llena; porque una sola mujer me ha parecido hermosa en el discurso de mi larga vida: esta mujer fué Edmunda

Por algunos instantes permanecí contemplándola, pálida é interesante; triste pero tranquila, imágen viva del amor filial, de la fuerza encadenada por el cariño; en seguida me lancé y caí á sus pies sin poder articular una palabra Ella no lanzó un grito, sino una exclamación; pero ciñó mi cabeza con sus dos brazos, y la tuvo largo tiempo estrechada contra su pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho. En este fuerte abrazo, en esta alegría muda, reconocí la sangre de mi raza, reconocí á mi hermana

El buen caballero despertó sobresaltado, y fijando la vista, con el codo apoyado sobre su rodilla y plegando el cuerpo hacia adelante, nos miraba diciendo: ¿Qué es eso? ¿qué hay? No podía ver mi rostro oculto en el seno de Edmunda: esta me empujó hacia él, y entonces me estrechó en sus débiles brazos con un arranque de ternura generosa que por un instante le volvió el vigor de la juventud.

Podeis muy bien imaginaros la multitud de preguntas con que me abrumarían padre é hija, y los tiernos cuidados que me prodigarían. Edmunda fué para mí una verdadera madre. Aquella bondad expansiva y confiada tenía tanta santidad, que durante todo aquel día no tuve á su lado otros pensamientos que los que hubiera tenido, si hubiera sido realmente su hijo. Causóme una gran satisfacción el cuidado que pusieron para atenuar el efecto de la sorpresa que mi regreso causaría al abate, por que en esto ví una prueba del gozo que iba á experimentar al verme.

Hicieron que me ocultase debajo del bastidor de Edmunda y me taparon muy bien con un gran pedazo de tafetan verde, que era el que servía para cubrir la labor de Edmunda. El abate se sentó muy cerca de mí, y le hice dar un grito cogiéndole las piernas, broma que había acostumbrado á usar con él otras

veces, y cuando salí de mi escondite, derribando bruscamente el bastidor y echando á rodar todos los ovillos de estambre por el suelo, ví en su semblante una expresión de alegría y de terror muy rara é indefinible.

Pero no quiero molestaros más con la narración de todas estas escenas de familia, á que mi memoria se transporta, á pesar mio, con demasiada complacencia.

IV

Un inmenso cambio se había verificado en mí en el transcurso de seis años. Era un hombre poco más ó menos semejante á los demás; los instintos habían llegado casi á equilibrarse con los efectos, y las impresiones con el raciocinio. Esta educación social se había hecho naturalmente, pues yo no había tenido que hacer más que aceptar las lecciones de la experiencia y los consejos de la amistad. Faltábame mucho para ser un hombre instruído, pero había logrado llegar á un estado en que podía adquirir rápidamente una instrucción sólida. Tenía sobre todas las cosas nociones tan claras como podían tenerse en mi tiempo. Sé que desde aquella época la ciencia ha hecho progresos positivos; los he seguido desde lejos, y jamás he pensado en negarlos. Pero como no veo á todos los hombres de mi edad mostrarse tan racio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cho. En este fuerte abrazo, en esta alegría muda, reconocí la sangre de mi raza, reconocí á mi hermana

El buen caballero despertó sobresaltado, y fijando la vista, con el codo apoyado sobre su rodilla y plegando el cuerpo hacia adelante, nos miraba diciendo: ¿Qué es eso? ¿qué hay? No podía ver mi rostro oculto en el seno de Edmunda: esta me empujó hacia él, y entonces me estrechó en sus débiles brazos con un arranque de ternura generosa que por un instante le volvió el vigor de la juventud.

Podeis muy bien imaginaros la multitud de preguntas con que me abrumarían padre é hija, y los tiernos cuidados que me prodigarían. Edmunda fué para mí una verdadera madre. Aquella bondad expansiva y confiada tenía tanta santidad, que durante todo aquel día no tuve á su lado otros pensamientos que los que hubiera tenido, si hubiera sido realmente su hijo. Causóme una gran satisfacción el cuidado que pusieron para atenuar el efecto de la sorpresa que mi regreso causaría al abate, por que en esto ví una prueba del gozo que iba á experimentar al verme.

Hicieron que me ocultase debajo del bastidor de Edmunda y me taparon muy bien con un gran pedazo de tafetan verde, que era el que servía para cubrir la labor de Edmunda. El abate se sentó muy cerca de mí, y le hice dar un grito cogiéndole las piernas, broma que había acostumbrado á usar con él otras

veces, y cuando salí de mi escondite, derribando bruscamente el bastidor y echando á rodar todos los ovillos de estambre por el suelo, ví en su semblante una expresión de alegría y de terror muy rara é indefinible.

Pero no quiero molestaros más con la narración de todas estas escenas de familia, á que mi memoria se transporta, á pesar mio, con demasiada complacencia.

IV

Un inmenso cambio se había verificado en mí en el transcurso de seis años. Era un hombre poco más ó menos semejante á los demás; los instintos habían llegado casi á equilibrarse con los efectos, y las impresiones con el raciocinio. Esta educación social se había hecho naturalmente, pues yo no había tenido que hacer más que aceptar las lecciones de la experiencia y los consejos de la amistad. Faltábame mucho para ser un hombre instruído, pero había logrado llegar á un estado en que podía adquirir rápidamente una instrucción sólida. Tenía sobre todas las cosas nociones tan claras como podían tenerse en mi tiempo. Sé que desde aquella época la ciencia ha hecho progresos positivos; los he seguido desde lejos, y jamás he pensado en negarlos. Pero como no veo á todos los hombres de mi edad mostrarse tan racio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cinadores, quiero creer que me han puesto en el buen camino demasiado temprano, puesto que no me he detenido en el laberinto de los errores y de las preocupaciones.

Los progresos de mi espíritu y de mi razón parecieron satisfacer á Edmunda.— No me admiro de vuestros adelantos, me dijo; vuestras cartas me lo habían dicho, pero me regocijo de ellos con orgullo maternal.

Mi buen tío no tenía ya el vigor necesario para entregarse, como otras veces, á tempestuosas discusiones, y creo verdaderamente que si hubiera conservado este vigor, hubiera sentido no hallar en mí al antagonista infatigable que tanto le había contrariado en otro tiempo: sin embargo, hizo algunos ensayos de contradicción para probarme; pero yo hubiera considerado entonces como un crimen darle este peligroso placer. Mostróse algo enojado y creía que le trataba como si fuera demasiado viejo. Para consolarle, hice girar la conversación sobre la historia de el tiempo que acababa de pasar lejos de ellos, y le interrogué sobre muchos puntos en que su esperiencia le servía mejor que mis luces. De esta manera adquirí buenas nociones sobre el espíritu de conducta en los asuntos personales, y satisfice plenamente su legítimo amor propio. Me cobró amistad por simpatía, como me había adoptado por generosidad natural y por espíritu de familia. No me ocultó

que su mayor deseo, antes de descender al sepulcro, era verme casado con Edmunda, y cuando le contesté que este era el único pensamiento de mi vida y el único voto de mi alma:—Lo sé, lo se, me dijo, todo depende de ella, y creo que ya no tenga motivos de incertidumbre y vacilación... No veo, añadió despues de un instante de silencio y con un poco de mal humor, los que podría alegar ahora.

Según estas palabras, las primeras que se le escaparon sobre el asunto que más me interesaba, conocí que hacía mucho tiempo que era favorable á mis deseos, y que el obstáculo, si alguno existía, procedía de Edmunda. La última reflexión de mi tío implicaba una duda que no traté de esclarecer, pero que sin embargo dejó mucha inquietud en mi corazón. El orgullo quisquilloso de Edmunda me inspiraba tanto temor y su bondad inefable me imponía tanto respeto, que no me atreví á pedirle abiertamente que fallara sobre mi suerte. Tomé, pues, el partido de obrar como si no hubiese alimentado más esperanza que la de ser siempre su hermano y amigo.

Un acontecimiento que por largo tiempo fué inesplicable para mí, vino á dar nuevo giro á mis pensamientos por espacio de algunos días. Habíame negado constantemente á ir á tomar posesión de la Roca de Mauprat.

Es absolutamente preciso, me dijo un día mi tío, que vayas á ver las mejoras que he hecho en tu fin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ca, las tierras que he puesto en buen estado, los arrendamientos que he renovado, en fin, debes ponerte al corriente de tus asuntos, mostrar á tus jornaleros que te tomas interés en sus trabajos, de otro modo, después de mi muerte todo irá de mal en peor, te verás en la necesidad de arrendarlo todo, lo que no podrá menos de disminuir tu capital. Yo soy ya demasiado viejo para ir á vigilar tus intereses. Hace dos años que no he podido salir de casa; el abate no entiende una palabra de esto, Edmunda es una excelente cabeza, pero no puede decidirse á ir allá por que dice que tiene mucho miedo, lo cual es una niñada.—Conozco que debo mostrar más valor, le respondí; y sin embargo, tío mío, lo que me mandais es para mí la cosa más penosa del mundo.

No he puesto el pie en aquella tierra maldita desde el dia en que salí de ella arrancando á Edmunda del poder de sus raptores. Me parece que me lanzais del cielo para enviarme á visitar el infierno. El caballero se encogió de hombros; el abate me suplicó que tratara de complacerle, pues mi resistencia era una verdadera contrariedad para mi tio. Sometíme, pues, al sacrificio, y resuelto á dominar lo mejor que pudiera mi repugnancia, me despedí de Edmunda diciéndole que volvería dentro de dos días. El abate quiso acompañarme para distraerme de los tristes pensamientos que iban á asediarme; pero se me hizo cargo de conciencia alejarlo de Edmunda durante es-

te corto espacio de tiempo, porque sabía cuán necesario le era. Adherida como estaba al sillón del caballero, su vida era tan triste, tan retirada, que no podía menos de resentirse al menor acontecimiento.

Cada año se había aumentado más su aislamiento, y casi había llegado á ser completo desde que la caducidad del caballero había desterrado de su mesa las canciones y los chistes, hijos alegres del vino. Había sido gran cazador, y la fiesta de San Huberto, que era precisamente la suya, había reunido en otro tiempo á su alrededor, en semejante día, á toda la nobleza del país.

Por mucho tiempo habían resonado los patios con los ahullidos de la jauría; por mucho tiempo habían contenido las caballerizas dos largas filas de alazanes briosos; por mucho tiempo se había oído en las montañas el eco de la corneta de caza, ó debajo de las ventanas alegres tocatas que acompañaban á los brindis de la alborozada compañía Pero estos hermosos días habían desaparecido largo tiempo hacía; el caballero ya no cazaba, y la esperanza de obtener la mano de su hija no retenía ya al rededor de su sillón á los jóvenes fastidiados de su vejez, de sus ataques de gota y de las historias que repetía por las noches, sin acordarse de que las había contado por la mañana.

Las obstinadas negativas de Edmunda y la marcha de M. de la Marche habían causado mucha sorpresa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y estimulado á la curiosidad á prolijas investigaciones. Cierto jóven, apasionado de ella, despedido como los demás y arrastrado por un necio y cobarde orgullo á vengarse de la única mujer que, según él, se había atrevido á rechazarle, descubrió que Edmunda había sido robada por los *Corta-piernas*, y divulgó la voz de que había pasado una noche de orgía en la Roca de Mauprat, si bien había que agradecerle todavía que se hubiese dignado decir que ella no había cedido sino á la violencia.

Edmunda infundía demasiado respeto y estimación para suponer que había estado por su voluntad en poder de los bandidos; pero todos creyeron que había sido víctima de su brutalidad. Marcada con una mancha indeleble, cesó de ser solicitada por nadie. Mi ausencia no sirvió más que para confirmar esta opinión. Yo lo había salvado de la muerte, decían, pero no de la infamia, y por consiguiente no podía casarme con ella; pero como estaba perdidamente enamorado, huía para no sucumbir á la tentación de darle mi mano.

Todo esto tenía tal verosimilitud que era difícil hacer creer al público otra cosa; y lo era tanto más, cuanto que Edmunda nada hizo para destruir la calumnia, ni hacer callar la maledicencia, dando su mano á un hombre á quien no podía amar. Tales eran las causas de su aislamiento, según supe más tarde. Pero viendo el interior tan austero del caba-

lero y la serenidad tan melancólica de Edmunda, temí hacer caer una hoja seca sobre aquella agua dormida, y supliqué al abate que permaneciese á su lado hasta mi vuelta, y solo llevé conmigo á mi fiel sargento Marcasse, á quien Edmunda no había querido dejar alejarse de mí, y el cual participaba de la cabaña elegante y de la vida administrativa de Paciencia.

Llegué á la Roca de Mauprat en una tarde nebulosa de los primeros días de Otoño, el sol estaba velado, la naturaleza como aletargada en el silencio y la bruma, los llanos desiertos el aire solo llenaba con el movimiento y el ruido de grandes falanges mi paso: las grullas dibujan en el cielo triángulos gigantescos, y las cigüeñas, pasando á una altura inconmensurable, enviaban desde las nubes gritos melancólicos. Por la primera vez del año sentí el frío de la atmósfera, y creo que á todos los hombres sobrecoje una tristeza instintiva al aproximarse la estación rigurosa. Hay en las primeras escarchas cierta cosa que recuerda al hombre la próxima dispersión de los elementos de su ser.

Habíamos atravesado el bosque mi compañero y yo, sin decirnos una sola palabra, habiendo dado un largo rodeo para evitar la torre de Gazeau, que no me sentía con fuerzas de volver á ver.

El sol declinaba á su ocaso entre velos cenicientos cuando pasamos el rastrillo de la Roca de Mauprat.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este rastrillo estaba roto, el puente no se levantaba ya, y solo daba paso á pacíficos rebaños y á sus indolentes pastores. Los fosos estaban semi-obstruídos, y ya las azuladas mimbreras estendian sus ramos flexibles sobre las aguas bajas; la ortiga crecía al pie de las torres derruidas, y las huellas del fuego parecían todavía recientes en los muros. La parte de edificio que servía de granja estaba renovada, y el corral, lleno de ganado, aves, chiquillos, perros é instrumentos de labranza, contrastaba con aquella sombría muralla, donde creía ver todavía la llama roja de los sitiadores y correr la sangre negra de los Mauprat.

Fuí recibido con la cordialidad tranquila y algo fría de los habitantes de Berri. No hicieron esfuerzo alguno por agradarme, pero no me dejaron carecer de nada. Me instalé en la única habitación que no había sufrido detrimento en el sitio del castillo, ni sido abandonada desde aquella época á la acción del tiempo.

La arquitectura maciza de este edificio se remontaba el siglo X; la puerta era más pequeña que las ventanas, y estas mismas daban tan poca luz, que fue preciso encender teas para penetrar dentro, á pesar de que acababa de ponerse el sol. Este edificio había sido restaurado provisionalmente para servir de p[o]sada al nuevo señor ó á sus mandatarios. Mi tio Huberto había venido aquí muchas veces para inspeccionar y cuidar sus intereses, mientras sus fuer-

zas se lo permitieron, y fuí conducido al mismo cuarto que él había reservado para sí, y y que desde entonces se llamó el cuarto del amo.

Habían trasladado á él todo lo que pudo salvarse del antiguo ajuar, y como era frío y húmedo, á pesar de todo el cuidado que se había empleado para hacerlo habitable, tuvo que echar á andar delante de mi la criada del colono con un tizon en una mano y con un haz de sarmientos en la otra.

Ciego por el humo que iba arrojando y se esparcía á mi al rededor, engañado por la nueva puerta que habían abierto en otro punto del patio, y por ciertos corredores que habían tapiado para ahorrarse el trabajo de conservarlos, llegué hasta este cuarto sin reconocer nada y aún me hubiera sido imposible decir en qué parte de las antiguas habitaciones del castillo me hallaba, á causa de que el nuevo aspecto que se les había dado confundía mis recuerdos y mi alma demasiado triste y turbada se cuidaba poco de los objetos exteriores.

Encendieron lumbre, mientras que yo, arrojándome en una silla y ocultando la cabeza entre mis manos, me entregué á tristes cavilaciones. Esta situación, sin embargo, no carecía de encanto, pues lo pasado se reviste naturalmente de formas embellecidas ó dulcificadas en el cerebro de los jóvenes, dueños presuntuosos del porvenir. Cuando, á fuerza de soplar el tizón, hubo la criada llenado el cuarto de un

humo espeso, salió en busca de lumbre y me dejó solo. Marcasse se había quedado en la caballeriza para cuidar nuestros caballos. Tejón me había seguido; acostado delante de la chimenea, me miraba de vez en cuando, con aire disgustado, como para preguntarme por qué estábamos en un sitio tan malo y al lado de un fuego tan pobre.

De repente, dirigiendo mi vista en derredor, me pareció que se despertaba mi memoria. El fuego, después de haber hecho crugir la leña verde, despidió una llamarada en la chimenea y todo el cuarto quedó alumbrado con una luz brillante, pero agitada que daba á los objetos una apariencia dudosa y estraña. Tejón se levantó, volvió la espalda al fuego y se sentó entre mis piernas como si esperara alguna cosa extraordinaria é imprevista.

Entonces conocí que aquel sitio no era otro que el dormitorio de mi abuelo Tristán, ocupado despues, durante muchos años, por su hijo mayor, el detestable Juan; mi mas cruel opresor, el mas vil é infame de los *Corta-piernas*. Apoderóse de mí un movimiento de terror y disgusto al reconocer los muebles y hasta la cama de columnas espirales, en donde mi abuelo había entregado á Dios su alma criminal, entre los tormentos de una lenta agonía. El sillón en que me hallaba sentado era el que ocupaba Juan el *tuerto* (como él mismo se complacía en llamarse en sus dias de broma) para meditar sus crímenes ó pronunciar sus odiosas sentencias. Creí ver pasar, en aquel momento, los espectros de todos los Mauprat con sus manos ensangrentadas y sus ojos inyectados por el vino. Me levanté, y ya iba á ceder al horror que esperimentaba, huyendo, cuando de repente ví alzarse delante de mí una figura tan clara, tan perceptible, tan diferente, en virtud de sus apariencias de realidad, de las quimeras que acaban de atormentarme, que volví á caer sobre mi silla todo bañado de un sudor frío. Juan Mauprat estaba de pié al lado de la cama. Acababa de salir de ella, porque tenía todavía un pedazo de colcha entreabierta. Me pareció el mismo que otras veces, sin más diferencia que estar algo más flaco, pálido y feo; su cabeza estaba rasurada y su cuerpo envuelto en un sudario de color oscuro.

Lanzóme una mirada infernal; una sonrisa horrible y burlona asomó á sus lábios delgados y marchitos. Permaneció inmóvil, con la vista clavada en mí, y me pareció que quería dirigirme la palabra. En aquel instante estaba yo convencido de que lo que veía era un ser viviente, un hombre de carne y hueso; así es que, es increible que me sintiese helado de un terror tan pueril; pero en vano lo negaría, y aunque despues no he podido esplicármelo á mí mismo, lo cierto es que me hallaba encadenado por el miedo. Su mirada me petrificaba, mi lengua estaba paralizada. Tejón se lanzó sobre él; entonces Juan

ajitó los pliegues de su lúgubre vestidura, semejante á la mortaja manchada con la humedad del sepulcro, y yo me desmayé.

Cuando volví en mí, Marcasse estaba á mi lado y me levantaba con inquietud. Estaba tendido en el suelo y tieso como un cadáver. Gran trabajo me costó coordinar mis ideas, pero tan pronto como pude sostenerme en mis piernas, cojí á Marcasse por la cintura y lo arrastré precipitadamente fuera de aquella estancia maldita. Muchas veces estuve á punto de caerme al bajar la escalera de caracol, y hasta que aspiré en el patio el aire fresco de la noche y el sano olor de los establos, no recobré el uso de mi razón.

No vacilé en atribuir lo que acababa de pasar á una alucinación de mi cerebro. Había hecho mis pruebas de valor en la guerra, en presencia de mi bravo sargento, y por consiguiente no me avergoncé de confesarle la verdad. Contesté sinceramente á sus preguntas, y le pinté mi horrible visión con tales pormenores, que no pudo menos de manifestarse aterrado á su vez como si se tratase de una realidad, y repitió muchas veces con aire pensativo paseándose conmigo por el patio: Singular! singular!... admirable!

—No, esto no es admirable, le dije, cuando me hallé enteramente repuesto. He esperimentado la sensación mas dolorosa del mundo al llegar aquí: hacia muchos dias que luchaba por dominar la repugnancia que sufria en volverá ver la roca de Mauprat.

—Ayer noche tuve una pesadilla y me levanté tan fatigado y tan triste, que si no hubiera temido enojar á mi tío, habría diferido este viaje desagradable. Al entrar aquí sentí mucho frío; mi pecho estaba oprimido, no respiraba. Quizás tambien el humo ácre, de que estaba lleno el cuarto, me trastornó la cabeza. En fin, después de las fatigas y de los peligros de nuestra desgraciada travesía, de que apenas nos hemos repuesto aun, ¿será extraño que haya sufrido una crisis nerviosa en la primera emoción desagradable?

—Decidme, replicó Marcasse siempre pensativo, ¿habeis reparado en Tejón en aquel momento? ¿Qué hizo Tejón?

—Me parece que se lanzó sobre el fantasma en el momento de desaparecer; pero indudablemente he he soñado esto como todo lo demás.

—Hum! dijo el sargento; cuando entré, Tejón estaba como azogado. Iba, venia donde estabais vos, volvía, olfateaba, arañaba la pared, iba hácia la cama, venía hácia mí, volvía á donde estábais. ¡Oh! esto es muy singular! capitán! ¡singular! admirable!

Después de algunos instantes de silencio, exclamó meneando la cabeza: no hay aparecidos! Por otra parte, ¿quién asegura que ha muerto Juan? ¡Dos Mauprat todavía! ¿Quién sabe? No hay aparecidos, ¿y mi amo loco? Jamás ¿Enfermo? Tampoco.

Terminado este coloquio, fué el sargento á buscar una luz, desenvainó su inseparable espada, silbó á Te-

jón, y volvió á coger valerosamente la cuerda que servía de pasamano á la escalera, suplicándome que me quedara abajo. Por grande que fuese mi repugnancia á subir otra vez al cuarto, no vacilé en seguir á Marcasse, á pesar de sus instancias, y nuestro primer cuidado fué visitar la cama; pero miéntras hablábamos en el patio, la criada había puesto sábanas limpias y acababa de colocar y estirar la colcha.

—¿Quién se ha acostado aquí? le preguntó Marcasse con su prudencia acostumbrada.

—Nadie, respondió, nadie más que el caballero ó el Sr. Abate Auberto cuando solían venir.

—Pero hoy ó ayer, ¿no se ha acostado nadie? replicó Marcasse.

—Ayer y hoy, nadie, señor; porque hace dos años que no viene el caballero, y el Sr. Abate jamás se ha acostado en esta cama desde que viene solo; llega por la mañana, almuerza con nosotros y se marcha por la tarde.

—Pero la cama estaba deshecha, dijo Marcasse mirándola con atención.

—Ah! eso bien puede ser, señor, contestó la criada; no sé cómo quedaría la última vez que se acostaron en ella; al echar las sábanas hoy no he reparado; todo lo que sé es que estaba la capa de M. Bernardo que la había echado encima.

—Mi capa! exclamé, la he dejado en la caballeriza.

—Y la mia también, dijo Marcasse; acabo de liarlas y colocarlas sobre el arca de la cebada.

—Quiere decir que teneis dos, replicó la criada, porque estoy segura de haber quitado una de encima de la cama; una capa toda negra y nada nueva.

—La mia estaba precisamente forrada de encarnado y bordada con un galón de oro. La de Marcasse era azul. De consiguiente, la capa en cuestión no era de ninguno de los dos, puesto que las nuestras habían quedado en la cuadra.

—¿Y qué habeis hecho de ella? preguntó el sargento.

—La puse sobre el sillón, respondió la criada; pero, ¿qué es eso? ¿La habeis recogido mientras salí á buscar candela, porque no la veo?

La buscamos por todo el cuarto, pero fueron inútiles nuestras pesquisas; la capa no pareció en ninguna parte. Supusimos que la necesitábamos, no negando que fuese nuestra. La fámula desbarató la cama, levantó los colchones en nuestra presencia y fué á preguntar al mozo de cuadra qué había hecho de ella. Toda la granja se puso en alarma, temiendo cada cual ser acusado de robo. Preguntamos si había venido algún forastero á la Roca de Mauprat, y si todavía no se había ido. Cuando nos aseguramos de que aquellas honradas gentes no habían albergado ni visto á nadie, las tranquilizamos sobre la capa perdida, diciéndoles que Marcasse la había enrollado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inadvertidamente con las otras dos, y nos encerramos en el cuarto, á fin de registrarlo bien, pues era ya casi evidente que yo no había visto á un espectro, sino al mismo Juan Mauprat ó á otro hombre cualquiera que se le parecía y había equivocado con él.

Habiendo Marcasse excitado á Tejón con la voz y el gesto, observó todos sus movimientos

—No tengais cuidado, me dijo con orgullo; mi perro, á pesar de ser viejo, no ha olvidado el antiguo oficio; si hay un agujero, un agujero grande como la mano. . ¡No tengas miedo, Tejón, no tengas miedo!

El perro, en efecto, después de haber olfateado por todas partes, se obstinó en arañar la pared en el mismo sitio donde yo había visto la aparición; cada vez que su nariz puntiaguda encontraba alguna parte de ensambladura, temblaba, y meneando en seguida su cola de zorra, con aire satisfecho, se dirigía á su amo y parecía decirle que fijase allí su atención. El sargento se puso entonces á examinar la pared y la ensambladura, procuró introducir su espada en alguna rendija, pero nada cedió. Sin embargo, no era difícil que hubiese allí una puerta, pues los adornos de la ensambladura podían ocultar algún bastidor hábilmente practicado.

Era preciso hallar el resorte que hacía jugar el bastidor; pero esto nos fué imposible; á pesar de todos los esfuerzos que hicimos durante más de dos horas.

Al menear el tabique, se notaba en él el mismo sonido que en los demás; todos eran sonoros é indicaban que la ensambladura no estaba muy adherida á la pared, si bien podía distar solo de ella algunas líneas. En fin, Marcasse, bañado en sudor, se detuvo y me dijo:—Somos muy locos; aunque estuviéramos buscando hasta mañana, no hallaríamos resorte alguno, si efectivamente no le hay; y aun cuando diéramos hachazos, no derribaríamos la puerta si tiene detrás gruesas barras de hierro como he visto en otros castillos antiguos.

—Podríamos, le dije, hallar la salida, si existe alguna, sirviéndonos del hacha; pero, ¿por qué á una simple indicación de tu perro que araña la pared, nos hemos de obstinar en creer que Juan Mauprat ó el hombre que se le parece, no ha entrado y salido por la puerta?

—Entrado, podría suceder, respondió Marcasse, ¡pero salido! no á fé mia, porque la criada bajaba, yo estaba en la escalera limpiando mis zapatos, cuando oí caer una cosa aquí, subí al punto tres escalones, y me hallé á vuestro lado; estabais hecho un cadáver, tendido sobre el suelo y muy malo; juro que nadie ha entrado ni salido:

—En ese caso, he soñado con el diablo de mi tio, y la criada ha soñado con una capa negra, porque indudablemente aquí no hay puerta secreta; y aunque la hubiera, y todos los Mauprat vivos y muertos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuvieran la llave, ¿qué nos importa? ¿Somos agentes de policía para indagar el paradero de esos malvados y aun cuando los halláramos ocultos en alguna parte, no les ayudaríamos más bien á huir que entregarlos á la justicia?

Nosotros tenemos nuestras armas, no debemos temer que nos asesinen esta noche, y si se divierten en meternos miedo; ¡pardiez! ¡desgraciados ellos! No conozco parientes, ni amigos, cuando me quitan el sueño de repente. Así, pues, soy de parecer que pidamos la tortilla que esas buenas gentes de la granja nos preparan, porque si seguimos golpeando y arañando las paredes, van á tenernos por locos.

Marcasse cedió por obediencia más bien que por convicción; no sé que importancia daba al descubrimiento de este misterio, ni qué inquietud le atormentaba; pues no quiso dejarme solo en el aposento encantado, temiendo que volviera á darme otro accidente ó alguna convulsion.

—¡Oh! esta vez, le dije, no seré tan cobarde. La capa me ha curado de miedo á los aparecidos, y no aconsejo á nadie que se roce mucho conmigo.

El hidalgo se vió obligado á dejarme solo. Cebé mis pistolas y las coloqué al alcance de mi mano sobre la mesa; pero estas precauciones fueron inútiles; nada turbó el silencio de aquella estancia y las tupidas cortinas de damasco encarnado no fueron agitadas por el menor soplo. Marcasse volvió, y satisfecho

de hallarme tan alegre como me había dejado, preparó nuestra cena con tanto cuidado como si hubiésemos venido á la Roca de Mauprat con la única intención de tener una buena francachela. Como estaba de buen humor, tuvo felices ocurrencias, burlándose del gallo, que cantaba todavía en el asador, segun él y del vino que hacía el efecto de un cepillo en la garganta.

Pero el colono de la granja vino á aumentar su buen humor, trayéndonos algunas botellas de excelente madera, que el caballero le había entregado en otro tiempo, y del cual gustaba beber uno ó dos vasos, cuando ponía el pié en el estribo. Por recompensa invitamos á este buen hombre á que cenara con nosotros para hablar de asuntos lo menos enojosamente posibles.

—En buen hora, nos dijo, será como en otros tiempos: los villanos comían á la mesa de los señores de la Roca de Mauprat, haceis lo mismo M. Bernardo, está bien.

—Sí, señor, le respondí friamente; pero yo lo hago con aquellos que me deben dinero, no con aquellos á quienes lo debo.

Esta respuesta y la palabra *señor* le intimidaron de tal modo que empleó muchas ceremonias para sentarse á la mesa; pero insistí queriendo al punto darle la medida de mi carácter. Le traté como á un hombre que elevaba hasta mí, no como á un hombre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hasta quien yo quería descender. Le obligué á ser cauto en sus bromas, y le permití que fuese expansivo, chistoso, dentro de los límites de una honesta alegría; él era naturalmente jovial y franco. Le examiné con atención para ver si tenía alguna familiaridad con el fantasma que se dejaba olvidada la capa sobre las camas; pero esto no era en manera alguna probable, y conservaba en el fondo tanta aversión á los *Corta-piernas*, que sin su respeto á mi parentela, los hubiera tratado de muy buena gana, en mi presencia, como merecían; pero no pude tolerarle ninguna libertad sobre este particular, y le invité á darme cuenta de mis asuntos, lo que hizo con inteligencia, exactitud y lealtad.

Cuando se retiró, observé que el madera le había hecho mucho efecto, porque le flaqueaban las piernas y tropezaba en todos los muebles; sin embargo, había conservado bastante dominio sobre su cerebro para discurrir con acierto. Después noté siempre que el vino obraba más sobre los músculos de la gente del campo que sobre los nervios; que andaban con dificultad; pero que, por el contrario, los excitantes producían en ellos una beatitud que nosotros no conocemos, y que hace de su embriaguez un placer enteramente distinto del nuestro y muy superior á nuestra exaltación febril.

Cuando nos hallamos solos Marcasse y yo, aunque no estábamos borrachos, notamos que el vino nos había producido una alegría que no hubiéramos tenido en la roca de Mauprat, aún sin la aventura del fantasma. Habituados á una franqueza mútua, nos hicimos esta reflexión, y convinimos en que nos sentíamos mejor dispuestos que antes de cenar para recibir á todos los *lobos hechiceros* de la Varenne.

Esta palabra de *lobos hechiceros* me recordó la aventura que me había puesto en relación muy poco simpática con Paciencia, á la edad de trece años. Marcasse la conocía, pero no sospechaba siquiera el carácter que tenía yo en aquella época, y me divertí en contarle mi carrera despavorida por los campos después de haber sido azotado por el hechicero.—Esto me hace pensar, le dije al concluir, que tengo la imaginación fácil de exaltar y que no soy inaccesible al miedo de las cosas sobrenaturales. Así es que el fantasma que acabo de ver...

—No importa, no importa, dijo Marcasse examinando el cebo de mis pistolas y colocándolas sobre mi mesa de noche, no olvideis que no todos los Corta-piernas están muertos; y que si Juan se halla en este mundo, hará todo el mal que pueda hasta que sea enterrado y encerrado con triple llave en las cavernas del diablo.

El vino desataba la lengua del hidalgo, que no carecía de agudeza de ingenio cuando se permitía estas raras infracciones á su sobriedad habitual. No quiso abandonarme é hizo su cama al lado de la mía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mis nervios estaban excitados por las emociones de aquel día, é insensiblemente vine á hablar de Edmunda, no de manera que hubiera merecido la menor reconvención de su parte, si hubiese escuchado mis palabras; pero, si más de lo que debía permitirme con un hombre que era todavía mi subalterno y no mi amigo, como llegó á serlo después. No sé positivamente lo que le dije acerca de mis pesares, esperanzas y temores; no obstante, estas revelaciones tuvieron un efecto terrible, como muy pronto veréis.

Hablando nos quedamos dormidos. Tejon á los pies de su amo, la espada atravesada al lado del perro sobre las rodillas del hidalgo, la luz entre nosotros dos, mis pistolas al alcance de mi brazo, mi machete debajo de la almohada y los cerrojos echados. Nada turbó nuestro reposo; y cuando nos despertó el sol, los gallos cantaban alegremente en el patio y los boyeros se dirigían unos á otros chanzonetas rústicas uncieudo á los bueyes debajo de nuestras ventanas.

—Es indudable que aquí hay gato encerrado; fué la primera palabra de Marcasse al abrir los ojos, y volviendo á tomar la conversación donde la había dejado la víspera.

—¿Habeis visto ú oido alguna cosa esta noche? le dije.

—Nada absolutamente, contestó; pero es indudable que aquí hay gato encerrado; Tejon no ha dormido

bien; mi espada está caida en el suelo, y además todavía no hemos podido explicarnos nada de lo que aquí ha pasado.

—Que lo explique quien quiera, respondí, no seré yo quien se ocupe ciertamente de esto.

—¡Haceis mal, muy mal!

—Como gusteis, mi querido sargento, pero no me gusta nada este cuarto y me parece tan feo de dia, que necesito ir muy lejos á respirar el aire puro.

—¡Pues bien! yo os acompañaré; pero volveré. No quiero dejar esto á la casualidad. Sé de lo que es capaz Juan Mauprat, y vos no.

—Ni quiero saberlo; y si hay aquí algun peligro para mi ó para alguno de mi familia, no puedo permitir que volvais.

Marcasse meneó la cabeza y nada contestó. Antes de partir hicimos otra visita á la granja, y llamó la atención de Marcasse una cosa en la cual yo no hubiera reparado. El colono quiso presentarme á su mujer; pero esta no consintió en dejarse ver por mi y fué á ocultarse detrás de un cañamar. Yo atribuí esta rusticidad á la timidez de la juventud.

—¡Linda juventud por cierto! dijo Marcasse; una juventud como la mia, de cincuenta años cumplidos. Aquí hay gato encerrado; os repito que aquí hay gato encerrado...

—¿Y qué diablo de gato puede haber?

—¡Hum! en sus tiempos ha estado en muy bue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nas relaciones con Juan Mauprat, y me consta que el *tuerto* no le ha parecido costal de pajas. Os digo que lo sé, ¡oh! y otras muchas cosas más, no lo dudeis.

—Me las dirás cuando volvamos aquí, le contesté, y no será muy pronto, porque mis asuntos van mucho mejor que si yo me mezclára en ellos, y no quisiera acostumbrarme á beber madera para no tener miedo á mi sombra. Si deseas complacerme, Marcasse, á nadie hablarás de lo que ha pasado; no todos profesan á tu capitán la misma estimación que tú.

—El que no estime á mi capitán es un imbécil, contestó el hidalgo con tono doctoral; pero si me lo mandáis, nada diré.

En efecto; Marcasse me cumplió su palabra. Por cuanto hay en el mundo no hubiera yo querido turbar el espíritu de Edmunda con la relación de tan necia historia. No pude, sin embargo, impedir á mi sargento que ejecutase su proyecto. Desde la mañana del siguiente dia desapareció, y supe por Paciencia que había vuelto á la Roca de Mauprat pretestando haberse dejado olvidada una cosa.

V.

En tanto que Marcasse se entregaba á sus graves investigaciones, pasé al lado de Edmunda dias llenos

de delicias y de angustias. Su conducta firme, generosa, pero reservada bajo muchos aspectos, me sumergia en continuas alternativas de alegria y de dolor; un dia tuvo el caballero una larga conferencia con ella, mientras estaba yo de paseo, y llegué precisamente en el momento de estar mas animada la conversación; apenas me vió mi tio, me dijo: —Acércate, ven á decir á Edmunda que la amas, que la harás feliz, que te has corregido de tus antiguos defectos. Procura agradarla porque es preciso que esto concluya de una vez, que cese la posición extraña que tenemos en la sociedad, pues no quiero bajar al sepulcro sin haber visto rehabilitarse el honor de mi hija, y sin estar seguro de que ningun ridículo capricho de su parte la sepultara en un convento, en vez de dejarla ocupar en el mundo el rango que la pertenece y que he trabajado durante toda mi vida por asegurarle.

Vamos, Bernardo, échate á sus pies; ten ánimo para decirle alguna cosa que la persuada, ó si no creeré ¡Dios me perdone! que eres tú quien no la amas, y quien no desea sinceramente casarte con ella.

—¡Yo! ¡justo cielo! exclamé, no desearlo! cuando no tengo otro pensamiento hace siete años; cuando mi corazón no ha abrigado otro deseo ni mi imaginación ha concebido otra felicidad!

Entonces dije á Edmunda todo lo que me dictó la pasión más exaltada. Ella me escuchó en silencio y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nas relaciones con Juan Mauprat, y me consta que el *tuerto* no le ha parecido costal de pajas. Os digo que lo sé, ¡oh! y otras muchas cosas más, no lo dudeis.

—Me las dirás cuando volvamos aquí, le contesté, y no será muy pronto, porque mis asuntos van mucho mejor que si yo me mezclára en ellos, y no quisiera acostumbrarme á beber madera para no tener miedo á mi sombra. Si deseas complacerme, Marcasse, á nadie hablarás de lo que ha pasado; no todos profesan á tu capitán la misma estimación que tú.

—El que no estime á mi capitán es un imbécil, contestó el hidalgo con tono doctoral; pero si me lo mandáis, nada diré.

En efecto; Marcasse me cumplió su palabra. Por cuanto hay en el mundo no hubiera yo querido turbar el espíritu de Edmunda con la relación de tan necia historia. No pude, sin embargo, impedir á mi sargento que ejecutase su proyecto. Desde la mañana del siguiente dia desapareció, y supe por Paciencia que había vuelto á la Roca de Mauprat pretestando haberse dejado olvidada una cosa.

V.

En tanto que Marcasse se entregaba á sus graves investigaciones, pasé al lado de Edmunda dias llenos

de delicias y de angustias. Su conducta firme, generosa, pero reservada bajo muchos aspectos, me sumergia en continuas alternativas de alegria y de dolor; un dia tuvo el caballero una larga conferencia con ella, mientras estaba yo de paseo, y llegué precisamente en el momento de estar mas animada la conversación; apenas me vió mi tio, me dijo: —Acércate, ven á decir á Edmunda que la amas, que la harás feliz, que te has corregido de tus antiguos defectos. Procura agradarla porque es preciso que esto concluya de una vez, que cese la posición extraña que tenemos en la sociedad, pues no quiero bajar al sepulcro sin haber visto rehabilitarse el honor de mi hija, y sin estar seguro de que ningun ridículo capricho de su parte la sepultara en un convento, en vez de dejarla ocupar en el mundo el rango que la pertenece y que he trabajado durante toda mi vida por asegurarle.

Vamos, Bernardo, échate á sus pies; ten ánimo para decirle alguna cosa que la persuada, ó si no creeré ¡Dios me perdone! que eres tú quien no la amas, y quien no desea sinceramente casarte con ella.

—¡Yo! ¡justo cielo! exclamé, no desearlo! cuando no tengo otro pensamiento hace siete años; cuando mi corazón no ha abrigado otro deseo ni mi imaginación ha concebido otra felicidad!

Entonces dije á Edmunda todo lo que me dictó la pasión más exaltada. Ella me escuchó en silencio y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin retirar las manos que yo cubría de besos. Pero su fisonomía estaba grave, y la espresión de su voz me hizo temblar cuando dijo, después de haber reflexionado algunos instantes:—Mi padre no debería jamás dudar de mi palabra; he prometido casarme con Bernardo, lo he prometido á Bernardo y á mi padre, y es indudable que me casaré con él. En seguida añadió después de otra pausa y con tono mas severo: —Pero si mi padre cree hallarse tan cercano al sepulcro, ¿por que quiere obligarme á que solo piense en mí y vista traje de boda en la hora de sus funerales? Si por el contrario, está, como creo, todavía lleno de fuerza á pesar de sus padecimientos, y puede disfrutar largos años el amor de su familia, ¿por qué se empeña en abreviar el plazo que le he pedido? ¿No es por ventura una cosa demasiado importante para que no reflexione en ella? Un cambio que debe durar toda mi vida y que decidirá, no digo de mi felicidad, pues sabría sacrificarla al menor deseo de mi padre, sino de la paz de mi conciencia y de la dignidad de mi conducta (porque, ¿qué mujer puede estar bastante segura de sí misma para responder de un porvenir encadenado contra su voluntad?) ¿Semejante compromiso no merece que se posen todos los riesgos y todas las ventajas durante muchos años á lo menos?

—¡A Dios gracias! ya hace siete años que pesas todo eso, dijo el caballero, y debes saber muy bien si te

tiene cuenta ó no casarte con tu primo. Si estás resuelta á darle tu mano, ¡qué diantre! dásela; pero si no le quieres, acaba de decirlo, y que se presente otro.

—Padre mío, replicó Edmunda algo más friamente; yo no me casaré sino con él.

—¡Sino *con él*! está muy bien, dijo el caballero golpeando con las tenazas los leños de la chimenea; pero esto no quiere decir tal vez que te cases con él.

—Me casaré con él, padre mío, replicó Edmunda. Hubiera deseado algunos meses más de libertad; pero puesto que os desagradan todas estas dilaciones, estoy pronta á obedecer vuestras órdenes.

—¡Diablo! he aquí un buen modo de consentir, exclamó mi tío, ¡y muy comprometido para tu primo! ¡Pardiez! Bernardo, ya soy muy viejo; pero puedo decir que cada vez entiendo menos á las mujeres, y probablemente moriré sin haberlas comprendido.

—Tío mío, le dije, comprendo muy bien la repugnancia de mi prima en casarse conmigo; he merecido su desdén. He hecho cuanto he podido para reparar mis crímenes. Pero, ¿depende de ella olvidar un pasado que la ha hecho sufrir tanto? Por lo demás, si ella no me perdona, imitaré su rigor, no me perdonaré tampoco á mí mismo, y renunciando á toda esperanza en este mundo, me alejaré de ella y de vos, para imponerme un castigo peor que la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Adios! ¡todo se ha concluido! dijo mi tio arrojando las tenazas al fuego; mira, mira lo que has conseguido, hija mia!

Yo habia dado algunos pasos para salir; sufria terriblemente, pero Edmunda corrió hacia mí, me cogió del brazo, y llevándome adonde estaba su padre, me dijo:—Sois muy cruel é ingrato en decir eso. ¿Es propio de un corazón noble y generoso renunciar á una amistad, á un amor, y aun me atrevo á decir á la fidelidad de siete años, solo porque os pido algunos meses más de prueba? ¿Y aun cuando jamás os haya profesado, Bernardo, un amor tan vivo como el vuestro, el que os he manifestado hasta ahora es tan poca cosa, que merezca vuestro desprecio y que renunciéis á él solo porque no me inspirais el que creeis deber exigir? ¿Sabéis que por esta cuenta ninguna mujer tendria derecho á poner á prueba la amistad? ¿Queréis en fin, castigarme por haberos servido de madre, alejándoos de mí, ó no recompensarme sino con la condición de ser vuestra esclava?

—No, Edmunda, no, le contesté con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas, llevando su mano á mis labios: conozco que habeis hecho por mí más de lo que merecia, conozco que en vano querría alejarme de vuestra presencia, pero ¿podeis considerar como un crimen el que padezca á vuestro lado? Este es por lo demás un crímen tan involuntario

y tan fatal, que se salvaria de todas vuestras reconvenciones y de todos mis remordimientos. No hablemos más de esto; es cuanto puedo hacer. Conservadme vuestra amistad: yo procuraré mostrarme siempre digno de ella.

—Abrazaos y no os separeis jamás, dijo el caballero enternecido. Bernardo, cualquiera que sea el capricho de Edmunda, no la abandones jamás, si quieres merecer la bendición de tu padre adoptivo. Si no llegas á ser su marido, sé siempre su hermano. Piensa, hijo mío, en que muy pronto quedará sola sobre la tierra, y en que moriré en el mayor desconsuelo, si no llevo al sepulcro la certidumbre de que le queda un apoyo y un defensor. Piensa, en fin, que por tu causa, por causa de un juramento que su inclinación tal vez desaprueba, pero que su conciencia respeta, se halla así abandonada, calumniada...

El caballero se deshizo en lágrimas, y en un instante me fueron revelados todos los dolores de aquella familia desgraciada.—¡Basta, basta! exclamé postrándome á sus pies; todo esto es demasiado cruel. Sería el más infame de los hombres, si no reconociera mis faltas y mis deberes. Dejadme llorar á vuestras plantas; dejadme expiar por medio de un eterno dolor, por la eterna renuncia de mi vida, el mal que he causado! ¿Por qué no me habeis echado lejos de vos cuando os he dado alguna pesadumbre?

¿Por qué, tio mio, no me habeis saltado la tapa de los sesos de un pistoletazo como á una fiera? ¿Qué he hecho yo para ser perdonado, yo que pagaba vuestros beneficios con la ruina de vuestro honor?

No, no, lo conozco; Edmunda no debe casarse conmigo; esto sería aceptar el baldón de la injuria que he atraido sobre ella.

Me quedaré aquí; no la veré jamás, si ella lo exige pero me acostaré atravesado á su puerta como un perro fiel, y despedazaré al primero que se atreva á presentarse delante de ella de otro modo que no sea de rodillas; y si algún día, un hombre de bien, más feliz que yo, merece fijar su elección, lejos de combatirla, cumpliré con el tierno y sagrado deber de protejerla y defenderla; seré su amigo y su hermano; y cuando vea á los dos unidos y felices, iré á morir en paz lejos de ellos

Mis sollozos me ahogaban; el caballero nos estrechó á su hija y á mí contra su corazón, y confundimos nuestras lágrimas, jurándole no separarnos jamás, ni durante su vida, ni después de su muerte.

—No pierdas, sin embargo, la esperanza de casarte con ella, me dijo el caballero en voz baja algunos instantes después, cuando se restableció la calma; ella tiene caprichos muy raros; pero nadie podrá disuadirme de que te ama mucho. No quiere explicarse todavía. Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere.

—Y lo que Edmunda quiere, lo quiero yo también, le contesté.

Algunos dias después de esta escena, que hizo suceder en mi alma la tranquilidad de la muerte á las agitaciones de la vida, me paseaba en el parque con el abate.

—Es menester, me dijo, que os participe una aventura que me sucedió ayer, y que es un poco novelesca. Salí á pasearme por los bosques de Briantes y después bajé á la fuente de los Helechos. Ya sabeis que hacía calor como en la mitad del estío; nuestras bellas plantas, enrojecidas por el otoño, son más bellas que nunca al rededor del arroyo que cubren con la multitud de sus hojas picadas. El bosque da poca sombra; pero los pies huellan alfombras de hojas secas cuyo ruido tiene para mí cierto encanto. El tronco satinado de los abedules y tiernos robles está lleno de musgo que ostenta delicadamente su matiz obscuro, mezclado de verde claro, encarnado y amarillo, en variedad de estrellas, resetones, y cartas de geografía de toda especie, donde la imaginación puede soñar nuevos mundos en miniatura. Yo estudiaba apasionadamente estos prodigios de gracia y finura, estos arabescos en que la variedad infinita se junta con la regularidad inalterable, y contento con saber que no sois como el vulgo, ciego á estas coqueterías adorables de la creación, arranqué algunos de ellos con el mayor cuidado, levantando la corteza del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

árbol donde tienen su raiz, á fin de no destruir la pureza de sus dibujos.

He hecho una pequeña provisión de estas curiosidades, y la he depositado en casa de Paciencia, donde podemos ir á verla si quereis. Pero en el camino os diré lo que me sucedió al acercarme á la fuente. Llevaba la cabeza baja, caminaba sobre los húmedos guijarros, guiado por el ruido del surtidor claro y delicado que se lanza del seno del peñasco mohoso. Iba á sentarme en la piedra que forma á su lado un banco natural, cuando lo ví ocupado por un buen religioso cuyo rostro macilento cubría á medias una capucha de buriel. Como me pareciera haberse intimidado con mi presencia, procuré tranquilizarlo lo mejor que pude, diciéndole que mi intención no era incomodarle, sino aproximar solamente mis lábios á la canaliza de corteza que los leñadores habían adaptado al peñasco para beber más fácilmente.

—¡Oh santo eclesiástico! me dijo en el más humilde tono, que no fuerais el profeta cuya vara hiciera brotar las fuentes de la gracia, y ¿por qué mi alma, semejante á este peñasco, no puede dar curso á un arroyo de lágrimas?

Afectándome la manera con que este monje se expresaba, su aire triste y su actitud meditabunda en aquel paraje poético, donde tantas veces había recordado la deliciosa plática de la Samaritana con el

Salvador, me dejé llevar insensiblemente á una conversación amistosa y simpática. Supe de boca de este religioso que era trapense y que estaba peregrinando para cumplir una penitencia.

—No me preguntéis ni mi nombre, ni mi país, dijo. Pertenezco á una familia ilustre, á la cual haría avergonzarse si le recordase que existo; además, al entrar en la Trapa, renunciamos al orgullo de la vida pasada y nos hacemos semejantes á niños recien nacidos; morimos en el mundo para resucitar en Jesucristo. Pero no temais ver en mí uno de esos ejemplos vivos de los milagros de la gracia; y si pudiera contaros mi vida religiosa, mis terrores, mis remordimientos y mis expiaciones, estoy seguro de que os compadeceriais de mí. Pero ¿de qué me servirían la compasión é indulgencia de los hombres, si la misericordia de Dios no se digna absolverme?

Ya sabeis, continuó el abate, que no me gustan los frailes, que desconfio de su humildad y que aborrezco su haraganería.

Pero este hablaba de un modo tan triste y afectuoso, estaba tan penetrado de su deber, parecíame tan enfermo, tan estenuado por su vida austera y tan lleno de arrepentimiento, que se granjeó mi afecto y mi amistad. Hay en sus miradas y en sus discursos destellos que revelan un gran talento, una actividad infatigable y una perseverancia á toda prueba. Pasamos dos horas juntos y me separé de él tan

enternecido, que deseé volverá verle antes de su partida. Había escogido para albergarse aquella noche la quinta de los Boquetes, y no pude conseguir que fuera al castillo, pretextándome que tenía un compañero de viaje de quien no podía separarse.

—Pero puesto que sois tan caritativo, me dijo, os agradecería hallaros aquí mañana al ponerse el sol, quizás me atreva á pediros un favor, pues podeis serme útil en un negocio importante que tengo que evacuar en este país. No puedo deciros más en este momento.

Yo le aseguré que podía contar conmigo, y tendría mucho gusto enservir á un hombre como él.

—¿De manera que esperais con impaciencia, dije al abate, la hora de la cita?

—Así es la verdad, me contestó, pues mi nuevo conocimiento tiene para mí tantos atractivos, que si no temiera abusar de su confianza, de buena gana llevaría á Edmunda á la fuente de los Helechos.

—Creo, repliqué, que Edmunda tiene cuidados de más interés á que atender que escuchar las declamaciones de vuestro fraile que, después de todo, puede muy bien ser un intrigante, como tantos otros á quienes habeis dispensado á ciegas vuestra caridad.

Perdonadme, mi querido abate, perdonadme que os diga que no sois muy buen fisonomista y que os dejais prevenir con mucha facilidad en pro ó en contra de las gentes sin más motivo que la disposición

benévola ó tímida de vuestro carácter romancesco.

El abate se sonrió, creyó que hablaba así por rencor, sostuvo la piedad del trapense, é hizo girar de nuevo la conversación sobre la botánica. Pasamos mucho tiempo herborizando en la huerta de Paciencia, y como yo solo deseaba salvarme de mí mismo, salí de la cabaña con el abate y le conduje hasta el bosque donde tenía su cita. A medida que nos aproximábamos, el abate parecía arrepentirse de la ligereza con que se había confiado á mi la víspera y temer las consecuencias de su imprudencia.

Sucediendo, pues, tan repentinamente la incertidumbre al entusiasmo, reasumió aquella de tal modo su carácter, movible, amante, tímido, mezcla singular de las pasiones más opuestas, que principié á burlarme de él con la confianza de la amistad.—Vamos, me dijo, es menester que cumpla mi palabra y que le veais, observareis su fisonomía, la estudiareis durante algunos minutos y nos dejareis solos, puesto que le he prometido escuchar sus revelaciones. Seguí al abate por ociosidad; pero cuando nos hallamos en la cumbre del monte cerca de la fuente, me situé para ver al monje detrás del ramaje de su monton de fresnos. Colocado inmediatamente debajo de nosotros, á la orilla de la fuente, tenía la vista fija en el ángulo del sendero que debíamos volver para llegar á él; pero pensaba en mirar hácia el sitio don-

de estabamos y podíamos contemplarle con toda comodidad sin que nos viese.

Apenas le hube visto, cogí del brazo al abate y apartándolo á cierta distancia, le dije con amarga sonrisa y no sin grande agitación.

—Mi querido abate, ¿no habeis visto jamás en alguna parte la figura de mi tío Juan de Mauprat?

—Jamás que yo sepa, contestó el abate lleno de sorpresa; pero, ¿por qué me haceis esa pregunta?

—Para deciros, amigo mio, que habeis tenido un buen encuentro, y que ese trapense, tan bueno y venerable, en quien hallais tanta virtud, tanto candor, compunción y talento, no es otro que el mismo Juan Mauprat, el *Cortapiernas*.

—¡Estais loco! exclamó el abate dando tres pasos atrás. Juan Mauprat ha muerto hace ya mucho tiempo.

—Juan Mauprat no ha muerto, y quizás tampoco Antonio Mauprat; y si me veis menos sorprendido que vos, es porque ya he visto á uno de estos aparecidos. Que se haya hecho monje y que llore sus pecados es muy posible; pero no lo es menos que se haya disfrazado para proseguir aquí algún mal designio, y por lo mismo bueno será que esteis muy alerta y prevenido.

El abate se aterró tanto, que no quería ya acudir á la cita; pero yo le demostré que era necesario averiguar el objeto que se proponía el monje en sus-

revelaciones, y como conocía el carácter débil del abate y temía que cayera en algún lazo armado por mi tío Juan para apoderarse de su conciencia, tomé el partido de deslizarme entre el monte, de modo que pudiera ver y oir todo.

Pero las cosas no pasaron como yo había creido. El trapense, sin andarse con rodeos, descubrió desde luego al abate su verdadero nombre, y le declaró que lleno de arrepentimiento, y no creyendo que su conciencia le permitiese evitar el castigo al abrigo de los hábitos (pues era realmente trapense hacia ya mucho tiempo), venía á ponerse en manos de la justicia, á fin de expiar de una manera pública y solemne los crímenes de que estaba manchado. Aquel hombre, dotado de un talento poco común, había adquirido en el cláustro una elocuencia mística.

Hablaba con tanta dulzura que me cautivó casi del mismo modo que al abate. En vano fué que este último tratase de combatir una resolución que le parecía temeraria. Juan de Mauprat, pues era él, mostró la más intrépida abnegación en sus ideas religiosas, pues decía que habiendo cometido los crímenes de la antigua barbarie pagana, no podía rescatar su alma sino á costa de una penitencia pública digna de los primeros cristianos.

—Bien podemos, dijo, ser cobardes respecto de Dios como respecto de los hombres, y en el silencio de mis vigilias oigo una voz terrible que responde á

mis sollozos: «Miserable, cobarde, el miedo á los hombres es el que te arroja en el seno de Dios, y si no temieras la muerte temporal, jamás habrías pensado en la vida eterna. Entonces conozco que lo que mas temo, no es la cólera de Dios, sino la cuerda y al verdugo que me esperan entre mis semejantes.

»¡Pues bien! es preciso que acabe de una vez de avergonzarme de mí mismo, y el dia en que los hombres me llenen de oprobio y castiguen mis crímenes, me sentiré absuelto y rehabilitado á la faz del cielo. Entonces solamente me creeré digno de decir á Jesús mi Salvador: Escúchame víctima inocente; tú que escuchaste al buen ladron, víctima culpable, pero arrepentida, asociada á la gloria de tu martirio y rescatada con tu sangre.»

—Una vez que persistís en esa voluntad entusiasta, le dijo el abate después de haberle presentado sin resultado todas las objecciones posibles, decidme á lo menos vuestros proyectos para que pueda ayudaros.

—No puedo ejecutarlos, contestó el trapense, sin la autorización de un hombre que pronto será el último de los Mauprat; porque el caballero no tardará en recibir la recompensa que merecen sus virtudes, y por lo que hace á mí, no puedo salvarme del suplicio que vengo á buscar sino para sumergirme nuevamente en la eterna noche del cláustro.

Aludo á Bernardo Mauprat, á quien no quiero llamar sobrino mio, porque si me oyera, se avergonzaría de llevar este título funesto. He sabido su regreso de América, y esta noticia me ha decidido á emprender el viaje en cuyo término doloroso me veis.

Parecióme que al hablar de esta suerte dirigía una mirada oblícua hacia el sitio donde me hallaba oculto, como si hubiese adivinado mi presencia, ó porque tal vez el movimiento de algunas ramas me habia delatado.

—¿Podria preguntaros, dijo el abate, qué teneis hoy de común con ese jóven? ¿No temeis que ofendido por los malos tratamientos, que no se le escasearon en otro tiempo en la Roca de Mauprat, rehuse veros?

—Estoy seguro de que rehusará, porque sé el odio que abriga contra mí, dijo el trapense volviéndose hacia el paraje donde yo estaba. Pero espero que le decidireis á concederme esta entrevista, porque sois generoso y bueno, señor abate. Me habeis prometido servirme, y por otra parte sois amigo del jóven Mauprat y le hareis comprender que esta entrevista importa mucho á sus intereses y al honor de su nombre.

—¿Cómo? replicó el abate, todo lo contrario. Lo que indudablemente desea Bernardo es que renunciéis á esa expiación pública que quereis sufrir presentándoos á los tribunales para denunciar crímenes que podian quedar sepultados en la sombra

del claustro. ¿Cómo, pues, quereis que consienta en esa determinación?

—Lo espero, porque Dios es bueno y grande, porque su gracia es eficaz, porque tocará el corazón de cualquiera que se digne escuchar el lenguaje de una alma verdaderamente arrepentida y frecuentemente convencida, porque mi salvación eterna está en las manos de ese jóven, que no querrá vengarse de mí más allá del sepulcro. Además, es menester que muera en paz con aquellos á quienes he ofendido: es menester que me postre á los pies de Bernardo y que me absuelva de mis pecados. Mis lágrimas le enternecerán y si su alma implacable los desprecia, habré á lo menos cumplido un deber imperioso.

Viendo que hablaba con la certidumbre de ser escuchado por mí, experimenté una sensación desagradable, pues creí ver el fraude y la traición al través de aquella rastrera hipocresía.

Me alejé y fuí á esperar al abate á alguna distancia, donde no tardó en incorporarse conmigo, habiéndose terminado la entrevista con la promesa mútua de volver á verse pronto. El abate se empeñó en trasmitirme las palabras del trapense, quien amenazaba con el tono más doloroso del mundo venir á buscarme, si me negaba á su petición. Prometimos el abate y yo conferenciar sobre el particular, sin participarlo al caballero ni á Edmunda, á fin de no molestarlos sin necesidad. El trapense había ido á hospedarse en el convento de carmelitas de Châtre, lo cual había puesto en cuidado al abate, á pesar de su primera preocupación en favor del arrepentimiento del pecador Estos carmelitas le habian perseguido en su juventud, y el prior había concluido por obligarle á secularizarse. El prior vivía todavía, viejo, pero implacable; enfermo, oculto, pero incansable en su ódio é intrigas. El abate no pudo oir su nombre sin estremecerse y me invitó á conducirme con la mayor prudencia en todo este asunto.—Aunque Juan Mauprat se halle bajo la cuchilla del verdugo, me dijo, y os halleis en la cumbre del honor y de la prosperidad, no despreciéis la debilidad de vuestro enemigo. ¿Quién sabe lo que pueden la astucia y el rencor? Pueden suplantarse en el lugar del justo, y arrojarle en el estiercol: pueden hacer recaer su crímen sobre otro y manchar con su ignominia la túnica de la inocencia. ¡Tal vez no hayais concluido todavía con los Mauprat!

El pobre abate no creía decir tanta verdad.

VI

Después de haber reflexionado maduramente sobre las intenciones probables del trapense, creí deber conceder la entrevista solicitada. No era yo seguramente á quien Juan Mauprat pudiera esperar engañar con sus artificios, y quise hacer lo que dependía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de mí para evitar que viniese ó atormentar con sus intrigas los últimos días de mi tío. Dirigíme, pues, al siguiente día á la villa, pasada la hora de las vísperas, y llamé, no sin emoción, en la puerta de los carmelitas.

El retiro escogido por el trapense era uno de esos de innumerables comunidades mendicantes que alimentaba Francia; aquella, aun que sometida á una regla austera, era rica y dada á los placeres. En aquella época escéptica, no estando el corto número de los frailes en proporción con la estensión y la riqueza de los establecimientos fundados por ellos, los religiosos errantes por las vastas abadías en el centro de las provincias, en el seno del lujo, libres de la fiscalización de la opinión, que no alcanza al hombre aislado, pasaban la vida más regalada y ociosa que jamás hubieran disfrutado.

Pero esta obscuridad, madre de los *vicios amables* como entonces se decía, no gustaba sino á los ignorantes. Los jefes estaban entregados á las penosas cavilaciones de una ambición nutrida en la obscuridad, y estimulada en la inacción. Obrar, aun en el círculo más estrecho, y con el auxilio de los elementos más nulos, obrar á toda costa, tal era la idea fija de los priores y de los abades.

El prior de los *carmelitas calzados* á quien yo iba á ver era la imagen viva de esta impotencia agitada. Clavado por la gota en su gran sillón, me recordó la

venerable figura del caballero, pálido é inmóvil como él, pero noble y patriarcal en su melancolía. El prior era pequeño de estatura, gordo y lleno de petulancia. Estando libre la parte superior de su cuerpo, movía la cabeza de derecha á izquierda con vivacidad; agitábanse sus brazos para dar órdenes, su palabra era breve, y su metal de voz opaco, parecía dar un sentido misterioso á las menores cosas.

En una palabra, la mitad de su persona parecía luchar sin cesar para arrastrar á la otra, mitad como el hombre encantado de los cuentos árabes que ocultaba bajo su trage su cuerpo de mármol hasta la cintura.

Recibióme con afectada amabilidad; se incomodó porque no me trajeron pronto una silla, alargó su mano gorda y floja para arrastrar esta silla cerca de la suya, hizo seña á un gran sátiro barbudo, á quien él llamaba su hermano tesorero, para que se retirara, y en seguida, luego que me abrumó á fuerza de preguntas sobre mi viaje regreso, salud y familia, y fijando en mi sus ojuelos claros y vivarachos que levantaban los pliegues de los párpados hinchados por la intemperancia, entró en materia.

—Sé, hijo mío, el asunto que os trae aquí; ¿quereis presentar vuestros respetos á vuestro santo pariente, á ese trapense modelo de edificación que Dios nos envía para que sirva de ejemplo al mundo y para hacer brillar el milagro de la gracia?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Padre prior, le contesté, no soy bastante buen cristiano para apreciar el milagro de que hablais. Que las almas devotas dén por él gracios al cielo! En cuanto á mí, vengo aquí, porque M. Juan de Mauprat desea comunicarme, segun ha dicho, proyectos que me interesan y que estoy dispuesto á escuchar. Si quereis permitirme que vaya á verle...

—¡No he querido que os vea antes que yo, joven!, exclamó el prior con afectada franqueza, y apoderándose de mis manos, que no sin gran repugnancia vi entre las suyas, porque tengo que pediros un favor en nombre de la caridad, en nombre de la sangre que corre por vuestras venas... Desprendí una de mis manos, y viendo el prior la expresión de mi desagrado, cambió inmediatamente de lenguaje con una delicadeza admirable.—Sé que sois un hombre de mundo; sé que estais quejoso del que fué Juan de Mauprat y hoy se llama el humilde hermano Juan Nepomuceno. Pero si los preceptos de nuestro divino maestro Jesucristo no os inducen á la misericordia, hay consideraciones de decencia pública y de decoro de familia que deben haceros participar de mis temores y de mis esfuerzos.

Ya sabeis la resolución piadosa, pero temeraria, que ha formado el hermano Juan; debeis, pues, uniros á mí para separarle de ella, y no dudo que así lo hareis.

—Tal vez, padre, respondí friamente; pero, ¿podría

preguntaros á qué causa debe mi familia el interés que os tomais por sus asuntos?

—Al espíritu de caridad que anima á todos los siervos de Cristo,—respondió el fraile con una dignidad muy bien representada.

Atrincherado en este pretexto, que ha servido siempre al clero para mezclarse en todos los secretos de familia, le fué fácil poner término á mis preguntas y sin destruir la sospecha que combatía contra él en mi espíritu, logró probar á mis oidos que le debía gratitud por el cuidado que tomaba por el honor de mi nombre. Faltaba saber adónde se dirigían sus miras, pero no tardé en ver confirmados mis recelos.

Mi tio Juan reclamaba de mí la parte que le correspondía del feudo de la Roca de Mauprat, y el prior estaba encargado de hacerme entender que tenía que optar entre el desembolso de una suma muy considerable (pues se trataba de la renta atrasada de los siete años que yo había estado en posesión de ella, además del capital procedente de la sétima parte de propiedad), y la resolución insensata que quería abrazar mi tio, cuya publicidad no dejaría de abreviar los dias del anciano caballero y de suscitarme *obstáculos grandes y personales*. Todo esto me fué insinuado maravillosamente bajo las apariencias de la más cristiana voluntad en mi favor, de la más ferviente admiración al celo del trapense y de la más sincera inquietud por los efectos de su *firme* resolución. En fin,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se me demostró claramente que Juan de Mauprat no venía á pedirme medios de existencia, sino que era menester que yo le suplicase humildemente que aceptára la mitad de mis ó bienes que arrastrase mi nombre y tal vez mi persona ante los tribunales.

Por lo que pudiera suceder, aventaré esta última objeción.—¿Si la resolución del hermano Nepomuceno como le llamais, padre prior, es tan firme como decís; si el cuidado de su salvación es el único que tiene en este mundo; explicadme cómo la seducción de los bienes temporales podrá separarle de ella? Hay en esto una inconsecuencia que no comprendo.

El prior se vió por un momento cortado por la mirada penetrante que le fulminé; pero parando inmediatamente el golpe con esa serenidad impudente que es el gran recurso de los embaucadores:—¡Válgame Dios! hijo mio, exclamó; ¿luego no sabeis cuán inmensos son los consuelos que la posesión de los bienes de este mundo pueden derramar sobre una alma piadosa? Aunque las riquezas perecederas son dignas de desprecio cuando representan vanos placeres, el justo debe reclamarlas con firmeza cuando le aseguran los medios de hacer bien.

Si estuviera yo en el lugar del santo trapense, os confieso que no cedería mis derechos á nadie, á fin de fundar una comunidad religiosa para la propagación de la fé y la distribución de las limosna son es fondos que entre las manos de un joven y brillante señor como vos, no sirven más que para mantener con grandes dispendios caballos y perros. La Iglesia nos enseña que por medio de grandes sacrificios y ricas ofrendas podemos rescatar nuestras almas de los más negros pecados.

El hermano Nepomuceno, cediendo á un terror santo, cree que necesita una espiación pública para salvarse. Ansioso de la palma del martirio, quiere ofrecer su sangre á la implacable justicia de los hombres ¡Cuánto más dulce no será para vos (y más *seguro* al mismo tiempo) verle erigir algún santo altar á la gloria de Dios, y ocultar en la venturosa paz de un claustro el brillo funesto de un nombre á que ya ha renunciado! Está de tal modo dominado por el espíritu de la Trapa; ha tomado tal amor á la abnegación, á la humildad y á la pobreza, que necesitaré muchos esfuerzos y muchos socorros del cielo para decidirle á que cambie de resolución y acepte estos otros *méritos*.

—Con que sois vos, P. Prior, el encargado, por desinteresada voluntad, de cambiar esa funesta resolución? Admiro vuestro celo, y os doy gracias por él; pero no creo que sean necesarias tantas negociaciones. M. Juan de Mauprat reclama su parte de herencia: nada más justo, y aún cuando la ley niegue todo derecho civil al que solo ha debido su salvación á la fuga (lo que no quiero examinar, mi pariente puede estar seguro de que jamás habría la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menor disputa entre nosotros sobre este particular, si yo fuera libre poseedor de una fortuna cualquiera; pero no ignorais que solo á la bondad de mi tio, el caballero Huberto de Mauprat, debo la posesión de esa fortuna; que bastante ha hecho él con pagar las deudas de la familia, deudas que han absorbido todo el capital; que nada puedo enajenar sin su permiso, y que en realidad no soy más que el depositario de una fortuna que todavía no he aceptado.

El prior me miró con sorpresa, y como herido de un golpe imprevisto, sonriéndose después con aire astuto, me dijo:

—¡Muy bien! segun parece estaba equivocado, y ahora veo que es menester dirigirse á M. Huberto de Mauprat. Así lo haré, porque no dudo que me agradecerá mi buena voluntad de salvar á su familia de un escándalo que puede tener muy buenos resultados en la otra vida para uno de sus parientes, pero que de seguro los tendrá muy malos para otro pariente en esta.

—Comprendo, padre, comprendo, repliqué. Esa es una amenaza, contestaré en el mismo tono. Si M. Juan de Mauprat se atreve á molestar á mi tio y á mi prima, tendrá que habérselas conmigo; y no será ciertamente ante los tribunales adonde le llame para reparar ciertos ultrajes que no he olvidado. Decidle que no concederé la absolución al penitente de la Trapa, si no permanece fiel al papel que ha adoptado.

Si M. Juan de Mauprat carece de recursos é implora mi caridad, podré darle, de las rentas que me están señaladas, los medios de subsistir humilde y honradamente, segun el espíritu de sus votos; pero si la ambición eclesiástica se apodera de su cerebro, y piensa, con locas y pueriles amenazas, intimidar bastante á mi tio para arrancarle los medios de satisfacer sus nuevos gustos, decidle de mi parte que se desengañe y deseche tan locas ilusiones. La seguridad del anciano y el porvenir de su hija no tienen mas defensor que yo, y sabré defender los aun á costa de mi honor y de mi vida.

—El honor y la vida, son sin embargo de alguna importancia en vuestra edad, replicó el abate visiblement irritado, pero afectando modales más dulces que nunca; ¿quién sabe á qué locura puede el fervor religioso arrastrar el trapense? Porque, aquí para entre nosotros, sabed, hijo mío, que soy un hombre despreocupado: he visto el mundo en mi juventud, y no apruebo esos partidos extremos, dictados las mas de las veces por el orgullo y no por el celo religioso, así que no he tenido reparo en atemperar la austeridad de la regla: mis religiosos están robustos y llevan camisas..

Creed, pues, amigo mio, que estoy muy distante de aprobar el designio de vuestro pariente, y que haré los mayores esfuerzos por estorbarlo; pero en fin, si persiste, ¿de qué os servirá mi celo? El tiene el per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miso de su superior, y puede entregarse á una inspiración funesta... Os podeis ver gravemente comprometido en un negocio de este género; porque al fin, aunque seais, como dicen, un buen hidalgo, aunque hayais abjurado los errores pasados, aunque tal vez vuestra alma haya odiado siempre la iniquidad, habeis tenido, de hecho, participación en muchas exacciones que las leyes humanas reprueban y castigan.

¿Quién sabe á qué revelaciones involuntarias puede verse arrastrado el hermano Nepomuceno, si provoca la instrucción de un proceso criminal? ¿Podrá provocarla contra sí mismo, sin provocarla al mismo tiempo contra vos?.... Credme, yo quiero la paz... yo soy un hombre bueno...

—Sí, un hombre muy bueno, contesté con ironía, lo veo perfectamente. Pero no os apureis demasiado, porque hay un argumento muy claro que debe tranquilizarnos á uno y otro. Si una verdadera vocación religiosa impele á M. Juan el trapense á una reparación pública será fácil hacerle entender que debe arredrarse ante el temor de arrastrar á otro consigo al abismo, porque el espíritu de Cristo se lo prohibe. Pero si lo que presumo es cierto, si M. Juan de Mauprat no tiene el menor deseo de ponerse en manos de la justicia, sus amenazas son poco á propósito para espantarme, y sabré impedir que hagan más ruido del que conviene.

—¿Es esa la respuesta que he de llevarle? dijo el prior lanzándome una mirada que revelaba el resentimiento.

—Sí, señor, contesté, á menos que prefiera recibir esta respuesta de mi propia boca presentándose aquí. He venido resuelto á vencer la repugnancia que su presencia me inspira, y me admira que después de haber manifestado un deseo tan vivo de hablarme, se oculte cuando yo llego.

—Caballero, replicó el prior con ridícula magestad mi deber es hacer que reine en este santo retiro la paz del Señor, y por lo mismo me opondré á toda entrevista que pueda producir explicaciones violentas...

—Veo, Padre prior, que sois muy propenso á asustaros, contesté; nada hay en este asunto que pueda excitar la cólera; pero como no soy yo quien ha provocado estas explicaciones y he venido aquí solamente por pura complacencia, renuncio de buen grado á llevarlas más adelante, agradeciéndoos sinceramente que hayais querido servir de intercesor.

Saludé al fraile profundamente y me retiré.

VII

Referí esta conferencia al abate que me esperaba en la cabaña de Paciencia, y fué absolutamente de mi mismo parecer; pensó como yo que el prior, le-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miso de su superior, y puede entregarse á una inspiración funesta... Os podeis ver gravemente comprometido en un negocio de este género; porque al fin, aunque seais, como dicen, un buen hidalgo, aunque hayais abjurado los errores pasados, aunque tal vez vuestra alma haya odiado siempre la iniquidad, habeis tenido, de hecho, participación en muchas exacciones que las leyes humanas reprueban y castigan.

¿Quién sabe á qué revelaciones involuntarias puede verse arrastrado el hermano Nepomuceno, si provoca la instrucción de un proceso criminal? ¿Podrá provocarla contra sí mismo, sin provocarla al mismo tiempo contra vos?.... Credme, yo quiero la paz... yo soy un hombre bueno...

—Sí, un hombre muy bueno, contesté con ironía, lo veo perfectamente. Pero no os apureis demasiado, porque hay un argumento muy claro que debe tranquilizarnos á uno y otro. Si una verdadera vocación religiosa impele á M. Juan el trapense á una reparación pública será fácil hacerle entender que debe arredrarse ante el temor de arrastrar á otro consigo al abismo, porque el espíritu de Cristo se lo prohibe. Pero si lo que presumo es cierto, si M. Juan de Mauprat no tiene el menor deseo de ponerse en manos de la justicia, sus amenazas son poco á propósito para espantarme, y sabré impedir que hagan más ruido del que conviene.

—¿Es esa la respuesta que he de llevarle? dijo el prior lanzándome una mirada que revelaba el resentimiento.

—Sí, señor, contesté, á menos que prefiera recibir esta respuesta de mi propia boca presentándose aquí. He venido resuelto á vencer la repugnancia que su presencia me inspira, y me admira que después de haber manifestado un deseo tan vivo de hablarme, se oculte cuando yo llego.

—Caballero, replicó el prior con ridícula magestad mi deber es hacer que reine en este santo retiro la paz del Señor, y por lo mismo me opondré á toda entrevista que pueda producir explicaciones violentas...

—Veo, Padre prior, que sois muy propenso á asustaros, contesté; nada hay en este asunto que pueda excitar la cólera; pero como no soy yo quien ha provocado estas explicaciones y he venido aquí solamente por pura complacencia, renuncio de buen grado á llevarlas más adelante, agradeciéndoos sinceramente que hayais querido servir de intercesor.

Saludé al fraile profundamente y me retiré.

VII

Referí esta conferencia al abate que me esperaba en la cabaña de Paciencia, y fué absolutamente de mi mismo parecer; pensó como yo que el prior, le-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jos de disuadir al trapense de sus supuestos designios, le estimulaba con todo su poder á intimidarme para obtener de mí grandes sacrificios pecuniarios. Consideraba cosa muy fácil que este viejo, fiel al espíritu monacal, quisiera poner en las manos de un Mauprat fraile, el fruto de los trabajos y de las economías de un Mauprat seglar.

—Este es el carácter indeleble de la mayor parte de los clérigos, me dijo, no saben vivir sin hacer la guerra á las familias y sin espiar todos los medios de despojarla. No parece sino que estos bienes son propiedad suya, y que le son permitidos todos los medios para adquirirlos. No es tan fácil como pensais defenderse contra sus ataques. Los frailes tienen el apetito perseverante y el espíritu ingenioso. Sed prudente y manteneos á la espectativa. Jamás podreis decidir á un trapense á batirse; atrincherado bajo su capucha, recibirá encorvado y con los brazos en cruz los más irritantes ultrajes, y sabiendo que no habeis de asesinarle, no os temerá. Ignorais además lo que es la justicia en la mano de los hombres, y de qué manera se conduce y falla un proceso criminal, cuando una de las partes no retrocede ante ningún medio de seducción y de espanto. El clero es poderoso; la ropa talar es declamatoria; las palabras *probidad* é *integridad* resuenan hace ya muchos años contra las endurecidas paredes de los pretorios sin impedir que haya jueces prevaricadores y sentencias inicuas. ¡Desconfiad, desconfiad! El trapense puede lanzar la jauría de bonete cuadrado detras de sus huellas, y hacer que pierda la pista desapareciendo oportunamente y dejándola detrás de las vuestras. Habeis herido muchos amores propios frustrando numerosas pretensiones de aspirantes á herencias. Uno de los más ultrajados y peores es próximo pariente de un magistrado influyente en la provincia. La Marche ha abandonado la toga por la espada; pero ha podido dejar entre sus antiguos colegas personas capaces de haceros daño. Siento que no hayais podido verle en América y reconciliaros con él. No os encojais de hombros; matareis diez de ellos y las cosas irán de mal en peor. Se vengarán de vos quizás, no con vuestra vida, porque saben que la despreciais sino con vuestro honor, y vuestro tio morirá de pesar... En fin...

—Teneis la costumbre de ver todas las cosas con negros colores al primer golpe de vista, cuando por casualidad no veis al sol en su zenit, mi querido abate, le dije interrumpiéndole. Dejadme decir todo lo que pueda ahuyentar estos sombríos presentimientos. Conozco muy bien á Juan Mauprat, es un insigne impostor, y además el último de los cobardes. Mi aspecto solo le aterrará, y desde la primera palabra le haré confesar, que no es trapense, ni fraile, ni de voto. Todo esto no es más que un ardid de caballero de industria, y yo le he oido en otro tiempo formar pro-

yectos que me impiden admirarme hoy de su impudencia, así es que la temo muy poco.

—Y haceis mal, replicó el abate. Debemos temer siempre á un cobarde, porque nos hiere por detrás en el momento en que le esperamos de frente. Si Juan de Mauprat no fuera trapense, si mintieran los papeles que me ha enseñado, el prior de los carmelitas es demasiado sagaz para haberse dejado coger en el lazo. Jamás abrazará este hombre la causa de un seglar, ni lo tomará por uno de los suyos. Por lo demás, es menester atenerse á los informes, y voy á escribir inmediatamente al superior de la Trapa, si bien estoy seguro de que esos informes no harán más que confirmar lo que ya sé. También es posible que Juan de Mauprat sea sinceramente devoto. Nada sienta mejor á semejante caracter que ciertos matices del espíritu católico. La inquisición es el alma de la iglesia, y la inquisición debe agradar á Juan de Mauprat. Creo que se entregaria de buen grado á la cuchilla secular solo por el placer de perderos con él, y creo que la ambición de fundar un monasterio á vuestras expensas es una inspiración repentina, cuyo honor pertenece exclusivamente al prior de los carmelitas.

Esto no es probable, mi querido abate, le dije. Además ¿de qué nos servirán estos comentarios? Obremos. Vigilemos al caballero para que el ánimal inmundo no venga á envenenar la tranquilidad de sus

últimos dias. Escribamos á la Trapa, ofrezcamos una pensión al miserable y veamos venir todo espiando sus menores pasos. Mi sargento Marcasse es un buen sabueso. Pongámosle sobre la pista, y si puede conseguir referirnos en lengua vulgar todo lo que vea y oiga, pronto sabremos lo que pasa en todo el país.

Platicando de esta suerte, llegamos al castillo á la caida de la tarde. No sé qué temor tierno y pueril como el que sienten las madres cuando por un instante se separan de un hijo recien nacido, se apoderó de mí al entrar en aquella morada silenciosa La seguridad eterna, que nada había turbado hasta entonces en aquel sagrado y venerable recinto, la caducidad negligente de los criados, las puertas siempre abiertas á tal punto que los mendigos entraban algunas veces hasta el salón sin encontrar á nadie, ó sin causar sospecha; toda aquella atmósfera de calma, de confianza y de soledad contrastaba con los pensamientos de lucha y los cuidados de que por espacio de algunas horas habían llenado mi espíritu la aparición de Juan y las amenazas del carmelita. Redoblé el paso y sobrecogido de un temblor involuntario atravesé la sala del billar. En este instante me pareció ver pasar bajo las ventanas del piso bajo una sombra negra que se deslizaba entre los jazmines y que desapareció en el crepúsculo. Empujé vivamente la puerta del salón y me paré. Todo estaba silencioos é inmóvil. Iba á retirarme y buscar á Edmunda,

cuando creí ver moverse una cosa blanca cerca de la chimenea, donde acostumbraba estar siempre el caballero.—Edmunda, estais ahí? exclamé; pero nadie me contestó. Mi frente se cubrió de un sudor frio y temblaron mis rodillas. Avergonzado de tanta debilidad, me lancé hacia la chimenea repit endo con angustia el nombre de Edmunda.

—¿Sois vos, Bernando? me respondió con voz trémula.

La cogí en mis brazos; estaba arrodillada al lado del sillón de su padre; y oprimía contra sus labios las manos yertas del anciano.

—¡Gran Dios! exclamé, distinguiendo á la débil claridad que reinaba en la estancia la faz lívida del caballero; ¿ha cesado de vivir nuestro padre?...

—Tal vez, me dijo con voz apagada, tal vez querrá Dios que solo esté desmayado! ¡Luz! ¡en nombre del cielo! ¡llamad! No hace más que un instante que se halla en este estado.

Llamé presuroso, acudió el abate y tuvimos la felicidad de volver nuestro tío á la vida. Pero cuando abrió los ojos, su espíritu parecía luchar con las impresiones de un penoso sueño.—¿Se ha marchado, se ha marchado ya esa miserable fantasma? ¡Hola! ¡San Juan, mis pistolas! ¡Mis criados! Que arrojen á ese pícaro por la ventana.

Sospeché al punto la verdad.—¿Qué ha sucedido? pregunté á Edmunda en voz baja, ¿qué ha pasado aquí durante mi ausencia?

—Si os lo digo, contestó Edmunda, apenas lo creereis, y nos acusareis de locos á mi padre y á mí; pero luego os contaré todo esto; ocupémonos ahora de mi padre.

Con sus dulces palabras y tiernos cuidados logró tranquilizar al anciano. Lo trasladamos á su alcoba y se quedó dormido. Cuando Edmunda retiró ligeramente su mano de entre las suyas y dejó caer la cortina, se aproximó al abate y á mí y nos contó que media hora antes de nuestra vuelta había entrado un fraile mendicante en el salón donde ella estaba bordando, según su costumbre, al lado de su padre medio dormido. Poco sorprendida de un incidente que sucedía muchas veces, se levantó para cojer su bolsa que estaba sobre la chimenea, dirigiendo al fraile palabras benévolas y consoladoras. Pero en el momento de volverse para alargarle la limosna, el caballero despertó sobresaltado y exclamó mirando al fraile de pies á cabeza con aire á la vez colérico y asombrado:—¿Qué diablos venís á hacer aquí bajo ese disfraz?

Edmunda había entonces mirado el semblante del fraile y reconoció lo que jamás podríais imaginaros, dijo, al horrible Juan de Mauprat. No le había visto más que una hora en mi vida pero su repugnante figura jamás se ha apartado de mi memoria, y en todos mis accesos de fiebre se ha presentado delante de mis ojos. Yo no pude contener un grito.—No tengais

miedo nos dijo con espantosa sonrisa; no vengo como enemigo, sino como suplicante. Y se hincó de rodillas tan cerca de mi padre y no sabiendo lo que pretendía hacer, me arrojé entre ellos, y empujé violentamente el sillón de ruedas que retrocedió hasta la pared. Entonces el fraile, hablando con voz lúgubre, que hacía más espantosa la aproximación de la noche, se puso á declamarnos no sé qué fórmula, la de la confesión, pidiendo perdón por sus crímenes, y diciendo que estaba ya cubierto con el velo negro de los parricidas cuando suben al cadalso.

—Este desgraciado se ha vuelto loco, dijo mi padre tirando del cordón de la campanilla; pero San Juan está sordo y no vino. Preciso nos fué oir con una angustia inexplicable, los extraños discursos de aquel hombre que dijo ser trapense y que venía á entregarse á la espada secular en expiación de sus crímenes; pero que antes quería pedir á mi padre su perdón y su última bendición. Al decir esto se arrastraba de rodillas y hablaba con vehemencia. Había cierta mezcla de insulto y amenaza en el sonido de aquella voz que profería palabras de una humildad estravagante.

Como continuase aproximándose á mi padre y la idea de las inmundas caricias que parecía querer dirigirle, me causase suma repugnancia, le mandé con tono bastante imperioso que se levantara y que hablase como era debido; mi padre, furioso, le mandó

que callara y se retirase, y como en aquel instante exclamase

«¡No! me dejaréis abrazar vuestras rodillas!» le rechacé para impedirle que tocase á mi padre. Me estremecí de horror al pensar que mi guante había tocado su inmunda capilla. Volvióse hacia mí, y aunque continuaba afectando arrepentimiento y humildad, ví brillar la cólera en sus ojos. Mi padre hizo un violento esfuerzo para levantarse, y se levantó en efecto, como por milagro; pero al punto volvió á caer sobre su sillón; oyéronse algunos pasos en la sala del billar, y el fraile salió por la puerta vidriera con la rapidez del relámpago. Entonces fué cuando me hallásteis medio muerta y helada de espanto á los piés de mi padre anonadado.

—El abominable cobarde no ha perdido el tiempo ya lo veis, ¡abate! exclamé; quería asustar á mi tio y á su hija, y lo halo grado; pero no ha contado conmigo, y juro, que aunque sea preciso tratarle á la manera de la Roca de Mauprat... si se atreve otra vez á presentarse...

—Callad, Bernardo, dijo Edmunda, me haceis temblar; hablad con pradencia, y decidme qué significa todo esto.

Cuando la enteré de lo que nos había sucedido al abate y á mí, nos reprendió porque no la habíamos prevenido.

—Si hubiera sabido lo que iba á sucederme, nos di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jo, no me hubiera asustado y habría tomado precauciones para no quedarme nunca sola en la casa con mi padre y San Juan, que se va haciendo cada vez más pesado. Ahora ya no temo y estaré siempre alerta. Pero lo más seguro, mi querido Bernardo, es evitar todo contacto con ese hombre odioso, y darle limosna con la profusión que se pueda para desembarazarnos de él. El abate tiene razón en decir que puede ser temible; pues sabe que nuestro parentesco con él nos impedirá siempre ponernos al abrigo de sus persecuciones invocando las leyes, y si no puede perjudicarnos tan sériamente como pretende, puede á lo menos suscitarnos mil disgustos que repugno arrostrar. Arrojadle oro y que se vaya, pero no me abandoneis, Bernardo, porque me sois absolutamente necesario: consolaos del mal que pensais haberme hecho.

Estreché su mano entre las mias, y juré no separarme jamás de ella, aunque me lo mandára, hasta que el trapense no hubiese librado al país de su presencia.

El abate se encargó de las negociaciones con el convento. Dirigióse á la villa al dia siguiente y llevó de mi parte al trapense la seguridad expresa de que le haría saltar por las ventanas si volvía á tener la audacia de presentarse en el castillo de San Severo. Proponíale al mismo tiempo subvenir á sus necesidades con la condición de que se retiraría inmediatamente, ora á su cartuja, ora á otro cualquier retiro, secular ó religioso, á su elección, y que jamás volveria á poner los pies en Berri.

El prior recibió al abate con todas las demostraciones de un profundo desdén y de una santa aversion á su estado de heregía; lejos de adularle, como á mí, le dijo que queria permanecer extraño á todo este negocio, que se lavaba las manos, que se limitaria á transmitir las decisiones de una y otra parte y á dar asilo al hermano Nepomuceno, tanto por caridad cristiana, como por edificar á sus religiosos con el ejemplo de un hombre verdaderamente santo. A creer lo que decia, el hermano Nepomuceno seria el segundo de su nombre colocado en primera fila de la milicia celestial, en virtud de los cánones de la Iglesia.

Al siguiente dia, llamado el abate al convento por un mensaje particular, tuvo una entrevista con el trapense. No sin gran sorpresa observó que el enemigo habia mudado de táctica.

Rehusó con indignación toda especie de socorros, atrincherand se en su voto de pobreza y humildad, y censurando con enfasis á su querido huesped el prior, el que se hubiese atrevido á proponer sin su anuencia el cambio de los bienes eternos por los bienes perecederos. No quiso explicarse sobre los demás y se encerró en respuestas ambiguas y campanudas:—Dios le inspiraria, decia, y esperaba que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en la próxima fiesta de la virgen y en la hora augusta y sublime de la santa comunión oiría la voz de Jesus hablar á su corazón y dictarle la conducta que debería seguir. El abate temió mostrar alguna inquietud insistiendo en penetrar aquel santo misterio y vino á traerme esta respuesta que era menos á propósito que cualquiera otra para tranquilizarme.

Sin embargo, los días y las semanas trascurrieron sin que el trapense diese la menor señal de voluntad sobre nada. No volvió á aparecer en el castillo ni en las cercanías, y se mantuvo tan encerrado en el convento de los Carmelitas, que pocas personas vieron su rostro. Súpose, no obstante muy pronto, y el prior puso un especial cuidado en divulgar la noticia, que Juan de Mauprat, convertido á la más ardiente y ejemplar piedad, estaba de paso, como penitente de la Trapa, en el convento de los Carmelitas. Cada mañana se hacía circular un nuevo rasgo de virtud, un nuevo acto de austeridad de este santo personaje. Los devotos, ávidos de cosas maravillosas quisieron verle, y le llevaron mil pequeños regalos que rehusó con obstinación.

Algunas veces se ocultaba tan bién, que se creía que ya se había marchado á la Trapa pero cuando más nos lisonjeábamos de vernos ya libre de él, supimos que acababa de imponerse mortificaciones espantosas, ó bien que había ido con los pies descalzos á los sitios más desiertos é incultos de la Va

renne á cumplir alguna peregrinación. Hasta se llegó á decir que hacia milagros: si el prior no estaba ya curado de la gota, consistia solamente en que, por espíritu de penitencia, no quería curarse.

Esta incertidumbre duró cerca de dos meses.

VIII.

Estos dias que transcurrieron en la mayor intimidad fueron para mí deliciosos y terribles á la vez. Ver á Edmunda á todas horas, sin temor de ser indiscreto, puesto que ella era la que me llamaba á su lado, leerle, hablar con ella de todas las cosas, participar de los tiernos cuidados que prodigaba á su padre, estar á medias en su vida, absolutamente como si hubiésemos sido hermanos, era una gran felicidad sin duda, pero peligrosa felicidad, y el volcán se encendió en mi pecho. Algunas palabras confusas, algunas miradas inquietas me delataron; Edmunda no estuvo ciega, pero permaneció impenetrable; sus negros ojos fijos en mí como en su padre, con la solicitud de una alma exclusiva, se enfriaban algunas veces de repente en el momento en que la violencia de mi pasión estaba próxima á estallar. Su fisonomía no esperaba entonces más que una curiosi-

dad pasiva y la firme voluntad de leer hasta en el fondo de mi alma sin dejarme ver siquiera la superficie de la suya.

Mis sufrimientos, aunque vivos, me fueron gratos en los primeros tiempos; complaciame en ofrecerlos interiormente á Edmunda, como una expiación de mis faltas pasadas, y esperaba que los adivinase y me los agradeciera; sin embargo, aunque los vió, no me habló de ellos. Mi mal se aumentó, pero todavia pasaron algunos dias antes de que perdiera la fuerza de ocultarlo. Digo dias, porque, á cualquiera que haya amado á una mujer y se haya encontrado á solas con ella, contenido por su severidad, los dias deben haberle parecido siglos. ¡Qué vida tan llena y sin embargo tan devorante! ¡Cuánta languidez y agitación, cuánta ternura y cólera! Pareciame que las horas resumian años, y hoy, si no rectificase por medio de fechas el error de mi memoria, me persuadiria fácilmente de que estos dos meses llenaron la mitad de mi vida.

Quisiera tal vez tambien persuadirme de ello para reconciliarme con la conducta ridícula y culpable que observé despreciando las buenas resoluciones que apenas acababa de formar. La recaida fué tan pronta y tan completa, que me avergonzaría de ella todavia, sino la hubiesen expiado cruelmente, como vais á saber muy pronto.

Después de una noche de angustias le escribí una carta insensata, que en poco estuvo que no produjese resultados muy fatales para mí. Estaba concebida poco más ó menos en estos términos: «No me amais, Edmunda, ni me amareis jamás. Lo sé, nada pido, nada espero; quiero continuar á vuestro lado, consagrar mi vida á vuestro servicio y á vuestra defensa; haré, para seros útil todo lo que alcancen mis fuerzas; pero sufriré, y por más que haga por ocultarlo, lo vereis y tal vez atribuireis á motivos extraños una tristeza que no podré contener con un heroísmo constante.

Ayer me afligisteis profundamente obligándome á que saliera un poco *para distraerme*. ¡Distraerme separado de vos! ¡Edmunda, qué amarga ironía! No seais cruel, mi pobre hermana, porque entonces volvereis á ser mi imperiosa novia de los funestos dias... y, á pesar mio, volveré á ser el bandido á quien aborreciais... ¡Ay? si supiérais cuán desgraciado soy! hay dos hombres en mí que se combaten á muerte y sin tregua; es de esperar que el bandido sucumba; pero se defiende palmo á palmo, y ruge porque se siente herido mortalmente. Si supieras, si supieras Edmunda qué luchas, qué combates, cuántas lágrimas de sangre destila mi corazón ¡y qué furor se enciende frecuentemente en la parte de mi espíritu que gobiernan los ángeles rebeldes!

Hay noches en que sufro tanto, que en el delirio de mis sueños me parece que clavo un puñal en vuestro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

corazón y que por una lúgubre mágia os obligo así á que me ameis como yo os amo. Cuando despierto, bañado en un sudor frio, loco, fuera de mi, me siento como inclinado á ir á mataros, á fin de anonadar la causa de mis angustias. Si no lo hago, es porque temo amaros muerta con tanta pasión y tenacidad como si estuvierais viva. Temo ser contenido, gobernado, dominado por vuestra imágen, como soy por lo vuestra persona; y después no hay medio de destrucción al alcance del hombre; el ser á quien él ama y teme, existe en él, cuando ha cesado de existir sobre la tierra.

El alma del amante, sirve de féretro á su amada, y conserva para siempre sus abrasadoras reliquias, para alimentarse con ellas sin consumir las jamás... ¡Pero, ¡oh cielos! ¡en qué desórden están mis ideas! mirad, Edmunda hasta qué punto está enfermo mi espíritu, y compadeceos de mi. Tened paciencia, permitidme que esté triste; no dudeis jamás de mi cariño; frecuentemente estoy loco, pero siempre os amo. Una palabra, una mirada vuestra, me devolverá el conocimiento del deber, y dulce me será este deber, cuando os digneis recordármelo.... A la hora en que os escribo, Edmunda, el cielo está cargado de nubes más sombrias y pesadas que el plomo; la tempestad ruge, y á la luz de los relámpagos parecen flotar los espectros dolorosos del purgatorio. Mi alma está bajo el peso de la tempestad, mi espíritu turbado flota como esas luces inciertas que brillan en el horizonte...

Me parece que mi pecho va á estallar como la tempestad. ¡Ay! ¡si pudiera hacer llegar á vuestros oidos una voz semejante á la suya! ¡Si tuviera el poder de lanzar fuera las angustias y los furores que me roen las entrañas! Muchas veces os he oido decir, al pasar la tormenta por encima de los árboles corpulentos, que os gustaba el espectáculo de su cólera y de su resistencia. Esta es, decis, la lucha de las grandes fuerzas, y creeis oir, en los rumores del aire, las imprecaciones del Aquilon y los gritos dolorosos de las vetustas encinas. ¿Cuál sufre más, Edmunda, el árbol que se resiste, ó el viento que se agota en el ataque? ¿No es siempre el viento el que cede y cae? Y entonces el cielo, afligido con la derrota de su noble hijo, se derrama sobre la tierra en rios de llanto! Tan locas imágenes os agradan, Edmunda, y cada vez que contemplais la fuerza vencida por la resistencia, os sonreis cruelmente, y vuestra mirada misteriosa parece insultar mi miseria.

Pues bien, no lo dudeis, me habeis derribado en tierra, y aunque destrozado, sufro todavía, sabedlo, puesto que quereis saberlo, puesto que sois cruel hasta el extremo de preguntarme y fingir que me compadeceis... Sufro y no trato ya de levantar el pie que el vencedor orgulloso ha sentado sobre mi pecho desfallecido.»

El resto de esta carta, que era muy larga, sin trabazon y absurda, desde el principio hasta el fin, estaba concebida en el mismo sentido. No era la primera vez que escribía á Edmunda á pesar de vivir bajo el mismo techo y no separarme de ella sino en las horas de descanso. Mi pasión me absorbía á tal punto, que era invenciblemente arrastrado á privarme del sueño para escribirla. Jamás creía haber hablado bastante de ella, ni renovado bastante la promesa de una sumisión á la cual faltaba á cada instante; pero la carta de que ahora se trata era la mas atrevida y apasionada de cuantas había escrito. Quizás fué escrita fatalmente bajo la influencia de la tempestad que estallaba en el cielo, mientras que encorvado sobre mi mesa, con la frente bañada en sudor y la mano seca y abrasadora, trazaba con exaltación la pintura de mis padecimientos. Parecíome sentir una gran calma precursora de la desesperación, cuando me arrojé sobre mi cama despues de haber bajado al salon y deslizado mi carta en la cesta de la labor de Edmunda. El día amaneció cargado, cubierto el horizonte de las tintas sombrías de la tempestad que volaba hacia otras regiones. Los árboles, llenos de lluvia, se agitaban todavía al soplo de la refrigerante brisa. Profundamente triste, pero ciegamente consagrado al dolor, dormíme aliviado, como si hubiese hecho el sacrificio de mi vida y de mis esperanzas. Edmunda no dió muestras de haber visto

mi carta, pues nada me contestó. Acostumbraba á hacerlo verbalmente, y este era para mi un medio de provocar de su parte esas efusiones de amistad fraternal, con que tenía que contentarme, y que á lo menos derramaban un bálsamo sobre mi herida. En vez de haber creido que tal como estaba escrita mi carta debería en esta ocasión producir una explicación definitiva, ó ser pasada en silencio, sospeché que el abate la había sustraido y arrojado al fuego, y hasta acusé á Edmunda de desprecio y dureza. Sin embargo, no tuve valor para hablar y guardé el mas profundo silencio.

Al día siguiente apareció el tiempo enteramente sereno.

Mi tio dió un paseo en coche, y en el camino nos dijo que no quería morir sin haber tenido una gran cacería de zorros. Era apasionadísimo por esta diversión, y su salud se había mejorado hasta el punto de dar á su espíritu veleidades de placer y de acción. Una berlina estrecha muy ligera, tirada por valientes mulas, corría rápidamente por los caminos arenosos de nuestros bosques, y ya algunas veces había asistido en ella á varias pequeñas cacerías que habíamos armado para distraerle.

Desde la visita del trapense, el caballero parecía haber vuelto á la vida. Dotado de fuerza y obstinación, como todos los de su raza, parecía morirse con la falta de emociones, porque el más ligero estímulo á su

energía volvía momentáneamente el calor á su sangre embotada.

Como insistiese mucho en este proyecto de caza, Edmunda quiso organizar conmigo una batida general, y tomar en ella una parte activa. Uno de los mayores placeres que experimentaba el viejo era verla caracolear á caballo audazmente alrededor de su carruaje, y alargarle todas las ramas floridas que arrancaba de los arbustos al pasar. Se decidió que yo montaría á caballo para escoltarla, y el abate acompañaría al caballero en la berlina. Todos los cazadores de oficio de la Varenne fueron convocados á esta solemnidad de familia. Preparóse en la repostería una gran comida, para la vuelta, con abundancia de pasteles de ganso y vino de terruño. Marcassa, á quien había hecho mi administrador en la Roca de Mauprat, y que tenía grandes conocimientos en el arte de la caza, pasó dos días enteros en tapar todas las madrigueras.

Algunos jóvenes colonos de las cercanías, interesados en la batida y capaces de dar un buen consejo cuando llegase la ocasión, se ofrecieron generosamente á ser de la partida; y en fin, Paciencia, á pesar de su oposición á la destrucción de los animales inocentes, consintió en ir á la cacería como espectador. En el día convenido, que amaneció templado y sereno para nuestro risueños proyectos y para mi implacable destino, halláronse en pie de guerra hasta

50 personas con cornetas, caballos y perros. La cacería debía concluir con un copo de conejos, de que había un excesivo número, y que era facil destruir en masa recayendo sobre la parte de monte que no hubiese sido batida durante la caza.

Armóse, pues, cada uno de nosotros de una carabina, y hasta mi tío tomó una para tirar desde su carruaje, lo que todavía ejecutaba con mucha destreza.

Durante las dos primeras horas, Edmunda, montada en una linda y pequeña yegua lemosina, muy viva, y á la que ella se divertía en aguijar y contener con una coquetería seductora para su anciano padre, se separó un poco de la berlina, desde la que el caballero, risueño, animado y enternecido, la contemplaba con amor. Del mismo modo que nosotros, impelidos cada día por la rotación del globo, saludamos al entrar la noche el astro radiante que va á reinar sobre otro hemisferio, así también el anciano se consolaba de morir viendo la juventud, la fuerza y la hermosura de su hija sobre vivirle en otra generación.

Cuando la caza estuvo muy empeñada, Edmunda que se resentía ciertamente del carácter guerrero de la familia, y en quien la calma del espíritu no encadenaba siempre la fogosidad de la sangre, cedió á las señales reiteradas que le hacía su padre, cuyo mayor placer era verla galopar, y siguió á los ojeadores que estaban ya un poco delante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Siguela, siguela, me gritó el caballero, que no bien la habia visto correr cuando su dulce vanidad paternal habia sido reemplazada por la zozobra y la inquietud. No aguardé á que me lo dijera dos veces, y hundiendo las espuelas en el vientre de mi caballo, alcancé á Edmunda en un sendero de travesia que habia tomado para incorporarse a los cazadores. Temblé al verla plegarse como un junco bajo de las ramas, mientras que su caballo, excitado por ella, la arrebataba por en medio de la selva con la rápidez del relámpago.— ¡Edmunda! ¡por amor de Dios! le grité, no corrais tanto; os va á suceder una desgracia.

—Déjame correr, me dijo alegremente; mi padre me lo ha permitido. Déjame tranquila, te digo; te sacudo en los dedos si detienes mi caballo.

—Déjame á lo menos seguirte, le dije, estrechándola de cerca: tu padre me lo ha mandado, y no vengo sino para matarme, si te sucede alguna desgracia.

¿En qué consistia que me asaltaban estas ideas tan funestas, á mí que tan acostumbrado estaba á ver á Edmunda correr á caballo por los montes? Lo ignoro. Hallábame en un estado muy extraño; el calor de mediodia subia á mi cerebro, y mis nervios estaban singularmente excitados. No me habia desayunado por hallarme algo indispuesto al partir, y para sostenerme en ayunas habia tomado muchas tazas de café con ron.

Sentia entonces un espanto invencible, y después, al cabo de algunos instantes, este espanto cedió el puesto á un sentimiento de amor y alegría. La escitación de la carrera llegó á ser tan viva, que me imaginé no tener otro objeto que perseguir á Edmunda. Al verla huir delante de mí, con la ligereza de su yegua negra, cuyos pies volaban sin hacer ruido sobre el musgo, se la hubiera tomado por una hada que se aparecia en aquel lugar desierto para turbar la razon de los hombres y arrastrarlos tras sus huellas al fondo de sus pérfidos retiros. Olvidé la caza y todo lo demás. No vi más que á Edmunda; una nube pasó por delante de mis ojos: ya no la vi más; pero continué corriendo: hallábame en un estado de demencia muda, cuando ella se paró de repente.

—¿Qué hacemos? me dijo; no oigo ya el ruido de la caza y distingo el rio. Nos hemos dirigido demasiado á la izquierda.

—Todo lo contrario, Edmunda, le contesté sin saber una palabra de lo que decía; una carrera mas al galope y estamos allí.

—Qué sofocado venís! me dijo, ¿pero cómo pasaremos el rio?

—Puesto que hay un camino, tambien habrá un vado, le contesté. ¡Vamos, vamos!

Hallábame poseido todavia de la rabia de correr; llevaba una idea, la de emboscarme más y más con ella en aquel monte; pero esta idea estaba cubierta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

con un velo, y cuando traté de levantarlo, no tuve ya mas percepción que la de los latidos impetuosos de mi corazón y de mis sienes. Edmunda hizo un gesto de impaciencia.

Estos bosques están maldecidos; siempre me pierdo en ellos, dijo; y sin duda pensó en el día funesto en que había sido arrebatada lejos de la caza y conducida á la Roca de Mauprat, porque yo también pensé en esto mismo, y las imágenes que se presentaron á mi cerebro me causaron una especie de vértigo. Seguí maquinalmente á Edmunda hacia el rio. De repente la ví al otro lado, y se apoderó de mi el furor al ver que su caballo era más ágil y valiente que el mio, pues no sin gran trabajo pude conseguir que entrase en el vado, que era muy malo, en cuyo tiempo tomó Edmunda mucha delantera. A fuerza de espolazos dejé ensangrentado sus hijares, y cuando, después de haber estado expuesto muchas veces á caerme, llegué á la orilla, me lanzé tras Edmunda, ciego de cólera. La alcance, y me apoderé de la brida de su yegua, exclamando:

—Deteneos, Edmunda, lo quiero: no ireis más adelante.

Al mismo tiempo sacudí tan fuertemente las riendas, que su caballo se puso de manos. Edmunda perdió el equilibrio, y para no caer saltó ligeramente entre nuestros dos caballos á riesgo de haberse herido. Me apeé casi al mismo tiempo que ella, y separé vi-

vamente á los caballos. El de Edmunda, que era muy manso permaneció quieto y se puso á pacer. El mio fuera de sí, echó á correr y desapareció. Todo esto fué obra de un instante.

Había recibido á Edmunda en mis brazos, pero desprendiéndose de éllos, me dijo con aspereza:

—Sois muy bruto, Bernardo, y detesto vuestros modales: ¿Qué habeis hecho?

Turbado, confuso, le dije que creia que su yegua se había desbocado y temía que le sucediera alguna desgracia, abandonándose de aquella suerte á la velocidad de la carrera.

—¿Y para salvarme me haceis caer á riesgo de matarme? respondió. A la verdad que es una manera muy buena y galante la que habeis empleado conmigo.

—Dejadme que os suba á vuestro caballo, le dije, y sin esperar su permiso, la cogí en mis brazos y la levanté en alto.

—Sabeis muy bien que yo no monto á caballo de este modo, exclamó completamente irritada. Dejadme, no necesito vuestros servicios.

Pero ya no me era permitido obedecer. Mi cabeza se perdía.

Mis brazos se crispaban alrededor del talle de Edmunda, y en vano era que tratase de separarlos de él; mis labios se imprimieron en su seno á pesar mio, y se puso pálida de cólera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Qué desgraciado soy! dije con los ojos llenos de lágrimas, qué desgraciado soy en ofenderte siempre, y ser odiado á medida que más te amo.

Edmunda tenía un carácter imperioso y violento: habituada á la lucha, había adquirido con los años una energía inflexible. No era ya la doncella tímida, fuertemente inspirada, pero más ingeniosa que temeraria en la defensa, á quien había estrechado en mis brazos en la Roca de Mauprat; sino una mujer intrépida y orgullosa, que se hubiera dejado degollar antes que permitir una esperanza atrevida. Era además la mujer que sabe que es amada con pasión y conoce su poder. Rechazóme, pues, con desdén, y como yo la siguiese en mi delirio, levantó su látigo contra mí y me amenazó con trazarme una marca de ignominia en el rostro, si osaba siquiera tocar su estribo.

Me arrodillé delante de ella suplicándola que no me abandonase así, sin perdonarme. Estaba ya á caballo, y mirando á su alrededor como si buscase el camino, exclamó:

—No me faltaba más sino volver á ver estos abominables sitios. ¡Mirad, caballero, mirad dónde estamos!

Miré en torno mío, y observé que estábamos á la orilla del bosque y sobre la misma margen del estanque de Gazeau. A dos pasos de nosotros, al través del bosque, cuya espesura se había aumentado desde la partida de Paciencia, distinguí la puerta de la torre que se abría como una boca negra detrás del verde follaje.

Un nuevo vértigo se apoderó de mí, y sentí dentro de mí una lucha terrible de dos instintos. ¡Quién explicará el misterio que se verifica en el cerebro del hombre, cuando el alma combate con los sentidos, y cuando una parte de su ser intenta ahogar á la otra! En una organización como la mía, esta lucha debe ser horrorosa, creedlo; y no penseis que la voluntad desempeña un papel secundario en las naturalezas fogosas; es necia costumbre decir á un hombre que agota sus fuerzas en semejantes combates: Hubiérais debido venceros.

IX

¿Cómo os explicaré lo que pasó dentro de mí al ver inesperadamente la torre de Gazeau? No la había visto más que dos veces en mi vida; dos veces había sido teatro de las escenas más espantosas, y estas escenas nada eran todavía en comparación de la que estaba yo destinado á presenciar en esta tercera ocasión: ¡hay sitios malditos!

En el umbral de aquella puerta medio destrozada creí ver todavía las manchas de la sangre de los dos Mauprat, cuyo criminal y trágico destino me hizo avergonzar de los instintos de violencia que sentía en mí mismo. Tuve horror á lo que experimentaba, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Qué desgraciado soy! dije con los ojos llenos de lágrimas, qué desgraciado soy en ofenderte siempre, y ser odiado á medida que más te amo.

Edmunda tenía un carácter imperioso y violento: habituada á la lucha, había adquirido con los años una energía inflexible. No era ya la doncella tímida, fuertemente inspirada, pero más ingeniosa que temeraria en la defensa, á quien había estrechado en mis brazos en la Roca de Mauprat; sino una mujer intrépida y orgullosa, que se hubiera dejado degollar antes que permitir una esperanza atrevida. Era además la mujer que sabe que es amada con pasión y conoce su poder. Rechazóme, pues, con desdén, y como yo la siguiese en mi delirio, levantó su látigo contra mí y me amenazó con trazarme una marca de ignominia en el rostro, si osaba siquiera tocar su estribo.

Me arrodillé delante de ella suplicándola que no me abandonase así, sin perdonarme. Estaba ya á caballo, y mirando á su alrededor como si buscase el camino, exclamó:

—No me faltaba más sino volver á ver estos abominables sitios. ¡Mirad, caballero, mirad dónde estamos!

Miré en torno mío, y observé que estábamos á la orilla del bosque y sobre la misma margen del estanque de Gazeau. A dos pasos de nosotros, al través del bosque, cuya espesura se había aumentado desde la partida de Paciencia, distinguí la puerta de la torre que se abría como una boca negra detrás del verde follaje.

Un nuevo vértigo se apoderó de mí, y sentí dentro de mí una lucha terrible de dos instintos. ¡Quién explicará el misterio que se verifica en el cerebro del hombre, cuando el alma combate con los sentidos, y cuando una parte de su ser intenta ahogar á la otra! En una organización como la mía, esta lucha debe ser horrorosa, creedlo; y no penseis que la voluntad desempeña un papel secundario en las naturalezas fogosas; es necia costumbre decir á un hombre que agota sus fuerzas en semejantes combates: Hubiérais debido venceros.

IX

¿Cómo os explicaré lo que pasó dentro de mí al ver inesperadamente la torre de Gazeau? No la había visto más que dos veces en mi vida; dos veces había sido teatro de las escenas más espantosas, y estas escenas nada eran todavía en comparación de la que estaba yo destinado á presenciar en esta tercera ocasión: ¡hay sitios malditos!

En el umbral de aquella puerta medio destrozada creí ver todavía las manchas de la sangre de los dos Mauprat, cuyo criminal y trágico destino me hizo avergonzar de los instintos de violencia que sentía en mí mismo. Tuve horror á lo que experimentaba, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comprendí por qué no me amaba Edmunda. Pero, como si hubiera hallado en aquella sangre deplorable los elementos de una simpática fatalidad, sentí la fuerza desenfrenada de mis pasiones crecer en razón del esfuerzo de mi voluntad para vencerlas. Había vencido todas las demás intemperancias, de que apenas quedaban huellas en mi corazón.

Era sóbrio y ya que no dulce y sufrido, á lo menos afectuoso y sensible, concebía en el más alto grado las leyes del honor y el respeto á la dignidad de los demás; pero el amor era el más temible de mis enemigos, porque se ligaba á todo cuanto de moralidad y delicadeza había adquirido: tal era el vínculo que había entre el hombre antiguo y el hombre nuevo, vínculo indisolubre, y cuyo término medio me era casi imposible hallar.

Parado delante de Edmunda, que se preparaba á dejarme solo y á pié, furioso al verla separarse de mí por última vez, porque después de la ofensa que acababa de hacerle, era indudable que no arrostraría el peligro de hallarse á solas conmigo, la miraba de una manera espantosa; estaba pálido, contraíanse mis puños; no tenía que hacer más que querer, y al menor esfuerzo la hubiera arrancado de su caballo, derribado y entregado á mis deseos. Bastaba solo que me abandonase por un momento á mis instintos feroces, para saciar y extinguir, con la posesión de un instante, el fuego que me devoraba hacía siete años.

Jamás llegó á saber Edmunda el peligro que corrió su honor en aquel minuto de angustias; he conservado siempre por él un eterno remordimiento; pero Dios solo será juez, porque triunfé, y este pensamiento del mal fué el último de mi vida. A este pensamiento además se limitó mi crimen; lo demás fué obra de la fatalidad.

Sobrecogido de espanto, volví bruscamente la espalda y retorciendo mis manos con desesperación, huí por el sendero por donde había venido, sin saber á dónde iba, pero comprendiendo que era preciso sustraerme á aquellas tentaciones peligrosas. El día estaba abrasador y embriagaba el olor de las selvas; su aspecto renovaba en mí los sentimientos de mi vida salvaje: era preciso huír ó sucumbir.

Edmunda me mandaba con un gesto imperioso que me alejará de su presencia. La idea de cualquiera otro peligro que el que ella corría conmigo no podía en aquel instante presentarse á mi pensamiento ni al suyo, y me interné en el bosque. No había andado aún treinta pasos, cuando salió un tiro del sitio donde había dejado á Edmunda.

Me paré, helado de espanto, sin saber por qué, pues en medio de una batida no era cosa extraña que sonara un tiro; pero tenía el alma tan triste y llena de ideas lúgubres, que nada podía parecerme indiferente. Iba á volver atrás para reunirme á Edmunda, aun á riesgo de ofenderla nuevamente, cuan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do me pareció oir un gemido humano del lado de la torre de Gazeau. Me lanzé, y después caí en tierra como herido por mi emoción.

Necesité algunos minunos para triunfar de mi debilidad; mi cerebro estaba lleno de imágenes y ruidos lamentables, no distinguia ya la ilusión de la realidad: y en la mitad del día marchaba á tientas entre los árboles. De pronto me hallé de frente con el abate; estaba inquieto, buscaba á Edmunda, pues habiendo el caballero ido en su coche á colocarse al paso de los ojeadores y no viendo entre ellos á su hija, se llenó de sobresalto, y mandó al abate que corriera á buscarla sin pérdida de momento. Este entró en el bosque, y hallando pronto las huellas de nuestros caballos, quiso informarse de nuestro paradero. Había oido el tiro, pero sin asustarse ni extrañarlo, creyendo que había sido disparado por algun cazador.

Al verme pálido y azorado con los cabellos en desórden, sin caballo y sin escopeta, pues había soltado la mia en el sitio donde caí medio desmayado, y no me había acordado de recojerla, se quedó tan asustado como yo, y sin saber más que yo mismo, qué cosa era lo que causaba su terror.—¡Edmunda! me dijo ¿dónde está Edmunda? Yo le contesté con palabras tan incoherentes, que no pudieron menos de consternarle y acusarme interiormente de perpetrador de un crimen, segun me confesó más tarde.

—¡Desgraciado jóven! me dijo sacudiendo fuertemente mi brazo como para volverme en mi mismo: os suplico que tengais prudencia, calma...

No le comprendí, pero lo conduje al sitio fatal. ¡Oh espectáculo funesto y por siempre memorable! Edmunda estaba tendida en tierra, bañada en su sangre. Su yegua pacía la yerba á pocos pasos de allí.

Paciencia estaba de pie á su lado, cruzado de brazos, con la faz lívida y el corazón tan oprimido que no pudo contestar al abate que le preguntaba con sollozos y gritos. En cuanto á mí, nó pude comprender lo que pasaba. Creo que mi cerebro, ya turbado por las emociones precedentes se paralizó enteramente. Me senté en el suelo, al lado de Edmunda, cuyo pecho estaba herido por dos balas, y miré sus ojos apagados en un estado de estupidez absoluta.

—¡Alejad á este miserable! dijo Paciencia al abate lanzándome una mirada de desprecio; el perverso no se corrige.

—¡Edmunda! ¡Edmunda! exclamó el abate arrojándose sobre la hierba y tratando de restañar la sangre con su pañuelo.

—¡Está muerta! ¡muerta! dijo Paciencia, ¡y he aquí al asesino! Ha entregado su alma santa á Dios, y Paciencia será su vengador. Esto es muy duro, pero lo será... Dios lo ha querido, puesto que me ha puesto aquí para escuchar la verdad.

—Esto es muy horrible, ¡muy horrible! exclamó el abate.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Oí el eco de esta última palabra, y me sonreí con aire entontecido repitiéndola como un eco.

Acudieron los cazadores, y se trasladó á Edmunda al castillo. Creo que ví á su padre andando á pié; y digo creo, porque no podría afirmar que esto no fuese una visión engañosa, no sabiendo, como no sabía entonces, darme cuenta de aquellos terribles acontecimientos que no han dejado en mí más que vagos recuerdos, semejantes á los de un sueño, si no se me hubiese asegurado que el caballero salió de su berlina sin ayuda de nadie, que anduvo y obró con tanta fuerza y presencia de espíritu como un joven.

Al día siguiente cayó en un estado completo de insensibilidad, y no volvió á levantarse de su sillón.

¿Qué pasó respecto á mí? Lo ignoro. Cuando recobré la razón, observé que estaba en otro sitio de la selva al lado de una cascada, cuyo murmullo escuchaba maquinalmente en una especie de bienestar. Tejón dormía á mis pies, y su amo, de pié apoyado sobre un arbol, me miraba atentaménte. El sol, que declinaba á su ocaso, teñía las nubes y los árboles de color de púrpura. Las flores silvestres parecían sonreirme. Los pájaros cantaban melodiosamente Era aquel uno de los más hermosos días del año.

—¡Qué tarde tan magnífica! dije á Marcasse. Este sitio es tan hermoso como una floresta de la América.

Y bien, amigo, mío, ¿qué haces ahí? Debías haberme despertado antes; he tenido sueños horrorosos.

Marcasse vino á arrodillarse junto á mí; dos arroyos de lágrimas corrían por sus mejillas secas y biliosas. Notábase en su semblante, tan impasible de ordinario, una expresión inefable de compasión, de pesar y de ternura.—¡Pobre amo! decía; ¡malo de la cabeza! ¡Pero la fidelidad no cura! Eternamente en vuestra compañía, aunque sea preciso morir con vos. ¡Gran desgracia!

Sus lágrimas y sus palabras me llenaron de tristeza; pero este era el resultado de un instinto simpático, ayudado todavía de la debilidad de mis órganos, porque yo no me acordaba de nada. Arrojéme en sus brazos llorando como él, y me estrechó contra su pecho con una efusión verdaderamente paternal. Bien presentía yo que alguna terrible desgracia pesaba sobre mí; pero temía saber en qué consistía, y por nada de este mundo lo hubiera preguntado.

Cogióme del brazo y me condujo por entre el bosque Yo me dejé guiar como un niño; pero como á poco rato me sintiera desfallecer nuevamente, se vió en la necesidad de dejarme sentado media hora. En fin, me levantó y logró conducirme á la Roca de Mauprat, adonde llegamos muy tarde. No sé lo que experimenté durante la noche. Marcasse me dijo que había tenido un horroroso delirio. Creyó necesario mandar buscar al pueblo más inmediato un barbero, que me sangró por la mañana, y algunos instantes despues recobré la razón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Pero qué funesto servicio me pareció haberme hecho! ¡*Muerta, muerta, muerta*! era la única palabra que pude articular. No hacía más que gemir y agitarme sobre mi lecho. Quise salir y correr á San Severo. Mi pobre sargento se arrojó á mis pies y se puso atravesado en la puerta de mi cuarto para impedirme que saliera, y á fin de contenerme me dijo entonces algunas cosas que no comprendí, y cedí al ascendiente de su ternura y á mi propio abatimiento, sin poder explicarme su conducta. En una de estas luchas se abrió mi sangría y me dejé caer en la cama sin que lo observara Marcasse. Poco á poco caí en un desmayo profundo, y estaba ya casi muerto, cuando viendo mis labios y mejillas cárdenos, se le ocurrió levantar la sábana, y me halló nadando en un mar de sangre.

Esto era por lo demas, lo que podía sucederme de mas feliz; durante algunos días permaneci sumerjido en un anonadamiento en que la vijilia diferia poco del sueño y gracias al cual no comprendía ni sufría nada.

Un día, en que pudo hacerme tomar alimento, viendo que con la fuerza me volvían la tristeza y la inquietud, me anunció con sincera y tierna alegria que Edmunda no había muerto y que no se habían perdido las esperanzas de salvarla. Con semejante noticia quedé herido como del rayo, pues todavia me inclinaba á creer que aquella funesta aventura era el afecto de mi delirio. Me puse á gritar y á torcerme los brazos de una manera horrorosa. Arrodillado Marcase cerca de mi lecho me suplicaba que me calmase, y veinte veces me repitió las siguientes palabras, que me hacían siempre el afecto de esas palabras vacías de sentido que oimos entre sueños:

—«¡No lo habeis hecho de intento, bien lo sé, no lo habeis hecho de intento! ¡Es una desgracia! ¡una escopeta que se dispara en la mano por casualidad!

—¿Qué estás diciendo? exclamé lleno de impaciencia. ¿De qué escopeta hablas? ¿Qué casualidad es esa?

—¿Luego no sabeis que ha sido herida?

Pasé mis manos por la cabeza como para traer á ella la energía de la vida, y no pudiendo explicarme el suceso misterioso que rompia todos sus resortes, creí que estaba loco y permanecí mudo, consternado, temiendo dejar escapar una palabra que pudiese probar la pérdida de mis facultades.

En fin, poco á poco coordiné mis ideas, pedí vino para fortificarme, y apenas hube bebido algunas gotas, cuando todas las escenas del día fatal se desarrollaron como por mágia delante de mí.

Hasta recordé las palabras que había oido pronunciar á Paciencia inmediatamente después del suceso. Estaban como grabadas en esa parte de la memoria que guarda el eco de las palabras, cuando dormita la que sirve para penetrar su sentido. Por un instante estuve incierto, me pregunté si se ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bía disparadó mi escopeta entre mis manos en el momento de separarme de Edmunda. Recordé claramente que la había descargado una hora antes contra una abubilla, cuyo hermoso plumaje quería Edmunda ver desde cerca, y cuando se oyó el tiro, conservaba mi escopeta en las manos y no la soltè sino hasta algunos instantes después: no podía, pues, haber sido esta arma la que se disparó al caer, y además me hallaba demasiado lejos de Edmunda en aquel momento, para que, aun suponiendo una fatalidad increible, le alcanzaseel tiro.

En fin, no habia tenido una sola bala en mi poder en todo el día, y era imposible que mi escopeta se hallase cargada sin saberlo yo, puesto que no la había quitado de la bandolera desde que maté la abubilla!

Seguro, pues, de que no era yo la causa del funesto accidente, solo me faltaba hallar su esplicación, y pensé que algún tirador torpe habría equivocado por entre las mantas al caballo de Edmunda con alguna fiera, si bien no pensé en acusarle, cualquiera que fuese, de asesinato voluntario, comprendiendo solamente que yo era el acusado.

Arranqué la verdad á Marcasse, quien me dijo que el caballero y todas las personas que formaban parte de la cacería, habían atribuido esta desgracia á un accidente fortuito, á un arma que, con gran desesperación mia se habia descargado cuando me derribó

el caballo, pues todos creían que me había lanzado al suelo. Tal era poco más ó menos la opinión que cada uno emitía. En las pocas palabras que Edmunda podía pronunciar contestaba afirmativamente á estos comentarios; una sola persona me acusaba: Paciencia, pero me acusaba en secreto, y bajo juramento, ante sus dos amigos Marcasse y el abate Auberto.—No necesito, añadió Marcasse, deciros que el abate guarda un silencio absoluto, y se niega á creeros culpable. En cuanto á mi os puedo jurar que jamas...

—Calla, calla, le dije, no me digais siquiera eso, por que sería suponer que había alguno en el mundo que pudiera creerlo. Pero Edmunda ha dicho alguna cosa inaudita á Paciencia al tiempo de espirar, pues ha muerto, no volveré á verla jamas.

—¡No ha muerto! exclamó Marcasse, haciéndome tales juramentos que no pudieron menos de convencerme, pues sabía que no podría mentir, y que si lo hubiese intentado, todo su ser se hubiera puesto en pugna con sus caritativas intenciones. En cuanto á las palabras de Edmunda se negó francamente á transmitirlas, y comprendí con esto que debían ser terribles. Entonces me lance de mi lecho, y rechacé inexorablemente á Marcasse que quería contenerme. Mandé echar una manta sobre el caballo del colono y parti al galope.

Tenía el aire de un espectro cuando llegué, al castillo. Me arrastré hasta el salón sin encontrar á na-

die más que á San Juan que lanzó un grito de terror al verme, y desapareció sin contestar á mis preguntas.

El salón estaba desierto. El bastidor de Edmunda cubierto con el paño verde que tal vez no debía ya levantar su mano, me hizo el efecto de un ataud debajo de un sudario. El gran sillón de mi tio no estaba ya en el rincón de la chimenea. Mi retrato, que había enviado desde Filadelfia durante la guerra de América, había sido quitado de la pared; indicios todos de muerte y maldición.

Salí aceleradamente de aquella pieza y subí la escalera con la resolución que dá la inocencia pero con la desesperación en el alma. Fuí en derechura á la alcoba de Edmunda, y dí una vuelta á la llave, inmediatamente después de haber llamado.

La dueña salió á mi encuentro, dió grandes gritos y echó á correr ocultando su rostro entre las manos como si hubiese visto alguna fiera. ¿Quién, pues, podía haber propalado tan terribles sospechas de mí? ¿El abate? ¿Era tan poca su lealtad que pudiese ser capaz de hacerlo? Más adelante supe que Edmunda, aunque firme y generosa en sus momentos lúcidos, me había acusado en voz alta durante su delirio.

Me aproximé á su lecho y, víctima yo también del delirio, sin pensar que mi aspecto inesperado podía causarle la muerte, separé las cortinas con mano ávida, y me quedé contemplando á Edmunda.

Jamás había visto hermosura más sorprendente. Sus grandes ojos negros habían crecido otro tanto y brillaban con una luz extraordinaria, aunque sin expresión, como diamantes. Sus mejillas tersas y descoloridas, sus lábios tan blancos como sus megillas, le daban el aspecto de una hermosa cabeza de mármol. Miróme de hito en hito, con tan poca emoción como si hubiese mirado un cuadro ó un mueble, y volviendo un poco su rostro hácia la pared, dijo con misteriosa sonrisa:—*Esta es la flor llamada Edmunda silvestris...*

Caí de rodillas, me apoderé de su mano, la cubrí de besos y prorumpí en sollozos; ella no se apercibió de nada. Su mano inmóvil y helada permaneció en la mia como un pedazo de alabastro.

X

El abate entró y me saludó con aire triste y frio; después me hizo una seña y alejándome del lecho, me dijo:—¡Sois un insensato! tened la prudencia de no venir aquí; esto es cuanto os queda que hacer.

—¿Y desde cuando, grité montado en cólera, teneis el derecho de arrojarme del seno de mi familia?

—¡Ay! no teneis ya familia, respondió con un acento de dolor que me desarmó. De un padre y de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una hija solo quedan dos fantasmas para quienes está apagada la vida moral y á quienes pronto abandonará la física. Respetad los últimos instantes de los que os han amado.

—¿Y cómo puedo manifestar mi respeto y mi dolor abandonándolos? repliqué aterrado.

—Sobre este particular, dijo el abate, no quiero, ni debo deciros nada, pues sabeis que vuestra presencia aquí es una temeridad y una profanación. Cuando *dejen de existir* (¡lo que no puede tardar!), si teneis derechos sobre esta casa, volvereis á ella, y ciertamente no me hallareis aquí para disputároslos ni confirmároslos. Entretanto, como no conozco esos derechos, creo poder encargarme de hacer respetar estas dos santas agonías.

—¡Desgraciado! exclamé, ¡no sé qué me contiene para no hacerte pedazos! ¿Qué abominable capricho te impele á clavarme veinte veces el puñal en el pecho? ¿Crees tú que sobreviviré á mi desgracia? ¿No sabes que tres féretros saldrán juntos de esta casa? ¿Crees tú que vengo á buscar aquí otra cosa que la última mirada y la última bendición?

—Decid más bien, el último *perdón*, contestó el abate con gesto inexorable y terrible.

—Digo que estais loco, exclamé, y que si no fueseis sacerdote, os destrozaria con mis manos, por la manera con que me hablais.

—Os temo poco, me replicó. Quitarme la vida,

sería hacerme un gran servicio; pero dueleme en el alma que confirmeis con vuestras amenazas y con vuestra cólera las acusaciones que pesan sobre vuestra cabeza. Si os viese inclinado al arrepentimiento, lloraria con vos; pero vuestra serenidad me causa horror. Hasta ahora no había visto en vos más que un loco furioso; hoy creo ver un malvado.—¡Retiraos!

Caí sobre un sillón sofocado de rabia y de dolor. Creí por un momento que me iba á morir. ¡De un lado veía á Edmunda espirante, y en frente de mi un juez en quien obraba tal convicción, que de dulce y tímido que era por naturaleza, se había convertido en duro é implacable! La pérdida de la que tanto amaba me precipitaba hacia el deseo de la muerte; pero la acusación horrible que pesaba sobre mí despertaba mi energía.

No podía creer que semejante acusación pudiera prevalecer un instante contra el acento de la verdad, é imaginábame que bastaria una mirada y una palabra mia para destruirla; pero sentíame tan consternado, tan profundamente herido, que no podia echar mano de este medio de defensa, y cuanto más me abrumaba el oprobio de la sospecha, tanto más comprendía que es casi imposible defenderse con buen éxito cuando solo se cuenta con el orgullo de la inocencia desconocida.

Me quedé como anonadado sin poder proferir una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

palabra. Me parecia que una bóveda de plomo pesaba sobre mi cráneo. Volvióse á abrir la puerta, y la dueña Leblanc, aproximándose con aire indioso y altivo, me dijo que una persona que estaba en la escalera deseaba hablarme. Salí maquinalmente y hallé á Paciencia que me esperaba con los brazos cruzados, en su actitud mas austera y con una expresión en el rostro que me hubiera infundido respeto y temor, si hubiese sido culpable.

—M. de Mauprat, dijo, es necesario que tenga con vos una conferencia particular; ¿quereis venir á mi casa?

—Si, lo quiero, contesté. Soportaré todas las humillaciones, con tal que sepa lo que quieren de mí, y por qué se complacen en ultrajar al mas desgraciado de los hombres. Marcha, Paciencia, y despachemos pronto, porque tengo prisa de volver aquí.

Paciencia echó á andar delante de mi con aire impasible, y cuando llegamos á su casita vimos á mi pobre sargento que acababa de llegar también aceleradamente.

No hallando caballo para seguirme había ido á pié, y tan de prisa, que estaba bañado en sudor. Levantóse, sin embargo con vivacidad, del banco en que se habia echado á la sombra de la parra, para venir á nuestro encuentro.

—¡Paciencia!—exclamó con tono tan dramático que me hubiera sido posible tener una ráfaga de alegría

en semejantes momentos ¡viejo loco!... ¿Calumniador á vuestra edad?...

Paciencia, siempre impasible, se encojió de hombros y dijo á su amigo:

—Marcasse, no sabeis lo que decís. Id á descansar al fin del jardin. Nada teneis que hacer aquí. Idos, yo lo mando, añadió empujándole con la mano con una autoridad á la cual el sargento, aunque altivo y quisquilloso, cedió por instinto y por costumbre.

Cuando nos vimos solos, Paciencia entró en materia á fin de obtener más pronto el esclarecimiento de lo que pasaba á mi alrededor.

—¿Quereis decirme, me preguntó, lo que pensais hacer ahora?

—Pienso permanecer en el seno de mi familia, contesté, en tanto que conserve una familia, y cuando no la tenga, lo que he de hacer no interesa á nadie.

—¿Y si os dijeran, replicó Paciencia, que no podiais quedaros en el seno de vuestra familia sin causar la muerte á uno ó á otro de sus individuos, os obstinareis en quedaros?

—Si me convencieran de que así sucedería, respondí, no me presentaría delante de ellos; esperaría en el umbral de su puerta, ó el último dia de su vida ó el de su restablecimiento, para pedirles un cariño que no he cesado de merecer.

—¡Hola! ¡hola! ¿eso pedís? dijo Paciencia con son

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

risa de desprecio. ¡No lo hubiera creido! Por lo demás, estoy satisfecho; esto es ya más claro.

—¿Qué quereis decir? ¡exclamé, hablad, miserable, explicaos!

—Aquí no hay más miserable que vos, contestó friamente sentándose sobre su único escabel, mientras que yo permanecia de pie delante de él.

Queria á toda costa que se explicase. Me contuve y hasta fué tal mi humildad, que dije que escucharía un buen consejo, si consentía en repetirme las palabra que Edmunda habia pronunciado inmediatamente después del suceso, y las que todavia pronunciaba en las horas de delirio.

—No, á fe mia, contestó Paciencia con aspereza, no sois digno de oir una sola palabra, y no seré yo quien os la diga. ¿Por ventura teneis necesidad de saberlas? ¿Esperais poder ya ocultar nada á los hombres? Dios os ha visto: no hay secretos para Él. Marcháos; permaneced en la Roca de Mauprat, estad tranquilo, y cuando muera vuestro tio y se arreglen vuestros asuntos, abandonad el país, y si quisiera creerme, deberíais abandonarlo desde ahora mismo. No quiero que se os persiga, á menos que me obligueis á ello con vuestra conducta. Pero hay otros que tienen, sino la certidumbre, al menos la sospecha de la verdad. Antes de dos dias, una palabra dicha por casualidad en público, la indiscreción de un criado, cualquiera pueden despertar la atención de la justicia, y de aquí al cadalso, cuando uno es culpable, no hay más que un paso. No os aborrezco; lejos de eso soy todavía vuestro amigo; admitid, pues, este consejo que, según habeis dicho, estábais dispuesto á escuchar; alejaos, ó manteneos oculto y preparado á huir. No quiero vuestra pérdida, ni Edmunda tampoco... ¿Entendeis?

—Sois un insensato en creer que admitiria semejante consejo. ¡Ocultarme yo! ¡huir yo como un criminal! no penseis en eso. Desafío á todo el mundo. No sé qué furor y qué odio os impelen contra mí: no sé por qué quereis impedirme que vea á mi tio y á mi prima. Pero desprecio vuestras locuras: mi puesto está aquí, y no me apartaré de él sino por orden formal de mi prima ó de mi tio, y aun así será preciso que escuche esta orden de su propia boca, porque no haré caso de ninguna que me sea comunicada por un extraño. Así, pues, os agradezco vuestra prudencia, M. Paciencia; tengo bastante con la mia. Quedaos con Dios.

Disponíame á salir de la cabaña, cuando se lanzó delante de mí, y por un momento le ví inclinado á emplear la fuerza para contenerme. A pesar de su edad avanzada, á pesar de mi grande estatura y fuerzas atléticas, hallábase todavía capaz de sostener una lucha de este género tal vez con ventaja. Pequeño, rechoncho, ancho de espaldas, era un Hércules.

Detúvose, sin embargo, en el momento de levantar el brazo sobre mí, y cediendo á uno de esos accesos

de viva sensibilidad á que estaba sometido en los instantes del mayor enojo, me miró con aire enternecido y me habló con dulzura:—¡Desgraciado! me dijo, ¡tú, á quien he amado como á un hijo, pues te consideraba como hermano de Edmunda, no corras á tu pérdida!

¡Te lo suplico en nombre de aquella á quien has asesinado, y á quien amas todavía, lo sé, pero á quien ya no puedes volver á ver! ¡Créeme! tu familia, ayer todavía un bajel soberbio cuyo gobierno te estaba encomendado, es hoy un barco desmantelado sin velas ni piloto; es menester que los grumetes hagan la maniobra, como dice el amigo Marcasse; pues bien, mi pobre náufrago, no os obstineis en ahogaros; os alargo el cable, cogedlo; si dejais pasar un dia mas, será demasiado tarde. Pensad que sí la justicia se apodera de vos, el que hoy procura salvaros, se verá obligado á acusaros y á condenaros mañana. No me forceis á hacer una cosa cuyo solo pensamiento me arranca lágrimas. Bernardo, habéis sido amado, vivís todavía hoy en lo pasado...

Dí rienda suelta á mi llanto, y el sargento, que entró en aquel instante, se puso á llorar también y á suplicarme que me volviese á la Roca de Mauprat. Pero bien pronto recobré mi energía y rechazándoles, le dije:—Sé que sois unos hombres muy buenos y generosos y que me amais mucho, supuesto que, juzgándome manchado con un crimen atroz, pensais

todavía en salvarme la vida. Pero tranquilizaos, amigos mios, estoy puro de ese crimen, y deseo por el contrario que se hagan indagaciones que no dudeis me absolverán. Debo á mi familia el vivir hasta que mi honor sea rehabilitado. Después, si soy tan desgraciado que vea perecer á Edmunda, como no tengo á quien amar en el mundo, me levantaré la tapa de los sesos. ¿Por qué me he de apurar? Yo no tengo apego á la vida. Haga Dios dulces y serenas las últimas horas de aquellos á quienes seguramente no sobreviviré, y esto es todo lo que pido.

Paciencia meneó la cabeza con aire triste y descontento. Estaba tan convencido de mi crimen, que todas mis negativas me enajenaban su compasión. Marcasse continuaba amándome, pero yo no tenía más garantia de mi inocencia que yo solo en el mundo.

—Si volveis al castillo, exclamó Paciencia, vais á jurar aquí no entrar en la alcoba de vuestra prima ó de vuestro tio sin la autorización del abate.

—Juro que estoy inocente, contesté, y que no me dejaré convencer de crimen por nadie. ¡Atrás los dos! dejadme. Paciencia, si creeis que es vuestro deber denunciarme, hacedlo; lo único que deseo es que no se me condene sin oirme: prefiero el tribunal de las leyes al de la opinión.

Me lancé fuera de la cabaña y volví al castillo. Sin embargo, no queriendo promover un escándalo delante

de los criados, y conociendo que no se me podria ocultar el verdadero estado de Edmunda, me encerré en el cuarto en que generalmente habitaba.

Pero en el momento de salir, á la caida de la tarde, para adquirir noticias de los dos enfermos, la dueña volvió á decirme que me esperaban afuera. Observé en su semblante una doble expresión de satisfacción y de miedo. Comprendí que venian á prenderme, y adiviné (lo cual era verdad) que la dueña Leblanc me habia delatado. Me asomé á la ventana y ví en el patio á los soldados de la marechausée.

—¡Cómo ha de ser! exclamé, ¡Cúmplase mi destino!

Pero antes de abandonar, quizás para siempre, aquella casa donde dejaba mi alma, quise volver á ver á Edmunda por la última vez. Me dirigí á su estancia. La dueña quiso impedirme la entrada, pero la empujé tan bruscamente, que cayó en tierra y creo que se lastimó un poco. Alborotó la casa con sus gritos, y más tarde armó gran ruido, en los debates, con lo que llamaba una tentativa de asesinato en su persona.

Entré, pues, en el aposento de Edmunda y hallé en él al abate y al médico. Escuché silencioso lo que este decia. Supe que las heridas no eran mortales por sí mismas, si una violenta excitación de cerebro no complicaba el mal y hacia temer el tétano. Esta palabra cayó sobre mí como una sentencia de muerte, pues habia visto en América morir muchas personas de esta terrible enfermedad, á consecuencia de las heridas recibidas en la guerra. Me aproximé al lecho. El abate estaba tan consternado que no pensó siquiera en impedírmelo. Cogí la mano de Edmunda, siempre insensible y fria, la besé por última vez y sin decir una sola palabra á nadie fuí á ponerme á disposición de la *marechausée*.

XI

Inmediatamente fuí encerrado en la prisión del prebostazgo en la Chatre; el teniente corregidor de Issondun principió á instruir la correspondiente sumaria sobre el asesinato frustrado de la señorita de Mauprat y obtuvo permiso para publicar un edicto al dia siguiente. Dirigióse á la aldea de San Severo y á las quintas y haciendas de las cercanías al bosque del Curato, en que habia ocurrido la desgracia y recibió las declaraciones de más de treinta testigos.

Decretóse el auto de mi prisión ocho días después de mi arresto. Si hubiese tenido entonces la suficiente serenidad de espíritu, ó si alguno se hubiese interesado por mí, se habrian podido invocar enérgicamente en mi favor esta infracción de la ley y otras muchas que se cometieron en el proceso, probando con ellas que un ódio oculto presidia á las actuacio-

de los criados, y conociendo que no se me podria ocultar el verdadero estado de Edmunda, me encerré en el cuarto en que generalmente habitaba.

Pero en el momento de salir, á la caida de la tarde, para adquirir noticias de los dos enfermos, la dueña volvió á decirme que me esperaban afuera. Observé en su semblante una doble expresión de satisfacción y de miedo. Comprendí que venian á prenderme, y adiviné (lo cual era verdad) que la dueña Leblanc me habia delatado. Me asomé á la ventana y ví en el patio á los soldados de la marechausée.

—¡Cómo ha de ser! exclamé, ¡Cúmplase mi destino!

Pero antes de abandonar, quizás para siempre, aquella casa donde dejaba mi alma, quise volver á ver á Edmunda por la última vez. Me dirigí á su estancia. La dueña quiso impedirme la entrada, pero la empujé tan bruscamente, que cayó en tierra y creo que se lastimó un poco. Alborotó la casa con sus gritos, y más tarde armó gran ruido, en los debates, con lo que llamaba una tentativa de asesinato en su persona.

Entré, pues, en el aposento de Edmunda y hallé en él al abate y al médico. Escuché silencioso lo que este decia. Supe que las heridas no eran mortales por sí mismas, si una violenta excitación de cerebro no complicaba el mal y hacia temer el tétano. Esta palabra cayó sobre mí como una sentencia de muerte, pues habia visto en América morir muchas personas de esta terrible enfermedad, á consecuencia de las heridas recibidas en la guerra. Me aproximé al lecho. El abate estaba tan consternado que no pensó siquiera en impedírmelo. Cogí la mano de Edmunda, siempre insensible y fria, la besé por última vez y sin decir una sola palabra á nadie fuí á ponerme á disposición de la *marechausée*.

XI

Inmediatamente fuí encerrado en la prisión del prebostazgo en la Chatre; el teniente corregidor de Issondun principió á instruir la correspondiente sumaria sobre el asesinato frustrado de la señorita de Mauprat y obtuvo permiso para publicar un edicto al dia siguiente. Dirigióse á la aldea de San Severo y á las quintas y haciendas de las cercanías al bosque del Curato, en que habia ocurrido la desgracia y recibió las declaraciones de más de treinta testigos.

Decretóse el auto de mi prisión ocho días después de mi arresto. Si hubiese tenido entonces la suficiente serenidad de espíritu, ó si alguno se hubiese interesado por mí, se habrian podido invocar enérgicamente en mi favor esta infracción de la ley y otras muchas que se cometieron en el proceso, probando con ellas que un ódio oculto presidia á las actuacio-

nes. En todo el curso del proceso, una mano invisible lo dirigió todo con una celeridad y un rigor implacables.

La primera instrucción no produjo más que un sólo cargo contra mí: el de la dueña Leblanc. Mientras que todos los cazadores declararon que no sabían nada, ni tenían ningún motivo para considerar este accidente como un asesinato voluntario, la dueña, que me odiaba hacía ya mucho tiempo por ciertas burlas que me había permitido respecto de ella, y que además estaba ganada, como se supo después, declaró que Edmunda, al salir de su primer desmayo, estando ya sin calentura y en su cabal juicio, le había confiado, encargándole que guardara el secreto, que había sido insultada, amenazada, derribada de su caballo, y en fin, asesinada por mí. Esta infame mujer, apoderándose de las revelaciones que Edmunda había hecho durante su delirio, compuso con bastante habilidad una relación completa, y la embelleció con todas las riquezas de su odio. Desnaturalizando las palabras vagas y las impresiones delirantes de su ama, afirmó bajo juramento que Edmunda me había visto dirigir el cañón de mi carabina contra ella, diciendo: «Te lo he prometido, no morirás sino á mis manos.»

Interrogado San Juan en aquel mismo día, declaró no saber nada más que lo que la señorita Leblanc le había contado, y su relación fué exactamente conforme con la declaración precedente. San Juan era un

hombre honrado, pero frío y pusilánime. Celoso de la puntualidad, no omitió ningún pormenor ocioso que podía ser mal interpretado contra mí. Aseguró que yo había sido siempre extravagante, camorrista, caprichoso; que estaba sujeto á males de cabeza durante los cuales no me conocía; que acometido muchas veces de crisis nerviosas, había hablado de sangre y de muerte á una persona que yo creía ver siempre; en fin, que tenía un carácter tan violento que era «capaz de tirar cualquiera cosa á la cabeza del primero que se me presentase, á pesar de que no sabía »que hubiese cometido ningún exceso de este género.»

Tales son frecuentemente las declaraciones que deciden de la vida y de la muerte en materia criminal.

En cuanto á Paciencia no se le halló en el día de estas indagaciones. El abate declaró que tenía ideas tan inciertas sobre el suceso, que sufriría todas las penas impuestas á los testigos rebeldes antes que explicarse sin haber adquirido informes seguros. Suplicó al juez que se le diese tiempo, prometiendo bajo su honor no sustraerse á la acción de la justicia y manifestando que podía obtener al cabo de algunos días, examinadas bien las cosas, una convicción cualquiera, en cuyo caso prometía declarar cuanto hubiese, ora fuese en mi favor, ora en contra. Fuéle concedido el plazo que solicitaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Marcasse dijo que si yo era el autor de las heridas causadas á la señorita de Mauprat, de lo cual principiaba á dudar mucho, era por lo menos autor involuntario, añadiendo que respondía de esta aserción con su honor y con su vida.

Tal fué el resultado de la primera información, que continuó repetidas veces en los dias sucesivos, y muchos falsos testigos afirmaron haberme visto hacer fuego sobre la señorita de Mauprat, después de haber intentado inútilmente que cediese á mis deseos.

Uno de los más funestos medios del antiguo procedimiento judicial era el monitorio; llamábase así una amonestación lanzada á manera de predicación por el obispo y proclamada por todos los curas á los feligreses de su parroquia, intimándoles á que indagasen y revelasen todos los hechos que pudiesen llegar á su conocimiento sobre el crimen que se perseguía.

Este medio era un reflejo modificado del principio inquisitorial que reinaba más abiertamente en otros paises. Las mas de las veces, el monitorio instituido por otra parte para perpetuar en nombre de la religión, el espíritu de delación, era una obra maestra de atrocidad ridícula; suponíase en ella frecuentemente el crímen y todas las circunstancias imaginarias que la pasión de los querellantes tenía necesidad de probar; era la publicación de un tema dado sobre el cual podía deponer falsamente el primer pícaro que llegaba, incitado por el cebo de la ganancia que á los delatores se prometía..... El monitorio tenía por efecto inevitable, cuando su redacción era parcial, levantar contra el acusado el ódio público.

Los devotos sobre todo, recibiendo sus inspiraciones, del clero, perseguian á la víctima con encarnizamiento, y esto fué precisamente lo que sucedió respecto de mí, tanto más, cuanto que el clero de la provincia representó además otro papel oculto que estuvo á punto de decidir de mi suerte.

El proceso, elevado al tribunal criminal de la bailía de Burges, se instruyó en muy pocos dias.

Ya podeis imaginaros la sombría desesperación que se apoderaría de mí. Edmunda se hallaba en un estado cada vez más deplorable, pues su razón estaba completamente estraviada. Nada temía yo del resultado del proceso; no pensaba que fuera posible siquiera convencerme de un crimen que no había cometido; pero, ¿qué me importaban el honor y la vida si Edmunda no debía recobrar la facultad de rehabilitarme respecto de ella misma? Considerábala como muerta: ¡muerta maldiciéndome! Así, no es estraño que estuviese irrevocablemente decidido á dejarme matar tan luego como pronunciaran mi sentencia, cualquiera que ella fuese. Imponíame como un deber sufrir la vida hasta entonces, y hacer lo que fuese necesario para el triunfo de la verdad; pero estaba abrumado de tal estupor, que no procuraba informarme siquiera de lo que había de hacer. Sin la cons-

tancia y el celo de mi abogado, y sin la lealtad admirable de Marcasse, mi incuria me hubiera abandonado á la suerte más funesta. Este último, principalmente, trabajó sin descanso en mi favor, ora trayéndome frecuentes noticias de Edmunda y de mi tío, á quienes iba á ver todos los días, ora haciendo las más escrupulosas pesquisas para averiguar la verdad y probar mi inocencia.

Siempre que volvía y me contaba el resultado de sus diligencias, le estrechaba la mano con ternura, pero las más de las veces, absorto con lo que acababa de decirme acerca de Edmunda, no le oía siquiera.

La prisión en que me hallaba, antigua fortaleza de los primitivos señores de la provincia, no consistía más que en una formidable torre cuadrada, ennegrecida por los siglos y construída sobre la roca á espaldas de un desfiladero donde el Indro forma un valle estrecho, sinuoso y rico con la más hermosa vegetación. El tiempo estaba hermosísimo. Mi cuarto, colocado en lo más alto de la torre, recibía los rayos del sol naciente; jamás se presentó á los ojos de un prisionero paisaje más risueño, fresco y pastoril; pero, ¿de qué podía yo disfrutar?

Había palabras de muerte y de ultraje en todas las brisas que pasaban entre los alelíes de la muralla hendida. Cada sonido rústico, cada cántico pastoril que llegaba á mis oídos, parecían encerrar un insulto ó expresar un profundo precio á mi dolor. Hasta el balido de las ovejas me parecía la expresión del olvido y de la indiferencia.

Hacía ya algunos días que Marcasse tenía una idea fija: pensaba que Edmunda había sido asesinada por Juan de Mauprat, esto podía ser; pero como no tenía yo sobre el particular ninguna probabilidad que hacer valer, le impuse silencio desde el momento en que me habló de esto, porque no me convenía procurar disculparme á expensas de otro.

Aunque Juan de Mauprat era capaz de todo, podía suceder que jamás le hubiese ocurrido el pensamiento de cometer este crimen; y no habiendo oído hablar de él después de más de seis semanas, parecíame que hubiera sido una cobardía inculparlo. Persistí, pues, en creer que alguno de los cazadores de la batida había disparado contra Edmunda por equivocación, y que motivos de temor y de vergüenza le impedirían confesar su desgracia. Marcasse tuvo el valor de ir á ver á todos los que habían tomado parte en esta cacería y suplicarles con toda la elocuencia de que le había dotado el cielo, que no temiesen el castigo de un asesinato involuntario y que no consintieran en que pagase un inocente por ellos. Ningún resultado tuvieron todas estas diligencias, y ni una sola respuesta de los cazadores dejó á mi pobre amigo la esperanza de hallar aquí una revelación del misterio que nos envolvía.

Fuí trasladado á Burges, al antiguo castillo de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

duques de Berri, que sirvió después para prisión. No sin gran dolor tuve que separarme de mi fiel sargento, pues aunque le hubieran permitido seguirme, temia ser arrestado muy pronto por sugestión de mis enemigos, (pues persistia en creer que yo era perseguido por las artes de un odio oculto) y verse imposibilitado de servirme. Queria, pues, no perder un solo instante para continuar sus investigaciones, á lo menos mientras no le prendieran.

Dos días después de mi instalación en Burgues, Marcasse produjo un testimonio, estendido á instancia suya y á consecuencia de sus indagaciones, por dos escribanos de la Chatre, en el cual, segun las declaraciones de diez testigos, se probaba que un fraile mendicante había andado vagando en los días anteriores al del asesinato por la Várenne, que se le había visto en varios puntos y á distancias más próximas, y por último, que había hecho noche en Nuestra Señora de Pouligny la víspera del acontecimiento. Marcasse aseguraba que este fraile era Juan de Mauprat; dos mujeres declararon que habian creido reconocer en él ó á Juan ó al Zurdo de Mauprat, que se le parecia mucho. Pero este último había muerto ahogado en un estanque el día siguiente á la toma del castillo, y como por otra parte toda la población de la Chatre había visto durante el dia del trágico suceso al trapense acompañar al prior de los carmelitas en su procesión y oficios de la peregrinación á Vaudevant, lejos de serme favorables estas declaraciones causaron muy mal efecto y atrageron la odiosidad mi defensa.

El trapense pudo probar victoriosamente la coartada, y el prior de los carmelitas le ayudó á divulgar que yo era un infame impostor. No podia ser más completo el triunfo de Juan de Mauprat, y con el mayor orgullo decía que había venido á ponerse voluntariamente en manos desus jueces naturales para sufrir la pena merecida por sus faltas pasadas, y nadie se atrevia á pensar siquiera en perseguir á tan santo varon. El fanatismo que imperaba en nuestra provincia, eminentemente devota, era tal que ningun magistrado se hubiera atrevido á arrostrar la opinión pública volviéndola en contra de él. En sus declaraciones contó Marcasse la aparición misteriosa é inesplicable del trapense en la Roca de Mauprat, sus instancias para introducirse hasta donde estaban el caballero Huberto y su hija, su insolencia en ir á asustarles en sus propios aposentos, y los esfuerzos del prior de los carmelitas para obtener de mí sumas considerables en favor de este personaje.

Todas estas declaracones fueron consideradas como un cuento, porque Marcasse confesaba no haber sido testigo de ninguna de las apariciones del trapense, y el caballero y su hija no estaban en disposición de declarar la verdad. Aunque mis respuestas á los diferentes interrogatorios que sufrí confirmaron estas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

narraciones, como declaré con completa sinceridad que hacia ya dos meses que no habia vuelto á ver al trapense, y que de consiguiente no me había dado motivo alguno de inquietud ni de recelo, y como me negué por otra parte á atribuirle el asesinato, natural era que por espacio de algunos días quedase rehabilitado el trapense en la opinión pública. Sin embargo, mi poca animosidad contra él no dulcificó la de mis jueces, quienes usaron de las facultades arbitrarias que tenía la magistratura de los tiempos pasados, sobre todo en el interior de las provincias, y paralizaron todos los medios de mi abogado por medio de una precipitación feroz. Muchos personajes de toga, que no quiero designar, se entregaron para perderme á públicas declamaciones que hubieran debido hacerlos recusables ante el tribunal de la dignidad y de la moralidad humanas. Intrigaron cuanto pudieron para arrancarme las revelaciones que querían, y hasta me prometieron una sentencia favorable si confesaba á lo menos haber herido á la señorita de Mauprat por equivocación. El desprecio con que escuché tan irritantes ofertas acabó de enajenármelos. Extraño á toda intriga, en un tiempo en que la justicia y la verdad no podían triunfar sin manejos inmorales y reprobados, fuí víctima de los dos enemigos, más temibles: el clero y la toga: el primero, á quien había ofendido en la persona del prior de los carmelitas, y la segunda, que me odiaba á muerte á

causa de los pretendientes que Edmunda había rechazado, y que contaba en su seno al más rencoroso de todos, al personaje más eminente de la bailía.

Sin embargo, algunos hombres íntegros, á quienes casi era yo desconocido, se interesaron por mi suerte, en vista de los esfuerzos que otros hacían para atraer la odiosidad contra mí; uno de ellos, M. E***, que no carecía de influencia, pues era hermano del intendente de la provincia y se hallaba en relaciones con todos los subdelegados, me sirvió por medio de los excelentes dictámenes que emitió sobre la conveniencia de buscar mas luz en aquel enmarañado proceso.

Paciencia hubiera podido, sin querer, servir á mis enemigos, por la convicción en que estaba de mi culpabilidad; pero huyó de toda ocasión que le comprometiese á declarar, recurriendo para este efecto á su vida errante por los bosques donde no pudo ser habido. Marcasse estaba receloso de sus intenciones y no podía concebir el objeto que se llevaba con semejante conducta. Las partidas de las *marechaüssée* estaban furiosas el ver que un viejo se burlaba de ellas sin salir del rádio de algunas leguas del país. Creo que con las costumbres y la robusta constitución que este anciano tenía, hubiera podido vivir muchos años en la Varenne sin caer en sus manos y sin experimentar la necesidad de rendirse, que el tédio

y el espanto de la soledad sugieren las más veces á los mayores criminales.

XII.

Llegado el dia de los debates me presenté en ellos con calma; pero el aspecto de la multitud me entristeció profundamente, pues no tenía en ella ningun apoyo, ninguna simpatía. Parecíame que mi situación era una razón para hallar á lo menos esa apariencia de respeto que la desgracia y el estado de abandono reclaman, pero no ví en todos los semblantes mas que una brutal é insolente curiosidad.

Las mujeres del pueblo hablaban en voz alta y en mis propios oidos acerca de mi buena presencia y juventud, y muchas damas de la nobleza se presentaron en las tribunas, lujosamente ataviadas, como si hubiesen asistido á una fiesta. Gran número de capuchinos mostraban su cráneo rasurado en medio de un populacho al cual excitaban contra mí, y de cuyas apretadas filas oía salir las denominaciones de bandido, impío y bestia feroz. Los hombres á la moda del país se mecían en los bancos de honor, y hablaban de mi pasión en los términos mas indecentes é irritantes.

Yo lo oía y veía todo con la tranquilidád de un profundo hastío de la vida y como un viajero que ha

llegado al término de su carrera ve con indiferencia y cansancio las agitaciones de los que parten para un punto mas distante.

Los debates principiaron con esa solemnidad enfática que caracterizó en todos tiempos el ejercicio de las funciones de la magistratura. Mi interrogatorio fué corto á pesar del sin número de preguntas que me dirigieron sobre toda mi vida. Mis respuestas frustraron las esperanzas de la curiosidad pública y abreviaron mucho la sesión.

Me encerré en tres respuestas principales y cuyo fondo era invariable.

1.° A todas las relativas á mi infancia y educación contesté que no me hallaba en el banco de los acusados para ejercer el oficio del acusador.

2.° A las que concernian á Edmunda y á la naturaleza de mis sentimientos y relaciones con ella, dije que el mérito y la reputación de la señorita de Mauprat no permitian la menor pregunta sobre la naturaleza de sus relaciones con un hombre cualquiera; que en cuanto á mis sentimientos no debía dar cuenta de ellos á nadie.

3.° A las que tuvieron por objeto hacerme confesar mi supuesto crímen, respondí que no era siquiera el autor involuntario del accidente. Por medio de contestaciones monosilábicas entré en el pormenor de las circunstancias que habían precedido inmediatamente al suceso; pero conociendo que debía conve-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y el espanto de la soledad sugieren las más veces á los mayores criminales.

XII.

Llegado el dia de los debates me presenté en ellos con calma; pero el aspecto de la multitud me entristeció profundamente, pues no tenía en ella ningun apoyo, ninguna simpatía. Parecíame que mi situación era una razón para hallar á lo menos esa apariencia de respeto que la desgracia y el estado de abandono reclaman, pero no ví en todos los semblantes mas que una brutal é insolente curiosidad.

Las mujeres del pueblo hablaban en voz alta y en mis propios oidos acerca de mi buena presencia y juventud, y muchas damas de la nobleza se presentaron en las tribunas, lujosamente ataviadas, como si hubiesen asistido á una fiesta. Gran número de capuchinos mostraban su cráneo rasurado en medio de un populacho al cual excitaban contra mí, y de cuyas apretadas filas oía salir las denominaciones de bandido, impío y bestia feroz. Los hombres á la moda del país se mecían en los bancos de honor, y hablaban de mi pasión en los términos mas indecentes é irritantes.

Yo lo oía y veía todo con la tranquilidád de un profundo hastío de la vida y como un viajero que ha

llegado al término de su carrera ve con indiferencia y cansancio las agitaciones de los que parten para un punto mas distante.

Los debates principiaron con esa solemnidad enfática que caracterizó en todos tiempos el ejercicio de las funciones de la magistratura. Mi interrogatorio fué corto á pesar del sin número de preguntas que me dirigieron sobre toda mi vida. Mis respuestas frustraron las esperanzas de la curiosidad pública y abreviaron mucho la sesión.

Me encerré en tres respuestas principales y cuyo fondo era invariable.

1.° A todas las relativas á mi infancia y educación contesté que no me hallaba en el banco de los acusados para ejercer el oficio del acusador.

2.° A las que concernian á Edmunda y á la naturaleza de mis sentimientos y relaciones con ella, dije que el mérito y la reputación de la señorita de Mauprat no permitian la menor pregunta sobre la naturaleza de sus relaciones con un hombre cualquiera; que en cuanto á mis sentimientos no debía dar cuenta de ellos á nadie.

3.° A las que tuvieron por objeto hacerme confesar mi supuesto crímen, respondí que no era siquiera el autor involuntario del accidente. Por medio de contestaciones monosilábicas entré en el pormenor de las circunstancias que habían precedido inmediatamente al suceso; pero conociendo que debía conve-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nir á Edmunda tanto como á mí mismo callar los movimientos tumultuosos que me habían agitado, expliqué la escena, á consecuencia de la cual me había separado de ella, por una caída del caballo, y la separación por la necesidad de correr en busca del mío para escoltarla de nuevo. Todo esto no era claro ni podía serlo. Mi caballo había corrido en dirección contraria á la que yo decía, y el desórden en que me habían visto antes de que tuviese conocimiento del accidente, no estaba suficientemente esplicado por medio de una caída del caballo. Interrogábanme principalmente sobre mi excursión con Edmunda por el bosque en vez de seguir la caza como habíamos anunciado. No podían creer que nos hubiésemos estraviado, precisamente guiados por la fatalidad, ni menos, añadían, representarse á la casualidad como un ser de razon, armado de un fusil, acechando á Edmunda en la torre de Gazeau para asesinarla en el momento en que yo volviera la espalda durante cinco minutos, y deducían de aquí que yo la había arrastrado, ora fuese con artificio, ora á la fuerza, á aquel apartado lugar para violentarla y darle muerte, bien por venganza de no haber logrado mi deseo, bien por temor de ser descubierto y castigado por este crímen.

En seguida se procedió á tomar las declaraciones de los testigos de cargo y descargo. A decir verdad, no hubo más que Marcasse entre estos últimos que

pudiera considerarse como tal. Todos los demás afirmaban solamente que un fraile *que tenía todo el aire de los Mauprat* había andado errante por la Varenne en la época fatal, y que hasta había parecido ocultarse en la tarde que siguió á la desgracia, y que después no se le había vuelto á ver. Estas disposiciones que yo no había provocado y que declaré no haber invocado personalmente, me causaron mucho asombro, porque ví figurar entre estos testigos á los hombres más honrados del país; pero solo tuvieron algún peso á los ojos de M. E.*** consejero que se interesaba realmente en esclarecer la verdad, y el cual preguntó por qué no se había hecho comparecer á Juan Mauprat para ser careado con estos testigos.

Esta objeción no fue acogida sino con un murmullo de indignación. Los que no consideraban á Juan de Mauprat como un santo, no eran pocos, pero se mostraban fríos respecto de mí y solo habían concurrido para asistir á un espectáculo. El entusiasmo de los santurrones llegó á su colmo, cuando el trapense, saliendo de repente de entre la multitud y bajando su capucha de una manera teatral, se acercó resueltamente á la barra diciendo que era un miserable pecador, digno de todos los ultrajes; pero en esta ocasión, en que la verdad era un deber para todos, se consideraba como obligado á dar ejemplo de franqueza y claridad ofreciéndose él mismo á todas las pruebas que pudieran ilustrar la conciencia de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los jueces. Hubo murmullos de alegría y de ternura en el auditorio.

El trapense fué introducido en el salón del tribunal, y careado con los testigos, todos los cuales declararon que el fraile que habían visto llevaba el mismo hábito y tenía un aire de familia, una especie de semejanza lejana con este, pero que no era el mismo y que no les quedaba duda alguna sobre este particular.

El éxito de este incidente fué un nuevo triunfo para el trapense. No hubo una persona que no dijese que los testigos habían mostrado tanto candor que era difícil creer que no hubiesen visto realmente á otro trapense. En este instante me acordé que en la primera entrevista del abate con Juan de Mauprat en la fuente de los Helechos, este último le había dicho algunas palabras de un su *hermano en religión* que viajaba con él, y que había pasado la noche en la quinta de Goulets.

Creí deber comunicar esta reminiscencia á mi abogado, y fué á conferenciar en voz baja con el abate que estaba en el banco de los testigos, y que recordó muy bien esta circunstancia, sin poder añadir á ella ninguna noticia posterior.

Cuando tocó el abate su turno para hablar, dirigióse hacia mí con aire profundamente triste; sus ojos se llenaron de lágrimas y contestó á las preguntas de formalidad con turbación y voz apagada. Hizo un

grande esfuerzo sobre sí mismo para contestar en el fondo, y al fin lo verificó en estos términos:

—Hallábame en el bosque, cuando el caballero Huberto de Mauprat, me suplicó que bajase del carruaje y fuese á averiguar el paradero de su hija Edmunda, que se había separado de la cacería hacía ya mucho tiempo, por lo que estaba en la mayor inquietud y zozobra. Anduve largo trecho, y á treinta pasos de la torre de Gazeau hallé á M. Bernardo de Mauprat en un gran desorden. Acababa de oir un tiro. Ví que no tenía ya su carabina, pues la había arrojado (descargada, como se ha probado) á algunos pasos de allí. Corrimos juntos en busca de la señorita de Mauprat, á quien hallamos tendida en el suelo y atravesada por dos balazos. El hombre que nos había precedido y que estaba á su lado á la sazon, podría solo decirnos las palabras que pudo recoger de su boca, pues cuando yo la ví estaba sin conocimiento.

—Pero esas palablas, ¿no las habeis sabido puntualmente por boca de esa misma persona, dijo el presidente, existiendo, como se asegura, una amistad íntima entre vos y ese rústico instruido llamado Paciencia?

El abate vaciló y preguntó si las leyes de la conciencia no estaban aquí en contradicción con las leyes del procedimiento, si los jueces tenian derecho para exigir á un hombre la revelación de un secreto confiado á su lealtad y hacerle faltar á un juramento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Aquí habeis jurado por Jesucristo decir la verdad, toda la verdad, le contestaron; á vos toca examinar si este juramento no es más solemne que todos los que habeis podido hacer precedentemente.

—Pero si hubiese recibido esta confianza bajo el sigilo de confesión, dijo el abate, no me exhortaríais ciertamente á revelarla.

—Hace ya mucho tiempo, dijo el presidente, que no confesais á nadie, señor abate.

A esta observación imprudente apareció en el rostro de Juan de Mauprat una alegria horrorosa que me lo representó tal como en otro tiempo lo habia visto reir y gozarse con los dolores y lágrimas de sus víctimas.

El abate halló en el despecho que le causó este pequeño ataque personal la fuerza que le hubiera faltado sin él. Permaneció algunos instantes con los ojos bajos. Creyéronle humillado; pero apenas se repuso, vióse brillar en su mirada la obstinación del sacerdote.

—Considerado bien todo, dijo en tono muy dulce, creo que mi conciencia me manda callar esta revelación, y la callaré.

—Auberto, dijo el abogado con energía ¿ignorais las penas que la ley impone á los testigos que se conducen como vos lo haceis?

—No las ignoro, contestó el abate en tono mucho más dulce.

—¿Entonces vuestra intención es arrostrarlas?

—Las sufriré si es necesario, replicó el abate con una imperceptible sonrisa de orgullo y con un continente tan noble que todas las mujeres se conmovieron. Las mujeres son excelentes apreciadoras de las cosas delicadamente bellas.

—Está bien, replicó el ministerio público. ¿Persistís en ese sistema de silencio?

—Tal vez no, respondió el abate.

—¿No direis si durante los días que han seguido al asesinato de la señorita de Mauprat habeis tenido ocasión de oir las palabras que ha pronunciado, bien sea en el delirio, bien en la lucidez?

—No diré nada de eso, respondió el abate, porque repugna á mis sentimientos referir palabras que, en caso de delirio, nada probarían, y que en el de sana razón, no habrían sido pronunciadas sino en la expansión de una amistad puramente filial.

—Muy bien, contestó el abogado del Rey levantándose; requeriremos al tribunal para que delibere acerca de vuestra negativa á declarar, uniendo el incidente al protocolo.

—En cuanto á mí, dijo el presidente, entretanto, y en virtud de mi poder discrecional, ordeno que el abate Auberto sea arrestado y constituído en prisión.

El abate se dejó conducir con una tranquilidad evangélica. El público se sobrecojió de respeto, y el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más profundo silencio reinó en la asamblea, á pesar de los esfuerzos y el despecho de los frailes y de los curas que fulminaban anatemas en voz baja contra el hereje.

Después de haber depuesto todos los testigos (y debo decir que los que habían sido sobornados desempeñaron su papel muy débilmente) compareció la dueña Leblanc para coronar la obra. No pude menos de sorprenderme al ver á esta criada tan encarnizada conmigo y tan bien dirigida en su ódio. Tenía además armas muy poderosas para perjudicarme. En virtud del derecho de escuchar detrás de las puertas y sorprender todos los secretos de familia que se abrogan los lacayos, hábil por otra parte en las interpretaciones, y fecunda en mentiras, sabía y arreglaba á su gusto la mayor parte de los hechos que podía invocar para perderme.

Ella contó de qué manera, siete años antes había llegado al castillo de San Severo, acompañando á la señorita de Mauprat, á quien había yo salvado de la grosería y maldad de mis tios (y sea dicho, añadió dirigiéndose hácia Juan de Mauprat, sin hacer alusión á ese santo varón que se halla en este recinto, y que de gran pecador se ha convertido en un gran santo). ¿Pero á qué precio, continuó volviéndose hácia el tribunal salvó ese miserable bandido á mi querida ama? La había deshonrado, señores; y no ha pasado un dia desde entonces sin que la pobre señorita

no haya derramado lágrimas de dolor y de vergüenza, á causa de la violencia que había sufrido, y de la cual no podía consolarse.

Demasiado orgullosa para confiar su desgracia á nadie, y demasiado honrada para engañar á ningún hombre, rompió con M. de la Marche, á quien amaba *apasionadamente* y de quien era amada del mismo modo; rechazó todas las proposiciones de casamiento que se le hicieron durante siete años, y todo esto por punto de honor, pues por lo demás, detestaba á M. Bernardo.

En un principio quiso matarse, pues había mandado afilar un cuchillito de caza de su padre, y (ahí está M. Marcasse que puede decirlo si quiere acordarse) ya se hubiera quitado la vida indudablemente si yo no hubiese tirado ese cuchillo al pozo de la casa.

También pensaba defenderse contra los ataques nocturnos de su perseguidor, pues guardaba siempre el cuchillo, mientras lo tuvo, debajo de su almohada, corría el cerrojo á la puerta de su cuarto todas las noches, y muchas veces la ví entrar pálida y próxima á desmayarse, toda desalentada, como una persona que acaba de ser perseguida y de pasar mucho miedo. A medida que ese señor *ha adquirido educación* y modales, conociendo la señorita que no podía tener otro marido, puesto que hablaba siempre de matar á todos los que se presentasen, esperó á verlo *corregido de su ferocidad*, y le mostró mucha dul-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zura y bondad, y hasta le cuidó en su enfermedad, no porque le amase y *estimase* tanto como ha querido decir M. Marcasse en su *versión*, sino porque temió siempre que revelase en su delirio delante de los criados ó de su padre, el secreto de la afrenta que le había influido, y que ponía el mayor cuidado en ocultar por pudor y por orgullo.

Todas las señoras que estan aquí presentes deben conservar esto en la memoria. Cuando la familia fué á pasar el invierno de 77 en Paris, M. Bernardo se hizo celoso y déspota, y profirió tales amenazas de matar á M. de la Marche, que la señorita se vió en la necesidad de despedirlo. Después de esto, tuvo escenas violentas con Bernardo, le declaró que no le amaba, ni le amaria jamás. De cólera y de pesar, porque no se puede negar que estaba enamorado *como un tigre*, partió para América, y durante los seis años que pasó allá, mostróse en sus cartas *muy enmendado*. Cuando volvió, la señorita había tomado su partido de morir soltera y gozaba de la mayor tranquilidad, y M. Bernardo por su parte parecia haberse hecho un *buen muchacho*.

Pero á fuerza de verla todos los días, y de estar sin cesar apoyado sobre el respaldo de su sillón ó de devanarle las madejas de estambre, hablándole en voz baja mientras su padre dormía, volvió á enamorarse tanto, que llegó á *perder la cabeza*.

No quiero acusarle demasiado: bastante desgracia

do es, y creo que más merece estar en una casa de locos que subir al cadalso. Casi todas las noches se le oía rugir como un león y escribía á la señorita unas cartas *tan bestiales*, que ella las leía sonriéndose y las guarbaba en el seno sin contestarlas. Por lo demas, he aquí una que hallé en su poder al desnudarla después del desgraciado acontecimiento; está agujereada de un balazo y manchada de sangre; pero todavía se puede leer lo bastante para conocer que *M. Bernardo* tenía frecuentemente la intención de matar á la *señorita*.

Diciendo esto, depositó sobre la mesa del tribunal un papel medio quemado y ensangrentado, que produjo en los concurrentes un movimiento de horror, sincero en algunos y afectado en muchos.

Antes que procedieran á su lectura, la pérfida dueña acabó su declaración con tales aserciones que no pudieron menos de turbarme profundamente, porque ya no distinguía el límite entre la realidad y la perfidia. Desde el día del accidente, añadió la dueña, la señorita ha estado siempre entra la vida y la muerte. ¡No volverá ciertamente á levantarse de la cama, á pesar de lo que digan los señores médicos!

Me atrevo á decir que estos señores, no viendo á la enfermma sino á ciertas horas, no conocen su enfermedad como yo, que no me he separado de ella una sola noche.

Creen que las heridas van bien, pero que la cabeza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

está desarreglada: pues yo digo que las heridas van mal y la cabeza mejor de lo que se dice. La señorita delira muy pocas veces, y si delira es en presencia de esos señores que la turban y amedrentan. Hace entonces tantos esfuerzos por no parecer loca, que llega á estarlo; pero apenas la dejan sola conmigo, ó con San Juan ó con el señor abate, que ha podido muy bien decir todo esto si hubiese querido, se tranquiliza y se muestra dulce, sensata como de ordinario: entonces dice que siente muchos dolores, á pesar de que delante de los médicos dice que casi no siente nada; habla de su asesino con la generosidad que conviene á una cristiana y repite cien veces al día: ¡Dios le perdone en la otra vida como yo le perdono en esta! ¡Después de todo, *preciso es amar mucho á una mujer para matarla*!

«He hecho mal en no casarme con él; tal vez me hubiera hecho feliz; pero le he arrastrado á la desesperación y se ha vengado de mí. Querida Leblanc, guárdate de revelar jamás el secreto que te confío. Una palabra indiscreta le conduciría al cadalso, y mi padre moriría de pesar.» La pobre señorita está lejos de imaginar que las cosas han llegado á este estado, y que he sido intimada por la ley y la religión á decir lo que quisiera callar. Lo que me consuela es que podrá fácilmente ocultarse todo esto al caballero, que no tiene ya la cabeza en mejor estado que un niño que acaba de nacer.

En cuanto á mí he cumplido mi deber y Dios me juzgará.

Después de haber hablado así la dueña, con completa serenidad, se sentó en medio de un murmullo de aprobación, y se procedió á la lectura de la carta hallada á Edmunda.

Era la misma que yo le había escrito pocos días antes de la desgraciada ocurrencia. Al presentárme la para su reconocimiento, no pude contenerme y la llevé á los labios para besar la mancha de sangre de Edmunda, y después dirigiendo la vista á la letra, devolví la carta declarando que era mía.

La lectura de esta carta fué mi golpe de gracia. La fatalidad que parece ingeniosa en perjudicar á sus víctimas, quiso (y tal vez una mano infame contribuyó á esta mutilación) que los pasajes que demostraban mi sumisión y mi respeto hubiesen sido destruidos, y no pudieran leerse ciertas alusiones poéticas que explicaban y escusaban las divagaciones exaltadas.

Lo que más resaltó y se apoderó de todas las convicciones, fueron las líneas que quedaron intactas y que demostraban la violencia de mi pasión y el arrebato de mis delirios. He aquí las frases que podían leerse clara y distintamente: «¡Algunas veces he sen»tido deseos de levantarme á media noche é ir á ma»taros! Lo hubiera hecho ya cien veces, si hubiese es»tado seguro de que no os amaría después de muerta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Compadecedme, porque hay en mí dos hombres »y algunas veces el bandido de otro tiempo impera »sobre el nuevo hombre, etc.» Una sonrisa de pérfida atisfacción asomó á los labios de mis enemigos. Mis defensores casi cesaron de compadecerme, y mi pobre sargento me miró con aire de terrible incertidumbre. El público me había ya condenado.

Después de este incidente, el abogado del rey tuvo ancho campo en que espaciarse, fulminando contra mí una tremenda acusación en la cual me presentó como un perverso incurable, como vástago de un tronco maldito, como un ejemplo de la fatalidad de los malos instintos; y luego que se esforzó en hacer de mí un objeto de horror, de espanto, quiso, para darse cierto aire de imparcialidad y de generosidad, provocar en mi favor la compasión de los jueces: quiso probar que yo no era dueño de mí mismo, que mi razón, trastornada desde la infancia con espectáculos atroces y principios de perversidad, no estaba completa, ni hubiera podido estarlo jamás, cualesquiera que hubiesen sido las circunstancias y el desarrollo de mis pasiones. En fin, después de haber hecho una vana ostentación de sus conocimientos en la filosofía y la retórica, con gran placer de los concurrentes, concluyó pidiendo contra mí la pena de interdicción y reclusión perpétua.

A pesar de que mi abogado era hombre de mucho talento y habilidad forense, quedó tan sorprendido

con la lectura de la carta, hallábase el auditorio tan mal dispuesto en mi favor, daba el tribunal públicamente tales muestras de incredulidad é impaciencia al escucharle (costumbre indecorosa que se ha perpetuado en los asientos de la magistratura de este país) que su defensa no pudo menos de ser floja y pálida.

Lo único que se atrevió á pedir con energía fué un suplemento de instrucción, quejándose de que no se hubiesen llenado todas las formalidades, de que la justicia no hubiese aclarado suficientemente todas las partes del proceso y de que se instruyese con tanta precipitación una causa en la que muchas de sus circunstancias estaban todavía envueltas en el misterio.

Reclamó la comparecencia de los médicos para que dijesen si la señorita de Mauprat se hallaba en estado de declarar. Demostró que la más importante, la única importante declaración, era la de Paciencia, y que este podía presentarse el día menos pensado y disculparme. Pidió en fin, que se practicasen las diligencias necesarias hasta dar con el fraile mendicante, cuya semejanza con los Mauprat no había sido todavía explicada, y sí confirmada por testigos que merecían fé. Consideró necesario averiguar el paradero de Antonio de Mauprat y exigir al trapense explicaciones sobre este particular. Lamentóse altamente de que se le hubiese privado de todos estos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

medios de defensa negándole los plazos necesarios, y no le faltó valor para decir que había malas pasiones interesadas en la marcha obscura y rápida de los procedimientos. El presidente le llamó al órden; el abogado del Rey replicó victoriosamente que se habían llenado todas las formalidades, que el tribunal estaba suficientemente ilustrado, que el practicar diligencia alguna en busca del fraile mendicante era una puerilidad de mal gusto y que Juan de Mauprat había probado la muerte de su último hermano, acaecida muchos años antes. Los jueces se retiraron para deliberar, y al cabo de media hora volvieron á entrar y pronunciaron contra mí una sentencia que me condenaba á la pena capital.

XIII.

Aunque la prontitud y la severidad de esta sentencia fuesen una cosa inícua y que llenó de estupor hasta á mis más encarnizados enemigos, yo recibí el golpe con la mayor calma. Nada había ya en el mundo que pudiera interesarme; encomendé á Dios mi alma y le pedí la rehabilitación de mi memoria, diciéndome interiormente que si Edmunda moría, la encontraría en otro mundo mejor; que si me sobrevivía y recobraba la razón, llegaría un día para el

esclarecimiento de la verdad, y que entonces viviría en su corazón como un recuerdo querido y doloroso. Irritable por naturaleza, y siempre dispuesto á enfurecerme contra todo lo que pueda servirme de obstáculo ú ofensa, me admiro de la resignación filosófica que he hallado siempre en las grandes vicisitudes de mi vida, y sobre todo en esta.

Eran las dos de la mañana, y hacía catorce horas que duraba la audiencia. Un silencio de muerte reinaba en la asamblea, que estaba tan atenta y era tan numerosa, como al principio; ¡que á tal punto son los hombres ávidos de espectáculos! El que presentaba el salón del tribunal en aquel instante era lúgubre.

Aquellos hombres de ropaje encarnado, tan pálidos, tan absolutos, tan implacables como el consejo de los Diez en Venecia; aquellos espectros de mujeres adornadas de flores, mujeres á quienes la rápida claridad de los blandones hacía asemejarse á los recuerdos de la vida, flotando en las tribunas por encima de los sacerdotes de la muerte, los mosquetes de la guardia brillando en la sombra cerca de la puerta, la actitud dolorosa de mi pobre sarjento, la alegría muda del trapense, siempre de pié y sin cansarse al lado de la barra, y el tañido lúgubre de la campana de un convento inmediato que empezó á tocar maitines en medio del silencio de la asamblea, eran motivos suficientes para atacar los nervios de las mujeres de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

medios de defensa negándole los plazos necesarios, y no le faltó valor para decir que había malas pasiones interesadas en la marcha obscura y rápida de los procedimientos. El presidente le llamó al órden; el abogado del Rey replicó victoriosamente que se habían llenado todas las formalidades, que el tribunal estaba suficientemente ilustrado, que el practicar diligencia alguna en busca del fraile mendicante era una puerilidad de mal gusto y que Juan de Mauprat había probado la muerte de su último hermano, acaecida muchos años antes. Los jueces se retiraron para deliberar, y al cabo de media hora volvieron á entrar y pronunciaron contra mí una sentencia que me condenaba á la pena capital.

XIII.

Aunque la prontitud y la severidad de esta sentencia fuesen una cosa inícua y que llenó de estupor hasta á mis más encarnizados enemigos, yo recibí el golpe con la mayor calma. Nada había ya en el mundo que pudiera interesarme; encomendé á Dios mi alma y le pedí la rehabilitación de mi memoria, diciéndome interiormente que si Edmunda moría, la encontraría en otro mundo mejor; que si me sobrevivía y recobraba la razón, llegaría un día para el

esclarecimiento de la verdad, y que entonces viviría en su corazón como un recuerdo querido y doloroso. Irritable por naturaleza, y siempre dispuesto á enfurecerme contra todo lo que pueda servirme de obstáculo ú ofensa, me admiro de la resignación filosófica que he hallado siempre en las grandes vicisitudes de mi vida, y sobre todo en esta.

Eran las dos de la mañana, y hacía catorce horas que duraba la audiencia. Un silencio de muerte reinaba en la asamblea, que estaba tan atenta y era tan numerosa, como al principio; ¡que á tal punto son los hombres ávidos de espectáculos! El que presentaba el salón del tribunal en aquel instante era lúgubre.

Aquellos hombres de ropaje encarnado, tan pálidos, tan absolutos, tan implacables como el consejo de los Diez en Venecia; aquellos espectros de mujeres adornadas de flores, mujeres á quienes la rápida claridad de los blandones hacía asemejarse á los recuerdos de la vida, flotando en las tribunas por encima de los sacerdotes de la muerte, los mosquetes de la guardia brillando en la sombra cerca de la puerta, la actitud dolorosa de mi pobre sarjento, la alegría muda del trapense, siempre de pié y sin cansarse al lado de la barra, y el tañido lúgubre de la campana de un convento inmediato que empezó á tocar maitines en medio del silencio de la asamblea, eran motivos suficientes para atacar los nervios de las mujeres de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

arrendadores generales, y hacer latir los anchos pechos de los más fornidos herreros.

De repente y en el momento en que el tribunal iba á disolverse y anunciar que se levantaba la sesión, aparece entre la multitud un hombre androjoso, descalzo, de luenga barba, desordenada cabellera, frente espaciosa y austera, mirada imponente y sombría y se dirige á la barra con reposado continente y diciendo con voz cavernosa y acompasada:—Yo, Juan Le Houx, llamado *Paciencia*, me opongo á ese juicio como inícuo en el fondo, é ilegal en la forma. Pido que se revise, á fin de que pueda prestar mi declaración, que es necesaria, decisiva tal vez, y que debia haberse oido.

—Si teneis alguna cosa que decir, exclamó el abogado del Rey con pasión, ¿por qué no os habeis presentado cuando se os ha citado? ¿Queris engañar al tribunal alegando que teneis motivos que podeis hacer valer?

—Y vos, respondió Paciencia en tono más lento y con voz más hueca que antes: ¿quereis engañar al público diciendo que no los tengo? ¡Bien sabeis que debo tenerlos!

—Testigo, pensad dónde estais, y meditad bien lo que decís y á quien hablais.

—Lo sé demasiado, y no diré una palabra de más. Declaro aquí que tengo cosas importantes que decir, y que las hubiera dicho á tiempo si no hubiéseis *violentado* éste. Quiero decirlas y las diré; y creedme, vale más que las diga ahora que todavía pueden revisarse los procedimientos. Esto importa más á los jueces que al condenado, porque este revive por el honor en el momento en que ellos mueren por la infamia.

—Testigo, dijo el magistrado, la acritud é insolencia de vuestro lenguaje serán más perjudiciales que ventajosas al acusado.

—¿Y quién os dice que soy favorable al acusado? dijo Paciencia con voz de trueno ¿Qué sabeis de mí? ¿Y si me place hacer que una sentencia ilegal y sin fuerza llegue á ser una sentencia poderosa é irrevocable?

—¿Cómo conciliar este deseo de hacer respetar las leyes (dijo el magistrado, verdaderamente perplejo por el ascendiente de Paciencia) con la infracción que habeis cometido contra ellas, no compareciendo cuando os citó el corregidor?

—Porque no quise.

—Hay penas severas contra aquellos cuya voluntad no se ajusta siempre á las leyes del reino.

—Es posible.

—¿Venís con intención de someteros hoy á ellas?

—Vengo con la de hacéroslas respetar.

—Os prevengo que si no cambiais de tono, mandaré que os encierren en una prisión.

—Os prevengo que si amais la justicia, y si servís

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á Dios, tendreis que escucharme y suspender la ejecución de la sentencia. No corresponde á quien lleva la verdad humillarse delante de los que la buscan. Pero vosotros que me ois, hombres del pueblo, de quienes los grandes no querrán sin duda burlarse, vosotros, cuya voz se llama *voz de Dios*, unios á mi, abrazad la defensa de la verdad que va á ser sofocada tal vez por desgraciadas apariencias, ó á triunfar por malos medios. Arrodillaos hombres del pueblo, hermanos, hijos mios; orad, suplicad, obtened que se haga justicia, y se reprima la cólera. Lo reclaman vuestro deber, vuestro derecho y vuestro interés á vosotros es á quienes se insulta y se amenaza cuando se violan las leyes.

Paciencia hablaba con tanto calor y sinceridad, que hubo un movimiento simpático en el auditorio. La filosofía estaba entonces demasiado á la moda entre los jóvenes de categoría para que estos no fuesen los primeros en responder á un llamamiento que, sin embargo, no se les dirigía. Levantáronse con una impetuosidad caballeresca y se volvieron hacia el pueblo, que se levantó también, arrastrado por este noble ejemplo. Hubo un clamor furioso, y cada cual, reconociendo su dignidad y su fuerza, olvidó las prevenciones personales para reunirse el derecho comun. Así, algunas veces basta un noble arranque y una palabra verdadera para congregar á las masas estraviadas por grandes sofismas.

Acordóse la suspensión, y yo fuí conducido á la prisión en medio de los aplausos. Marcasse me siguió y Paciencia desapareció, sin que yo le viese, á pesar de lo que lo deseaba para manifestarle mi agradecimiento.

La revisión de mi juicio no podía verificarse sin una orden expresa del gran consejo. Yo por mi parte estaba decidido, antes de la sentencia, á no hacer la menor gestión para obtener dicha órden; pero la acción y el discurso de Paciencia no habían obrado menos sobre mi ánimo que sobre el de los espectadores. El espíritu de lucha y el instinto de la dignidad humana, embotados y como paralizados en mí por el pesar, se despertaron repentinamente, y conocí entonces que el hombre no ha nacido para esa concentración egoista de desesperación, que se llama ó abnegación ó estoicismo.

Nadie puede abandonar el cuidado de su honor sin abandonar el respeto debido al principio del honor. Si es noble debe sacrificar su gloria personal y su vida á los misteriosos fallos de la conciencia, porque es cobardía abandonar una y otra á los furores de una injusta persecución.

Sentíme realzado á mis propios ojos y pasé el resto de aquella importante noche en buscar los medios de rehabilitarme, con tanta perseverancia cuanta había puesto en abandonarme al destino. Con el conocimiento de la fuerza sentí renacer la esperanza. Ed-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

munda no estaba tal vez ni loca ni herida mortalmente.

Podía absolverme, podía sanar. ¿Quién sabe? me decía yo, quizás me habrá ya hecho justicia, quizás sea ella quien envía á Paciencia en mi socorro: sin duda llenaré sus deseos recobrando valor y no dejándome abatir y vencer por los embaucadores y malvados.

¿Pero cómo obtendría yo esa orden del Gran Consejo? ¿Era menester un decreto del Rey; ¿quién lo solicitaría? ¿Quién apresuraría esas odiosas lentitudes que la justicia sabe emplear cuando le place, en los mismos asuntos en que se ha lanzado con una precipitación ciega? ¿Quién impediría á mis enemigos perjudicarme y paralizar todos mis medios? ¿Quién combatiría por mí en una palabra? El abate solo hubiera podido hacerlo, pero estaba preso por mi causa. Su generosa conducta en el proceso me había probado que era todavía amigo mío, pero su celo estaba encadenado. ¿Qué podía hacer Marcasse en su obscura posición y con lenguaje enigmático?

Vino la noche, y me dormí con la esperanza de un socorro celestial, porque había orado á Dios con fervor. Algunas horas de sueño me reanimaron y abrí los ojos al ruido de los cerrojos de mi puerta que descorrían por la parte de afuera. ¡Oh Dios de bondad! ¡Cuál fué mi asombro y alegría al ver á Arturo, mi compañero de armas, aquel otro yo, para quien no ha

bía tenido un secreto durante seis años, precipitarse en mis brazos! Lloré como un niño al recibir esta prueba de amor de la Providencia. Arturo no me acusaba. Había sabido en París, adonde le habían llamado los intereses científicos de la biblioteca de Filadelfia, el triste proceso en que yo estaba complicado. Había roto lanzas con cuantos me inculpaban, y no perdió un instante para venir á salvarme ó consolarme.

Mi alma hasta entonces, abrumada con un enorme peso, respiró y se explayó libremente al verme en sus brazos, y le dije lo que podía hacer en mi favor. En aquel mismo momento quiso tomar la posta para París, pero le supliqué que principiara por ir á San Severo á indagar algunas noticias de Edmunda, pues hacía ya cuatro mortales días que no sabía de ella, y por otra parte Marcasse no me las había dado tan exactas y circunstanciadas como yo hubiera querido.

—Tranquilízate, me dijo Arturo, por mí sabrás la verdad; entiendo lo bastante de cirugía y mi vista no me engaña: podré decirte á punto fijo lo que debes temer ó esperar: desde allí partiré inmediatamente á París. Al segundo día me escribió una carta larga y detallada.

Edmunda se hallaba en un estado muy extraordinario. No hablaba y al parecer no sufría, mientras se limitaban á evitarle toda especie de excitación ner-

viosa pero á la primera palabra que pudiera despertar la memoria de sus dolores, era acometida de una convulsión. El aislamiento moral en que se hallaba era el mayor obstáculos á su curación. No carecía de nada en cuanto á los cuidados físicos; tenía dos médicos muy buenos y una enfermera muy celosa. La dueña Leblanc la cuidaba también bajo este concepto con mucho interés; pero esta mujer peligrosa la hacía mucho daño con sus reflexiones impertinentes y sus preguntas indiscretas.

Arturo me aseguró además que si alguna vez Edmunda me había creido culpable y se había explicado sobre este particular, debía haber sido en una faz precedente de su enfermedad, porque desde hacía quince días por lo menos se hallaba en un estado de inercia completo. Dormitaba frecuentemente, pero nada más, digería algunos brebajes gelatinosos y jamás se quejaba; contestaba por medio de señas siempre negativas á las preguntas de los médicos sobre sus dolores; pero no expresaba con el menor gesto el recuerdo de las afecciones que habían llenado su vida.

La ternura que profesaba á su padre, ese sentimiento tan profundo y poderoso en ella, no estaba sin embargo extinguido; derramaba frecuentemente lágrimas abundantes, pero entonces parecía no oir ningún sonido; en vano era que se tratase de hacerla comprender que su padre no había muerto, como al parecer creía ella. Rechazaba con ademán suplicante no el ruido, que parecía no herir sus oidos, sino el movimiento que á su alrededor se hacía, y ocultando el rostro entre las manos, hundiéndose en su sillón y encogiendo sus rodillas hasta tocar el pecho, parecía entregada á una desesperación sin límites. Este mudo dolor que no se combatia á sí mismo, ni quería ser combatido; esta grande voluntad que había sido capaz de dominar las más violentas tempestades, era, según Arturo, el espectáculo más doloroso que jamás había contemplado, pues parecía que Edmunda había roto con la vida. La fatal dueña, para probarla y conmoverla, se había atrevido á decirle que su padre había muerto; pero Edmunda contestó con una señal de cabeza que ya lo sabía, y cuando algunas horas después quisieron los médicos hacerla comprender que su padre estaba vivo, respondió con otro signo que no lo creía.

Entonces llevaron rodando hasta su cuarto el sillón del caballero; pero ¡oh desgracia! ni el padre reconoció á su hija, ni la hija al padre; y solo al cabo de algunos instantes, tomando Edmunda á su padre por un espectro, lanzó gritos horrorosos acometida de fuertes convulsiones que, volviendo abrir una de sus heridas, hicieron temer por su vida. Desde entonces tuvo mucho cuidado en tenerlos separados y en pronunciar delante de Edmunda ninguna palabra que tuviese relación con el. Creyó que Arturo era un mé-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dico del país y le recibió con la misma dulzura é indiferencia que á los otros.

No se había atrevido aún á hablarla de mí; pero me exhortaba á que no perdiese las esperanzas, pues el estado de Edmunda nada presentaba de que no pudieran triunfar el tiempo y el reposo: tenía poca calentura, ninguna de las funciones vitales de su ser estaba realmente perturbada; las heridas casi se hallaban curadas, y no era de temer que el cerebro se desorganizase por un exceso de actividad. El abatimiento en que este órgano había caido, la postración de todos los demás órganos, no debian luchar largo tiempo, segun Arturo, contra los recursos de la juventud y el poder de una admirable constitución. Invitábame, en fin, á que pensase en mí mismo, pues aún podía ser útil á Edmunda con mis cuidados y volver á ser feliz mereciendo nuevamente su afecto y estimación.

A los quince dias volvió Arturo de París con la órden del Rey para la revisión de mi juicio. Fueron escuchados nuevos testigos.

Paciencia no se presentó, pero yo recibí de su parte un pedazo de papel con estas palabras de letra informe: *No sois culpable, esperad.* Los médicos afirman que la señorita de Mauprat podía ser interrogada sin peligro, pero que sus respuestas carecerían de sentido. Estaba bastante aliviada.

Había reconocido á su padre, y no le abandonaba

un momento: no comprendía nada que no tuviese relación con él y parecía experimentar el mayor placer en cuidarle como un niño. El por su parte reconocía tambien de vez en cuando á su hija querida; pero sus fuerzas disminuían sensiblemente.

Interrogado en uno de sus momentos lúcidos, contestó que su hija se había caído *efectivamente* del caballo en la caza, y que se había abierto el pecho contra la raiz de un árbol, que nadie había disparado contra ella, ni por equivocación, y que era preciso estar loco para creer que fuese su primo capaz de semejante crimen. Cuando le preguntaron lo que pensaba de la ausencia de su sobrino, contestó que no estaba ausente y que le veía todos los dias. Fiel al respeto que siempre tuvo á la reputación de una familia¡ay! tan comprometida, quería rechazar con mentiras infantiles las investigaciones de la justicia? Esto es lo que jamás he podido saber. Edmunda no pudo ser interrogada. A la primera pregunta que la dirigieron, se encogió de hombros y dió á entender por medio de una seña que quería que la dejasen tranquila. Uno de los jueces, insistiendo y queriendo ser más explícito, la miró fijamente y pareció esforzarse en comprenderla. Pronunció mi nombre, y Edmunda lanzó un grito terrible, cayendo enseguida desmayada.

Fué, pues, preciso, renunciar á oirla: Arturo, sin embargo, no se desanimó; al contrario, la relación de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta escena le hizo pensar que podía verificarse en las facultades intelectuales de Edmunda una crisis favorable. Volvió á partir inmediatamente y fué á instalarse en San Severo, donde permaneció muchos días sin escribirme, lo que me sumergió en una grande ansiedad.

Interrogado nuevamente el abate, persistió en sus negativas tranquilas y lacónicas.

Viendo mis jueces que no llegaban los informes prometidos por Paciencia, apresuraron más de lo que debieron la revisión de los procedimientos, dando de este modo una nueva prueba de su animosidad contra mí. El día fijado llegó. Yo estaba devorado de inquietud. Arturo me había escrito que esperara, en un estilo tan lacónico como Paciencia. Mi abogado no había podido adquirir ninguna buena prueba que hacer valer. Yo conocía que principiaba á creerme culpable. Su única esperanza era alcanzar algunas dilaciones.

XIV

El auditorio fué mucho más numeroso que la primera vez. Se reforzó la guardia de las puertas del tribunal, y la multitud invadió hasta las ventanas del castillo de Santiago Caur, hoy casa de villa. Esta vez hallábame muy turbado si bien tenía el valor y fuerza necesario para no darlo á conocer; interesábame ya el

éxito de mi causa, y como quiera que parecían no realizarse las esperanzas que había concebido, experimentaba un malestar indecible, un furor concentrado, una especie de odio contra aquellos hombres que no abrían los ojos á mi inocencia y contra el fatal destino que parecía abandonarme.

En este estado violento, hice tales esfuerzos por aparecer tranquilo, que apenas observé lo que pasaba en torno mío. Recobré mi presencia de espíritu para contestar en los mismos términos que la primera vez á mi nuevo interrogatorio.

En seguida un crespón fúnebre pareció extenderse sobre mi cabeza, un anillo de hierro me apretaba la frente, sentía un frío de hielo en mis órbitas, no veía ya más que á mí mismo, y solo oía rumores vagos é incomprensibles. No sé lo que me pasó. No sé si anunciaron la aparición que hirió mi vista repentinamente. Me acuerdo solo de que se abrió una puerta detrás del tribunal, que Arturo se adelantó sosteniendo á una mujer velada, que le quitaron el velo, después de haberla hecho sentar en un gran sillón que los hugieres rodaron hacia ella precipitadamente, y que un grito de admiración llenó el auditorio, contemplando la hermosa pálida y sublime figura de Edmunda.

En este momento olvidé á la multitud, al tribunal, mi causa y el universo entero. Creo que ninguna fuerza humana hubiera podido oponerse á mi arranque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

impetuoso. Precipitéme como el rayo en medio del salón, y cayendo á los pies de Edmunda, abracé sus rodillas con efusión. Después me dijeron que este movimiento conmovió al público y que casi todas las mujeres prorrumpieron en llanto. Los jóvenes elegantes no se atrevieron á burlarse. Los jueces se llenaron de asombro y enternecimiento. La verdad tuvo un instante de triunfo completo.

Edmunda me miró largo rato; la insensibilidad de la muerte aparecía en su semblante, y parecía que jamás podría reconocerme. La asamblea esperó en profundo silencio á que ella expresase su odio ó su afecto hacia mí. De repente principió á llorar, echó sus brazos alrededor de mi cuello, y perdió el conocimiento. Arturo mandó que se la llevaran inmediatamente, y no le costó poco trabajo hacerme volver á mi sitio, pues ya no sabía dónde estaba, ni de qué se trataba. Asido fuertemente al vestido de Edmunda quería seguirla, y solo el ascendiente que Arturo ejercía sobre mí creo que pudo obligarme á desistir de mi propósito.

Dirigiéndose entonces este generoso amigo al tribunal, pidió que certificasen sobre el estado de la enferma los médicos que la habían examinado por la mañana. Reclamó además y obtuvo que se llamase otra vez á Edmunda y se carease conmigo, luego que hubiese pasado la crisis que en aquel instante sufría.

—Esta crisis no es grave, añadió; la señorita de Mauprat ha sufrido ya muchas del mismo género en estos últimos días y durante el viaje; pero he observado que después de cada uno de estos accesos sus facultades intelectuales han adquirido un desarrollo cada vez más satisfactorio.

—Id á prestar vuestros cuidados á la enferma dijo el presidente. Dentro de dos horas se la llamará, si juzgais que este tiempo basta para poner fin á su desmayo.

Entretanto, el tribunal oirá al testigo, á cuyas instancias recibió ejecución el primer juicio.

Arturo se retiró, y Paciencia fué introducido. Iba decentemente vestido; pero después de haber dicho algunas palabras, declaró que le era imposible continuar si no se le permitía quitarse la casaca. Este ropaje prestado le incomodaba de tal modo y le parecía tan pesado, que sudaba abundantemente. Apenas esperó una señal de asentimiento acompañada de una sonrisa de desprecio que le hizo el presidente, para arrojar al suelo aquellas insignias de la civilización, y bajando con cuidado las mangas de su camisa sobre sus brazos nervudos, habló poco más ó menos en estos términos:

—Diré la verdad, toda la verdad; levanto la mano por segunda vez, porque tengo que decir cosas que se contradicen, y que no puedo explicarme á mí mismo. Juro delante de Dios y de los hombres que diré lo que sé, como lo sé, sin tener la menor prevención en favor, ni en contra de nadie.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Levantó la mano y se volvió hacia el pueblo con aire de completa confianza, como para decirle: Ya veis todos que juro, y sabeis que se me puede creer. Esta confianza de su parte no era mal fundada. Habíanse ocupado todos mucho, desde el incidente del primer juicio, de este hombre extraordinario, que había hablado delante del tribunal con tanta audacia y arengado al pueblo en su presencia. Esta conducta inspiraba mucha curiosidad y simpatía á todos los demócratas y *filadelfos*.

Las obras de Beaumarchais tenían en las clases más altas de la sociedad un éxito que basta explicar cómo Paciencia en oposición con todos los poderes de la provincia, se hallaba sostenido y aplaudido por todo el que se preciaba de tener un espíritu elevado. Cada uno creía ver en él á Fígaro bajo una forma nueva. Había cundido el rumor de sus virtudes privadas; pues ya os acordareis que durante mi permanencia en América, Paciencia se había dado á conocer á los habitantes de la Varenne, y trocado su reputación de hechicero por la de bienhechor, mereciendo que le dieran el sobrenombre de *gran juez*, porque intervenía voluntariamente en las disputas y las terminaba á satisfacción de todos con una bondad y una habilidad admirables.

Habló esta vez en tono alto y penetrante, pues su voz tenía muchas hermosas cuerdas: su gesto era ento ó animado según las circunstancias; pero siempre noble é interesante su socrática fisonomía estaba siempre llena de expresión. Poseía todas las cualidades del orador, pero no empleaba en manifestarlas ninguna vanidad. Habló de una manera clara y concisa que había adquirido necesariamente en su comercio reciente con los hombres y en la discusión de sus intereses positivos.

—Cuando la señorita de Mauprat recibió la herida, dijo, me hallaba á diez pasos de ella todo lo más. Pero el monte era tan espeso en aquel sitio que no podía ver nada á dos pasos de mí. Se habían empeñado en que saliera yo también á la cacería y formara parte de la batida, aunque solo fuese de mero espectador, pero como esta diversión no era cosa que me llamaba mucho la atención, cuando me hallé cerca de la torre de Gazeau, que he habitado por espacio de veinte años, entré en deseos de volver á ver mi antigua celda, y á ella me dirigía á pasos acelerados, cuando oí el tiro, lo cual no me asustó gran cosa, porque nada más natural que esta clase de ruidos en una batida. Pero cuando salí de la selva, es decir, cerca de dos minutos después, hallé á Edmunda (perdonadme, tengo la costumbre de llamarla así, pues la quiero como á una hija,) hallé á Edmunda arrodillada, en tierra herida, según os han dicho, y sosteniendo todavía con una de sus manos la brida del caballo que se encabritaba.

Ella no sabía si el tiro la había causado poco ó mu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cho daño, pero con la otra mano se oprimía el pecho, diciendo: ¡*Bernardo!* ¡*Esto es horroroso*! *Jamás os hubiera creído capaz de matarme. ¡Bernardo! ¿Dónde estais? venid á verme morir. ¡Matais á mi padre*! Y al decir esto, cayó completamente en tierra y soltó la brida al caballo. Entonces me precipité hácia ella, qué añadió: —¡Ah! ¿Lo h s visto, Paciencia? *No hables de ello, no digas nada á mi padre*... Alargó los brazos, se estiró su cuerpo, creí que había muerto, y no volvió á hablar hasta la noche, después de que la extrajeron las balas del pecho.

—¿Visteis entónces á Bernardo Mauprat?

—Le ví en el lugar del siniestro, cuando Edmunda perdió el conocimiento y pareció entregar el alma. Estaba como loco; creí que era el remordimiento lo que le abrumaba, le hablé con aspereza y hasta le llamé asesino. Nada contestó, y se sentó en el suelo al lado de su prima, permaneciendo allí como alelado hasta mucho tiempo después de que se la hubieron llevado. Nadie pensó en acusarle, creyendo que se había caído del caballo, que habían visto correr por la orilla del estanque, y todos creyeron que se había disparado su carabina al caer.

El abate Auberto fué el único que me oyó acusar á M. Bernardo de haber asesinado á su prima. En los días siguientes, Edmunda habló, pero no siempre en mi presencia, y además, desde este momento, tuvo casi siempre el delirio.

Sostengo que no ha confiado á nadie, y mucho menos á la dueña Leblanc, lo que pasó entre ella y M. Mauprat antes del funesto acontecimiento: tampoco me lo ha confiado á mí, y en los raros instantes en que tenía la cabeza despejada, contestaba á nuestras preguntas, que ciertamente Bernardo no lo había hecho con intención, y aun muchas veces, durante los tres primeros días, manifestó deseos de verle; pero cuando tenía la fiebre, gritaba: ¡*Bernardo*! ¡*Bernardo*! ¡*habeis cometido un gran crimen, habeis asesinado á mi padre*! Esta era su idea. Creía realmente que su padre había muerto, y lo creyó por mucho tiempo. Resulta, pues, que ha dicho muy poco que tenga valor, y que es absolutamente falso cuanto la dueña Leblanc le ha hecho decir. A los tres días cesó de pronunciar palabras inteligibles y á los ocho volvió su enfermedad á un silencio completo. Hace siete días que habiendo recobrado la razón ha despedido de su lado á la dueña, lo que puede probar muy bien alguno contra ésta.

He aquí todo lo que tengo que decir contra M. de Mauprat: á nadie más que á mí correspondía callarlo, pero como tengo todavía que decir otra cosa, he querido revelar toda la verdad.

Paciencia hizo una pausa; el auditorio, y el mismo tribunal, que principiaba á interesarse por mí y á perder la acritud de sus prevenciones, quedó como aterrado con una declaración tan diferente de la que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se esperaba. Paciencia volvió á tomar la palabra. Por espacio de muchas semanas, dijo, he estado convencido del crimen de Bernardo. Después he reflexionado mucho sobre esto, y me he dicho muchas veces que un hombre tan bueno y tan instruido como lo era Bernardo, un hombre á quien Edmunda profesaba tanta estimación, y á quien el caballero amaba como á hijo, un hombre, en fin, que tenía tan buenas ideas acerca de la justicia y de la verdad, no podía llegar á convertirse de la noche á la mañana en un malvado.

Además, se me ha ocurrido la idea de que bien podía suceder que fuese algun otro Mauprat quien disparó el tiro. No hablo del trapense, añadió buscando en el auditorio á Juan de Mauprat, el cual no se hallaba allí; hablo del otro cuya muerte no ha podido probarse todavía, á pesar de que el tribunal haya juzgado conveniente pasar adelante y creer á Juan de Mauprat bajo su palabra.

—Testigo, dijo el presidente, debo advertiros que no habeis venido aquí ni para servir de abogado al acusado, ni para revisar los fallos del tribunal. Debeis decir solamente lo que sepais del hecho, y no lo que prejuzgais del fondo del proceso.

—Bien está, replicó Paciencia, pero es menester, sin embargo, que diga por qué no he querido declarar la primera vez contra Bernardo, no pudiendo suministrar más que pruebas contra él, y no teniendo fé en estas mismas pruebas.

—Ahora no se os pregunta eso; no os separeis de vuestra declaración.

—Un instante: necesito defender mi honor y explicar mi propia conducta, si me lo permitís.

—No sois el acusado y no ha lugar á que defendais vuestra propia causa. Si el tribunal juzga que debe procesaros por vuestra desobediencia, entonces podreis pensar en defenderos, pero no es esto de lo que se trata ahora.

—Trátase de hacer saber al tribunal si soy un hombre de bien ó un testigo falso, y, perdonadme que os lo diga, esto importa alguna cosa en el proceso; la vida del acusado depende de esto, y el tribunal no puede mirarlo con indiferencia.

—Hablad, dijo el abogado del Rey, y tratad de guardar el respeto que debeis al tribunal.

—No es mi ánimo ofender al tribunal, replicó Paciencia; digo solamente que un hombre puede sustraerse á las órdenes del tribunal por razones de conciencia, que el tribunal puede condenar legalmente, pero que cada juez en particular puede comprender y escusar. Digo, pues, que no he tenido aquella convicción íntima que es necesaria para considerar culpable á Bernardo de Mauprat; solo mis oidos lo sabian, y esto no era bastante para mí. Disimuladme, señores, yo también soy juez. Informaos de mí. En mi aldea me llaman el *gran juez*. Cuando mis conciudadanos me piden que falle sobre una dis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puta de taberna, ó sobre el límite de un campo, no atiendo tanto á lo que ellos me dicen, como á mi propio convencimiento, que procuro formar, no solo escuchando á las partes interesadas, sino recogiendo todos los datos que puedan demostrar la verdad ó falsedad de sus aseveraciones é indicarme á quien corresponde la razón. Así es que no pudiendo creer que Bernardo fuese un asesino, y habiendo oido asegurar, á más de diez personas, que considero incapaces de un falso juramento, que *un fraile parecido á los Mauprat* había recorrido el país, habiendo yo mismo visto á este fraile, aunque de espaldas, pasar por Pouligny el día del acontecimiento, he querido averiguar si estaba en la Varenne, y he sabido que en efecto lo estaba todavía; es decir que después de haberla abandonado, había vuelto á ella en los días en que se celebró el juicio del mes último, y lo que es más aún, que tenía mucha intimidad con Juan de Mauprat.

¿Quién es, pues, este fraile? me decía yo; ¿por qué su figura causa tanto miedo á los habitantes del país? ¿Qué hace en la Varenne? ¿Si es del convento de los carmelitas, por qué no lleva el hábito de esta orden? ¿Si pertenece á la de Juan, por qué no está hospedado con él en el convento de los carmelitas? Si es mendicante, ¿por qué después de haber hecho su colecta, no se marcha más lejos en vez de volver á importunar á las mismas personas que le dieron el día anterior? ¿Si es trapense y no quiere quedarse en el

convento de los carmelitas con su compañero, por qué no se vuelve á su monasterio? ¿Quién es ese fraile vagabundo? ¿Por qué Juan de Mauprat, que ha dicho á muchas personas que no le conocía, le conoce tan bien que almuerzan de vez en cuando juntos en una taberna de Crevent? Entonces quise prestar mi declaración, por más que pudiera perjudicar en parte á Bernardo, á fin de tener el derecho de decir lo que os digo, aún cuando esto no sirviese para nada. Pero como vosotros no dais jamás tiempo á los testigos para que procuren ilustrarse sobre lo que tienen que creer, me volví al punto á mis bosques en donde viví á la manera de los zorros, prometiendo no salir de allí hasta que descubriese lo que ese fraile hace en el país. Púseme, pues, á seguirle la pista, y he descubierto lo que es, es: el asesino de Edmunda de Mauprat, llamado Antonio de Mauprat.

Esta revelación causó un gran movimiento en el tribunal y en el auditorio. Todos principiaron á buscar con la vista á Juan de Mauprat, cuya figura no apareció entre la multitud.

—¿Cuáles son vuestras pruebas? dijo el presidente.

—Voy á presentarlas, respondió Paciencia. Sabiendo por la tabernera de Crevent, á quien he tenido ocasión de hacer algunos favores, que los dos trapenses almorzaban en su casa de vez en cuando, como ya he dicho, fuí á hospedarme á media legua de allí en una ermita, que está abandonada en medio de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los bosques y que no es otra cosa que una caverna abierta en la peña viva, en la cual hay una gran piedra para sentarse y nada más. Allí pasé dos días manteniéndome de raices y algún pedazo de pan que me llevaban de vez en cuando de la taberna. Al tercer día vino á avisarme el muchacho que tenía de criado la tabernera, que los dos frailes iban á sentarse á la mesa.

Corrí allá y me oculté en una bodega que caía al jardín. La puerta de esta bodega está bastante oscura á causa de la sombra que le presta un manzano, bajo cuya frondosa copa se pusieron á almorzar los reverendos. Juan era sóbrio, el otro comía como un carmelita y bebía como un franciscano. Oí y ví todo á mi satisfacción.—Ya es tiempo de que esto concluya, decía Antonio, á quien reconocí muy bien, viéndole beber y oyéndole jurar; estoy cansado del oficio que me obligas á desempeñar. Dame asilo en el convento de los carmelitas, ó canto de plano.

—¿Y qué puedes confesar que no te conduzca á la rueda, *pedazo de animal*? le contestó Juan; está seguro de que no pondrás el pié en el convento de los carmelitas; me importa poco verme complicado en un proceso criminal, porque á las tres horas te delataría.

—¿Por qué, pues, les haces creer que eres un santo?

—Yo soy capaz de conducirme como un santo, y tú te conduces como un imbécil.

—Dime, *Nepomuceno*, ¿esperas por ventura salir bien librado si llegan á formarme una causa criminal?

—¿Quién sabe? respondió el trapense, yo no he tomado parte en tus locuras, ni aconsejado nada de ese género.—¡Ja! ¡Ja! ¡miren el santo apostol!, exclamó Antonio riéndose á carcajadas y recostándose en la silla, ahora que la cosa está hecha te muestras tan santurrón. Siempre fuiste cobarde, y á no haber sido por mí, no habrías imaginado jamás cosa mejor que hacerte trapense, para fingir devoción, y venir en seguida á pedir la absolución de lo pasado, á fin de tener el derecho de sacar un poco de dinero á los *Rompecabezas* de San Severo. ¡Bella ambicion á fé mia! ¡morir bajo una capucha, despues de haberse mortificado toda su vida, y no haber gustado más que la mitad de todos los placeres, ocultándose como un topo! ¡Vete, vete, cuando hayan colgado al gentil Bernardo, cuando la hermosa Edmunda haya muerto y cuando el viejo *Rompecabezas* haya entregado sus huesos á la tierra, cuando heredemos, en fin, esa rica fortuna, verás que es un magnífico golpe haberse desembarazado de tres á un tiempo! Bien sé que me costará á mí el hacerme un poco el devoto, á mí que no tengo costumbres frailunas y que no sé llevar el hábito; pero lo ahorcaré y me contentaré con edificar una capilla en la Roca de Mauprat y comulgar en ella cuatro veces al año.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Todo lo que has hecho es una bestialidad y una infamia!

—¡Hola! no hables de infamia, mi noble hermano, ó te hago tragar esta botella tapada.

—Digo que es una bestialidad, y que si sales bien, debes encender un cirio á la Virgen, y si sale mal, yo me lavo las manos, lo entiendes? Cuando oculto en el retrete secreto del castillo, oí á Bernardo contar á su criado después de cenar, que estaba enamorado de la bella Edmunda, te dije al salir de mi escondite que se podia dar un buen golpe de mano; y tú, como un bruto, tomaste el asunto tan al piè de la letra, que has ido, sin consultarme y sin esperar un momento favorable, á ejecutar una cosa que exigia ser reflexionada y pesada.

—¿Y dónde hubiera hallado, alma de liebre, ese momento favorable? *La ocasión hace al ladron.* Véome sorprendido por la caza en medio del bosque, me oculto en la maldita torre de Gazeau, veo llegar á mis dos tortolitas, oigo una conversación capaz de hacer reventar de risa, Bernardo haciendo pucheritos como un niño que llora, Edmunda echándoselas de esquiva; Bernardo se retira como un tonto, echo mano de mis pistolas y... *paf*...

—¡Calla, calla, boca de satanás!, dijo el otro asustado: ¿conviene hablar de estas cosas en una taberna? Atarázate la lengua, desgraciado, ó no te veré más.

—Es necesario, no obtante, que me veas, mi querido

hermano, cuando vaya á llamar á la puerta de los carmelitas.—Te guardarás muy bien de ir allá, si no quieres que te denuncie.—No me denunciarás, porque ya sé lo que tengo que hacer contigo.—No te temo; he hecho mis pruebas y expiado ya mis pecados.—¡Hipócrita!—¿Quieres callar insensato?, dijo el otro; es menester separarnos. Aquí tienes dinero.—¡*Todo eso*?—¿Que quiéres, que te dé un religioso? Crees que soy rico?—Los carmelitas lo son, y tú haces de ellos lo que quieres.—Aun cuando pudiera darte más, no lo haría, porque no tardarías más en tener dos luises que en cometer desórdenes y dar escándalos que te descubririan.—¿Pero deseas que abandone el país por algún tiempo, con qué quiéres que viaje?—¿No te he dado ya tres veces con que marcharte, y te has vuelto después de haber gastado todo el dinero en vino en el primer lugar que has encontrado en los límites de la provincia? Me indigna tanta imprudencia, después de las declaraciones que se han dado contra tí, cuando se va á revisar el juicio abierto á Bernardo, cuando la *marechausée* anda muy lista, y cuando tal vez vas á ser descubierto.

—Hermano mio, á tí te toca vigilar acerca de esto; tú gobiernas á los carmelitas, los carmelitas gobiernan al obispo, ¡Dios sabe por qué travesurilla hecha en comunidad, y con gran secreto, después de cenar en su convento!

Aquí el presidente interrumpió la relación de Paciencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Testigo, dijo, os llamo al orden; ultrajais la virtud de un prelado con la narración escandalosa de semejante conversación.

—De ningún modo, contestó Paciencia, refiero las invectivas de un crapuloso y asesino contra el prelado; yo nada invento, y cada uno de los que me escuchan sabe el caso que debe hacerse de semejantes habladurías; pero, si quereis, no volveré á hablar más sobre este particular.

Hubo todavía un largo debate entre los dos hermanos. El trapense verdadero quería hacer partir al falso trapense: y este se obstinaba en quedarse, diciendo que no quería descuidarse porque era de temer que apenas decapitaran á Bernardo, le haría prender su hermano para apoderarse él solo de la herencia. Juan, montando en cólera, le amenazó seriamente con denunciarle y entregarle á la justicia — ¡Voto á cribas! ¡te guardarás muy bien, replicó Antonio, porque si sale absuelto Bernardo, adios herencia!

Diciendo esto, se separaron; el verdadero trapense se marchó muy pensativo, y el otro se durmió apoyando los codos sobre la mesa. Entonces salí de mi escondite para proceder á su arresto, á la sazón que la *marchausée*, que ya hacia tiempo andaba á mis alcances para obligarme á venir á prestar mi declaración, me echó la mano al cuello. Por más que designé al fraile como asesino de Edmunda, no me han

querido creer, diciéndome que no tenian orden para prenderle. Quise sublevar al pueblo y me impidieron hablar, conduciéndome en seguida de brigada en brigada como un desertor, y ocho días he estado encerrado en un calabozo sin que nadie se haya dignado atender mis reclamaciones. No he podido ver siquiera al abogado de Bernardo y hacerle saber que estaba preso; ahora ha sido cuando el carcelero ha ido á avisarme que era preciso *comparecer*. No sé si todo esto está conforme con los trámites de la justicia, pero lo cierto es que el asesino pudo ser arrestado, y no lo ha sido, ni lo será sino os asegurais de la persona de Juan de Mauprat para impedirle que avise, no digo á su cómplice, pero sí á su protegido. Juro que en todo lo que he oido, Juan de Mauprat está al abrigo de complicidad; en cuanto á la acción de dejar entregar al rigor de las leyes á un inocente, y querer salvar á un culpable, hasta el punto de fingir su muerte por medio de falsos testimonios y actos falsos... Paciencia, viendo que el presidente iba á interrumpirle otra vez, se apresuró á terminar su discurso, diciendo: En cuanto á esto, señores, pertenece á vosotros, y no á mí el juzgarlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV

Después de esta importante declaración, el tribunal suspendió por algunos instantes la sesión, y cuando volvió á abrirse ésta, Edmunda fué conducida á su presencia. Pálida y abatida, pudiendo apenas arrastrarse hasta el sillón que le estaba reservado, mostró sin embargo, una gran fuerza y una grande serenidad de espíritu.

—¿Creeis poder contestar con calma y sin turbación á las preguntas que se os hagan? le dijo el presidente.—Así lo espero, señor, contestó ella. Verdad es que salgo de una enfermedad, grave, y que hace muy pocos dias que he recobrado el ejercicio de mi memoria; pero creo haberla recobrado bien, y mi espíritu no siente ninguna turbación.

—¿Vuestro nombre?

—Solange Edmunda de Mauprat. *Edmunda silvestris*, añadió en voz baja.

Yo temblé. Su mirada había tomado, al pronunciar estas intempestivas palabras, una expresión extraña. Creí que iba á divagar más que nunca. Mi abogado asustado, me miró con aire de interrogación. Nadie más que yo había comprendido estas dos palabras que Edmunda había acostumbrádose repetir frecuentemente en los primeros y últimos días de su enfermedad. Afortunadamente esta fué la última alteración de sus facultades. Sacudió su hermosa cabeza como para desechar toda idea inoportuna, y habiéndola pedido el presidente la esplicación de estas palabras ininteligibles, contestó con dulzura y nobleza: —No es nada, señor; podeis, si gustais, continuar el interrogatorio.

—¿Vuestra edad señorita?—Veinticuatro años.—¿Sois parienta del acusado?—Tia segunda, y por ser remoto nuestro parentesco, nos damos el dulce título de primos.—Jurais decir verdad en todo cuanto os fuere preguntado?—Sí, señor.—Levantad la mano.

Edmunda se volvió hacia Arturo con triste sonrisa. Este le quitó su guante y la ayudó á levantar la mano, sin fuerza y casi sin movimiento. Gruesas lágrimas corrieron por mis mejillas.

Edmunda contó con finura y naturalidad que habiéndose extraviado en el bosque conmigo, se había caido de su caballo por la precipitación que yo había empleado para sujetarla, creyendo que iba desbocado su caballo: que de aquí resultó un ligero altercado, de resultas del cual, por *uno de esos raptos de cólera tan comunes en las mujeres*, quiso subirse sola en su cabalgadura; que hasta me había dirigido palabras duras, aunque sin comprender su sentido, porque me amaba como á un hermano, que profundamente afligido por su aspereza, me había alejado

algunos pasos para obedecerla, y que en el momento de seguirme, afligida ella también por nuestra pueril querella, sintió una violenta conmoción en el pecho, y cayó oyendo apenas la detonación y que le era imposible decir de qué lado había salido el tiro.

—Esto es todo lo que ha pasado, añadió; yo soy la persona menos á propósito para explicaros este desgraciado suceso. No puedo en mi alma y conciencia atribuirlo á otra cosa que á torpeza por parte de alguno de nuestros cazadores, que habrá temido confesarlo. ¡Las leyes son tan severas, y es tan difícil probar la verdad!

—Según eso, señorita, no creeis que vuestro sobrino haya sido el autor de ese atentado? —No, señor, de ninguna manera. Ya no estoy loca, y no me hubiera dejado conducir ante el tribunal, si hubiese sentido enfermo mi cerebro.

—Parece que atribuis á un estado de enajenación mental las revelaciones que habeis hecho al honrado Paciencia, á vuestra aya Leblanc y quizás también al abate Auberto.—Yo no he hecho ninguna *revelación*, contestó Edmunda con serenidad, al digno Paciencia, al respetable abate ni á la aya Leblanc.

Si se llaman revelación las palabras vacías de sentido que se dicen durante el delirio, es menester condenar á muerte á todas las figuras que vemos en sueños. ¿Qué *revelación* podía yo haber hecho de una cosa que ignoro?—Pero habeis dicho en el momento de recibir la herida al caer de vuestro caballo: *Bernardo, Bernardo! jamás os hubiera creido capaz de matarme!*—No me acuerdo de haber dicho jamás eso; y aun cuando lo hubiese dicho, no concibo la importancia que puede darse á las impresiones de una persona herida del rayo y cuyo espíritu está como anonadado. Lo que se es que Bernardo de Mauprat daría su vida por mi padre y por mí, lo cual no hace muy probable que haya querido asesinarme. ¡Por qué razón Dios mio!

El presidente se sirvió entonces para confundirla de todos los argumentos que podían suministrarle las declaraciones de la dueña Leblanc, en las cuales había en efecto con qué poder turbar su razón, por muy despejada que en aquel momento estuviese.

Sorprendida Edmunda al ver á la justicia en posesión de tantas cosas que creía secretas tuvo sin embargo, bastante valor y serenidad cuando se la hizo entender, en los términos brutalmente castos que se emplean ante los tribunales en semejantes casos, que había sido víctima de una grosería en la Roca de Mauprat. Entonces fué cuando, tomando con calor la defensa de mi carácter y la de su honor, afirmó que yo me había conducido con una honradez muy superior á lo que entonces podía esperarse de mi educación; pero quedábale por explicar toda su vida desde esta fecha, el rompimiento de sus relaciones con M. de la Marche, sus altercados contínuos con-

migo, mi repentino viaje á América y su obstinación en no casarse.

—¡Este interrogatorio es una cosa odiosa! dijo levantándose de repente y recobrando sus fuerzas físicas con el ejercicio de su fuerza moral. Pedisme cuenta de mis más íntimos sentimientos, descendeis á los misterios de mi alma, atormentais mi pudor, y os abrogais derechos que solo á Dios pertenecen. Os declaro, que si se tratase aquí de mi vida y no de la de otro, no me arrancariais una palabra más. Pero para salvar la vida del último de los hombres, sacrificaría mi repugnancia, ¿con cuántas más razones no lo haré por el que se halla en vuestra presencia? Sabed, pues, ya que me obligais á hacer una confesión contraria á la reserva y al orgullo de mi sexo, que todo lo que os parece inexplicable en mi conducta todo lo que atribuís á culpa de Bernardo, á mis resentimientos, á sus amenazas y á mis temores, se justifica con una sola palabra: *Le amo*.

Al pronunciar esta palabra, ruborizóse y con el acento profundo del alma más apasionada y más orgullosamente concentrada que ha existido jamás, se sentó y se cubrió el rostro con las manos. En aquel momento me sentí tan enajenado y fuera de mí que exclamé sin poder contenerme:—¡Que me lleven al cadalso, ahora soy el rey de la tierra!

—¡Al cadalso! ¡tú! dijo Edmunda levantándose; antes iré yó. ¿Tienes tu la culpa, desgraciado, de que

por espacio de siete años te haya ocultado el secreto de mi amor, y de que haya querido esperar para decírtelo á que fueses el primero de los hombres en saber y prudencia, como lo eres en nobleza de sentimientos? ¿Cara pagas mi ambición, puesto que se interpreta por desprecio y odio! Bien merecía que me aborrecieras, ya que mi orgullo te ha conducido al banco de los criminales; pero lavaré tu ofensa por medio de reparación pública y solemne, y si te arrastran al cadalso mañana, no subirás á él sino con el título de esposo mio.

—Vuestra generosidad os lleva demasiado lejos, Edmunda de Mauprat, dijo el presidente, casi consentís, para salvar á vuestro pariente, en acusaros de veleidosa y dura, porque ¿cómo explicareis esa negativa vuestra durante siete años que tanto ha exasperado la pasión de ese joven?

—Tal vez, señor, dijo Edmunda con malicia, no sea competente el tribunal en esta materia. Muchas mujeres piensan que no es gran crimen usar de un poco de coquetería con el hombre á quien aman, y quizás tengan derecho á usarla cuando le han sacrificado todos los demás hombres: es una vanidad natural y muy inocente querer hacer conocer al hombre que preferimos, que nuestro amor es de mucho precio y que merecemos ser solicitadas y buscadas durante tiempo. Cierto que si esta coquetería tuviera por resultado hacer condenar á muerte á un amante

todas las mujeres se corregirían pronto de este defecto: pero es imposible, señores, que querais consolar de esta suerte de mis rigores á ese pobre joven.

Hablando así con aire de excitación irónica, Edmunda derramó copiosas lágrimas, nerviosa y esquisita sensibilidad que revelaba todas las dotes de su alma, ternura, valor, delicadeza, orgullo, pudor, y que daba al mismo tiempo á su fisonomía una expresión tan movible y admirable bajo todos aspectos, que la grave y sombría asamblea de los jueces sintió caer la máscara de bronce de la integridad impasible y la máscara de plomo de la hipócrita virtud. Si Edmunda no me había defendido victoriosamente con sus declaraciones, logró á lo menos excitar al más alto punto el interés en mi favor. Un hombre amado por una mujer bella y virtuosa lleva consigo un talisman que le hace invulnerable: entonces todos consideran su vida más preciosa que la de los demás.

Edmunda sufrió todavía muchas preguntas y restableció los hechos desnaturalizados por la criada Leblanc; me disculpó mucho, es verdad, pero supo con un arte admirable eludir ciertas preguntas y sustraerse á la necesidad de mentir ó condenarme. Se acusó generosamente de los mismos agravios que yo le había hecho, y dijo que si habíamos tenido altercados, era porque recibía con ellos un secreto placer, pues en ellos veía la fuerza de mi amor; que me había dejado partir para América, queriendo poner á prueba

mi virtud y creyendo que la campaña no duraría más de un año, como entonces se decía; que después había considerado como un compromiso de honor el sufrir esta prolongación ilimitada, pero que había padecido más que yo con mi ausencia; por último, reconoció muy bien la carta que habían hallado en su poder; y cogiéndola restableció los pasajes mutilados con una memoria sorprendente y rogando al escribano que siguiera con ella las palsbras medio borradas.

—Esta carta está tan distante de contener ninguna amenaza, dijo, y la impresión que yo recibí con ella participó tan poco del temor y de la aversión, que fué hallada sobre mi corazón, donde la llevaba después de ocho dias, aunque no había confesado siquiera á Bernardo que la había recibido.

—Pero no explicais, le dijo, el presidente, porque, hará ya siete años, en los primeros tiempos de vuestra permanencia al lado de Bernardo, estábais armada de un puñal que todas las noches colocábais debajo de vuestra almohada y que hicisteis afilar para un caso urgente de defensa.

—Mi familia, contestó ruborizada, se ha distinguido siempre por un espíritu bastante romancesco y por su caracter orgulloso. Verdad es que muchas veces tuve el designio de matarme porque sentía nacer en mí una inclinación invencible hacia mi primo. Creyéndome ligada con compromisos indisolubles á M. de

la Marche, hubiera muerto antes que faltar á mi palabra y antes que casarme con otro hombre que no fuese Bernardo. Más tarde M. de la Marche me devolvió mi palabra con mucha delicadeza y honradez, y ya no pensé en morir.

Edmunda se retiró acompañada de todas las miradas y de un murmullo de aprobación. Apenas había traspasado el dintel de la puerta del tribunal, se desmayó de nuevo, si bien esta crisis no tuvo consecuencias graves y no dejó huellas al cabo de algunos días.

Estaba yo tan trastornado, tan embriagado con lo que acababa de sucederme, que se turbó mi vista y ya no ví lo que pasaba á mi alrededor.

Reconcentrado en el único pensamiento de mi amor, dudaba, sin embargo, porque si Edmunda no había confesado todas mis faltas, podía muy bien haber también exajerado su indignación hácia mí con el designio de atenuar mis defectos. No podia creer que me hubiese amado antes de mi partida á América, y sobre todo en los primeros tiempos de mi residencia á su lado. Esta era la única idea que me preocupaba, y ya no me acordaba ni de la causa, ni del objeto de mi proceso. Parecíame que la cuestion ajitada en aquel frio areópago era unicamente esta: *¿Es amado ó no es amado?* En esta sola frase estaban resumidos para mí el triunfo ó la derrota, la vida ó la muerte.

La voz del abate Auberto me sacó de tan tristes cabilaciones. Estaba flaco y macilento, pero muy tranquilo; le habían tenido incomunicado y habia sufrido todos los rigores de la prisión con la resignación de un martir. A pesar de todas las precauciones, el astuto Marcasse, habil en deslizarse en todas partes como un huron, habia logrado poner en sus manos una carta de Arturo en la que Edmunda había añadido algunas palabras. Autorizado por esta carta á decirlo todo, prestó una declaración conforme con la de Paciencia, confesando que á causa de las primeras palabras de Emunda, despues del acontecimiento, me había acusado, pero que viendo luego el estado de enajenación de la enferma y acordándose de mi conducta intachable en más de seis años, sacando también alguna luz de los debates precedentes y de los rumores públicos sobre la existencia y presencia de Antonio Mauprat, se habia convencido demasiado de mi inocencia para querer declarar contra mí, y si ahora lo hacia era porque pensaba que el tribunal se hallaba ya bastante ilustrado con el suplemento de instrucción que acababa de hacerse, y que su deposición no tendría las graves consecuencias que hubiera podido tener un mes antes. Interrogado acerca de los sentimientos de Edmunda hacia mí, destruyó todas las invenciones de la dueña Leblanc, y declaró que no solamente me amaba Edmunda apasionadamente, sino que me había amado desde

los primeros días de nuestra entrevista. Lo afirmó bajo juramento, apoyando al mismo tiempo algo más sobre mis defectos que lo había hecho Edmunda. Confesó que había temido muchas veces que mi prima hiciese la locura de casarse conmigo, pero que jamás había recelado por su vida, puesto que siempre la había visto dominarme con una mirada ó con una palabra, aun en la época de mi peor educación.

Aplazóse la continuación de los debates hasta ver el resultado de las pesquisas mandadas hacer para descubrir y prender al asesino. Se comparó mi proceso con el de Calas, y apenas esta comparación cundió en todas las conversaciones, cuando mis jueces, viéndose el blanco de mil invectivas, experimentaron por sí mismos que el ódio y la prevención son malos consejeros y guías peligrosos. El intendente de la provincia se declaró campeón de mi causa y el caballero de Edmunda, á quien acompañó en persona hasta dejarla al lado de su padre.

Puso en movimiento á toda la *marechausée*. Se trabajó con atividad hasta lograr la captura de Juan de Mauprat. Cuando él se vió preso y amenazado, entregó á su hermano y declaró que se le hallaría todas las noches refugiado en la Roca de Mauprat, y oculto en un cuarto secreto, donde la mujer del colono le ayudaba á encerrarse sin saberlo su marido.

El trapense fué conducido con buena escolta á la Roca de Mauprat, á fin de que revelase el cuarto secreto adonde jamás pudo llegar Marcasse á pesar de su habilidad esploradora. También me mandaron que fuese yo para ayudar á encontrar este cuarto, ó los pasillos que conducian á él, para el caso en que el trapense desistiese de la sinceridad de sus intenciones.

Volví, pues, á ver otra vez aquel castillo detestado, con su antiguo jefe de bandidos transformado en trapense. Mostróse tan humilde y adulador conmigo, hizo tanto desprecio de su hermano y me mostró una sumision tan vil, que lleno de repugnancia le supliqué al cabo de algunos instantes que no me dirigiese la palabra. Custodiados por la tropa, procedimos á verificar las pesquisas necesarias para hallar el escondite. Juan había dicho desde el principio que le constaba que existia este cuarto, aunque sin saber su situación exacta, desde que el castillo se hallaba destruido en sus tres cuartas partes.

Cuando me vió, se acordó de que le había sorprendido en mi cuarto, y que había desaparecido por la pared. Resignóse, pues, á conducirnos y mostrarnos el secreto que era muy curioso, y cuya descripción no me detendré en haceros. Abrióse el cuarto secreto, pero no se encontró en él á nadie, sin embargo de haberse verificado la expedición con prontitud y misterio.

Como no parecía probable que Juan hubiese tenido tiempo para prevenir á su hermano, se rodeó de sol-

dados el castillo y se custodiaron bien todas las salidas. La noche era obscura, y nosotros habíamos hecho una invasión que había llenado de espanto á todos los habitantes de la quinta. El colono no comprendía qué era lo que buscábamos; pero la turbación y la angustia de su mujer parecían asegurarnos la presencia de Antonio en el castillo. Ella no tuvo el suficiente valor para mostrarse tranquila cuando esploramos la primera pieza, y esto hizo sospechar á Marcasse que debería haber otra oculta. ¿El trapense tenía de ella conocimiento, y fingía ignorarlo? Representó tan bien su papel, que á todos nos engañó.

Fué preciso registrar de nuevo hasta los menores rincones de las ruinas. Una gran torre aislada de todo el edificio no podía al parecer ofrecer ningún refugio, pues la caja de la escalera había quedado totalmente destruída desde el incendio, y no se hallaba escala bastante larga, ni aún atando con cuerdas todas las de la quinta, para llegar al último piso que parecía bien conservado y contener una pieza alumbrada por dos troneras. Marcasse dijo que podía hallarse una escalera en el espesor del muro, como las que hay en muchas torres antiguas. Pero, ¿dónde estaba la salida? Tal vez en algún subterráneo. ¿El asesino se atrevería á salir de su escondite mientras estuviésemos allí? ¿Si á pesar de la noche oscura y del silencio que guardábamos, se apercibía de nuestra presencia, ¿se aventuraría á salir al campo mientras permaneciéramos apostados, como estábamos, en todos los puntos?

Esto no es probable, dijo Marcasse, es menester hallar un medio pronto de llegar allá arriba y veo uno. En seguida mostró una viga ennegrecida por el fuego, que unía la torre, en una altura espantosa y sobre una extensión de cerca de veinte piés, á los graneros del edificio contiguo. Al extremo de esta viga en el flanco de la torre había una ancha grieta, formada por el hundimiento de las partes contiguas.

En sus investigaciones, creyó Marcasse haber visto por entre esta grieta los peldaños de una escalera. El muro además tenía el espesor necesario para contenerla. Jamás había osado el cazador de topos arriesgarse á subir sobre aquella viga, no á causa de su tension y elevación, pues estaba acostumbrado á estas peligrosas *travesías*, como él las llamaba; sino porque la viga estaba quemada y tan adelgazada por en medio que era imposible saber si resistiría el peso de un hombre, aunque fuese delgado como mi bravo sargento. Hasta entonces ninguna consideración se había presentado bastante importante para exponer la vida en semejante experiencia; pero se ofreció en aquel momento y Marcasse no vaciló. Yo no estaba á su lado cuando concibió este designio, pues se lo hubiera impedido á toda costa, y no noté su ejecución hasta que Marcasse se halló en medio de la viga, en el mismo sitio en que la madera calcinada no era tal vez más que un carbon.

¿Cómo podré explicaros lo que experimenté al ver á mi fiel amigo de pie, en los aires, dirigiéndose con gravedad hacia su objeto? Tejón iba delante de él con tanta tranquilidad como si hubiese tratado de ir, como en otro tiempo, por entre montones de heno, para cazar las garduñas ó los lirones. El dia apuntaba ya, y dibujaba en el sombrío espacio la debil silueta y el reposado continente del hidalgo. Involuntariamente llevé las manos á la cara, y pareciéndome oir crugir la viga fatal, sofoqué un grito de terror, temeroso de turbarle en aquel momento solemne y decisivo; pero no pude contener este grito, ni impedirme levantar la cabeza cuando oí el ruido de dos tiros que salieron de la torre. Al primero cayó el sombrero de Marcasse, y el segundo casi le tocó un hombro. Paróse por un momento, pero en seguida nos gritó: no me ha tocado, y tomando carrera, salvó pronto el resto de su puente aéreo, penetró en la torre y lanzándose en la escalera gritaba: ánimo, amigos, la viga es sólida.

Al punto cinco hombres atrevidos y vigorosos, que le acompañaban, se pusieron á caballo sobre la viga ayudándose con las manos, y llegaron uno á uno al otro extremo. Cuando el primero de ellos penetró en el granero á donde se había retirado Antonio de Mauprat, lo halló empeñado en descomunal batalla con Marcasse, quien exaltado al principio con su triunfo y olvidando que no se trataba de matar al

enemigo, si no de prenderlo, creyó de su deber me charlo como una comadreja con su larga tizona. Pero el falso trapense era un enemigo temible. Habia arrancado la espada de manos del sargento, lo había derribado en el suelo, y tal vez le hubiera ahogado si no se hubieran echado encima de él por detrás, y aunque resistió con una fuerza prodigiosa á los tres primeros agresores, se logró vencerle con el auxilio de los otros dos. Cuando se vió cogido, no opuso más resistencia, y se dejó atar las manos para bajar la escalera que iba á parar al fondo de un pozo seco, que había en el centro de la torre. Antonio acostumbraba á bajar á este pozo y salir de él por medio de una escala que le alargaba la mujer del colono, y que retiraba inmediatamente. Enajenado de gozo me arrojé en los brazos del sargento.

—No es nada, me dijo, esto me ha divertido. He conocido que tenía aun las piernas seguras y la cabeza fría. ¡Eh! ¡eh! ¡viejo sargento! añadió mirándose las piernas, ¡viejo hidalgo! ¡viejo cazador de topos! no se burlarán ya tanto de tus pantorrillas.

XVI

Si Antonio de Mauprat hubiese sido un hombre enérgico, habría podido jugarme una mala partida,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suponiéndose testigo del asesinato cometido por mí en la persona de Edmunda. Como para ocultarse tenía razones anteriores á este último crímen hubiera explicado el misterio en que se envolvia, y su silencio sobre el acontecimiento de la torre de Gazeau. Yo no contaba más que con el testimonio de Paciencia ¿Hubiera bastado para absolverme? ¿Tantos otros, aún los de mis amigos y hasta el de Edmunda, que no podía negar mi carácter violento, y las probabilidades del crimen, no estaban contra mí? Pero Antonio, el más insolente en palabras de todos los *Corta-piernas*, era el más cobarde cuando se trataba de obrar. Apenas se vió en poder de la justicia, lo confesó todo, aún antes de saber que su hermano le habia abandonado.

Hubo escandalosos debates en que los dos hermanos se atacaron mútuamente de una manera infame. El trapense, siempre contenido por su hipocresía, abandonaba friamente al asesino á su suerte, y se defendia declarando que jamás le había dado el consejo de perpetrar el crímen; el otro, exasperado, le acusó de haber cometido los más horribles atentados, el envenenamiento de mi madre y de la de Edmunda, que habían muerto casi simultáneamente, de una violenta inflamación de entrañas: Juan de Mauprat era, decía, muy hábil en el arte de preparar los venenos, y se introducía en las casas bajo diferentes disfraces, para mezclarlos con los alimentos. Aseguró que el dia en que Edmunda había sido conducida á la Roca de Mauprat, había reunido á todos sus hermanos para deliberar con ellos sobre el medio de desembarazarse de aquella heredera de una fortuna considerable, fortuna para cuya usurpación había trabajado mucho, valiéndose de medios criminales, tratando de destruir los efectos del matrimonio del caballero Huberto. Mi madre había pagado con su vida el cariño que había movido á este último á querer adoptar al hijo de su hermano. Todos los Mauprat querían desembarazarse de Edmunda, y de mí á un mismo tiempo, y Juan disponía ya el veneno, cuando la *marechausée* vino á distraerles de este horrible designio, atacando el castillo. Juan rechazó estas acusaciones con horror, diciendo humildemente que aunque confesaba haber cometido muchos pecados mortales en su vida licenciosa é irreligiosa, nadie podía imputarle el crímen que su hermano le atribuía. Como era muy difícil admitir sin examen semejantes acusaciones de boca de Antonio, y este examen era casi imposible y el clero demasiado poderoso é interesado en impedir este escándalo para permitirlo, Juan de Mauprat quedó descargado de la acusación de complicidad, y solamente se le envió á la Trapa, con prohibición del arzobispo de volver á poner los pies en la diócesis, é invitación á sus superiores para que no le dejasen salir jamás de su convento. Allí murió pocos años después en las angus-

tias de un arrepentimiento exaltado, que tenía el carácter de una verdadera enajenación. Es verosímil que á fuerza de fingir remordimientos, para llegar á una especie de rehabilitación social, había concluído, después de haber visto frustrados sus proyectos, por sentir, en el seno de las austeridades y castigos terribles de su orden, el terror y las angustias de una mala conciencia, y de un tardío arrepentimiento. El miedo del infierno es la única fé de las almas viles.

Apenas me ví absuelto, rehabilitado y en libertad, corrí al lado de Edmunda; llegué para asistir á los últimos momentos de mi tío, que recobró poco antes de morir, no la memoria de los sucesos, sino la del corazón. Me reconoció, me estrechó contra su pecho, me bendijo al mismo tiempo que á Edmunda, y puso mi mano en la de su hija. Después que tributamos los últimos deberes á aquel excelente y noble pariente, cuya pérdida nos fué tan dolorosa como si no la hubiésemos previsto y esperado hacía largo tiempo, abandonamos por algunos meses el país, á fin de no ser testigos de la ejecución de Antonio, que fué condenado al suplicio de la rueda. Los dos falsos testigos que habían declarado contra mí fueron azotados y expulsados de la provincia. La dueña Leblanc, á quien no se podía acusar precisamente de falso testimonio, porque solo había obrado por inducción, se puso á salvo de la indignación pública y se fué á vivir á otra provincia, con demasiado lujo para que no

despertase el fundado temor de haber recibido sumas considerables para perderme.

No quisimos separarnos ni aun momentáneamente de nuestros buenos amigos y únicos defensores Marcasse, Paciencia, Arturo y el abate Auberto. Montamos todos en el mismo coche de camino; los dos primeros, habituados al aire libre, ocuparon voluntariamente el asiento exterior, y les tratamos bajo el pie de la más perfecta igualdad, pues jamás, desde entonces tuvieron otra mesa más que la nuestra, lo cual no dejó de ser censurado por muchas personas á quienes dejamos hablar, respetando su ridícula preocupación. Hay circunstancias que borran radicalmente todas las distancias imaginarias ó reales del rango y de la educación.

Visitamos la Suiza aconsejados por Arturo, quien juzgaba este viaje necesario al restablecimiento completo de Edmunda; los cuidados tiernos é ingeniosos de este amigo desinteresado, la felicidad de que nuestro cariño procuró rodear á Edmunda, no contribuyeron menos que el hermoso espectáculo de las montañas á desterrar su melancolía y á borrar el recuerdo de las tempestades que acabábamos de sufrir. La Suiza produjo en el poético cerebro de Paciencia un efecto mágico. Frecuentemente se exaltaba tanto su imaginación que nos encantaba y asustaba á la vez. Tuvo deseos de mandar construir una casita en el fondo de algún valle, y pasar allí el resto de sus

días en la contemplación de la naturaleza; pero el cariño que nos profesaba le hizo renunciar á este proyecto. Marcasse declaró más tarde que á pesar del gran placer que había experimentado en nuestra compañía, consideraba aquel viaje como la época más funesta de su vida.

A nuestro regreso, en la posada de Martigny, el pobre Tejón, cuya edad avanzada hacia difíciles las digestiones, murió víctima de la acogida demasiado buena que había recibido en la cocina. El sargento no dijo una palabra; le contempló largo rato con aire triste, y lo enterró en el jardín bajo el rosal más hermoso, y hasta un año después no nos habló de su dolor.

Durante este viaje Edmunda fué para mí un angel de bondad y de ternura; entregándose ya á todas las inspiraciones de su corazón, no abrigando desconfianza alguna contra mí, me confirmó mil veces las dulces protestas de amor que me había dado en público, cuando alzó la voz para proclamar mi inocencia. Confieso, sin embargo, que por mucho tiempo dejaron una profunda huella de dolor en mi corazón las reticencias que había usado en su declaración y el recuerdo de las palabras acusadoras que se le habían escapado cuando Paciencia la encontró herida. Pensé, y tal vez con razón, que Edmunda había hecho un gran esfuerzo para creer en mi inocencia antes de las revelaciones de Paciencia; pero se explicó siempre

con mucha delicadeza y alguna reserva sobre este particular. Sin embargo, un día cerró la herida diciéndome con su tosquedad encantadora:—¿Y si te he amado bastante para absolverte en mi corazón y defenderte delante de los hombres á costa de una mentira, qué tienes que decir?

Lo que no me importaba menos era saber hasta qué punto era cierto que me había amado desde los primeros días de nuestras relaciones; pero turbándose ella un poco, como si en su invencible orgullo hubiese echado de menos la celosa posesión de su secreto, dejó al abate el cargo de hacerme su confesión, y asegurarme que en ese tiempo había reprendido á Edmunda frecuentemente su inclinación al *niño-salvaje*. Como yo le expusiera por objeción la conversación confidencial que había sorprendido una tarde en el parque entre Edmunda y él, conversación que le referí con la gran exactitud de memoria que poseo, me contestó:—Si nos hubiéseis seguido un poco por entre los árboles, habríais oido aquella misma tarde una disputa que os hubiera tranquilizado y explicado, cómo, de antipático, casi odioso que érais para mí, llegásteis á serme soportable primero, y poco á poco querido hasta el más alto grado.

—Contadme exclamé: ¿de dónde procede ese milagro?

—De una palabra sola, respondió el abate; Edmunda os amaba. Cuando ella me lo confesó, cubrió su

rostro con ambas manos, y permaneció un instante como abrumada de vergüenza y de pesar; en seguida, levantando de repente la cabeza:—¡Pues bien! sí, exclamó, le amo; puesto que queréis saberlo de una vez, os diré que tenéis razón: estoy perdidamente enamorada como decís. No es un delito amar; ¿por qué he de avergonzarme? Tampoco ha estado en mi mano evitarlo; ha sucedido fatalmente. Jamás he amado á M. de la Marche, ni le he profesado más que una amistad sincera, muy diferente por cierto del sentimiento que ha llegado á inspirarme Bernardo, porque es un sentimiento tan fuerte, tan variable, tan lleno de agitaciones, de odio, temor compasión, cólera y ternura, que no comprendo nada de lo que me pasa ni procuro ya comprenderlo.

—¡Oh mujer! exclamé consternado juntando las manos: eres un abismo, un misterio, y es muy insensato quien cree conocerte.

—Como gusteis, abate, replicó Edmunda con una resolución llena de despecho y turbación, me es indiferente que penseis lo que querais. Sobre este particular me he dicho á mí misma mucho más de lo que podeis haber dicho á todas vuestras penitentas en el largo discurso de vuestra vida.

Sé que Bernardo es un oso, un tejón, como dice el aya Leblanc; un salvaje, un zafio, ¿que más? Nada hay más áspero, más espinoso, más solapado, más malo que Bernardo; es un bruto que apenas sabe escribir su nombre; es un hombre grosero que cree domarme como á una hacanea de la Varenne; se engaña mucho; preferiré morir á pertenecerle, á menos que para casarse conmigo no se civilice.

Pero esto sería un milagro y yo lo intento sin esperanza. No importa, aunque me obligue á matarme ó entrar en un convento, que continúe tal como es ó se haga peor; no será menos cierto que le amo, y que le amo con pasión. Mi querido abate, bien sabeis lo que debe costarme haceros semejante confesión; pero por lo mismo no debeis, al verme postrada á vuestros pies como humilde penitente depositando en vuestra amistad los íntimos secretos de mi alma, humillarme con vuestras exclamaciones y exorcismos. Reflexionad ahora, examinad, discutid, decidid. He aquí el mal: ¡le amo! He aquí los síntomas: no pienso más que en él, no veo más que á él; no he podido comer hoy, porque no ha estado á mi lado. Creo que es el hombre más hermoso del mundo; cuando me dice que me ama, veo, conozco que es verdad; esto me ofende y me encanta al mismo tiempo. M. de la Marche me parece empalagoso y frio desde que conocí á Bernardo. Bernardo solo me parece tan orgulloso, tan colérico, tan atrevido como yo, y tan débil como yo, porque llora como un niño cuando le irrito, y he aquí que yo también lloro al pensar en él.

—Querido abate, exclamé yo, lanzándome á su

cuello, cuán feliz soy y que agradecido os estaré siempre por haberos acordado de todo eso.

—El abate exagera, dijo Edmunda con malicia.

—¿Y qué? le dije estrechando sus manos fuertemente, me habeis hecho sufrir siete años, y os arrepentís hoy de haber pronunciado tres palabras que me consuelan?...

—No, no debemos arrepentirnos de lo pasado; nos hubiéramos perdido miserablemente los dos, si, tal como eras en aquel tiempo, no hubiera yo tenido juicio y valor por ambos. ¡Dónde estaríamos hoy, gran Dios! Habrías tenido que sufrir todo el peso de mi caracter severo y orgulloso, porque me habrías ofendido desde el primer día de nuestra unión y te habría castigado abandonándote, ó dándome la muerte ó matándote á ti mismo, porque ya sabes que en nuestra familia se acostumbra á matar desde la infancia. Lo que hay de cierto es que habrías sido un marido detestable, que me habrías avergonzado con tu ignorancia, que habrías querido oprimirme, y nuestro matrimonio entonces hubiera sido un infierno. Esto hubiera causado la desesperación y la muerte á mi padre, y bien sabes que para mí era mi padre antes que nada.

Hubiera tal vez arriesgado fácilmente mi propia suerte, si hubiese estado sola en el mundo, porque tengo un carácter temerario: pero mi padre *debía* ser feliz y respetado: habíame educado en la felicidad y en la independencia, y jamás me hubiera reconciliado conmigo misma si hubiera privado á su vejez de los bienes que había derramado sobre toda mi vida. No creo que sea virtuosa y grande, como dice el abate; pero amo, y amo con vehemencia, con exclusión, con perseverancia. Te he sacrificado á mi padre, querido Bernardo, y el cielo que nos hubiera maldecido si hubiese sacrificado á mi padre, nos recompensa hoy, entregándonos probados é invencibles el uno al otro. A medida que has crecido á mis ojos, he conocido que podía esperar, porque tenía que amarte largo tiempo y temía ver desvanecida mi pasión antes de haberla satisfecho, como sucede á las pasiones de las almas débiles. Eramos dos caracteres de excepción; necesitábamos amores heróicos, y nos hubiéramos parecido uno á otro muy malos, amándonos como se aman las almas vulgares.

XVII

Al terminarse el luto de Edmunda, época fijada para nuestro casamiento, nos volvimos á San Severo. Cuando abandonamos esta provincia, donde habíamos experimentado tantos disgustos y desgracias, creimos que jamás llegaríamos á sentir la necesidad de regresar á ella, y sin embargo, es tal la fuerza de los recuerdo de la infancia y el lazo de los hábitos do-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuello, cuán feliz soy y que agradecido os estaré siempre por haberos acordado de todo eso.

—El abate exagera, dijo Edmunda con malicia.

—¿Y qué? le dije estrechando sus manos fuertemente, me habeis hecho sufrir siete años, y os arrepentís hoy de haber pronunciado tres palabras que me consuelan?...

—No, no debemos arrepentirnos de lo pasado; nos hubiéramos perdido miserablemente los dos, si, tal como eras en aquel tiempo, no hubiera yo tenido juicio y valor por ambos. ¡Dónde estaríamos hoy, gran Dios! Habrías tenido que sufrir todo el peso de mi caracter severo y orgulloso, porque me habrías ofendido desde el primer día de nuestra unión y te habría castigado abandonándote, ó dándome la muerte ó matándote á ti mismo, porque ya sabes que en nuestra familia se acostumbra á matar desde la infancia. Lo que hay de cierto es que habrías sido un marido detestable, que me habrías avergonzado con tu ignorancia, que habrías querido oprimirme, y nuestro matrimonio entonces hubiera sido un infierno. Esto hubiera causado la desesperación y la muerte á mi padre, y bien sabes que para mí era mi padre antes que nada.

Hubiera tal vez arriesgado fácilmente mi propia suerte, si hubiese estado sola en el mundo, porque tengo un carácter temerario: pero mi padre *debía* ser feliz y respetado: habíame educado en la felicidad y en la independencia, y jamás me hubiera reconciliado conmigo misma si hubiera privado á su vejez de los bienes que había derramado sobre toda mi vida. No creo que sea virtuosa y grande, como dice el abate; pero amo, y amo con vehemencia, con exclusión, con perseverancia. Te he sacrificado á mi padre, querido Bernardo, y el cielo que nos hubiera maldecido si hubiese sacrificado á mi padre, nos recompensa hoy, entregándonos probados é invencibles el uno al otro. A medida que has crecido á mis ojos, he conocido que podía esperar, porque tenía que amarte largo tiempo y temía ver desvanecida mi pasión antes de haberla satisfecho, como sucede á las pasiones de las almas débiles. Eramos dos caracteres de excepción; necesitábamos amores heróicos, y nos hubiéramos parecido uno á otro muy malos, amándonos como se aman las almas vulgares.

XVII

Al terminarse el luto de Edmunda, época fijada para nuestro casamiento, nos volvimos á San Severo. Cuando abandonamos esta provincia, donde habíamos experimentado tantos disgustos y desgracias, creimos que jamás llegaríamos á sentir la necesidad de regresar á ella, y sin embargo, es tal la fuerza de los recuerdo de la infancia y el lazo de los hábitos do-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

místicos, que en el seno de un país encantador y que ninguna amargura nos recordaba, habíamos echado de menos á nuestra Varenne, triste y salvaje, y suspirado por los añosos árboles de nuestro parque. Entramos, pues, en él con una alegría profunda y respetuosa. El primer cuidado de Edmunda fué coger las más hermosas flores del jardín, é ir á depositarlas de rodillas sobre el sepulcro de su padre. Besamos aquella tierra sagrada é hicimos el juramento de trabajar incesantemente por dejar un nombre respetable y venerado como el suyo, pues sabido es que el caballero había llevado esta ambición hasta la debilidad; pero debilidad noble y santa digna de respeto.

Celebróse nuestro matrimonio en la capilla de la aldea, y á nuestro banquete de boda solo asistieron Arturo, el abate, Marcasse y Paciencia. ¿Qué necesidad teníamos de espectadores extraños á nuestra felicidad? Tal vez hubieran creído dispensarnos un favor viniendo á cubrir con su importancia las manchas de nuestra familia. Nos bastábamos á nosotros mismos para estar contentos y ser felices. Nuestros corazones abrigaban tantas afecciones, cuantas podían contener. Éramos demasiado orgullosos para solicitar la amistad de nadie y estábamos demasiado satisfechos unos de otros para aspirar á ninguna cosa mejor.

Paciencia volvió á su cabaña, y rehusando siempre hacer la menor alteración en su vida sobria y retirada, volvió á tomar en ciertos días de la semana sus funciones de *gran juez y tesorero*. Marcasse permaneció en mi compañía hasta su muerte, que acaeció hacia fines de la revolución francesa: creo que le pagué su lealtad y sincera adhesión con un cariño ilimitado y una amistad franca y desinteresada.

No os contaré la felicidad que gocé con mi noble y generosa Edmunda, desde el día de nuestra unión. Años como aquellos no se refieren muchos; ni hay hombre que, después de haberlos perdido, pudiera decidirse á vivir, sino hiciera todos sus esfuerzos para no recordárselos demasiado. Dióme ella seis hijos, de los cuales cuatro viven todavía y se hallan ventajosa y honradamente establecidos. Me lisonjeo de que acabaran de borrar la memoria deplorable de sus antepasados. He vivido por ellos y para ellos, porque tal fué la orden expresa que me dió Edmunda en su lecho de muerte. Permitidme que no os hable de otra manera de esta pérdida que estoy llorando hace solamente diez años, porque la siento tanto como el primer día, y no trato de consolarme, sino de hacerme digno de reunirme en un mundo mejor, después de haber cumplido mi tiempo de prueba, con la santa compañera de mi vida. Ella ha sido la única mujer que he amado; jamás ninguna otra ocupó mi pensamiento, ni atrajo mis miradas;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque tal es la naturalera de mi caracter; lo que amo, lo amo eternamente, en el pasado, en el presente y en el porvenir.

Las tempestades de la revolución no destruyeron nuestra existencia, y las pasiones que encendió no turbaron nuestra felicidad doméstica, y abandonamos con gran resignación, creyendo hacer un justo sacrificio, la mayor parte de nuestros bienes á las leyes de la república.

El abate, aterrado con tanta sangre vertida renegó á veces de su religión política, cuando, las necesidades de la época sobrepujaron á la fuerza de su alma. El fué él Girondino de la familia.

Edmunda tuvo más valor sin tener menos sensibilidad; mujer y compasiva, sufrió profundamente al ver las miserias de todos los partidos, lloró todos los males de su siglo; pero jamás despreció la grandeza santamente fanática. Permaneció fiel á sus teorías de igualdad absoluta. En la época en que las actas de la Montaña irritaban y desesperaban al abate, le hizo generosamente el sacrificio de sus arranques patrióticos, y tuvo la delicadeza de no pronunciar jamás delante de él ciertos nombres que le hacían extremecer, y que ella veneraba con una fuerza de persuación que jamás he visto en ninguna mujer.

Por lo que hace á mí, puedo decir que mi educación fué formada por ella: durante todo el discurso de mi vida, me abandoné enteramente á su razón y sensatez; cuando el deseo de representar un papel popular vino á tentar mi entusiasmo, me retrató manifestándome que mi nombre paralizaría toda mi influencia sobre una clase que desconfiaría de mí y que me supondría deseos de apoyarme en ella para rehabilitar mi patriciado. Cuando el enemigo se halló á las puertas de la Francia, me envió á servir en calidad de voluntario; cuando la carrera militar llegó á ser un medio de ambición, y la República fué anonadada, me llamó y me dijo: «Ya no te separarás nunca de mi lado.»

Paciencia representó un gran papel en la revolución. Fué nombrado por unanimidad juez de su distrito. Su integridad, su imparcialidad entre el palacio y la cabaña, su firmeza y su sabiduría, han dejado recuerdos indelebles en la Varenne.

Durante la guerra tuve ocasión de salvar la vida á M. de la Marche y ayudarle á pasar á país extranjero.

Tales son, según creo, dijo el viejo Mauprat, todos los acontecimientos de mi vida en que Edmunda representa un principal papel. Lo demás no vale la pena de ser contado. Si hay alguna cosa buena y útil en esta narración, aprovechadla, jóvenes. Apresuraos á tener un consejero franco, un amigo severo y no ameis al que os adula, sino al que os corrige.

No creais demasiado en la frenología porque yo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tengo la protuberancia del asesinato demasiado desarrollada, y como decía Edmunda en sus días de alegría melancólica, en nuestra familia se aprende á matar desde la infancia. No creais en la fatalidad, ó al menos no exhortéis á nadie á que se abandone á ella. He aquí la moral de mi historia.

Diciendo así, el viejo Bernardo nos obsequió con una buena cena, y al despedirnos, nos dió las gracias por la complacencia con que le habíamos escuchado. ¡Ojalá, benévolo lector, que no te arrepientas de la tuya!

FIN

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UTA
DAD AUTÓNOMA D
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS